

SAN JOSÉ  
**EN**  
EL PLAN DIVINO

POR EL  
**R. P. EUGENIO CANTERA**

O. A. R.

*Jacob autem genuit Joseph, vi-  
rum Mariæ, de qua natus est Je-  
sus qui vocatur Christus.*

(Matth. I, 16).

MONACHIL

—  
IMP. DE «SANTA RITA»

1917

NIHIL OBSTAT

JOSÉ SÁNCHEZ QUERO, *Canónigo censor*

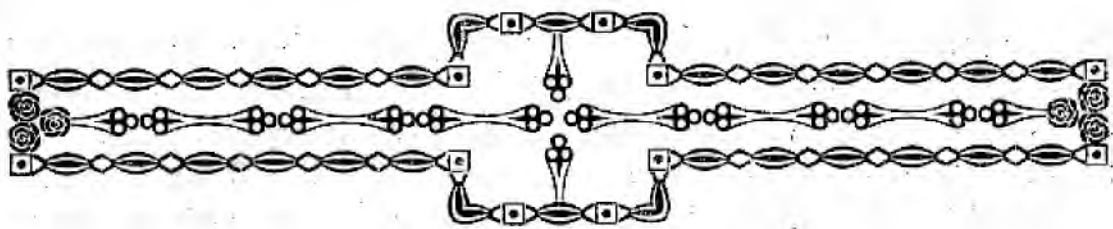
1.º de Junio de 1917.

IMPRIMATUR:

JOSÉ MESEGUER Y COSTA  
*Arzobispo de Granada*

IMPRIMATUR:

FR. FIDEL DE BLAS DE LA ASUNCIÓN  
*Prior General*



## PROLOGO

---

Desde que por disposición admirable de la Providencia divina el culto público de S. José comenzó a propagarse en el mundo y a ocupar un lugar preferente en la vida moral de la Iglesia, el ingenio de los sabios y la piedad de los fieles trabajó sin descanso por dar a conocer las glorias del gran Patriarca, recordando al efecto los rasgos más salientes de su vida, su dignidad altísima, su poder inmenso, sus heroicas y eminentes virtudes. Con tal motivo brotaron rápidamente multitud de devociones y variedad de prácticas religiosas, encaminadas a promover eficazmente entre el pueblo cristiano el amor a S. José, la confianza en su valeroso Patrocinio.

Esta rica eflorescencia de obras piadosas ha adquirido en nuestra época maravilloso incremento. El culto de S. José ha llegado a ser lo que en justicia merecía haber sido hace tiempo, un culto universal y público, fervoroso y profundo, que penetrando en las entrañas mismas de la sociedad renovara las almas y moviera los corazones al ejercicio de la virtud, a la exacta observancia de los mandamientos de Dios. Ese Santo que por tantos años, que por tantos siglos permaneció escondido y oculto en las profundidades de la tradición católica, se ha manifestado a

sonoros ecos se extinguen con la muerte del último de los apóstoles. *Dios*, dice San Pablo, *que en otro tiempo habló a nuestros padres por los profetas en diferentes ocasiones y de muchas maneras, nos ha hablado últimamente en estos días por medio de su Hijo Jesucristo* (1).

El hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios (2), fué creado en justicia y santidad original, elevado al orden sobrenatural por concesión gratuita de la bondad divina (3), enriquecido de otros dones extraordinarios indebidos a su naturaleza. Perdido por la culpa aquel estado de felicidad, nuestros primeros padres fueron arrojados del Paraíso, y hubieran sido excluidos para siempre de la gloria, incapaces por sí mismos de recobrar el estado primitivo, si Dios, compadecido de su suerte, no les hubiese prometido y enviado un Redentor (4). Este fué el Verbo, quien, llevado de su amor al hombre, se revistió de la frágil naturaleza humana y pagó nuestro rescate con el precio de su sangre, por lo que, abiertas de nuevo las puertas del reino de los cielos, recobró otra vez el hombre la amistad de Dios, siendo reintegrado al orden sobrenatural del que había caído por la prevaricación primera. De aquí la econo-

---

(1) Hebr. I. 1, 21.

(2) Gen. I. 26; Eccli. XVII. 1-12.

(3) Los pelagianos afirmaban que el orden de la gracia no excedía las fuerzas de la naturaleza *caída*; los protestantes y jansenistas, que no era superior al estado de naturaleza *inocente*. Unos y otros venían a negar el orden sobrenatural anticipándose a los modernos librepensadores, por lo que muy justamente fueron condenados por nuestra Madre la Iglesia. Cfr. Denzinger, *Enchiridion* ed. IX. n. 69, 150, 901.

(4) Ciertamente que Dios podía haber levantado al hombre *caído* por modo distinto de la Encarnación. Pudo, en efecto, condonarle totalmente la ofensa sin exigencia de reparación alguna, o inclinarse hacia el culpable, infundirle la gracia del arrepentimiento y devolverle liberalmente los bienes perdidos. Y en tal sentido, la Encarnación no era necesaria ni en la hipótesis del pecado original, como opinó San Anselmo; ni en la suposición de que Dios quisiera redimir al hombre, como defendió Tournelly y otros teólogos; pero sí lo era admitido en Dios el decreto de una reparación condigna, porque, como dice Santo Tomás, el pecado, aunque proviene de una causa finita, recibe de la Majestad contra quien se dirige una especie de infinitud y no puede ser reparado sino por la satisfacción de una virtud infinita. Cfr. III. Q. I. art. 2.º ad 2.



mía presente de la redención, el estado de naturaleza *reparada* en que se encuentra el hombre, estado sobrenatural merecido por Cristo, dentro del cual hemos de juzgar la vida intelectual y moral de la humanidad redimida.

Pero si el hombre ha sido elevado al orden sobrenatural y en él se encuentra y conforme a él debe vivir y morir, puesto que está vinculada a dicho orden la consecución de sus destinos de ultratumba, se impone la necesidad *física* de la revelación como medio indispensable para alcanzar su fin último (1). Y si Dios se ha revelado a la criatura, debe el hombre creer en esa revelación y está obligado a inquirir el sentido y alcance de ella, las verdades que enseña, los preceptos que propone, observando fielmente cuanto Dios le manifiesta en orden a su eterna salvación (2).

Si el hombre depende de Dios está obligado a rendirle el homenaje de su fe; si está destinado a un fin sobrenatural, debe conocer los medios necesarios para conseguirle. *El que no creyere*, decía Jesucristo, *se condenará*; (3) y como el camino ordinario que conduce a la fe no es la revelación inmediata a cada individuo, como dijeron los antiguos protestantes, sino la enseñanza y predicación humana, (4) Jesucristo establece un magisterio infalible y permanente en su Iglesia, elige sus Apóstoles y

---

(1) Este solo principio basta para desvanecer la falsa posición de los deistas e indiferentistas, los cuales creen suficiente para el perfeccionamiento religioso del hombre un sistema de verdades morales puramente natural, inventado a gusto personal de cada uno. Tal error supone gratuitamente que el hombre no ha sido elevado al orden sobrenatural ni que Dios haya hablado a sus criaturas. Cfr. Zigliara. *Propaedeutica ad Sacram Theologiam*, lib. II, cap. III.

(2) Libre es Dios para revelar al hombre todo género de verdades, pero generalmente el objeto propio de la revelación divina son las verdades del orden religioso, aquellas que nos refieren a Dios como a fin último y nos dan a conocer sus perfecciones adorables. De aquí no se sigue que esas verdades religiosas que Dios nos revela sean siempre estrictamente sobrenaturales; pueden pertenecer también al orden natural porque la razón humana a veces es moralmente impotente para conocerlas. Cfr. *Sum. Theol. Q. I. art. 1.*

(3) Marc. XVI, 16.

(4) *Fides ex auditu*, dice el Apostol; *auditus autem per verbum Christi*, Rom. X. 17.

los envía a predicar por el mundo su Evangelio. *Id y enseñad a todas las gentes... enseñándolas a observar todas las cosas que os he mandado* (1). Podrá el hombre suspender su asentimiento hasta que no le conste con certeza que Dios ha hablado, de donde se infiere que es necesaria la credibilidad de la revelación divina; pero, una vez que el hecho consta, está obligado a admitir y estudiar esa revelación.

Ahora bien; el conocimiento de ese orden sobrenatural (2), de esas verdades y preceptos que la revelación contiene, es el objeto de la Teología dogmática o sobrenatural (3). La Teología es la ciencia de Dios y de las cosas divinas, la ciencia de Dios y

(1) Math. XVIII, 19-20.

2 El orden sobrenatural *substancialmente* es el mismo Dios, *accidentalmente* es la participación de Dios en la criatura racional por medio de la gracia. Aunque el orden sobrenatural *formalmente* considerado sea un concepto relativo, esto no obsta para que por razón de su contenido *material* sea un concepto positivo y en cierto modo absoluto. La diferencia entre el orden natural y sobrenatural no es solo de medios y de fin, sino de esencia y de constitución. Entendemos por *natural* todo lo que constituye la esencia de una cosa, sus facultades y exigencias, su perfección objetiva; o sea, todo aquello que, supuesta la creación, es debido a la naturaleza o persona creada. *Sobrenatural* es todo aquello que sobrepaja la esfera del orden natural, excediendo a la esencia, facultades, exigencias o perfección objetiva de la cosa creada; o sea, todo aquello que, supuesta la creación, es indebido a la naturaleza o persona existente. Un ser puede ser sobrenatural total o parcialmente, negativa o positivamente. (Hettinger, *Teología fundamental*, P. I, lib. I, pág. 101 y sig.; Del Val, *Sacra Theologia Dogmatica*, vol. I. Tract. III pág. 119-121; Tanqueray, *Synopsis Theologiae Dogmaticae*, vol. II, n. 859-860.

(3) De dos maneras puede llegar el hombre al conocimiento de Dios. Primero, con la luz *natural* de su entendimiento en virtud del principio de causalidad, según aquello del Sabio: *A magnitudine enim speciei et creaturae cognoscibiliter poterit Creator horum videri* (Sap. XIII. 5). Segundo, con la luz *sobrenatural* de la fe, tomando como principios de sus demostraciones las verdades reveladas. Del primer modo conoce a Dios el filósofo, y la ciencia de que se vale para conocerlo se llama *teología natural* o simplemente *Teodicea*; del segundo conoce a Dios el teólogo, y la ciencia que así trata de Dios se llama *teología sobrenatural* o Dogmática. Dícese *sobrenatural*, no porque entitativamente sea un hábito sobrenatural, sino por razón de la luz y de sus principios sobrenaturales, los cuales, *formalmente* considerados, son verdaderos principios teológicos, premisas *demonstrativas* de conclusiones ciertas. Cfr. Billuart, *Summa Summae Sancti Thomae*. Tom. I. Dissert. Proem. art. 6.

todas las cosas según se *refieren* a Dios, Principio y Fin de todas ellas (1). Es un hábito intelectual y supone necesariamente el ejercicio de la razón humana según las leyes psicológicas del conocimiento, pero descansa en principios sobrenaturales, revelados por Dios y conocidos con la luz de la fe por lo que a veces se llama *Ciencia de la fe* (2). Cuando decimos que la Teología es la ciencia de Dios, queremos decir que el objeto *propio y formal* de la Teología es Dios *según que es Dios*, no según que es Creador, Redentor o Remunerador. Todo esto dicho sea teóricamente hablando; de hecho, en la actualidad podemos muy bien afirmar que la Teología es la ciencia de la persona y de las obras de Cristo porque *principalmente* trata de El y de todo cuanto a El intimamente se refiere. Jesucristo así como es el eje en torno del cual giran las ciencias históricas y filosóficas, es también el centro de las ciencias teológicas las cuales desaparecen desde el

---

(1) Si atendemos a su etimología, la Teología es una palabra griega compuesta de las voces *Teos* (Dios) y *Logos* (tratado o discurso) y significa el tratado o ciencia de Dios. En esta acepción llama S. Agustín a la Teología *de divinitate rationem sive sermonem*. De Civitate Dei, VIII. C. 1.

Objeto *primario* de la teología es Dios, su esencia y atributos; objeto *secundario* son las cosas creadas pero con *relación* a Dios como a su principio y fin, pues como dice Sto. Tomás, *Omnia pertractantur in sacra doctrina sub ratione Dei vel quia sunt ipse Deus, vel quia habent ordinem ad Deum ut ad principium et finem; unde sequitur quod Deus vere sit subjectum hujus scientiae*. I. Q. I. art. 7.

(2) La Teología toma sus principios de la verdad revelada y de ellos saca dialécticamente las conclusiones teológicas; sus principios son sobrenaturales, pero no ha de creerse por eso que tenga por objeto demostrar la existencia del orden sobrenatural. Este orden precede a la Teología y se demuestra en la Apologética, ciencia preliminar o *Propedéutica* de la Teología, la cual también recibe el nombre de Teología fundamental. Propio es de esta ciencia demostrar científicamente los fundamentos del Cristianismo, especialmente el hecho de la revelación y la autoridad de la Iglesia que es el órgano que la interpreta y enseña. No trata ni examina los dogmas de la fe sino los preámbulos de ella, sentando así las bases de la Dogmática católica. Difiere, sin embargo, de esta no solo por razón del objeto y del fin sino, muy principalmente, por la diversidad del principio de conocimiento. La Apologética se guía por la luz de la razón y toma sus argumentos de la filosofía y la historia; la Dogmática se dirige por la luz de la fe y prueba sus conclusiones por medio de la revelación. Cfr. Hettinger, *Teología fundamental*. Introd. pág. 18; Pesch, *Institutiones Propædænticae*, número 69.

momento en que se eclipsa su figura o se le despoja de la aureola de su divinidad.

El Verbo divino es la potencia operativa del Padre y el término de todas las cosas visibles e invisibles. Todo ha sido hecho por El (1), y por El subsisten todas las cosas (2). Nadie puede ir al Padre sino es por Cristo (3), ni hay salvación posible fuera de El (4). Hemós dicho que los principios teológicos son verdades reveladas o sobrenaturales y que el orden sobrenatural es en rigor el orden de la gracia. Pues bien; todo el orden de la gracia nace de Cristo, toda la economía presente de la redención reconoce en Cristo su origen y principio. Podemos muy bien sistematizar la Teología tomando a Jesús por centro del sistema.

La vida divina, que es la vida de la gracia, reside en la Trinidad como en su fuente y manantial purísimo, pero esta vida divina la comunica Dios al mundo por medio de Jesús. La Encarnación es por antonomasia la obra de Dios en la cual ha desplegado todas las riquezas de su Omnipotencia, de su Sabiduría y de su Amor. Cristo aparece en la tierra *lleno de gracia* y de *verdad* (5), pero las tres divinas personas concurren activamente a esa aparición maravillosa, el Padre decretando la misión al mundo de su divino Hijo, el Verbo asumiendo la naturaleza humana, y el Espíritu Santo formándola en el seno inmaculado de la Virgen María. Jesucristo viene a comunicar la vida divina a los hombres (6) y la comunica, en efecto, por medio de la Redención. Apenas muere en el Calvario comienza a vivir la humanidad con esa vida sobrenatural. Del costado abierto del Salvador

---

(1) *Omnia per ipsum facta sunt et sine ipso factum est nihil quod factum est.* Joan. I. 3.

(2) *Quoniam in ipso condita sunt universa in coelis et in terra, visibilia et invisibilia... omnia per ipsum et in ipso creata sunt. Et ipse est ante omnes et omnia in ipso constant.* Col. I, 16, 17.

(3) *Ego sum via et veritas et vita. Nemo venit ad Patrum nisi per me.* Joan. XIV. 6.

(4) *Et non est in alio aliquo salus. Nec enim aliud nomen est sub coelo datum hominibus in quo oporteat nos salvos fieri.* Act. IV. 12.

(5) *Plenum gratiae et veritatis.* Joan. I. 14.

(6) *Ego veni ut vitam habeant et abundantius habeant.* Joan. X. 10.

brota la Iglesia, que es una continuación del Cristo, depositaria infalible de sus celestiales doctrinas; los Sacramentos, que son las siete fuentes donde beben las almas el agua santificante de la gracia; los méritos infinitos de un Dios cuya aplicación, mediante las buenas obras, nos asegura la posesión de la eterna felicidad. Y de esa gracia comunicada por los sacramentos provienen las virtudes de los justos, la justificación del pecador, la glorificación de los elegidos, los dones y carismas del Espíritu Santo que nos elevan a la cumbre de la santidad y del heroísmo. La vida sobrenatural que habíamos perdido por el pecado de Adán, nos la ha restituido Cristo por medio de la *gracia*. Es, por lo tanto, Jesucristo autor del orden sobrenatural actual, causa meritoria de nuestra santificación, ejemplar de nuestra predestinación, y lazo teológico que estrecha en amoroso abrazo al Creador y a la criatura, a los hombres y a Dios.

Esta es la razón porque la Teología dogmática en el orden actual de la Providencia divina recibe sus principios de la revelación de Jesucristo. No discrepan en esta parte los libros del Antiguo de los del Nuevo Testamento; aquellos se completan y explican por estos, teniendo por objeto unos y otros revelar al mundo a Jesucristo, ese Mesías prometido que anuncian los Profetas y predicar por el mundo los Apóstoles (1).

Siendo la Encarnación el centro de ese vasto sistema teológico que admiramos en la Enciclopedia cristiana; recibiendo sus principios la Dogmática escolástica de la revelación de Jesucristo; y teniendo por objeto el teólogo estudiar y explicar los misterios y atributos divinos según se manifiestan por la luz de esa revelación, debemos emplear como medios poderosos de investigación teológica aquellas ciencias que de suyo están ordenadas

---

(1) El fin de la ley antigua, dice S. Pablo, era preparar el advenimiento de Cristo; *finis enim legis Christus*. (Rom. X. 4.) Los símbolos y figuras de Jesús abundan en el antiguo Testamento, 'pues toda la historia sagrada antigua no tiene otro objeto que transmitir la esperanza del Libertador futuro, avivando la promesa consignada en el protoevangelio del Génesis. (III. 15.) En Cristo termina la revelación y el progreso esencial del dogma, según aquello de S. Juan: *Omnia quaecumque audivi a patre meo, nota feci vobis*. (XV. 15.)

el conocimiento más claro y perfecto de ese misterio sublime, de esa persona adorable y de ese Dios tres veces santo. Tales son con relación a Jesús la teología mariana y la teología josefina partes de la Teología *cristiana* en sus dos fases cristológica y soteriológica.

María y José fueron las dos criaturas elegidas por Dios para ejecutar en la tierra el gran Sacramento de piedad, concebido en la mente divina antes de los tiempos. Sin ellos no se explica perfectamente esa obra maravillosa. Así como no podemos conocer a Dios sin conocer al Verbo divino, así no podemos conocer *plenamente* a Este sin conocer a sus padres unidos con El por vínculos indisolubles de parentesco y amistad. Y por lo mismo que fueron elevados a la altísima dignidad de padres del Cristo se les revistió de gracias singularísimas, de privilegios especiales como no registra otros la Mística divina. En primer lugar, María, de quien recibió el Verbo la naturaleza humana encarnándose en su virginales entrañas, por lo que llegó a tan excelso grado de perfección que confina en la misma divinidad (1). Sigue inmediatamente San José, pues estaba decretado que el Verbo se encarnara y naciera de una virgen *desposada*, de tal modo que ese Esposo fuese al mismo tiempo padre temporal del Cristo.

No es posible conocer plena y adecuadamente a Jesús sin conocer a José. Se aproximaba el día de la redención; la hora de la libertad había sonado para el hombre; el Hijo de Dios iba a descender del cielo para romper nuestras cadenas y redimirnos de nuestra esclavitud. Las criaturas debían preparar también los caminos del suspirado Mesías. Era preciso *introducir* en el mundo con decencia y honor al Verbo divino, *manifestarle* a los hombres con dignidad y gloria, *custodiarle* con solicitud y celo, proveyéndole de cuanto era humanamente menester para su existencia y conservación. Y todo esto lo hizo el bienaventurado José, quien por razón de esta misión nobilísima estuvo unido a Cristo más estrechamente que ningún otro hombre, participando de sus gracias y gloria, de su perfección y virtudes. San José, dice

---

(1) *María*, dice el Card. Cayetano, *ad fines divinitatis propria operatione attigit, dum Deum concepit, peperit, genuit, et lacte proprio pavit*. In. 2. 2ae art. 2. ad 2.

S. Bernardino de Sena, fué el hombre *especial* elegido por Dios para que por su medio y a su sombra entrase en el mundo *ordenada y honestamente* Nuestro Señor Jesucristo (1). Según esto, a S. José le corresponde en justicia un puesto distinguido en la Dogmática cristiana, ocupa un lugar privilegiado en la Teología católica. Es inseparable de Cristo y refleja en su alma los destellos y bellezas que esplenden en la persona augusta del Redentor. Vive en compañía de María y esta distinción le hace participe de los tesoros espirituales que posee la Madre de Dios. He aquí el objeto *formal* de la teología josefina, los dos gigantescos sillares que deben servir de cimiento al edificio de nuestros conocimientos relativos al gran Patriarca.

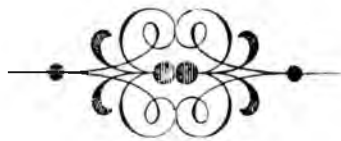
Claramente se insinúa con esto el método que debe adoptarse al estudiar dogmáticamente la persona de San José y sus eminentes perfecciones. Debe ser un método científico y teológico, no simplemente positivo y ascético, inspirado en las fuentes genuínas de la revelación, interpretada por el magisterio infalible de la Iglesia. En los últimos tiempos la teología josefina se ha desviado en gran parte de sus legítimos cauces. Muchos escritores, más atentos a satisfacer los sentimientos de su piedad particular que a exponer sinceramente las enseñanzas tradicionales sobre San José, han procedido *a priori*, o con un método exclusivamente positivo, sin penetrar en el sentido *crítico* de la tradición teológica. De aquí los muchos errores en que han caído, defendiendo como verdades josefinas lo que era pura invención de su ingenio privado. Tal procedimiento, lejos de honrar a San José, le perjudica en extremo, porque es causa de que se reciba con prevención cuanto redunde en su honor, amortiguando de este modo la devoción de los fieles y la piedad de los pueblos. No necesitan las obras divinas de la fantasía humana para ser debidamente conocidas y alabadas, ni es menester acudir a los pobres recursos de nuestra imaginación para apreciar las prerrogativas insignes del glorioso San José.

Por eso juzgamos oportuno recordar aquí las fuentes genuínas

---

(1) *Iste (Joseph) est homo electus et specialis per quem et a quo Christus est ordinate et honeste introductus in mundum.* De S. Joseph. Serm. art. 2.

y puras de la teología josefina que han de servirnos de norma segura y guía invariable en el discurso de esta obra, en el examen de las múltiples cuestiones que hemos de tratar relativas al Santo bendito.







## CAPITULO II

### Fuentes de la Teología josefina

El conocimiento de las fuentes de una ciencia es imprescindible para la exacta comprensión del objeto formal que ella tiene. La certeza de la ciencia, dice el Doctor Angélico, se funda en la certeza de sus principios (1), sin el estudio de los cuales no es posible dar un paso firme y seguro en nuestras investigaciones y discursos. Tratándose de cuestiones teológicas, como son las que hemos de ventilar en la presente obra, se impone también el conocimiento de los principios o fuentes que han de ser la base y premisas de nuestras conclusiones científicas, medio único de evitar los escollos del error, dando solidez y vigor a nuestros juicios. Las fuentes de la teología josefina son las mismas que las de la teología dogmática, o sea la Escritura y la Tradición. «Esta revelación sobrenatural, dice el Concilio Vaticano, según la fe de la Iglesia universal declarada por el Santo Concilio de Trento, se contiene en los libros escritos y en las tradiciones orales que, recibidas por los apóstoles de la misma boca de Cristo o dictadas por el Espíritu Santo a los mismos apóstoles, han llegado, de mano en mano, hasta nosotros» (2). No existe en la actual economía de nuestra redención otra fuente de revelación *pública*.

SAGRADA ESCRITURA.—Es la palabra de Dios escrita, contenida

(1) *De veritate*, Q. X. art. 1.

(2) Sess. III, cap. 2.

en los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, reconocidos canónicamente por nuestra Madre la Iglesia (1).

Si contienen estos libros la palabra divina, inútil es añadir que su autoridad es suma porque es la misma autoridad de Dios, incapaz de engañarse ni engañarnos. Para apreciar, no obstante, su valor en la teología dogmática y saber el uso que hemos de hacer de esa Escritura como fuente de revelación, debemos atender a los diversos sentidos que encierran sus palabras.

Estos son principalmente dos: el *literal* o histórico y el *espiritual* o místico. El primero se subdivide en *propio* y *metafórico*; el segundo en *alegórico*, *tropológico* y *anagógico* (2). No todos estos sentidos bíblicos son igualmente útiles al teólogo en la demostración de sus asertos. Constituyen prueba teológica: 1.º, el sentido *literal*, porque es verdadera palabra de Dios quien nos manifiesta de ese modo su mente y voluntad; 2.º, el sentido *espiritual* cuando lo conocemos con certeza, porque es también directamente inspirado por el Espíritu Santo y *de suyo* posee la misma fuerza probatoria que el sentido literal. Sin embargo, como no es evidente en sí mismo ni podemos conocer a simple vista si es realmente inspirado por Dios, debe probarse su existencia por algún otro testimonio literal de la Escritura o por la tradición. El sentido *acomodaticio* carece de eficacia en la argumentación teológica porque no lo inspira Dios, sino que es obra del ingenio humano. En vano se aducen a capricho testimonios de la Escritura si no tienen relación *objetiva* con la verdad que intentamos demostrar.

Pero la Sagrada Escritura es letra muerta y no pocos pasajes de ella oscuros y difíciles, lo cual es causa de que, dejada su

(1) La autenticidad, integridad e inspiración divina de los Libros Sagrados se demuestra por los exegetas y teólogos. Véanse entre otros Lamy, *Introductio in S. Scripturam*, P. I. cap. II y III; Cornely, *Historica et Critica Introductio in U. T. Libros sacros*, vol. I. pág. 19 y sig.; Vigouroux, *Manuel Biblique*, vol. I. n. 25 y sig.; Franzelin, *De divina Scriptura*, Thes. 18.; Billot, *De inspiratione S. Scripturae*, P. I. cap. I.; Valent. ab Assumptione, *Theologia Dogmatico Scholastica*, vol. I. Quaest. XXI.

(2) Cfr. Valent. ab Assumptione, *Theologia Dogmatico-Scholastica*. Vol. I. Q. XXI. art. VII.

interpretación al criterio personal de cada uno, se falsifique y mutile su sentido, sirviendo más bien de destrucción que de edificación a los fieles (1). De aquí la necesidad de un órgano de interpretación auténtica, de algún maestro infalible que declare dogmáticamente el sentido de las santas Escrituras. Ese órgano de interpretación no puede ser el espíritu *privado* de los protestantes, ni la razón *individual* de los racionalistas, ni el sentimiento *religioso* de los criticistas bíblicos modernos (2); no es otro que la autoridad de la Iglesia, maestra infalible de la verdad y oráculo auténtico de la revelación, a la cual pertenece por derecho propio, según expone el Concilio Vaticano, juzgar del verdadero sentido e interpretación de las Sagradas Escrituras en las cosas de fé y costumbres de tal modo que a nadie es lícito interpretar la sagrada Escritura contra este sentido o contra el unánime consentimiento de los Santos Padres (3). La misma regla de interpretación siguió S. Agustín. Yo no creería en el Evangelio, dice, si no me moviera la autoridad de la Iglesia (4).

CONCLUSIONES TEOLÓGICAS.—La Teología no se contenta con la

---

(1) Ya el Apóstol S. Pedro condena el espíritu *privado* en la interpretación de las Sagradas Escrituras e indica los males que de ahí se siguen entre los simples fieles. *In quibus sunt quædam*, habla de las Cartas de S. Pablo, *difficilia intellectu quæ indocti et instabiles depravant sicut et cæteras scripturas ad suam ipsorum perditionem* (II. Petr. III. 16). Por lo cual previene a los fieles contra los racionalistas de aquel tiempo que, sacudiendo el yugo de la autoridad legítima, se arrogaban el derecho de interpretar *privadamente* las Santas Escrituras. *Hoc primum intelligentes*, dice, *quod omnis prophetia Scripturae propria interpretatione non fit*, II. Petr. I 20.

(2) El criterio de interpretación dogmática debe ser ante todo veraz, infalible, objetivo, inalterable a los vaivenes y cambios del sujeto. Además, debe constituir una regla próxima de fe, regla universal para todos, sin excepción alguna, invariable y apta para dirimir toda clase de contiendas acerca de la interpretación bíblica. Ahora bien, ninguno de los tres criterios enunciados reúne esas condiciones. Todos ellos se fundan en la negación del orden sobrenatural, son falibles y puramente subjetivos. De aquí su fracaso y la división reinante entre los mismos racionalistas bíblicos. Unos con Lessing admiten la interpretación *alegórica*; otros con Paulus la *psicológica*; otros con Strauss la *mítica*; otros con Harnack la *crítica*. Cfr. Lepin, *Jesus Messie et fils de Dieu*, Introduc.

(3) Denzinger n. 1637.

(4) *Ego vero Evangelio non crederem nisi me Ecclesiae catholicae commoveret auctoritas*. *Contra epist. fundam.* f. c. 5.

simple profesión de las verdades reveladas como lo hace la fe, sino que, además, fundándose en el sentido literal de la Escritura deduce de esos principios nuevas conclusiones teológicas, con lo que ilustra notablemente el depósito de la revelación y comprueba al mismo tiempo muchas verdades filosóficas. Precisamente en esto resplandece el carácter *científico* de la teología, pues toda ciencia es un sistema de conclusiones demostradas por principios ciertos y de algún modo evidentes.

Es necesario distinguir con precisión y conocer perfectamente el valor de esas conclusiones teológicas; un error en esta materia nos lleva a consecuencias funestísimas en la teología josefina, como ha sucedido a algunos escritores contemporáneos que por aquí vinieron a caer en la sima del error.

Por conclusión teológica entendemos toda proposición deducida de dos premisas, la una formalmente revelada, la otra naturalmente cierta. Esta conclusión puede ser inclusiva o conexiva. Decimos *deducida* para significar que se trata de una verdad deducida por *verdadero* discurso, no por una simple exposición de las premisas, pues en este caso solo hay deducción en la *forma*, no en cuanto a la *materia* que está contenida ya en las premisas. La verdad de la conclusión teológica estricta es realmente distinta de la de sus dos premisas. Estas conclusiones teológicas son verdades *virtualmente* reveladas, como enseñan los teólogos (1).

No ha de confundirse lo *virtualmente* revelado con lo *implicitamente* revelado, pues son cosas muy distintas y de muy diverso valor en el orden dogmático. La conclusión *implicitamente* revelada se deriva de dos premisas reveladas, si no de una manera explícita, a lo menos en forma equivalente (2). Lo revelado implícito es *formalmente* revelado y por lo tanto se ha de creer con fe *divina*.

Por lo que toca al valor de las conclusiones teológicas no ca-

---

(1) Cfr. Del Val, *Sacra Theologia Dogmatica*, vol. I, n. 55.

(2) Sobre la naturaleza de estas proposiciones implícitamente reveladas y los diversos modos, según los cuales están contenidas en lo explícitamente revelado, cfr. Tanqueray, *Synopsis Theologiae Dogmaticae*, vol. I, n. 181. Del Val, l. c. n. 47.

be duda que son objeto de *fe católica*, y por lo mismo pueden ser infaliblemente definidas por la Iglesia. Esta ha recibido de su divino Fundador la potestad de proponer y definir de una manera auténtica e infalible todas aquellas verdades que, aunque no estén reveladas, se requieren para custodiar íntegramente, explicar debidamente y defender eficazmente el depósito de la revelación. (1) Ahora bien; las conclusiones teológicas están íntimamente unidas a las verdades de fe, conexas lógicamente con ellas; y por lo mismo, la Iglesia puede definir las infaliblemente y proscribir los errores opuestos contradictoriamente a ellas.

No consta con la misma certeza si las conclusiones teológicas son objeto de *fe divina*. Así opinaron algunos teólogos, pero como el motivo formal en este género de verdades no es *única-mente* la autoridad de Dios, como sucede en las verdades *formalmente* reveladas, no parece claro ese grado de certeza que a las segundas conviene, aunque si se trata de conclusiones *lógicamente necesarias*, no hay inconveniente en creerlas con *fe divina*.

TRADICIÓN DIVINA.—La tradición divina no solo es fuente auténtica y genuina de la revelación cristiana, sino que es para nosotros más necesaria e importante aún que la misma Escritura. Es superior a esta en antigüedad, amplitud y utilidad, como que fué el medio ordinario prescrito por Jesucristo para la propagación de su Evangelio.

Nuestro adorable Salvador enseñó de palabra sus doctrinas; lo mismo hicieron los Apóstoles cumpliendo el mandato del Señor, que les dijo: *Id, enseñad a todas las gentes... predicad el Evangelio a toda criatura* (2). Si algún Apóstol escribió sus predicaciones y discursos, fué debido a circunstancias particulares, nunca obedeció a exigencias de su apostolado. De aquí la estima grande que ellos tenían de la tradición divina, sus exhorta-

---

(1) Así todos los teólogos. Véanse, entre otros, Franzelin, *De Traditione*, Thes. 12; Groot, *Summa Apologetica de Ecclesia Christi*, Q. IX, art. 2; Herrmann, *Institutiones Dogmaticae*, vol. I, n. 253; Billot, *De Ecclesia Christi*, Thes. XVII; Wilmers, *De Christi Ecclesia*, n. 274 y sig.

(2) Matth. XXVIII, 19-20.

ciones a los fieles para que la conserven pura e íntegra, sin alterarla con vanos sofismas o privadas interpretaciones. *Guarda el depósito*, dice S. Pablo a su discípulo Timoteo, *evitando las novedades profanas y las oposiciones de la falsa ciencia* (1). *Conservad las tradiciones que habéis aprendido* (2). Se expresa así porque esta palabra hablada es realmente palabra de Dios. *Cuando oyéndonos a nosotros, recibisteis la palabra de Dios, la recibisteis, no como palabra humana, sino como lo que realmente es, palabra de Dios* (3). La tradición es, por lo tanto, una regla de fe: 1.º más antigua que la Escritura; 2.º más amplia, puesto que enseña verdades que no se hallan consignadas en la Biblia; 3.º más útil y necesaria, pues sin la tradición no se conoce ni se explica la Escritura. En cambio la tradición no necesita de la Escritura y basta ella sola para conocer la revelación divina. Por consiguiente, no importa que la Escritura nada diga sobre una verdad que la tradición afirma, ni hemos de negar a San José un privilegio porque no se halle consignado en aquella. Si la tradición, revestida de las debidas condiciones para que sea criterio de fe, así lo dice, basta su autoridad para creerlo.

Sin embargo, así como la Escritura necesita de un órgano auténtico de interpretación, así la Tradición necesita también de un órgano infalible que la conserve y trasmita pura y sin mancha de error. Este órgano no es otro que el magisterio vivo de la Iglesia, *solemne* u *ordinario*, pues de ambos modos puede ejercerse poseyendo siempre la misma autoridad (4). Preciso es, por lo tanto, depurar el testimonio de la tradición, según las reglas de interpretación dadas por la Iglesia, porque, aunque la tradi-

(1) *Depositum custodi debitans prophanas vocum novitates et oppositiones falsi nominis scientiae*. I. Tim. VI, 20.

(2) *Tenete traditiones quas didicistis*. II. Thes. II, 15.

(3) *Cum accepissetis a nobis verbum auditus Dei accepistis illud non ut verbum hominum sed sicut vere est verbum Dei*. I. Thes. II, 14.

(4) Así lo afirma expresamente el Concilio Vaticano con estas palabras: *Porro fide divina et catholica ea omnia credenda sunt quae in verbo Dei scripto vel tradito continentur, et ab Ecclesia, sive solemni iudicio, sive ordinario et universali magisterio, tamquam divinitus revelata credenda proponuntur*. Sess. III, cap. III. De Fide.

ción determina y precisa el sentido de la Escritura, su autoridad definitiva depende de la aprobación suprema de la Iglesia.

La Iglesia ejerce *solemnemente* su magisterio en la proposición de definiciones dogmáticas y símbolos de fe; su magisterio *ordinario* lo ejerce por la predicación constante de sus Prelados, por la práctica de su liturgia y también por la enseñanza de los Padres y teólogos (1). Los Obispos cumplen maravillosamente su misión docente por medio de los catecismos que publican, de las instrucciones sinodales y Cartas pastorales dirigidas a la grey cristiana en las cuales exponen la doctrina católica que deben creer y los preceptos que deben observar para conseguir su eterna salvación. Por lo que toca a la liturgia, ésta constituirá criterio de fe cuando sus prácticas o formularios tengan *relación* con el dogma y hayan sido *universalmente* aceptadas por los fieles. Si se trata de un simple hecho histórico, o de alguna devoción o práctica puramente *local* o *regional*, ningún valor tiene para la argumentación teológica. Por la misma razón, la autoridad de los Padres y Escolásticos constituye argumento teológico *cierto*, cuando su testimonio a favor de una verdad es unánime siquiera moralmente, claro y definido, relativo además a materias de fe y costumbres. Si el testimonio no es unánime, o se trata de cuestiones puramente *científicas*, valdrá su autoridad lo que valgan las razones por ellos aducidas. En tal caso, pueden muy bien equivocarse y nadie está obligado a seguir su parecer.

REVELACIONES PRIVADAS.—Tales son las que Dios hace a alguna persona particular para utilidad privada de los fieles. Estas revelaciones deben creerse con fe *divina* por aquellos a quienes *directamente* se dirigen, siempre que existan motivos evidentes de su credibilidad, dice Franzelin (2); no en el caso contrario, porque la fe divina siempre debe ser racional y justa. La comunidad de los fieles ninguna obligación tiene de asentir a semejantes revelaciones, ni aun en el caso de que hayan sido aprobadas por la

---

(1) Sobre los órganos de la tradición véanse Billot, *De Immutabilitate Traditionis*, cap. I.; Pesch, *Praelectiones Dogmaticae*, vol. I. n. 571; Groot, *Summa Apologetica de Ecclesia Christi*, Q. XIX; Tanqueray, *Synopsis Theologiae Dogmaticae*, vol. I, n. 961; Perrone, *Praelectiones Theologicae*, vol. I. n. 271.

(2) *De Traditione*. Thes. 22.

Iglesia. Esta aprobación, dice Benedicto XIV, es meramente permisiva, tiene por objeto declarar que nada hay en ellas contrario a la fe y buenas costumbres, pero no aumenta su valor ni es prueba de que sean veraces y auténticas (1). Dígase lo mismo de las apariciones de la Virgen o Santos verificadas, según cuentan, en diversos lugares. Así lo declaró la Sagrada Congregación de Ritos en 12 de Mayo de 1877 (2). No merecen otra fe que la humana, según las reglas de la prudencia y el valor de las pruebas naturales. Y si no merecen ningún asentimiento teológico, menos podrán aducirse como argumentos *ciertos* en teología.

Nos admira el candor de no pocos autores josefinos que para vindicar los privilegios del Santo acuden a las revelaciones *privadas*, (Santa Brígida, Madre Agreda, etc.) como si fuesen estas pruebas decisivas en la cuestión que se ventila. No es este el criterio de la Iglesia ni el camino que debemos seguir para esclarecer la verdad. Muy al contrario, la Iglesia nos previene contra esas revelaciones para que no seamos inducidos a error. Y con muy buen acuerdo, pues la historia atestigua el peligro que encierran esas revelaciones, dando ocasión a que se crea revelado por Dios lo que solo es producto de la sugestión diabólica o fruto de engañosas ilusiones. *No queráis creer a todo espíritu*, dice S. Juan, *probad si los espíritus son de Dios, porque muchos falsos profetas se han levantado en el mundo* (3). Y si esto lo decía ya en su tiempo el Santo Evangelista, ¿qué no hubiera dicho si hubiera vivido en nuestra época? En la teología mística como en la dogmática el camino más seguro es guiarse por la autoridad de la Iglesia siguiendo las normas por ella trazadas, para discernir los verdaderos de los falsos espíritus, las verdaderas de las falsas revelaciones.

Estas eran las advertencias que juzgamos prudente anticipar como necesarias para el esclarecimiento de no pocos problemas que han de agitarse en la presente obra.

(1) *De Servorum Dei beatificatione*, lib. II. c. 32.

(2) *Ejusmodi apparitiones seu revelationes neque approbatas neque damnatas ab A. Sede fuisse, sed tantum permissas, tamquam pie credendas fide solum humana juxta traditionem quam ferunt idoneis etiam testimoniis ac monumentis confirmantur.*

(3) *Nolite omni spiritui credere; probate spiritus si ex Deo sint quoniam multi pseudo prophetae exierunt in mundum.* I. Joan. IV. 1.





### — CAPITULO III

#### **S. José y el Verbo Encarnado**

No es posible hablar de S. José ni conocer perfectamente el puesto que le corresponde en la historia, sin determinar antes las relaciones que le unen con el Hijo de Dios encarnado. Es tan íntima y transcendental la afinidad que existe entre ambos términos que constituye por sí sola el punto capital de la vida del Santo, la fuente de todas sus grandezas y virtudes. Si el grado de comunión con Dios indica claramente la santidad de un alma y los honores que en concepto de tal deben tributársele, este rasgo general de los santos reviste caracteres especiales en S. José, debido a la misión extraordinaria que le fué confiada, a la dignidad eminente de su persona augusta. Para proceder con orden lógico en la enumeración de las glorias josefinas y examinar exactamente el valor intrínseco que encierran, debemos comenzar por describir su origen, abriendo así camino para comprender su naturaleza y sus efectos que tan saludable influjo han producido en la santificación de los hombres.

¡Y qué ancho campo se presenta aquí a la investigación de los sabios cristianos! ¡Qué tesoros tan preciosos se ocultan en ese abismo de bellezas sobrehumanas! La salvación del mundo por Jesús de Nazareth no solo es en sí misma un misterio inefable,

motivo de alabanza y gratitud para con un Dios locamente enamorado de sus criaturas; es también para el creyente un recurso fecundo de serias reflexiones, manantial de gracias para el santo, foco de inspiración para el artista, océano de luz donde han bebido los sabios sus más hermosas y sublimes concepciones. La Encarnación del Verbo es la obra más admirable concebida por Dios en la eternidad y realizada en el tiempo; es la obra suprema de la Omnipotencia y Sabiduría divinas, la más culminante en la historia del hombre, al rededor de la cual giran el mundo antiguo y el moderno. La teología y la ciencia, el orden natural y el sobrenatural se nutren de su savia, débennle la vida en sus variadas fases, en sus múltiples manifestaciones.

S. Juan nos ha descrito con pinceladas mágicas esa obra incomprendible, efusión definitiva de la Bondad divina. Recojamos los sentidos y oigámosle con reverencia:

«En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.

El estaba en el principio en Dios.

Por El fueron hechas todas las cosas, y sin El no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas.

En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y esta luz resplandece en tinieblas y las tinieblas no la han recibido.

Hubo un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan.

Este vino como testigo para dar testimonio de la luz a fin de que por medio de él todos creyesen.

No era él la luz, sino enviado para dar testimonio de la luz.

Era (el Verbo) la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo.

En el mundo estaba, y el mundo fué por El hecho y el mundo no le conoció.

Vino a su propia casa y los suyos no le recibieron.

Pero a todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles poder de llegar a ser hijos de Dios; los cuales no nacen de la sangre, ni de la voluntad de la carne, sino que nacen de Dios.

Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros; y nosotros

hemos visto su gloria, gloria cual el unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad (1).»

¡Prólogo grandioso de un libro inmortal que será eternamente la admiración de los hombres! No en vano había descansado S. Juan sobre el costado de Cristo sintiendo las palpitaciones de aquel Corazón sagrado que al refulgir en su mirada profética revelaba los arcanos de la Divinidad.

## I

### — GRANDEZAS DEL VERBO

*En el principio era el Verbo.* Dios vida absoluta, actividad substancial, pensó y amó *ab aeterno* produciendo dentro de sí mismo relaciones subsistentes, relaciones de pensamiento y amor, que coexisten con El en identidad de substancia. El Verbo es la concepción, el término del pensamiento divino engendrado por el Padre, y, por lo tanto, consubstancial y coeterno con El.

*Y el Verbo era Dios.* Al entenderse Dios a sí mismo se repite y produce El mismo por una verdadera generación, pues siendo en Dios el entender la misma substancia del Ser inteligente, es también su Verbo una realidad viva, una persona, distinguiéndose así del hombre en quien el Verbo es mero producto lógico, forma accidental e imagen pálida de la realidad inteligible (2). Y como el Verbo procede del entendimiento divino por generación substancial, se llama también, aunque con menos propiedad teológica, Hijo de Dios. Luego el Verbo era Dios y era distinto de El, no por diferencia esencial sino por la subsistencia hipostática; lo cual indica el Evangelista, cuando dice que el Verbo estaba en Dios, *et Verbum erat apud Deum*, esto es, al lado de Dios como persona distinta, pero persona divina, puesto que el *Verbo era Dios*.

*El estaba en el principio en Dios.* Antes de los siglos, antes de

---

(1) I. 1-14.

(2) Véase Santo Tomás. I. Q. XXVII. art. 2.

la creación, *era el Verbo*; no hubo un tiempo en que no fuera, no pudo haberlo. Porque Dios no puede existir sin su palabra interior, emanación necesaria de su esencia infinita que es el ejemplar *fundamental* de todas las razones y pensamientos creados. Era la luz divina, luz subsistente cuyo brillo refulge entre los pliegues de la eternidad. «El Señor me poseyó en el principio de sus caminos,» dicen los Proverbios hablando de ese Verbo. «Cuando El aun no había creado cosa alguna yo existía ya; estaba presente cuando preparaba los cielos, con El estaba arreglándolo todo (1)». El Verbo es, por consiguiente, Dios de Dios, Dios en Dios, subsistente en Dios y eterno como Dios.

Así como el Padre es el principio generador del Hijo, así el Verbo, sabiduría del Padre, es el principio creador del mundo, de todas las cosas que en el tiempo han sido. *Por Él fueron hechas todas las cosas y sin Él no se ha hecho cosa alguna*. La substancia pensadora del alma es el principio de nuestro pensamiento y este a su vez principio de las obras que a lo exterior realizamos, conforme al modelo concebido en la mente. Y si aun en el hombre es la idea agente invisible del acto y la forma intelectual principio determinante de las operaciones sensibles, de un modo eminente se verifica esto en Dios, cuyo ser y conocer son idénticos, y cuya actividad de tal manera se ejerce entendiendo que no sólo la relación intelectual ocupa el primer lugar en sus operaciones *ad intra*, sino que también determina sus operaciones *ad extra*, siendo su Idea causa *eficaz* de las cosas, cuyo último modelo se encuentra en aquel Verbo divino, arquetipo eterno de lo existente, cuyas irradiaciones luminosas al reflejarse en el hombre le convierten en imagen de Dios.

Por algo dijo el Sabio que la sabiduría es *el artífice de todas las cosas* (2); es la palabra eterna de la Divinidad, principio de todos los seres, motor universal que los conserva y dirige a sus fines. «Yo salí de la boca del Altísimo, engendrada primero que existiese criatura alguna. Yo hice nacer la luz indeficiente, y como con una niebla cubrí toda la tierra. En los altísimos cielos

(1) *Prov.* VIII, 22.

(2) *Sapientia omnium artifex.* (*Sap.* VII, 2).

puse yo mi morada, y mi trono sobre una columna de nubes. Yo sola hice todo el giro del cielo, y penetré por lo profundo del abismo, me paseé por entre las olas del mar, y puse mis piés en todas las partes de la tierra, y en todos los pueblos, en todas las naciones tuve yo el supremo dominio. Yo sujeté con mi poder los corazones de todos, grandes y pequeños, y en todos ellos busqué donde posar, y en la heredad del Señor fijé mi morada (1)».

Bien pudo decir S. Juan, hablando de esa sabiduría o Verbo que *todo fué hecho por Él; omnia per Ipsum facta sunt*, y escribir, S. Pablo que *por Él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles* (2), no porque sea causa instrumental del Padre o ministerial del mismo, hipótesis incompatible con la identidad de substancia que a entrambos compete, sino porque engendrado en su seno recibió con la esencia divina su mismo poder y perfección.

Ni se detiene aquí la virtualidad prodigiosa de ese Verbo infinito. Idea de Dios, causa ejemplar de todo, es también la potencia operativa del Padre, causa eficiente de la creación. *Per quem fecit et saecula* (3). Y como Dios es la vida substancial y eterna, todas las cosas, aun las inanimadas, viven en el Verbo de una manera más verdadera y real que en sí mismas. Son allí inteligibles, inmutables, eternas; son aquí en su existencia actual imperfectas, temporales, variables; son vida en el Verbo, muerte fuera de El. *In Ipso vita erat*. En el Verbo todo es vida, porque todo es allí sabiduría, orden, inteligencia y luz. *Et vita erat lux hominum*. De esa luz que brilla perennemente en el cielo de la Esencia increada provienen la razón angélica y la razón humana, que son destellos divinos, participaciones de aquella Razón suprema en la cual están contenidas las razones de todas las cosas.

Pero no sólo principio, también es fin de la creación ese Verbo admirable que todo lo llena y explica. Por El y para El fué

---

(1) Eecli. XXIV, 5-12.

(2) Col. I. 16.

(3) Hebr. I, 2.

formado el universo que es como un libro grandioso donde ha hecho ostentación de sus magnificencias soberanas a fin de atraer a los hombres al culto del Hacedor supremo. Yo soy el principio y el fin (1), el principio que os habla, el término de vuestras aspiraciones (2). *Propter quem omnia*, como dice S. Pablo (3). El Verbo es, por lo tanto, el centro de los cielos y la tierra; por El subsiste el universo y a El se ordenan y dirigen todas las cosas. Verdaderamente es el cimiento del mundo, el eje en torno del cual gira la naturaleza. *Omnia in ipso constant* (4).

## II

### CONVENIENCIA DE LA ENCARNACIÓN

Sin embargo, no bastaba esto. La gloria de Dios y su Verbo era incompleta en la creación, exigía un homenaje de alabanza más efusiva y entusiasta. Notas y sonidos, luces y colores, todo en la naturaleza rivaliza, es cierto, en pregonar la gloria de Dios (5), pero este cántico queda incompleto por su inconsciencia misma; los labios del hombre, las alabanzas del ángel convertían en armonía viva el eco insensible de los seres inanimados, mas esos homenajes no eran dignos de la Majestad divina que requiere actos más perfectos de adoración y amor. Dios y el hombre, dice Buathier, coincidiendo en el amor bajo el follaje del paraíso, no bastan para satisfacer nuestro ideal; necesitamos al Hombre-Díos, necesitamos a Jesús, al Maestro adorado, sin el cual nada es perfecto para nuestros ojos (6). La Sabiduría y el Poder divino habían brillado en el Verbo, modelando el curso de los astros, dando vida y movimiento a los seres terrestres; era menester, no obstante, que otro de los grandes atributos divinos,

---

(1) Apoc. I, 8.

(2) Joan. VIII, 25.

(3) Hebr. II, 10.

(4) Col. I, 17.

(5) *Coeli enarrant gloriam Dei*. Ps. XVIII, 1.

(6) «El Sacrificio en el dogma católico y en la vida cristiana», pág. 37.

el Amor, se revelara al mundo con una efusión definitiva, agotando las riquezas inmensas que atesora en favor de las criaturas. Al Verbo en Dios, Creador de los mundos, debía seguir el Verbo salido de Dios, Redentor de los hombres, para glorificarlos y salvarlos. De este modo resaltaba en toda su deslumbrante esplendidez la grandeza de la Divinidad; de este modo el Plan divino descubría su perfección ordenando sus dos grandes acciones, la Creación y la Encarnación, a la manifestación de su gloria, de manera que esta última resumiese la Sabiduría, el Poder y Amor divinos. *Et Verbum caro factum est.* Y el Verbo se hizo carne. Este Verbo encarnado se llama Jesucristo. Es Rey y Profeta, Mediador y Pontífice, Legislador y Mesías, verdadero Dios.

La Encarnación es el dogma central del Cristianismo, el fin del Universo visible e invisible, de la creación entera. Y sin disputa alguna la obra máxima de la Divinidad, la manifestación suprema de sus adorables perfecciones. Los ángeles y los hombres, los animales y las plantas, la materia bruta, existen por El y para El, única razón de su existencia.

Dios y el hombre reclamaban, digámoslo así, esa obra verdaderamente incomprensible e incomparable; razones poderosas nos inducen a creer en la necesidad de ese Plan divino, insuperable en su concepción y realización histórica.

Reclamábalo Dios. Todas las cosas reflejan de alguna manera la esencia divina; esta esencia puede ser imitada indefinidamente sin que las semejanzas, por mucho que se multipliquen y aumenten, dejen de ser otra cosa que pálidos destellos, copias borrosas e imperfectas del original. El bien es de suyo difusivo, Dios tiende a comunicarse; y como su bondad y gloria no pueden reflejarse adecuadamente en la variedad de los seres creados, no queda otro medio para lograr esa reproducción perfecta que la comunicación de Sí mismo, uniendo en Sí todas las cosas. Y como es el hombre quien concentra las propiedades de los seres, la naturaleza que enlaza los atributos del espíritu y de la materia, uniéndose con el hombre se unía eminentemente con todo el Universo, resumiendo en Sí todas las naturalezas creadas.

Reclamábalo el hombre. El ser, la substancia para alcanzar su perfección necesita refluir por el mismo camino que ha traído

al manantial de donde proviene. El hombre creado a imagen de Dios, que es el Verbo, se refiere a Este en virtud de su origen; pero pecó, y al separarse de Dios por el pecado se alejó de su fin, quedando impotente para reintegrarse al estado sobrenatural en que fué constituido. Y como el muerto nada puede para recobrar la vida, y lo finito carece de virtud suficiente para satisfacer una deuda infinita (1), no podía el hombre por sus propias fuerzas remontarse hasta Dios, límite de su perfectibilidad y fin último de sus aspiraciones. Necesitaba para esto de un medio divino capaz de salvar ese abismo infranqueable, y ese medio no es otro que el Verbo, pues así como la naturaleza intelectual procedía de Dios Padre por el Verbo, así también por el mismo Verbo debía retornar a El. La naturaleza visible, dice Bossuet, no podía amar, y por tanto necesitaba de un mediador para volver a Dios. Era preciso darle un mediador tan amante de Dios como amable es Dios, que adorase a Dios cuanto Dios es adorable, a fin de que en El y por El pudiésemos rendir a Dios, nuestro Padre, homenaje, culto, adoración y amor, *dignos* de Dios (2). Este Mediador es Jesucristo quien, al asumir la naturaleza humana, acepta libremente el oficio de Pontífice, *reconciliando* al hombre con Dios, *pacificando* con su sangre los cielos y la tierra (3).....

La Creación y la Encarnación son las dos obras maestras de la Omnipotencia divina, pero la Encarnación es la obra por excelencia de Dios hasta tal punto que un célebre apoloquista de nuestros días ha sacado de ella una nueva prueba filosófica de la divinidad de Jesucristo. «Entre un Dios, dice, creador, conservador, y que concurre como causa primera a la acción de las causas segundas y que las gobierna con su Providencia para que se dirijan al cumplimiento de sus destinos, enlazados todos en una escala gerárquica ascendente, de que El es la suprema unidad final, y un Dios que se apiada del hombre, que asume su na-

---

(1) Santo Tomás. *Sum. Theol.* P. III. Q. I. art. II.

(2) Segundo Sermón para la fiesta de la Anunciación, punto 3.º

(3) *Per eum reconciliare omnia in ipsum, pacificans per sanguinem crucis ejus sive quae in terris, sive quae in coelis sunt.* (Col. I. 20.)



turalidad y la une hipostáticamente a Sí, haciéndola subsistir en su Divinidad, no solo para redimirle y darle los medios de elevarse, si quiere, hasta El, sino para glorificar la Creación entera; es decir, entre un Dios *solo* Creador y Providente y un Dios, *además Redentor*, hay una diferencia tan grande, que si Jesucristo no es Dios, ha concebido un plan más vasto que el que Dios había decretado para que se realizase en el tiempo» (1). Por medio de la Encarnación se *restauran* todas las cosas en Cristo (2), así como antes fueron creadas por El, quedando constituido en virtud de ella *Primogénito de las criaturas* (3), *Rey inmortal* de los siglos (4), *Cabeza* de los ángeles y de los hombres (5), de toda la Creación; *Caput, Christus* (6).

¡Qué orden tan admirable! ¡Cuánta grandeza incomprensible! El Verbo, como Dios, es causa de todas las cosas *por quien* fueron hechas; el Verbo como hombre, es el fin de todas las cosas *para quien* fueron hechas; el Verbo, como Dios-Hombre, es el fundamento y cumbre *en quien* se consuman y deifican. *Per quem omnia, propter quem omnia, in quo omnia*. ¡He ahí la gran síntesis divina que jamás podremos comprender! Síntesis de luz, de poder, de vida, de amor. Con cuánta razón afirmaba el Apóstol que era grande el sacramento de piedad, en que Dios se ha manifestado en carne, ha sido justificado en espíritu, se apareció a los ángeles, ha sido predicado a los gentiles, creído en el mundo y recibido en gloria (7).

Si la obra de la Encarnación era el fin del universo de modo que todo ese conjunto de estupendas maravillas no tenía otro

---

(1) Mella, *El Correo Español*, 9 de Abril de 1914.

(2) *Instaurare omnia in Christo, quae in coelis et quae in terra sunt, in ipso.* (Ephes. I, 10).

(3) *Primogenitus omnis creaturae.* (Col. I, 15).

(4) *Regi autem saeculorum immortalis.* (I. Tim. I, 17).

(5) *Qui est caput omnis principatus et potestatis.... Caput supra omnem Ecclesiam, quae est corpus ipsius.* (Col. II, 10; Ephes. I, 22).

(6) Ephes. IV, 15.

(7) *Magnum pietatis sacramentum, quod manifestatum est in carne, justificatum est in spiritu, apparuit angelis, praedicatum est gentibus, creditum est in mundo, assumptum est in gloria.* (I. Tim. III, 16).

objeto que servir de escabel al Hijo de Dios vivo; si la primera mira de la Creación, según Faber (1), tal como estaba en la inteligencia de Dios, fué la de una naturaleza creada unida a la naturaleza increada en la persona divina, resulta lógico que ese misterio se revelara al hombre ya desde el principio, ocupando lugar preeminente no solo en la mente divina generadora del orden que esplende en los seres, sino también en la historia humana, cuyo centro radicaba en Cristo, Redentor del mundo.

Así sucedió en efecto. El Protoevangelio nos habla ya del Salvador futuro, y su esperanza palpita vigorosa en las generaciones antiguas que preparan su venida con una porción de acontecimientos inefables. No es esto solo; aun antes del pecado, en el estado de inocencia, le fué revelado al primer hombre, como escribe Sto. Tomás, el misterio de la Encarnación (2). Esta revelación no implicaba en Adán un conocimiento del Verbo encarnado como Redentor, pero sí como Glorificador que ofrecería a Dios en nombre de la creación un homenaje infinito. En consecuencia, la luz del Cristo irradia ya entre las frondas del Edén, ilumina los sacrificios del Testamento antiguo; su Nombre resuena en los sollozos de la humanidad desterrada, late su Corazón en las plegarias del pueblo de Dios. Y es el Verbo quien se aparece a los Patriarcas, inspira a los Profetas y habla a los caudillos de Israel, prefigurándose en las ceremonias del templo y en los hechos de las tribus para disponer así su aparición final que realiza en la plenitud de los tiempos, cuando el cetro de Judá ha pasado a un extranjero. *Y el Verbo se hizo carne*. Nace en Belén, pero existe desde toda la eternidad; *egressus ejus a diebus aeternitatis*; predica en Judea, pero su palabra divina, vida del Eterno, había sido oída antes en el fondo de las revelaciones mosáicas; cura a los enfermos y resucita a los muertos, cuando hacia tiempo que consolaba a los tristes de Babilonia y calmaba los ayes del Patriarca idumeo. Predicó, dice Faber, antes del diluvio, derramó su bendición sobre la tienda de los patriarcas, distribuyó gracias, salvó almas, y operó milagros en el judaísmo

---

(1) *Belen.* pág. 28.

(2) II, II.<sup>ae</sup> Q. II. art. 8.

y en la gentilidad (1). Jesucristo, dice también S. Pablo, era ayer, es hoy, y será en todos los siglos (2).

La virtud del Verbo humanado actúa en la humanidad desde su mismo origen. Si enjugan su llanto, después de la caída, nuestros primeros padres, es porque han oído la voz del Eterno que les promete un Redentor, el cual les libraré de la culpa y de la muerte (3). Si elige Dios a Abraham colmándole de bendiciones y gracias, es porque ve en él al padre de aquel pueblo que daría a luz al Mesías prometido (4). Si prefiere entre sus descendientes al valeroso Jacob y le asegura que serían benditas en él y en su descendencia todas las tribus de la tierra, debe atribuirse a que, según los divinos oráculos, de su sangre había de nacer el Deseado de las gentes (5). Si se vale de Moisés para salvar milagrosamente del yugo de Faraón al pueblo escogido, y canta por David las glorias del Cristo, y una serie no interrumpida de Videntes predice sus triunfos y conquistas, es para recordar a los hombres la promesa del paraíso y hacerles ver que llegaría un día en el que se haría hombre a impulsos de un amor infinito, para satisfacer a la justicia divina y borrar así el decreto de nuestra condenación escrito por la desobediencia adamítica en la frente de todos los mortales (6). Los cuatro mil años que preceden a la rehabilitación del género humano están sembrados de figuras proféticas, de símbolos divinos que tienen por término la persona adorable del Redentor. El origen, la tribu, el carácter y los oficios del Cristo están minuciosamente descritos; el lugar, tiempo y circunstancias de la Encarnación se anuncian de antemano con precisión matemática; no tiene otro objeto la ley mosaica, *finis enim legis Christus* (7), ni obedece a otro fin la existencia del pueblo judío.

Véase con cuanta razón afirmábamos que todo se refiere y

---

(1) *Belen*, pág. 21.

(2) *Jesus Christus heri et hodie; ipse et in saecula.* (Hebr. XIII, 8).

(3) *Gen.* III, 15.

(4) *Ib.* XII, 1.

(5) *Ib.* XXVIII, 14.

(6) *Luc.* XXIV, 44; *Joan.* V, 46.

(7) *Rom.* X, 4.

reduce a Cristo, eje de los siglos, y que el misterio de la Encarnación es el misterio de los misterios, compendio de los dogmas, principio y coronamiento de todas las verdades que enseña el Cristianismo.

### III

#### PROVIDENCIA DE DIOS EN LA ENCARNACIÓN DEL VERBO

No terminan aquí las maravillas de Dios ni se agota con esto el poder que ha revelado en el modo de efectuar la redención del hombre. La magnitud del Plan divino resalta extraordinariamente en su concepción y anunciación profética; pero supera todos los cálculos, anonada y confunde su realización histórica. Libre como es Dios para manifestarse al hombre y señalarle en el orden natural los medios más convenientes a la consecución de su fin, ha demostrado serlo también en el orden sobrenatural, descubriéndonos las trazas inefables de su sabiduría y de su amor.

Aunque Dios sea omnipotente e infinito, y pueda, por lo tanto, regir y gobernar por sí mismo el mundo existente e infinitos mundos que creara, sabido es que ha querido compartir con los hombres el gobierno de las cosas; se vale de los agentes creados para dirigir hacia su fin las criaturas, indicando de este modo cuán grande es su bondad esencialmente difusiva y benéfica. Las causas segundas concurren con su acción al mantenimiento del orden que reina en la naturaleza, y esto en virtud de las facultades recibidas de Dios, lo cual, lejos de argüir algún defecto en la Causa primera o ser indecoroso a la Majestad soberana, confirma sus atributos, ya que no es por carencia de poder sino por exceso de bondad por lo que se mueve a decretar esta intervención de la criatura en el regimen del universo.

Esta amorosa Providencia de Dios que convierte al hombre en instrumento de sus grandiosos designios, resplandece más brillantemente en el orden de la gracia, en el Plan divino de la Encarnación.

Ante todo dejemos sentado como verdad inconcusa y fundamental que no era necesaria la Encarnación del Verbo para redimir al hombre. Aun supuesta la culpa, Dios hubiera podido levantar al hombre de su estado por modo distinto. Libre era para usar con él del derecho de indulto, o inclinarse hacia el culpable infundiéndole la gracia del arrepentimiento, devolviéndole los dones perdidos. Pero no obró así; quiso dar libre curso a la justicia exigiendo una reparación equivalente al ultraje y un mérito equivalente a la gracia; y admitida esta hipótesis, no quedaba otro recurso que la redención por una persona divina, por el Verbo encarnado.

De la misma manera, supuesto el misterio, la voluntad en Dios de encarnarse para restaurar de este modo la naturaleza caída, pudo elegir otro medio de hacerlo, distinto del que adoptó Jesucristo. Pudo unirse a la creación entera, asumiendo todas las naturalezas terrestres; mas prefirió tomar solamente la naturaleza humana, haciéndose El mismo hombre en su persona divina para que todos los hombres fuesen hechos hijos adoptivos de Dios. Establecido esto, podía el Padre Eterno, dice S. Francisco de Sales, formar de muchas maneras la humanidad de su Hijo, haciéndole verdadero hombre; como, por ejemplo, creándole de la nada lo mismo en cuanto al alma que en cuanto al cuerpo; o bien, formando el cuerpo de alguna materia preexistente, como los de Adán y Eva; o ya por generación ordinaria de hombre y mujer; o en fin, por generación extraordinaria de mujer sin concurso humano; y de esta última guisa determinó formarle (1). Esta mujer privilegiada en cuyo seno tomó carne mortal el Hijo de Dios, fué María. Y el varón destinado a cooperar con María en la obra de la redención, con quien estuvo desposada, fué José. María y José fueron hechos inmediatamente para Jesús del cual son inseparables en la predestinación eterna y en su existencia histórica.

Este concurso de la criatura a la obra del Criador, este ministerio exigido al hombre en la Encarnación del Verbo, se indica

---

(1) *Tratado del amor de Dios*, lib. II, c. 4.

claramente en la Escritura cuando, al referir el modo como se efectuó tan sublime misterio, se dice lo siguiente:

«El angel Gabriel fué enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret.

A una virgen desposada con un varón, que se llamaba José, de la casa de David, y el nombre de la virgen era María.

Y habiendo entrado el ángel, a donde estaba, dijo: Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre las mujeres.

Y cuando ella oyó esto, se turbó con las palabras de él, y pensaba qué salutación fuese.

Y el ángel la dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante del Señor.

He aquí que concebirás en tu seno, y parirás un hijo, y le pondrás por nombre Jesús.

Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob por siempre. Y no tendrá fin su reino.

Y dijo María al ángel: ¿Cómo se hará esto, porque no conozco varón?

Y respondiendo el ángel la dijo: El Espíritu Santo descenderá sobre tí, y te cubrirá con su sombra la virtud del Altísimo. Y por esto, lo Santo que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios...

Y dijo María: He aquí la Esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (1).

De estas palabras se deduce que María y José fueron asociados a la ejecución del gran misterio, en el cual desempeñan un papel importantísimo.

Ante todo y en primer lugar, María. Habiendo decretado el Hijo de Dios Padre descender a la tierra y encarnarse para redimir al mundo, se dignó tomar carne en las entrañas purísimas de María. En virtud de este hecho sobrenatural, María toma parte activa en el misterio de la Encarnación, irrealizable sin su concurso; ella proporciona a Cristo el medio de ofrecer una víctima capaz de expiar nuestras culpas; le dá el cuerpo que había de

(1) Luc. I, 26-38.

ser inmolado sobre el altar de la Cruz, la sangre que allí había de derramar, la vida con cuyo precio compraría nuestro rescate; queda constituida Madre de Dios, no de una manera impropia y metafórica sino propia y estricta. La carne de Cristo es carne de María, según la expresión de S. Agustín (1); el Verbo es su hijo natural, y si Jesús es necesario para el hombre, María lo es para Jesús. La razón de este es la redención; la de aquella es el Redentor.

Por consiguiente, la cooperación de María es activa y eficaz; su persona está unida directa e inmediatamente a la obra de la Encarnación como parte intrínseca y constitutiva de ella. Y como María concibe al Verbo, no por un acto casual sino por *obra y gracia del Espíritu Santo*, a esta unión física de Cristo con María debió preceder otra unión espiritual más estrecha y perfecta en el orden de la gracia, porque el concurso de María exigía en ella aptitud moral y disposiciones de la misma naturaleza, sin las cuales era imposible su maternidad divina. Esto es lo que quieren decir los Padres de la Iglesia cuando afirman que María concibió al Verbo *prius mente quam corpore*. Y aquí es donde resalta la grandeza de la Madre de Dios y su intervención en el gran misterio de nuestra salud. Porque no se debe limitar su influjo a la concepción física del Hijo de Dios, de la cual fué un instrumento meramente pasivo; ella coopera también a su realización voluntaria y libremente con sus actos, del mismo modo que Eva contribuyó a nuestra ruina con su actividad voluntaria; da su consentimiento al misterio con aquel *fiat* sublime que, si en el caso presente no llega a constituir una causa eficaz, reviste, por lo menos, los caracteres de una condición *sine qua non*, necesaria para que Dios se encarnara en su vientre. Este humilde consentimiento esperaban las tres divinas personas de la Santísima Trinidad. El Padre para comunicarla el honor de engendrar a su Hijo en el tiempo como El lo engendra desde toda la eternidad; el Hijo para tomar en su seno virginal la frágil carne de nuestra naturaleza; el Espíritu Santo para obrar en ella este prodigio inaudito, cual es el de unirse lo infinito y lo finito, lo imposible y

(1) *Caro Christi caro est Mariae*. (S. Agustín, Serm. de Assumpt, c. 5.)

lo pasible, Dios y el hombre en un solo ser. María, dice Augusto Nicolás, es visiblemente llamada a dar en nombre de toda la naturaleza humana, de toda la creación, de lo finito, este gran consentimiento de unión con la naturaleza divina, con el Creador, con el Infinito (1). Con un *fiat* solamente creó Dios la luz y las tinieblas, las plantas y los animales, el cielo y la tierra, brotó de la nada el universo entero; mas cuando trata de redimirle y formar al *Hombre nuevo*, Jesucristo, admite a su consejo divino y operación inefable a una simple criatura, a la humilde María. Con razón dice Santo Tomás de Villanueva que no se ha oído en el mundo un *fiat* tan poderoso y eficaz como el pronunciado por María en su contestación al ángel, en aquel momento solemne que hacía siglos esperaban nuestros primeros padres para ver reparada su falta (2).

Imposible describir, ni siquiera enumerar los dones y carismas, gracias y bellezas celestiales que debieron adornar el alma de María elevada a tan eminente dignidad, los privilegios singulares con que fué enriquecida para servir de trono a la persona del Verbo. María, dice el Doctor Angélico, por ser madre de Dios posee una dignidad en cierto modo infinita (3), confina con el mismo Dios; su gracia excede desde el primer instante de su concepción a la de todos los ángeles y santos; ella sola supera a toda la creación en virtud y santidad. Nada son comparadas con ella las criaturas; su nombre expresa la hermosura de su alma, a todos sobrepuja; en ella depositó el Omnipotente todos los dones de la naturaleza, todas las perfecciones de la gracia, todos los tesoros de la gloria.

Esta es la razón por qué, después de Dios, no hay objeto más digno de nuestra consideración que María Inmaculada, ni disciplina más útil que la que trata de sus prerrogativas y virtudes. Así como Dios se comunicó al mundo por medio de María, por

---

(1) *La Virgen María y el Plan divino*, tom. I, cap. VII, pág. 153.

(2) *O fiat potens, o fiat efficax, o fiat super omne fiat, perpetuo honore venerandum*. Conc. 2.<sup>a</sup> de Annunt.

(3) *Beata Virgo, ex hoc quod est Mater Dei, habet quamdam dignitatem infinitam*. I. Q. XXV. art. 6. ad 4.



medio de ella hemos de buscarle; todo conocimiento de Dios sin conocer a María, será, por necesidad, estéril e incompleto; no es posible conocer perfectamente al Hijo sin conocer a la Madre, ni cabe explicar cumplidamente el misterio de la Encarnación sin hablar de María. La noción del Verbo encarnado descansa y gira en cierto modo sobre el dogma de la maternidad divina de esa excelsa criatura.

#### IV

##### INTERVENCIÓN DE S. JOSÉ

*Ad Virginem desponsatam viro cui nomen erat Joseph.* María estaba desposada con José, del cual es inseparable. Dios había determinado no solo que el Verbo se encarnara y naciera hijo de mujer, sino también que esta mujer estuviese desposada. El Plan divino de la Encarnación implica, por consiguiente, la existencia de un hombre, esposo de aquella que concebiría en sus entrañas al Hijo de Dios, y no se explica plenamente sin este hombre singular que no es otro que José. Concretando el pensamiento diremos que el Eterno decretó redimir al género humano por medio de Jesús; y que Jesús, Verbo e Hijo de Dios Padre, se encarnara y naciera en el tiempo como Dios-Hombre hijo de María; y que María estuviese desposada con el castísimo José, quedando éste, en consecuencia, elevado a la altísima dignidad de Esposo de María y Padre del mismo Jesús que era Dios. La idea de Jesús *Hijo* incluye la de María *Madre*, y la idea de Madre *desposada* envuelve y supone la de un *esposo* que tiene que ser a su vez padre del hijo que nace dentro del mismo matrimonio. O lo que es lo mismo: sin el concurso de José y María no podía efectuarse la Encarnación tal como estaba concebida en la mente de Dios. Según los decretos eternos, dice Cartagena, la generación de Cristo no podía efectuarse convenientemente sin José (1). En el orden establecido por Dios, escribe también el P. Mercier, nada podía llegar a cabo sin José (2). En el Plan divino de la reden-

(1) Vives, *Summa Josephina* n. 873

(2) *San José*, cap. I.

ción entran, pues, y figuran íntimamente asociadas e inconfundiblemente distintas las tres personas augustas de Jesús, María y José, formando un todo armónico y maravilloso, una Trinidad santísima, cuyas excelencias jamás podremos comprender debidamente.

En ese contacto inmediato de José con el Verbo, en esa unión inseparable que guarda con El, radican las grandezas del Santo; la intimidad con Jesús y María es el principio, centro y fin de su vida y virtudes. Es Esposo de María y Padre de Jesús; ved ahí los dos puntos capitales sobre los que descansa la figura excelsa del bendito Patriarca. Jesús y María en los que se resume el orden sobrenatural, la unión con ellos para alcanzar la gloria de Dios y el rescate del mundo, realizando juntos el Plan divino relativo a esa obra estupenda de glorificación divina y redención humana, constituye la representación de José en el orden teológico. Si piensa, si siente, si trabaja, si sufre, si vive por espacio de treinta años en su compañía, es por ellos y para ellos; excepto María, nadie contribuyó más poderosamente a cumplir en la tierra los designios del Salvador.

De aquí nacieron entre él y sus queridos Jesús y María lazos de unión estrechísima, vínculos admirables de amor, comunicación asombrosa de afectos, que encumbran su persona sobre toda ponderación, colocándole en un grado de santidad y perfección inaccesible a las demás criaturas. Esposo de la Madre de Dios, Padre del Verbo humanado, Cabeza principal y Jefe responsable de la sagrada Familia, títulos son estos que exigen en José un cúmulo de gracias y carismas, de privilegios y méritos verdaderamente incomprensible, superior a cuantas maravillas y prodigios ha derramado la mano bondadosa de Dios sobre todos los seres. Por causa de esas relaciones, dice Sauvé, a los ojos de Dios y de los ángeles es José no tan solo el mayor de los hombres, sino también el mayor, el más amable y el más amante de todos los santos (1). Más grande que Adán, cabeza del género humano, y que Abrahán, padre de todos los creyentes, puede gloriarse José de ser Padre sobrenatural de Dios-Hombre; a él

---

(1) *S. José*, pág. 14.

le fué confiada su tutela y custodia, de él depende la economía toda de la redención, por lo cual le proclaman las Sagradas Letras *Señor de su casa y Príncipe de toda su posesión* (1). En esto se fundan también los Santos Padres y teólogos católicos para tributar a José los más expresivos elogios, afirmando que fué Coadjutor fidelísimo del gran Consejo (2), Expresión visible del Padre (3), Consocio del Espíritu Santo en la Santísima Virgen (4), Gobernador de Jesús (5), Procurador del doble Tesoro del Padre Eterno (6), Varón divino (7), y otros muchos que sería largo enumerar.

Y ciertamente, esta parte activa de José en los misterios sagrados era necesaria desde el momento en que Dios Nuestro Señor eligió aquella manera singular de asumir nuestra naturaleza en el seno purísimo de una virgen. Se necesitaba un velo que ocultara la concepción milagrosa en el seno de María, un testigo de la divinidad de Jesús y de la virginidad de su Madre, un protector de Esta y un ministro de Aquel, una sombra, en fin, que guardara escondida esa serie de prodigios que rodean la figura del Redentor. Todo esto requería la intervención de un hombre encargado de cumplir tan sagrados ministerios; que con su presencia disipase las dudas que se hubiesen formado sobre el origen divino del Hijo y el honor de la Madre; con su persona diera natural apariencia al misterio; con sus actos conservara aquel cuerpo divino que había de ser inmolado sobre el ara de la Cruz por nuestro amor, protegiendo al mismo tiempo la pureza inmaculada de María. Estas y otras razones que aquí solo se indican y que se desarrollarán en el decurso de esta obra, demuestran la conveniencia suma de ser admitido José al hecho de la Redención, su mediación eficaz y directa en la ejecución del gran misterio.

---

(1) *Constituit eum dominum domus suae et principem omnis possessionis suae*  
Ps. CIV, 21.

(2) S. Bernardo.

(3) Ollier.

(4) Gersón.

(5) S. Juan Crisóstomo.

(6) Canisio.

(7) Isolano.

La redención del mundo no se explica sin María y José. Así como Adán y Eva, dice Cartagena, transmitieron la muerte del pecado a todos sus descendientes, así María y José dieron la vida al mundo; aquella concibiendo y dando a luz al Cristo-Jesús, «Autor de la vida», éste sustentándole, cuidándole, librándole de la tiranía de Herodes (1). Adán y Eva fueron instrumentos de que se valió el demonio para arruinar a toda la especie humana; del mismo modo José y María fueron los instrumentos que empleó el Señor para reparar al género humano haciéndolos cooperadores en la obra redentora de Cristo. El nombre del humilde José resuena en las profundidades eternas de la Divinidad, figura en el plan divino de la redención; y habiéndole Dios creado y elegido para tan altos fines, comunicóle las dotes necesarias para ser ministro idóneo de sus misericordiosos designios. Le escogió antes de la constitución del mundo para que fuese padre nutricio del Salvador de los hombres y Esposo de la Madre de Dios, como lo afirma el sagrado Evangelio. Fué predestinado, dice Huguet, desde toda la eternidad junto con María para cooperar al gran misterio de la Encarnación del Verbo (2). Si el matrimonio de José con María es únicamente por el Cristo y no tiene otra razón de ser que dar a luz al Verbo Encarnado; si José es Esposo de María y Padre virginal de Jesús, necesario es reconocer la parte activa que tuvo en los misterios de nuestra salud, la intervención directa en los actos del Redentor. Toda la teología mariana se condensa en esta sola frase: María, Madre de un Dios Redentor. Del mismo modo toda la teología josefina se compendia en esta otra: José es por María Padre de un Dios Redentor.

Y siendo esto así, fácilmente se comprende la necesidad de estudiar a José para conocer *perfectamente* a Cristo; prescindiendo de José se desnaturaliza el misterio de la Encarnación, se mutila el Plan divino. No es posible conocer *íntegramente* al Verbo encarnado sin el conocimiento de aquel que desempeñó en la tierra el oficio de Padre del Redentor; nadie como José estuvo

---

(1) Vives, *Summa Josephina*, n. 438.

(2) *Gloires et vertus de S. Joseph*. VI.

tan íntimamente unido a El, ni cooperó con más eficacia a la salvación de los hombres, ni recibió más copiosamente la gracia de la redención; es, por último, el camino que hemos de recorrer para llegar a Dios. Justo es que meditemos sus intimidades divinas, las sagradas comunicaciones que tuvo con Jesús y María, comunicaciones de luz y de amor, de gracia y de gloria.





## CAPITULO IV

### Predestinación de S. José

El Profeta David, sobrecogido de entusiasmo al contemplar el armonioso conjunto de bellezas que reina en la naturaleza creada, no cesaba de alabar a su Autor, ponderando entre transportes de júbilo los atributos excelsos de que ha hecho alarde en la creación de tantas y tan grandes maravillas. Los cielos, exclamaba, cantan la gloria de Dios y el firmamento pregonaba la obra de sus manos (1); del Señor es la tierra y cuanto hay en ella (2), porque tú extendiste, Señor, los cielos y diste vida a las plantas, sentido a los animales y espíritu al hombre (3), todo lo has hecho con sabiduría admirable (4), y con tu concurso divino se sostiene esta máquina inmensa, prodigio de tu Diestra soberana (5).

Nada hay, en efecto, en el universo que no revele la grandeza de Dios y lleve impreso el sello de su poder y de su bondad. Con sola su palabra brotaron los mundos a la luz; *Ipse dixit et*

---

(1) *Coeli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum* Ps. XVIII, 2.

(2) *Domini est terra et plenitudo ejus*. Ps. XXIII, 1.

(3) *Extendens coelum sicut pellem... auferes spiritum eorum et deficient... emittes spiritum tuum et creabuntur*. Ps. CIII, 2, 29, 30.

(4) *Omnia in sapientia fecisti*. Ib., 24.

(5) *Impleta est terra possessione tua*. Ib.

*facta sunt* (1); con sola su palabra se conservan; *portansque omnia verbo virtutis suae* (2); con sola su palabra los dirige y gobierna encaminándolos al fin para que fueron criados; *attingit a fine usque ad finem fortiter et disponit omnia suaviter* (3). Desde el pólipo invisible que flota en el agua hasta el astro gigante que hiende el espacio, todos los seres proclaman la existencia de una Providencia universal y sapientísima, madre amorosa que nos pone en comunicación con Dios dando a nuestros actos un alto sentido moral, un valor incalculable.

La razón de este orden existe en la mente divina desde toda la eternidad. No había cielo, ni tierra, ni ser alguno viviente y Dios conocía ya, no solo las esencias de las cosas que habían de ser, sino sus facultades y potencias, sus propiedades y efectos, el origen y fin de cada una. Reflejos son de la bondad divina las perfecciones de las criaturas, rayos de ese sol que alumbraba perennemente desde antes de los siglos. Nada sucede sin haber sido previsto, querido o permitido por Dios; nada se verifica en la actualidad sin el influjo de ese Agente supremo que preside el curso de los acontecimientos, la marcha de la creación y de la historia.

Pero el orden envuelve relaciones a las cosas ordenadas y éstas son mas o menos perfectas según se aproximan más o menos a su Causa; de aquí la gradación progresiva que existe en la presciencia divina, determinada por el grado de perfección conveniente a cada una de las criaturas en el orden real. El hombre, imagen de Dios, dotado de un alma inmortal, inteligente y libre, tenía que ser objeto *especial* de la Providencia divina; y como ya desde el principio vino a la existencia en el orden sobrenatural, fué *predestinado* para un fin nobilísimo, cual es la gloria y bienaventuranza eterna. Y como el fin guarda proporción con los medios y la gloria con la gracia, resulta que para conocer la dignidad de un hombre, la perfección de un santo, no hay medida más exacta que precisar el lugar que ocupa en la mente divina, el or-

---

(1) Ps. CXLVIII, 5.

(2) Hebr. 1. 3.

(3) Sap. VIII, 1.

den de su predestinación. Y esto es lo que queremos determinar al hablar de S. José, para de este modo conocer la gloria y gracia de que fué investido, la santidad y méritos que obtuvo.

## I

### CONCEPTO Y ORDEN DE LA PREDESTINACIÓN

Para la debida inteligencia de cuanto hemos de decir acerca de una materia tan seria y delicada como es la predestinación de S. José, bueno será advertir, o mejor dicho recordar que la predestinación es una parte de la Providencia, y se define con Santo Tomás diciendo que es *la eterna preordenación de las cosas que con la gracia de Dios deben hacerse en el tiempo* (1). O más en concreto: la razón que existe en la mente divina de cuantas disposiciones son necesarias para que la criatura racional consiga el fin de la vida eterna (2). La predestinación es, por lo tanto, algo eterno e inmanente en Dios, infalible en la dirección, eficaz en la ejecución; es siempre sobrenatural, pues su fin es la vida eterna, y solo afecta a la criatura racional capaz de conseguirla. Siendo muy superior al poder de la criatura incluye *necesariamente* la gracia, medio único para alcanzarla, de lo que se infiere la unidad de predestinación adecuada a la gracia y a la gloria contra lo que algunos afirmaron. La predestinación, propiamente hablando, es indivisible, abraza la vocación, la justificación, la perseverancia final, todos aquellos actos que son necesarios para

---

(1) *Praedestinatio proprie accepta est quaedam divina praecordinatio ab aeterno de his quae per gratiam Dei sunt fienda in tempore.* (III. P. Q. XXIV, art. 1). En otros lugares de sus obras da otras definiciones de la predestinación que en cuanto a la substancia convienen con la anterior. Así en la P. I. Q. XXIII, art. 1., dice que la predestinación es *ratio transmissionis creaturae rationalis in finem vitae aeternae*. Con la definición de Sto. Tomás coincide la de S. Agustín, según el cual la predestinación no es otra cosa que *praescientia et praeparatio beneficiorum quibus certissime liberantur quicumque liberantur. De dono perseverantiae.* Cap. XIV. n. 35. La definición de Sto. Tomás expresa con más precisión *el fin sobrenatural*, la de S. Agustín *los medios sobrenaturales* para conseguir infaliblemente aquel fin.

(2) I. P. Q. XXIII, art. 1.



que la criatura racional *consiga* la vida eterna. Como dice muy bien Sto. Tomás, todo lo que sirve al hombre para conseguir su salvación es efecto de la predestinación, aun la misma preparación a la gracia (1). Por lo mismo que la vida eterna es un don indebido a la criatura e inasequible a sus fuerzas, solo Dios la otorga gratuitamente, dando a quienes quiere y como quiere dándola tan extraordinaria y singular. De aquí los dos actos que supone la predestinación, o sea, el *amor* por el que se mueve Dios a concederla, y la *elección* que hace reservando ese premio para determinadas personas. La predestinación, dice Sto. Tomás, presupone la elección y la elección el amor (2); y esto parece indicar también aquel texto de la Escritura: *In charitate perpetua dilexi te, ideo attraxi te, miserans tui* (3).

Esto supuesto, no cabe duda que Dios predestinó a San José para ser Padre de Jesús y Esposo de María. Entre esa muchedumbre de seres que habían de existir, se hallaba nuestro Santo; Dios le vió, le amó y le eligió desde la eternidad. Tratándose de un hecho tan transcendental como es la redención del género humano, todo lo previno y ordenó la Mente suprema de modo que concurriese a la ejecución de sus adorables designios con aquella perfección digna de tan augusto misterio. Si aun en el orden natural todo se desenvuelve y obra conforme a leyes generales sabiamente establecidas, sin que exista un suceso, un fenómeno cualquiera oculto a la mirada de Dios; con mucha más razón hemos de admitir esa previsión en el orden de la gracia, dentro del cual estamos al hablar de la Encarnación del Verbo. Todo está aquí previsto, maravillosamente ordenado; el detalle al parecer más insignificante, la circunstancia más mínima, tienen su razón de ser; y si el Eterno, al decretar la redención del mundo, escogió en el tiempo todos aquellos medios y circunstancias que debían preceder, acompañar y seguir a su realización, también debió prever y determinar con toda precisión las

---

(1) *Quidquid est in homine ordinans ipsum in salutem comprehenditur totum sub effectu praedestinationis, etiam ipsa praeparatio ad gratiam.* I. Q. XXIII, art. 5.

(2) I. P. Q. XXIII, art. 4.

(3) *Jerem.* XXXI, 3.

personas que habian de concurrir a ella, concretando su oficio y misión, la parte activa que les correspondia.

Ahora bien; en el misterio de la Encarnación, dice el Sr. Pérez Rodríguez, podemos distinguir dos cosas: el principio eficaz que es Dios, uno en esencia y trino en persona, y el término de la acción, que es no solo el compuesto admirable que llamamos Cristo, sino también todo aquello que la mente previsora de Dios eligió para hermostrar el misterio, para hacerle más asequible a la inteligencia del hombre y para auxiliar al Dios humanado (1). Y aquí es de notar la conexión íntima que tienen entre sí el misterio de la Encarnación del Verbo y el misterio de la predestinación del hombre. Jesucristo vino a salvar lo que había perecido (2); con su muerte nos redimió de la esclavitud de la culpa abriéndonos las puertas del reino de los cielos; no hay salvación más que en El, pues, como dice San Pedro, no se ha dado a los hombres otro nombre en el cual puedan salvarse (3). La Encarnación es causa de su predestinación, y Cristo que es el Primogénito de los hombres, es también cabeza de los predestinados. Fin de la predestinación es la vida eterna, y como la Encarnación del Señor está ordenada de suyo a la consecución de esa vida, inasequible sin la gracia de Cristo, síguese de aquí que el grado de predestinación de un alma depende del grado más o menos próximo a la Encarnación, o sea a Cristo, causa eficiente, final y ejemplar de nuestra predestinación (4).

Porque no se trata de probar que San José fué predestinado, lo cual ya se supone, puesto que nada sucede en el tiempo imprevisto por Dios y eterna es en El la razón de los elegidos; trátase ante todo de designar el lugar que le corresponde entre los predestinados con relación a Cristo para deducir el grado de gloria a que ha sido elevado, la cantidad de gracia que le fué concedida, los dones y privilegios con que le enriqueció el Se-

---

(1) *El Esposo de la Santísima Virgen*, pág. 92.

(2) *Venit enim Filius hominis quaerere et salvum facere quod perierat*. Luc. XIX, 10.

(3) *Act.* IV, 11-12.

(4) *Conc. Trid.*, Sess. VI, cap. 7.

ñor. Y en este sentido afirmamos que San José es el primer predestinado entre los hombres, la criatura más perfecta después de María, el que más participó de las influencias divinas del Cristo por estar más vecino a esta fuente de predestinación.

Con estas observaciones previas facil es señalar el orden de predestinación entre las personas que concurren al cumplimiento del decreto divino referente a la Encarnación del Verbo. En primer lugar fué predestinado Cristo para ser Hijo de Dios, según aquello del Apóstol hablando de Cristo: *Qui prædestinatus est filius Dei in virtute* (1). Cuando se habla de Cristo predestinado se entiende su naturaleza humana, la que asumió en el tiempo, no la divina que siempre fué Dios.

En segundo lugar fué predestinada María Santísima, causa intrínseca, eficaz y libre del misterio por disposición de la adorabilísima Trinidad. La Iglesia lo reconoce así cuando aplica a María aquellas palabras de los Proverbios: *Ab æterno ordinata sum et ex antiquis antequam terra fieret* (2); desde la eternidad fuí ordenada y desde muy antiguo antes que fuese creada la tierra. Muchos siglos antes de nacer el Salvador, el Profeta Isaías anunció que el Mesías esperado nacería de una Virgen, de una doncella de la tribu de Judá. Esa profecía, repercusión sonora de la promesa de un Libertador hecha a nuestros primeros padres, declara expresamente la necesidad de una mujer, virgen y madre a la vez, en cuyo seno se encarnaría el Redentor. Indica, en una palabra, que María estaba predestinada para ser Madre de Dios y Corredentora del género humano. He ahí la causa de su encumbramiento; del lugar que ocupa tan próximo al Verbo humanado se deriva la grandeza soberana de la Virgen.

En el orden de los predestinados es María antes que José porque interviene más activamente en la Encarnación del Verbo. Ella comunica a Este su Humanidad sacratísima, descollando por este solo hecho sobre todos los seres. La unión de María con Cristo es física, real, indefinible. En conformidad con esto, la gracia y gloria que se le ha concedido es superior a la de todas las demás

---

(1). *Rom.* I, 4.

(2) *Prov* VIII, 23.

criaturas. Nada, dice un escritor moderno, hubo más excelente y perfecto que esta Virgen en la mente divina, después de la excelencia y perfección del Hijo del mismo Dios (1). De aquí que en cierto modo, escribe S. Antonino, María es causa de la predestinación de las demás criaturas, porque lo que es primero en un género cualquiera es causa de lo demás que está contenido en él (2). Debido a esta predestinación singular, dice Pío IX, fué adornada María con tal abundancia de gracias y carismas celestiales que supera a todos los ángeles y santos (3).

Es, por lo tanto, María la criatura más pura y santa, más digna y hermosa, más noble y perfecta entre todas las criaturas. Con razón se le aplican aquellas palabras de la Escritura: *El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos* (4). Dios la amó más que a otro alguno, se gozó en ella como en el objeto de sus complacencias, pues era espejo y síntesis de sus divinas perfecciones. Brillaba en la mente divina, aun antes de nacer, como hija predilecta del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo; fué elegida por el consejo eterno de la Sabiduría increada como centro de los más inefables misterios, vértice del cielo y la tierra. Por María Dios se manifestaría al mundo, y por María el mundo subiría a Dios; en su seno bendito se darían el abrazo de paz Dios y el hombre; ni la Encarnación del Verbo en el orden de la naturaleza, ni la elevación del hombre en el orden de la gracia podían efectuarse sin María.

Tan alta es por este concepto su predestinación, tan íntimamente unida está con Jesús que fueron inseparables en la elección divina para la obra de la redención. La Virgen María, dice Suárez, no estuvo separada del Hijo ni aun en la elección divina (5). En un mismo decreto de predestinación estaban contenidos el Hijo y la Madre. Esto afirma también Pío IX en su famosa Bula. La Iglesia, dice, acostumbró a servirse en los oficios

---

(1) *La Virgen María*, Martínez y Sáez, Tom. I. lib. I. pág. 28.

(2) *De B. V. María*, IV. P. Tit. XV, cap. 14.

(3) Bula dogmática *Ineffabilis Deus*. 8 Dic. 1854.

(4) *Dominus possedit me in initio viarum suarum*. Prov. VIII, 22.

(5) *Beata Virgo non fuit a Filio disjuncta etiam in electione divina*. III. P. Disp. I. Sect. 3. n. 4.

eclesiásticos y en la liturgia sagrada de aquellas mismas palabras que emplean las divinas Escrituras hablando de la Sabiduría increada y de su origen eterno, para significar el origen o primeros instantes (*primordia originis*) de aquella Virgen, los cuales fueron predefinidos en uno e idéntico decreto con que fué predefinida la encarnación de la divina Sabiduría (1). Esto parece indudable si se admite que la predestinación de María dependía de la previsión del pecado de Adán, cuyos efectos desastrosos vino a reparar con su Encarnación el Verbo divino.

## II

### ORDEN DE LA PREDESTINACIÓN DE S. JOSÉ

Pero así como desde toda la eternidad escogió el Padre Eterno una Madre virgen, así también eligió un Padre angelical, uniendo a los dos en un mismo decreto de predestinación.

María no podía ser madre de Dios independientemente de José. Esa Virgen, acariciada por el Eterno antes de los siglos, cantada por los Profetas, representada por la Reina y heroínas de la antigua Ley, tenía que ser desposada, necesitaba un esposo digno de ella; y este esposo no es otro que José, como consta por los Evangelios. Si dado el decreto divino el Verbo debía nacer de una Virgen desposada, y esto era imposible sin José, en cierto modo se equiparan los dos y de ambos depende igualmente la Encarnación de Aquel, no por la participación intrínseca que toman en ella, si no por la cooperación eficaz que prestan a su ejecución en el tiempo. En el Plan divino de la redención entra S. José como un factor necesario, condición indispensable para el nacimiento del Cristo.

Esto es lo que quieren decir algunos Doctores cuando afirman que el desposorio de José con María fué el fundamento de la concepción y generación del Cristo. Mucho antes S. Jerónimo había dicho también que era *indispensable* el matrimonio de José

---

(1) *Ineffabilis Deus.*

con María para que de este desposorio virginal naciese el Cristo Redentor (1). Y confirma la misma doctrina S. Bernardo cuando dice que el desposorio de María con José fué condición *necesaria* para el nacimiento del Verbo encarnado (2).

Existe, además, otra razón poderosa que demuestra la excelencia de la predestinación de S. José, fundada en el mismo concepto de predestinación. Dijimos que esta consistía en el decreto por el cual Dios decide conducir una criatura racional a la felicidad eterna y le prepara en este mundo los medios al efecto. O como dice S. Agustín es el acto por el cual Dios preve y prepara los beneficios con cuyo auxilio muy ciertamente se salvan todos los que se salvan. Aunque la gloria se consiga en la otra vida, en esta se confiere la gracia necesaria para su consecución; y como guardan proporción entre sí, podemos colegir lo que era una criatura *ab aeterno* en la mente divina por el modo como Dios obra con ella en el tiempo. Si todo sucede según las disposiciones divinas, conoceremos el lugar que ocupan y el modo como existen las criaturas en el Plan eterno por la manera de ser en su realización.

Si la predestinación es la razón del orden de los elegidos en Dios, y la elección a la gloria, fin de aquella, supone como medio necesario la elección a la gracia que se verifica en este mundo, es lógico inferir la significación del predestinado en la mente divina por la que tiene en el tiempo, puesto que esta es consecuencia infalible de aquella; y como San José es inseparable de Cristo y factor necesario en la obra de la Encarnación, podemos afirmar que para ese fin fué predestinado en unión de su amadísima esposa la Virgen Santísima. La elección de María para Madre de Dios y la elección de José para Esposo de María y Padre matrimonial del Verbo son muy semejantes, por no decir idénticas. En el orden de la ejecución no pueden separarse José y María; luego también han de estar unidos en el orden de la intención y de la elección.

Esta verdad se encuentra claramente formulada en el Evange-

---

(1) *Ut ex virginali conjugio virgo Filius nasceretur. (Contra Helvidium).*

(2) *Necessario igitur desponsata est Maria Joseph. Hom. 1.<sup>a</sup> Super Missus est.*

llo donde con frecuencia se habla de María y de José como de dos personajes inseparables, unidos indisolublemente en todos los actos de su vida. Jamás nombra la Escritura a la Virgen Santísima sin que vaya acompañado su nombre del de su Esposo, mientras José vivió en este mundo.

Describen los Evangelios la genealogía de S. José, y al punto añaden que era Esposo de María. Dicen que fué enviado el Arcángel San Gabriel a una Virgen llamada María, pero estaba desposada con un varón llamado José. Nos pintan a José dudoso y perplejo sobre el gran arcano de la Encarnación, y luego le ordena el ángel que no tema recibir a María su Esposa. Suben a Belén a empadronarse en el censo, y José es el que guía y acompaña a María. Huyen a Egipto y vuelven de nuevo a Judea, y siempre es José quien, avisado por Dios, toma a su esposa María y la defiende y libra de sus enemigos. Llaman a María Madre del Redentor, y advierten al momento los Evangelistas que estaba desposada con José. María busca al divino Niño en compañía de José y a los dos vive Aquel sujeto en el taller de Nazaret. De este modo el Evangelio apenas nombra a María sin José ni a José sin María. ¿No nos dá, exclama Butiñá, toda la historia evangélica sobrado fundamento para considerar a María y a José predestinados a un mismo fin? ¿No es esto clara prueba de que la predestinación de José está íntimamente enlazada con la predestinación de María? Por tanto, concluye el mismo autor, así como desde la eternidad escogió el Eterno entre todas las mujeres una Madre Virgen, así también eligió entre todos los mortales un Padre angelical que sirviera a Hijo y a Madre de custodio, sostén y defensa, uniendo a Virgen y Esposo en apretadísimo lazo en sus consejos eternos (1).

El examen imparcial de los hechos, la conexión concreta de María y José nos autoriza realmente para afirmar que estuvieron juntos en los consejos del Altísimo. San José fué predestinado *formalmente* para cooperador especial de la redención humana; su vida entera está esencialmente ordenada a ese fin; él es quien ceta la existencia del misterio a los mortales, el que salva

(1) *Glorias de S. José*, P. I, cap. III, pág. 35.

el honor de la Madre y la fama del Hijo, ocultando los planes amorosos de Dios hasta el momento de su manifestación en la tierra. Todo esto exigía el matrimonio de María con José, la predestinación de entrambos para el mismo fin, pudiendo afirmarse en cierto modo que sin José no era posible la redención de Cristo. La gracia divina juntó en el tiempo a Jesús, María y José; dirigió sus pasos, ordenó sus actos a la consecución de un mismo objeto; luego unidos estuvieron en la predestinación eterna.

Esta doctrina, indicada en la Escritura, está conforme con lo que enseñan los Padres de la Iglesia y teólogos católicos. Así como Eva, dice S. Irineo, teniendo por esposo a Adán, causó con su desobediencia la muerte del género humano, así María, teniendo un esposo *predestinado* y permaneciendo virgen, salvó con su obediencia a toda la humanidad (1). S. José, dice S. Bernardo, fué el siervo fiel y prudente a quien *constituyó* el Señor consolador de su Madre y nutricio de su propia carne, el *único* en la tierra *Coadjutor* fidelísimo en la ejecución del gran Consejo (2), esto es, en la obra de la Encarnación. Y S. Bernardino escribe: José fué *elegido* por el eterno Padre nutricio y custodio de sus principales tesoros, cuales son su Hijo y su Esposa (3). Nótese, advierte Piccirelli, que estos Padres atribuyen únicamente a la predestinación, a la elección, a la acción de Dios el que S. José haya sido Esposo de María, y, por ende, Custodio y Nutricio de Jesús (4).

Los teólogos siguieron las huellas de los Padres en la presente cuestión. Es cierto, escribe Jamar, que Dios predestinó a S. José,

---

(1) *Quemadmodum illa (Eva) virum quidem habens Adam, virgo tamen adhuc existens... inobediens facta est, et sibi et universo generi humano causa facta est mortis; sic et Maria, habens praedestinatum virum, et tamen Virgo, obediens, et sibi et universo generi humano causa facta est salutis. Contra Haeres. Lib. III. c. 22.*

(2) *Fidelis (Joseph) servus et prudens, quem constituit Dominus suae Matris solatium, suae carnis nutritium, solum denique in terris magni Consilii coadjutorem sibi fidelissimum.* Hom. 2. *Super Missus est.* n. 16.

(3) *Qui (Joseph) ab aeterno Patre electus est fidelis Nutritius atque Custos principalium thesaurorum suorum, scilicet Filii ejus et Sponsae suae.* (De S. Joseph sermo, proem).

(4) *S. Giuseppe nell'ordine presente della divina Provvidenza.* cap. V. pág. 55.



le escogió antes de la constitución del mundo para que fuese padre nutricio del Salvador de los hombres y esposo de la Virgen Madre de Dios (1). Ekio dice también: Así como la Virgen Santísima fué antes del tiempo predestinada a ser Madre del Hijo de Dios, así S. José fué juntamente con ella escogido nutricio y custodio de Jesús y de María (2). Y el P. D'Argentan: Ambos (José y María) son predestinados desde la eternidad para pertenecer al gran misterio de la Encarnación y redención del mundo (3). Dios le predestinó (a S. José), añade Natal Alejandro, para que sirviera a la economía de la Encarnación (4).

Según el testimonio de estos escritores no cabe negar que el fin principal, la razón única de la existencia de José ha sido la persona del Verbo. Concedemos de buen grado que, absolutamente hablando, pudo existir Jesús sin María y María sin José; ni tampoco es nuestro ánimo inquirir si José pudo existir por los méritos de Jesucristo sin estar ordenado *ex prima intentione* al alto cargo que desempeñó en la tierra. Lo que afirmamos es que en el orden presente de la divina Providencia no podía efectuarse la Encarnación sin José, y que nunca ha pensado Dios Padre en Jesús y María sin pensar también en él. No es posible considerar aisladamente estos personajes; no están separados ni en el tiempo ni en la eternidad. La Providencia soberana, dice S. Francisco de Sales, al formar designio eterno de cuanto había de producir, quiso primeramente y amó con preferencia excelente al objeto más amable de su amor que es nuestro Salvador, y luego por orden las demás criaturas, según que más se alleguen al servicio, honra y gloria de Este (5). Ahora bien; María y José son los más allegados al Cristo por el concurso que prestaron respectivamente a la generación y conservación temporal del Verbo; luego Dios los amó más que a otros, y en ese amor especialísimo María se ordena a José y José a María y ambos han sido predestinados

---

(1) *Theologia S. Joseph*, cap. I. art. 1.

(2) *Serm. de S. Joseph*.

(3) *Grandeurs de la S. Vierge*, cap. VIII. art. 4.

(4) *Concio in festo S. Joseph*.

(5) *Tratado del amor de Dios*, lib. II. cap. IV.

para Jesús. Si Dios ha pensado, dice Sauvé, con tanto amor en María para que fuese Madre del Redentor, nunca fué independientemente de su matrimonio virginal con José, y en cambio no ha pensado en José sino para María y para su divino Hijo que debía nacer virginalmente en ese matrimonio (1).

### III

#### JOSÉ PREDESTINADO CON JESÚS Y MARÍA

Radiante de belleza y envuelta en resplandores divinos aparece aquí la figura excelsa del bendito Patriarca, en unión íntima, en contacto inmediato con el Verbo, viviendo eternamente en el seno de la Trinidad Beatísima. Pero esta sublimidad incomprendible en un hombre, esta elevación de S. José que exige, como es natural, gracias singularísimas de Dios ¿llegará a constituir fundamento teológico para afirmar la unidad de decreto predestinativo referente a las tres egregias personas de la Sagrada Familia? Esa unión e inseparabilidad de Jesús, María y José ¿es tan perfecta que autorice la afirmación de que S. José fué elegido esposo de María y padre de Jesús en el mismo decreto objetivo de la Encarnación del Verbo? No faltan, en efecto, razones para afirmarlo así.

Si el misterio de la Encarnación, no podía realizarse *convenientemente* sin el matrimonio de María y José (2); si la *decencia* aconsejaba que el Verbo naciera de una virgen desposada; si el honor del Hijo y de la Madre no podía conservarse intacto sin una sombra de cielo que evitara la publicidad del prodigio, hemos de admitir que los tres constituían un solo término adecuado de los decretos divinos. La unión de la naturaleza humana con la divina en Cristo implicaba la unión de Ma-

---

(1) S. José, pág. 43.

(2) Cuando se afirma que sin el concurso o matrimonio de José no podía efectuarse *convenientemente* el misterio de la Encarnación, entendemos siempre la *conveniencia* en sentido positivo, no negativo, pues en tal caso sería una necesidad estricta por parte del mismo Dios, lo cual repugna a su omnipotencia y libertad.

ría y de José como condición necesaria para que aquella existiera con la brillantez y perfección requerida.

Por lo que toca a María, hemos aducido ya las palabras de Suárez, según el cual no estuvo separada de Cristo ni en la elección divina, de modo que en el pensamiento eterno de Dios vive María como Madre del Redentor, como medio de obrar el gran portento de la aparición del Verbo en la tierra. Supuesto el decreto de que el Hijo de Dios tomara carne mortal y pasible en el seno de una mujer, la maternidad de María es necesaria, envuelve relación tan estrecha y tan íntima al misterio que no se concibe sin ella. Desde el principio y antes de los siglos, dice la Bula *Ineffabilis*, Dios eligió y ordenó para su Hijo Unigénito la Madre de la cual tomase carne en la plenitud de los tiempos. Ese es, por lo tanto, el puesto que le corresponde a la Virgen, unida siempre a Cristo; ella cooperó a la ejecución del gran misterio no solo extrínseca sino intrínsecamente, quedando constituida Corredentora del género humano por ser Madre de un Dios Redentor. Así se explica la preeminencia de su predestinación sobre cualquiera otra criatura. Fué predestinada antes de los siglos, dice S. Antonino, de tal modo que fuese como el principio de todo lo creado, y en este sentido se dice de Ella con toda verdad: *El Señor me poseyó en el principio de sus caminos*, es decir, en el principio de sus obras, siendo la primera de todas sus criaturas (1). Porque no quería el Omnipotente, dice Guillermo Abad, que se obrase el milagro de su Encarnación en María, no queriendo ella; ni quería tampoco tomar su carne, si ella no se la daba con toda espontaneidad. Porque de Adán tomó carne para formar a Eva, no dándola él; pero la excelencia de María era mayor. No bastaba tomar la carne de su cuerpo, sino de su voluntad (2). Dios que de nadie necesita, que con una sola palabra puede crear millares de mundos, pide a María el consentimiento para obrar el mayor de sus prodigios. Este acto solo coloca la santidad de María por encima de todos los títulos

---

(1) 4. P. Tit. XV. cap. 14. *Opusc. De B. M. V.*

(2) *In Cantic.*, c. 2.

y méritos, no habiendo quien la iguale ni en la inmensidad de sus gracias ni en el resplandor de sus virtudes.

Una cosa parecida afirmamos de José. El también vive en el pensamiento eterno de la Divinidad junto al Verbo hecho Hombre del cual había de ser padre, junto a María, Madre de Dios, de la cual había de ser esposo. No solo la mujer, también el hombre entraba en el decreto de la Encarnación. Era necesaria la mujer para suministrar la carne sagrada, víctima de inmola- ción por el mundo; era necesario el hombre para que el naci- miento del Cristo se verificase con la debida decencia y se pro- veyese en la edad primera a las necesidades del Hombre Dios. Luego así como no se decretó la Encarnación sin haber previsto a María, tampoco se decretó sin prever y predefinir la existencia de José. La conexión objetiva del oficio de María y de José con la persona del Verbo es tan marcada y profunda que en- vuelve unidad de decreto en la mente divina.

Nadie, excepto María, contribuyó tan poderosamente como Jo- sé a sostener y conservar la sacrosanta humanidad de Jesús, a llevar a cabo la obra redentora que venía a realizar en la tierra. ¡Maravillosa dispensación!, exclama aquí Augusto Nicolás, se puede afirmar que el humilde José fué asociado a Dios Padre, a su Hijo único y a la Santísima Virgen para cooperar con los tres a la redención del mundo, preparándonos un Salvador que se in- molase por nuestro bien. Dios Padre ha dado la divinidad a su Hijo; la Santísima Virgen le ha dado su sacratísima humanidad, más limitándose a formarla en su casto seno y después a ali- mentarla con leche de sus pechos durante su infancia. Esta san- ta Humanidad espera su crecimiento y entera perfección antes de ser inmolada en el Calvario para nuestra redención. ¿Quién le proporcionará este crecimiento y perfección? ¿Quién le dará las fuerzas de la edad viril? ¿Quién llenará sus venas de la sangre preciosa que derramará luego en la Cruz para rescatar el uni- verso sino el trabajo corporal del gran S. José? (1) Esa es, cierta- mente, la misión del gran Patriarca, misión noble y sublime que desempeñó puntualmente hasta su muerte,

(1) *La Virgen María y el Plan divino*. Tom. II. cap. XV.

Las tres personas, Jesús, María y José, estaban ordenadas al cumplimiento del gran hecho de la redención; constituyen un todo indivisible y completo. Así sucedió en el tiempo y así hemos de juzgar que fué en la eternidad. En el ideal divino brilla primero Jesús, causa eficiente de la redención, cabeza de los predestinados, primero de todos ellos en dignidad y excelencia; después María, causa instrumental activa de la misma redención; y por último, José, causa ministerial de ella, cooperador del gran Consejo, la nube milagrosa que envuelve al Hijo y a la Madre.

Ni obsta esto a la simplicidad de los atributos divinos. La identidad de decreto no excluye la prioridad o posterioridad que distinguimos en él; la predestinación, acto único y simplicísimo en Dios, no lo es en su término, que es la criatura contingente y finita. Dios, en verdad, no se especifica por sus actos, pero se hace cognoscible y nominable por ellos, de donde proviene que en los actos de su entendimiento distingamos razones diversas de prioridad y posterioridad con relación a los predestinados. Afirmar lo contrario nos llevaría al absurdo de admitir que siendo uno mismo el acto por el cual el Eterno predestinó a Cristo y a nosotros, no era la predestinación de Jesús causa y ejemplar de nuestra predestinación, lo que pugna con los principios de la fe católica (1).

He aquí el origen de las grandezas de S. José, la fuente de que brotan sus gracias y virtudes. Porque si S. José fué predestinado después de María, sobrepuja en orden y grado a todas las demás criaturas. El entendimiento humano se anonada y confunde al llegar a este punto. Tan dilatado y profundo es el mar de las glorias josefinas que en vano intentamos sondear sus abismos; ni siquiera podemos vislumbrar sus confines. No hay palabras humanas, dice Gersón, que puedan expresar las alabanzas y prerrogativas de José; ni los hombres ni los ángeles bastan a expresarlas (2). Si del grado de predestinación depende el grado de gloria y de gracia, ésta en S. José tiene que ser mayor que la de todos los hombres. El supera en gracia a todas las almas, en

---

(1) *S. Thom.* P. III. Q. XXIV, art. 3 et 4.

(2) *Ofic. de Conjugio Joseph et Mariae.*

gloria a todos los ángeles, en dignidad a toda criatura. Es la Expresión visible de Dios y de sus adorables perfecciones, el Representante en la tierra de su sabiduría, de su amor, de su providencia, de su Paternidad virginal y fecunda. Sabios esclarecidos que iluminásteis al mundo con las obras espléndidas de vuestra inteligencia soberana; caudillos legendarios que legásteis a la posteridad un nombre envuelto entre esplendores; santos fulgentísimos que inmortalizásteis vuestra fama con los ejemplos sublimes de vuestra virtud y vuestro heroísmo; hombres de la tierra y ángeles del cielo, sobre quienes derramó el Señor las maravillas de su amor y de su ciencia, de su poder y de su gloria; ninguno de vosotros mereció ser encumbrado al puesto que ocupa José, ninguno fué elegido por Dios para ser el angel custodio de la humanidad de Cristo, el Guardián celantisimo de la virginidad de María. Será él, tan solo él, aquel a quien Jesús llamará su padre, quien le amará como a hijo, le alimentará y cuidará como a tal; será él, tan solo él, a quien María llamará su esposo, el que guardará esa perla preciosísima, encanto de la Divinidad; será él, tan solo él, a quien saludarán las generaciones como Jefe supremo de la Sagrada Familia.

No entre los grandes del mundo escoge el Altísimo al que ha de ser su Lugarteniente en la tierra, sino entre los pobres y humildes; elige al obscuro José, engalanándole con las prerrogativas más insignes. Un solo Santo, escribe a este propósito el Venerable Olier, fué destinado para representar a Dios Padre, al paso que es necesaria una infinidad de criaturas, una multitud de santos para representar a Jesucristo. Todos los ángeles juntos fueron criados para representar a Dios y sus perfecciones; un solo hombre representa todas sus grandezas. Por lo tanto, es menester considerar al augusto S. José como la cosa más grande del mundo, la más célebre, la más incomprensible, y, proporcionalmente, oculto e invisible en su persona como Dios Padre, e incomprensible en su ser y en sus perfecciones (1). La misión que tenía que cumplir con respecto a Jesús y María nos fuerza a suponer que recibió una efusión de gracias extraordinarias; los ra-

---

(1) *Sentiments sur les grandeurs de S. Joseph*, cap. I.

yos más brillantes de la naturaleza humana, los dones más perfectos de la bondad divina se encuentran en ese obrero desconocido que pasa la vida en un taller, alejado del mundo y de los hombres. El Dios Omnipotente, dice Pío IX, *eligió entre todos los santos* al ínclito Patriarca S. José para que fuese en la tierra purísimo y verdadero Esposo de la inmaculada Virgen María y Padre putativo de su Unigénito Hijo; y con este objeto, para que desempeñara dignamente tan sublimes oficios le enriqueció y colmó de gracias y privilegios singulares (1).

---

(1) Litt. Ap. *Inclytum*. 7 Julii 1871.





## CAPITULO V

### S. José y el Orden hipostático

La cuestión ventilada en el capítulo anterior referente a la predestinación de S. José está íntimamente enlazada con la que vamos a discutir en el presente. Si S. José fué predestinado para ser esposo de María y padre de Jesús; si su misión, vida y existencia tienen por objeto único la existencia del Verbo, hasta el punto de que la Encarnación no podía realizarse convenientemente sin José; si, a consecuencia de todo esto, excede el Santo a todas las criaturas en orden y en grado, en virtud y en gracia, ocupando un puesto tan alto en los decretos divinos que la razón humana no alcanza a comprender; es lógico suponer en él un conjunto tal de privilegios, una suma de dones y carismas que le colocan en un rango distinto y superior al de los demás Santos; que sea algo así como la cúspide de las jerarquías celestes y terrestres.

Cuanto más una cosa se acerca a su principio, dice el Doctor Angélico, más participa de su perfección; y a medida que un alma se aproxima más a Dios, mayores afinidades contrae con El (1). Teniendo presente este axioma filosófico y teológico, deducimos que las afinidades divinas de S. José son enteramente nuevas, de

(1) III. Q. XXVII. art. 5.



una grandiosidad inenarrable; sus relaciones con la Trinidad tan profundas y estrechas que constituyen un misterio de grandeza; sus virtudes tan sublimes y heroicas que son como un océano insondable en cuyo fondo se reflejan los destellos más brillantes de la santidad angélica y humana. S. José es un hombre *sui generis*, colocado en un orden incommunicable e inconfundible con otros.

Guiado por la luz de esos principios, vamos a indagar las maravillas que encierra el alma del bendito Patriarca para así apreciar mejor los quilates de su perfección y encantos de su virtud, provocando de este modo en los fieles un amor filial más intenso y ferviente hacia el glorioso Santo. Intentamos escudriñar y saber si perteneció al orden de la unión hipostática, formando categoría aparte entre los elegidos.

Confesamos francamente que nos invade algún temor al llegar a este punto. Tratándose de cuestiones de suyo obscuras y difíciles sobre las que no ha emitido juicio alguno el oráculo infalible de la Iglesia, es peligroso proceder con la simple razón teológica; sin fundamento sólido en la Escritura o en la tradición no debe aventurar afirmaciones el teólogo, so pena de exponerse a caer en confusiones lamentables y crasos errores. Nadie conoce los misterios de Dios sino aquel a quien El los revela; *quae Dei sunt nemo cognovit nisi Spiritus Dei* (1); y tomar por norma en las argumentaciones teológicas la devoción privada o el sentimiento religioso de cada uno equivale a constituir criterio de revelación la débil luz de nuestro limitado entendimiento. No hemos de desistir, sin embargo, de recorrer ese camino erizado de misterios y dificultades; a través de las sombras que lo envuelven descubriremos luces y colores de hermosura inefable, luces y colores que tejen a las sienes de S. José corona inmarcesible de gloria. Lleno de misterios está el Cristianismo, pero esos misterios no son cormas del ingenio sino rieles del espíritu, focos de luz que todo lo aclaran, clave que descifra enigmas insondables; lejos de estar prohibido al cristiano el estudio de esas verdades sobrenaturales puede con humildad y reverencia intentarlo para conocer

---

(1) I. Cor. II. 11.

de algún modo su naturaleza y las múltiples relaciones que envuelven con el orden de las cosas criadas. Como dice muy bien el Concilio Vaticano, la razón ilustrada por la fe puede conocer de algún modo los misterios, ya por la analogía que guardan con las verdades naturales, ya por el enlace mutuo de unos con otros, ya por la relación que tienen con el último fin del hombre (1).

Lo que hemos de procurar en esta clase de estudios es despojarnos de todo prejuicio intelectual que pueda ser óbice a la verdad y obstáculo a la luz con grave peligro de estrellarnos en el escollo de la herejía. En cuestiones teológicas y cuando se trata de precisar conceptos relativos a la verdad dogmática, siempre es regla segura atenernos al criterio de la autoridad, juez inapelable de interpretación exegética y bíblica; y he aquí uno de los móviles que nos impulsan a examinar las relaciones de S. José con el orden hipostático de la Divinidad. Además de la gloria del Santo, objeto principal de nuestras disquisiciones, queremos determinar con acierto el papel que desempeña José en el Plan divino, rectificando, a nuestro parecer, algunos juicios y opiniones acerca de S. José emitidos en estos últimos tiempos por varios autores josefinos, que, en su afán de exaltar la figura del Santo, no vacilan en atribuirle privilegios que pugnan abiertamente con su dignidad y carácter.

A la vista tenemos, cuando escribimos estas líneas, una obra apologética sobre S. José, en la que se vindica para él, entre otros privilegios inauditos, la causalidad *intrínseca* en el orden hipostático, deduciendo de ese principio una porción de consecuencias, a cual más temeraria y absurda. El autor de tan extraña afirmación se guardó muy bien de aducir razones y citar textos demostrativos, porque esto ya no era tan fácil como lanzar afirmaciones gratuitas. Estos procedimientos más bien que honrar a los santos, les perjudican grandemente. *Ne quid nimis*; bueno es honrar la memoria de los santos porque en ellos honramos a Dios y hacemos una obra laudable y sobre manera útil a nuestras almas; pero este culto lo hemos de ejercitar en la forma de-

---

(1) Sess. III, cap. 4.

bida y según las prescripciones de nuestra Madre la Iglesia. Jamás hemos de olvidar que la moral como el dogma no son un producto de nuestra fantasía ni una emanación de la conciencia individual, sino entidades sobrenaturales, reveladas por Dios y definidas también por un magisterio infalible. La piedad que no se funda en las normas sabiamente establecidas por el Vicario de Cristo degenera bien pronto en superstición ridícula, cuando no en escándalo manifiesto, tanto más sensible cuanto que se trata de verdades directamente ordenadas a la reforma de las costumbres humanas. El espíritu privado, el entusiasmo religioso, cuando no se apoya en principios sólidos, nos precipita en el abismo. Ejemplos abundantes ofrece la historia sobre el particular; tanto o más que la herejía declarada y la blasfemia sectaria dañaron a la Iglesia el celo indiscreto y el pietismo inmoderado de algunos de sus hijos.

## I

### TRES ÓRDENES DE COMUNICACIÓN DIVINA

Teniendo muy presentes estas observaciones, veamos lo que hay de cierto sobre el asunto en cuestión y en qué sentido puede afirmarse que S. José forma parte o pertenece al orden hipostático. Desde que apareció el hombre en la tierra estuvo en comunicación con su Hacedor. El cielo y la tierra han estado siempre unidos, y aun después del pecado sigue Dios revelando al hombre los arcanos de su sabiduría y las invenciones de su amor. No se limitan estas relaciones entre Dios y el hombre a las que establece el hecho de la creación; son más altas y sublimes, pertenecen a un orden superior, indebido a las exigencias naturales. Aunque pudo Dios crear al hombre en estado de naturaleza pura, no lo hizo así; sino que ya desde el principio le constituyó en el orden sobrenatural, comunicándole, además de la vida sensitiva e intelectual, la vida de la gracia y de la gloria.

No estaba satisfecha la Bondad divina con esa doble revelación, natural y sobrenatural; quiso comunicarse *personalmente*

uniéndose con la naturaleza humana y mediante ella con toda la creación, ennobleciéndola en tal grado que no solamente participa de la naturaleza divina por la gracia santificante sino del mismo Ser divino, que es a un mismo tiempo Dios y Hombre verdadero. Son tres, por consiguiente, los órdenes que hemos de distinguir en el Plan de la Providencia divina: el orden de la naturaleza, el orden de la gracia y de la gloria, y el orden de la Unión hipostática.

La diversidad de órdenes procede de la diversidad de comunicaciones divinas, las cuales engendran relaciones distintas en la criatura racional. El orden de la naturaleza se funda en el hecho de la creación, mediante el cual recibe el hombre la imagen y semejanza de Dios por quien fué creado. De aquí se origina una porción de vínculos morales que le ligan al Creador, y cuya expresión adecuada se encuentra en la religión natural. El orden de la gracia procede de la elevación del primer hombre al estado sobrenatural en el que fué revestido de dones preclarísimos, indebidos a su naturaleza. Estos implican un conocimiento de Dios más perfecto, la visión de su esencia, el amor y posesión de su bondad infinita. El orden de la Unión hipostática se apoya en la Encarnación, en virtud de la cual se une Dios en persona con el hombre haciendo que éste *subsista* en la misma persona divina, con unidad de substancia y de ser.

De tres maneras genéricamente diversas, dice Cayetano, puede Dios, Sumo Bien, comunicarse a sus criaturas. Primeramente, por una comunicación en cierto modo natural, y así se comunicó al universo, creándole y conservándole librémente. En segundo lugar, por una comunicación sobrenatural; y así se comunicó al universo, elevando por la gracia todas las sustancias intelectuales y racionales a la participación de la naturaleza divina. Existe una gran diferencia entre estos dos modos de comunicación y consiste en que de tal manera están distribuídas en el primero las participaciones, imitaciones y semejanzas de Dios que constituyen por sí mismas las substancias de las cosas, llamadas por nosotros naturalezas de los seres, con sus condiciones naturales. Pero Dios, cual es en Sí, queda fuera y sobre todo el universo, existiendo en su excelentísima naturaleza propiamente suya, feliz

por completo con el goce y posesión de Sí mismo. En el segundo modo, Dios comunicó a la criatura algo propio de su naturaleza, como es el ver a Dios, el gozar de la visión de su esencia, el participar de su naturaleza divina, imperfectamente por la gracia, perfectamente por la gloria... Sin embargo, es tan grande el amor del Sumo Bien a la criatura que no le ha bastado comunicarse a ella según el orden natural por la creación del universo y según el orden de la gracia por la elevación al consorcio de la naturaleza divina; quiso elevarla a lo único que ya le faltaba y que no podía ella ni siquiera concebir, es a saber, a la personalidad divina, lo cual constituye un tercero y supremo grado de comunicación de Sí mismo. En este tercer modo Dios se comunica a la criatura concediéndole no una semejanza suya o algún don creado del orden natural o sobrenatural, sino la propia persona según la propia subsistencia que tiene en Sí misma, participando igualmente de esa persona Dios y la naturaleza creada, en tal forma que la criatura, esto es, el hombre sea en realidad el Verbo de Dios, que es Dios. Este es, sin género alguno de duda, el modo sumo, según el cual puede el Sumo Bien comunicarse a la criatura; no se concibe que puede haber otro superior (1). Con estas palabras tan luminosas distingue el esclarecido dominico los tres órdenes citados describiendo al mismo tiempo sus principales caracteres.

El orden natural es, ciertamente, una muestra esplendorosa de los atributos divinos, una efusión de la bondad increada, pero en un grado relativamente bajo e incompleto. Dios se ha limitado en ese orden a crear las substancias mundanas, los cuerpos celestes y terrestres, les ha señalado un fin con los medios oportunos para su consecución; los rige y gobierna con las leyes ordinarias de su Providencia, pero siempre en conformidad con las exigencias *naturales* de los seres, sin añadir perfección alguna de otro orden diverso. Todo esto lo hace Dios como autor y fin de la naturaleza creada, pues aun el mismo fin del hombre que es el conocimiento y amor de Dios se consigue con el ejercicio *na-*

---

(1) In III P. D. *Thom.* q. I. art. 1.

*tural* de sus facultades, con las fuerzas de su entendimiento y voluntad.

El orden sobrenatural resulta también de la comunicación que hace Dios de sus adorables perfecciones, pero amplía indefinidamente los horizontes de la bondad divina porque se trata de perfecciones indebidas a la criatura racional. Sobrenatural se llama lo que supera la esencia, exigencias y fuerzas de la naturaleza (1). Las perfecciones de ese orden son propias exclusivamente de la Esencia divina y nunca pueden ser naturales a una criatura, ya que esta por su esencia solo exige las perfecciones debidas a su constitución. Por consiguiente, si Dios revela y comunica al hombre sus propias perfecciones, será por un acto libre de su voluntad, no por necesidad alguna de su naturaleza; y si esa participación de la bondad divina es sobrenatural en la criatura, será necesariamente accidental y relativa. Accidental, porque de otro modo la criatura se convertiría en Dios por la identidad substancial de atributos; relativa, porque la criatura es intrínsecamente compuesta, y por ende incapaz de poseer las perfecciones divinas en toda su plenitud.

El orden de la unión hipostática emana como los anteriores de una comunicación divina, pero difiere de ellos en que esa comunicación no es de algún atributo, sino de la misma persona divina que se une substancialmente a la naturaleza humana. Y como esta unión se verifica no por la confusión de las dos naturalezas, ni por la absorción de una en otra, ni por la formación de otra tercera, sino por la asunción de la humana a la subsistencia de la divina de tal modo que ambas permanezcan hipostáticamente unidas, pero íntegras, completas y perfectas, cada una en su esencia y operación, no vemos repugnancia alguna en su existencia, pues ni la criatura se convierte en Dios ni Dios en criatura, contra lo que decían los eutiquianos y afirma el panteísmo; antes bien, esa unión tan sublime nos parece sumamente conveniente al Ser Supremo, esencialmente comunicable *ad intra* y *ad extra*.

Si el orden es la disposición de las partes según una razón

---

(1) Del Val, *Sacra Theologia Dogmatica*, vol. I, pág. 505.

determinada, sea ésta de tiempo, de lugar, de origen o de dignidad (1), podemos definir de alguna manera el orden hipostático diciendo que es la disposición apta de todos aquellos elementos necesarios para que se llevara a exacto cumplimiento la Encarnación del Verbo según los decretos del Plan divino. Causa formal y final de ese orden en sus diversos aspectos es la unión hipostática, el Verbo humanado; causa material son las cosas unidas y dirigidas a la realización de ese misterio, o sea aquellos seres que se refieren al Verbo como partes necesarias según los decretos eternos. El orden hipostático es superior al de la gracia. Este tiene por objeto establecer las relaciones de los ángeles y de los justos a Dios; aquel dispone los medios indispensables para la Encarnación del Verbo, ordena las condiciones convenientes a su realización. Incluye, por lo tanto, la acción de la criatura en la obra del Creador. Así como distinguen los teólogos *inter redemptionem simpliciter et melius esse redemptionis*, de la misma manera y con mayor motivo podemos distinguir *inter incarnationem simpliciter et convenientius esse incarnationis*, lo cual implica necesariamente la existencia de María y de José, instrumentos vivos del Espíritu Santo, con los que Este fabricaría el templo del cuerpo de Jesús, destinado al dolor y a la muerte.

De dos maneras puede una cosa referirse o pertenecer al orden de la Unión hipostática: intrínseca o extrínsecamente, según que concorra intrínseca o extrínsecamente a esa Unión. El concurso *intrínseco* se presta, o constituyendo propia e inmediatamente la substancia de la Encarnación, o cooperando intrínsecamente a su constitución. El concurso *extrínseco* se verifica por la posición de algún hecho singular relativo al misterio, y que es necesario, *ex praedestinatione divina*, para que el misterio se ejecute (2). En el orden hipostático *intrínseco*, la Unión tiene razón de forma para los seres que de ella participan; en el orden hipostático *extrínseco*, es término y fin de las personas que con ella

---

(1) Sto. Thom. I. Dist. 20. Q. I. art. 3.

(2) En sentido *lato* podemos afirmar que pertenecen al orden hipostático extrínseco aquellas personas que contribuyeron de algún modo a su preparación y conocimiento. Tales son los patriarcas, profetas y personajes de la antigua ley.

guardan relación. La unión hipostática no es una entidad realmente distinta del Verbo o de su humanidad; extremos son estos unidos por un mismo vínculo, por la identidad de subsistencia divina (1).

Hemos hablado ya de las relaciones del mundo con Cristo y visto como es causa eficiente y final de las cosas creadas, no existiendo una sola que no dependa de El en cuanto a su ser y operación. Todo subsiste en El y por El (2), porque Dios todo lo ha colocado bajo sus plantas (3), extendiéndose su imperio como de Rey universal hasta los últimos confines de la tierra (4). El orden hipostático emite radiaciones luminosas sobre toda la creación unida a Cristo en virtud de su Encarnación humana; las relaciones extrínsecas que de aquí nacen son poderosas, sublimes, dignas de eterna adoración. Profundicemos algo más; veamos ahora cuales son las perfecciones y relaciones *intrínsecas* de ese mismo orden y las personas que lo constituyen, para así precisar con todo acierto el lugar de S. José en el Plan divino y poseer una norma segura con la que podamos apreciar sus magnificencias soberanas.

Y en primer lugar hemos de colocar en el orden hipostático intrínseco la humanidad sacratísima de Jesús unida substancialmente a la persona del Verbo. Sabemos por la fe que la segunda persona de la Santísima Trinidad, no por necesidad de su esencia sino por libre decreto de su voluntad, se encarnó en la naturaleza humana de tal modo que las partes esenciales de esta, el alma y el cuerpo, las potencias y sentidos, pasan a formar un solo ser con el Hijo de Dios, subsistiendo en una mis-

---

(1) Prescindimos aquí de la cuestión agitada entre los teólogos sobre si existe algún medio *quo* de unión entre el Verbo y su Humanidad. Nos agrada la opinión de aquellos que con Billot, Pesch y Janssens siguiendo al agustino Gregorio de Rimini no admiten modalidad alguna para explicar la *esencia* de la unión hipostática, contentándose con admitir únicamente el *hecho* de la unión sin relación alguna *formal* como defiende Escoto, o modo *substancial*, según opinan Suárez, Mendive y otros teólogos.

(2) *Propter quem omnia, et per quem omnia*. Hebr. II, 1.<sup>o</sup>

(3) *Postula a me et dabo tibi gentes haereditatem tuam et possessionem tuam terrarum*. Ps. II. 8.

(4) *Et regnabit in domo Jacob in aeternum et regni ejus non erit finis*. Luc. I, 32.



ma persona divina las dos naturalezas, divina y humana, las cuales, permaneciendo íntegras, indivisas y realmente distintas entre sí, ejercen todas sus operaciones unidas inconfusa e inseparablemente con el Verbo. Esto es lo que implica el misterio de la Encarnación, lo que llamamos teológicamente Unión hipostática. Entendiendo por esta aquel acto por el que la naturaleza humana en su ser substancial es elevada a gozar de la subsistencia personal del Verbo, claro está que ha de ser una operación propia y exclusiva de Dios. Ningún agente creado, por perfecto que sea, podrá jamás, ni aun con virtud divina, unir a sí hipostáticamente otra naturaleza distinta, informándola con su propia personalidad. Esto se demuestra recordando que la unión hipostática no es unión natural sino *personal*; el supuesto o persona no resulta de la causalidad mutua de las partes unidas, sino que preexiste necesariamente; es un acto purísimo que ni se contrae a otro ser ni se recibe adecuadamente en potencia alguna finita; antes muy al contrario, con su actividad y virtud atrae hacia sí a la criatura, la sublima y eleva, haciendo que subsista no solo *en la hipostasis*, principio asumente de la naturaleza inferior, sino *según la hipostasis*, esto es, en conformidad con el acto formal de la misma, a la que añade no un nuevo ser inherente, o mutación substancial, o alguna modificación que menoscabe la esencia divina, sino solamente un nuevo modo de ser, una relación de razón, real y positiva en la naturaleza asumida. Es solo el Verbo quien realiza ese prodigio estupendo, y en virtud de esa unión hipostática se encarna formalmente en la criatura, ocupando sin disputa alguna el primer puesto en el orden hipostático al cual se refieren todos los demás. Como el hombre resume en sí todas las naturalezas creadas, pues tiene común con los minerales el ser, con las plantas el vivir, con los animales el sentir y con los ángeles el entender, se puede en cierto modo afirmar que al encarnarse el Verbo en la naturaleza humana asumió el universo entero, uniéndole a su divinidad y elevándole al orden intrínseco de la unión hipostática. En este sentido S. José y todos los hombres pertenecen al orden intrínseco de la unión hipostática, están unidos substancialmente a Cristo.

En segundo lugar, pertenece al orden hipostático *intrínseco* María Inmaculada, Madre de Dios y de los hombres. Aunque ella no sea causa eficiente de la Encarnación, coopera intrínsecamente a su realización. No solo concurre moralmente a la ejecución del misterio con su consentimiento libre y eficaz, requerido por el ángel; sino también físicamente, dando la materia del cuerpo de Jesús, ofreciendo su purísima sangre para formar la humanidad del Salvador. El Hijo de Dios, escribe S. Juan Damasceno, tomó de la sangre purísima de María la carne animada por el alma racional (1). En sus virginales entrañas, las más puras entrañas del mundo, como dice Bossuet (2), se opera la Encarnación, y por este hecho María engendra de su propia substancia en el tiempo al *mismo* Verbo engendrado substancialmente por el Padre en la eternidad. No solo es María santuario y asilo sino también Madre de Dios, pues como tal le da el cuerpo, la sangre, la vida humana.

La afinidad que contrae con el Verbo es manifiesta y notoria; la carne de Cristo es carne de María, dice S. Agustín (3), de donde resulta que el Verbo es verdadera y propiamente Hijo de la Virgen. Suárez y otros autores van aún más lejos. No se contentan con afirmar que el cuerpo de Jesús inmolido en el ara de la Cruz es esencialmente el mismo formado por la sangre purísima de María; pretenden, además, que esta substancia de carne y de sangre que Jesús tomó de su Madre, jamás fué perdida, permaneció siempre íntegra, unida al Verbo divino, inalterable a las transformaciones orgánicas de los cuerpos humanos. Según esta opinión, hubiera habido sangre de María derramada en el Calvario y una parte de su cuerpo en el sacrificio de la Cruz (4). S. Pedro Damiano parece indicar la misma idea cuando afirma que Dios estaba en María *por identidad*, siendo una misma cosa con ella. De cuatro modos, dice, está Dios en las criaturas. Primero, por *esencia*; y de este modo está tanto en los buenos como

---

(1) *De Fide Orthodoxa*, lib. III. c. 1.

(2) *Premier Sermon pour la fête de l'Annonciation*.

(3) *Sermo de Assumptione*, c. 5.

(4) *De Mysteriorum vitae Christi*, Disp. I. Sect. 2.

en los malos. Segundo, por alguna operación *saludable*; y así está en los buenos. Tercero, por la *iluminación*; y así se encuentra en muchos buenos. Cuarto, por *identidad*; y de este modo sólo está en una sola criatura, en María, porque es *lo mismo* que ella (1).

Sea como quiera, admitase o no esta manera de pensar, siempre tendremos que la unión de María con Dios fué substancial y física, y que una parte de su cuerpo fué unida hipostáticamente al Verbo; o lo que es lo mismo, María pertenece al orden intrínseco de la unión hipostática.

## II

### LUGAR DE S. JOSÉ EN EL ORDEN HIPOSTÁTICO

¿Podremos colocar también a S. José en el orden hipostático intrínseco? Considerado este orden en su sentido estricto y riguroso no puede pertenecer a él S. José, porque ni es parte esencial ni concurre intrínsecamente a su constitución. Solo los que participan formalmente de la Unión hipostática pueden pertenecer al orden hipostático intrínseco. S. José no estuvo unido físicamente a la persona del Verbo, pues Este se encarnó sin concurso alguno de varón; y sea cualquiera su dignidad y eminencia, no llega al grado de perfección requerida por la Unión hipostática.

Los adversarios de esta afirmación llevados más bien de un entusiasmo indiscreto que de razones sólidas y positivas alegan los derechos del Santo sobre Jesús y María para justificar su inclusión en el mismo orden hipostático; pero es inútil negar la evidencia, luchar contra la realidad inconcusa de los hechos. Ninguna parte real de la substancia de José pasó al cuerpo del Verbo humanado y, por consiguiente, no se unió personalmente a El, no puede incluirsele en el mismo orden hipostático.

Pero si S. José no pertenece al orden hipostático intrínseco

(1) *Quarto modo inest uni creaturae, videlicet Mariae Virgini, identitate quia idem est quod ipsa. Sermo I. in Nativitate B. V. Mariae.*

bien merece que lo coloquemos en el orden hipostático extrínseco, por encima de todas las criaturas, excepto María. Supuesto el decreto divino según el cual el Verbo había de nacer de una virgen *desposada*, las relaciones de José con ese Verbo, si no físicas, resultan tan profundas, íntimas y estrechas que no podemos compararlas con otras; es algo nuevo y distinto de lo que observamos en la vida humana y en los coros de los espíritus celestes. Vimos ya como S. José es inseparable de María y de Jesús; su existencia tiene por único objeto la persona del Verbo, y los tres están comprendidos en un mismo decreto de predestinación; fueron predestinados para llevar a efecto la redención del mundo. El era verdadero esposo de María y padre de Jesús, títulos ambos nobilísimos que nos dan derecho a colocar al glorioso Patriarca en el orden de la Unión hipostática. Como dice muy bien León XIII, de estos dos títulos nace la dignidad, la gracia, la santidad y la gloria de S. José (1). Nótese como los teólogos deducen la excelencia de María de su proximidad al Verbo, originada por el concurso substancial materno que prestó a la Unión hipostática. S. José, esposo de María en cuanto que era Madre de Jesús, estaba cercano también a Jesús, el cual no se concibe encarnado en una virgen desposada sin el influjo de aquel. Luego S. José ocupa un puesto singular al lado del Verbo; constituye, digámoslo así, una jerarquía especial derivada de su ministerio, de su cargo sublime, de su predestinación excelsa.

Al decretar el Omnipotente enviar a su Unigénito para restaurar el mundo, así como preparó las circunstancias de su aparición, así también en el mismo decreto no pudo menos de incluir y elegir aquellas personas cuyo apoyo y cooperación eran necesarios al Dios humanado. Y estando destinado S. José a cumplir tan sagrados deberes, debe necesariamente pertenecer a ese orden en que fué preferido.

Todo lo que ha sido decretado por Dios, dice el P. Herrmann, como medio o condición para llevar a efecto la unión hipostática y cuya razón de ser es esa misma unión, pertenece al mismo orden, aunque no esencialmente (2). Tal es el ministerio de San

---

(1) Encicl. *Quamquam pluries*, 15 de Agosto 1889.

(2) *Tractatus de Beato Joseph*, art. II.

José, cuya razón de ser y único objeto de existir no fué otro que la Encarnación del Verbo. Considérese la unión hipostática *in fieri* o *in facto esse* tenemos la misma conclusión; en ambos casos José es totalmente por Jesús al cual se ordena, por la unión hipostática a la cual se refiere necesariamente. En el primer caso, el ministerio de José, su existencia se termina próxima e inmediatamente en la Encarnación, como una condición requerida por Dios al determinar que su Hijo naciese temporalmente de una virgen desposada. José como verdadero esposo de esa virgen debía renunciar a sus derechos de tal para que el Espíritu Santo fecundara el seno virginal de María. En el segundo, también el ministerio de José se encamina y tiene por término el mismo fin, el Verbo Encarnado. La persona del Cristo, que es en concreto la unión hipostática, necesitaba de un custodio y protector para su conservación en la tierra. Cristo niño debía ser alimentado y vestido; necesitaba de una educación y solicitud paternal, y esta fué la misión de José, a esto se redujo el ejercicio de su paternidad para con el Hijo de Dios. Siempre es el Verbo el término directo e inmediato de la existencia, vida y ministerio de José. Por lo que se ve claramente con cuanta razón se incluye a José en el orden de la unión hipostática, lo que no conviene ni puede afirmarse de otro alguno por santo y eminente que sea o haya sido.

Su matrimonio con la Madre del Verbo exigía, por otra parte, esa elección. Participaba con María una vida social indivisible cuyos efectos se referían a Jesús de una manera especialísima. José es cabeza de su esposa según aquello del Apóstol: *vir caput est mulieris* (1); y por lo tanto, era principio del ser y operación social que el contrato matrimonial implica; era Jefe de la Sagrada Familia con autoridad propia sobre ella, lo cual supone una porción de derechos inalienables que le ligan necesariamente a su Esposa e Hijo. Por eso los acompaña siempre, los preside, protege y salva, hace vida común con ellos en Belén, en Egipto, en Nazaret; ejerce sobre ellos los derechos que le corresponden como esposo y padre. Bien merece y con justicia de-

---

(1) Ephes. V, 23.

be colocársele en un orden distinto y peculiar, superior al de los ángeles y hombres, en el orden hipostático.

Tan notoria y manifiesta es la razón que justifica la inclusión del Santo en ese Orden que los teólogos católicos no han vacilado en reconocerla y aplaudirla. Nadie como Suárez expone con más claridad este argumento. Algunos ministerios, dice, pertenecen precisamente al orden de la gracia santificante, y en este orden tienen la supremacía los apóstoles, por lo cual necesitaron de mayores auxilios de la gracia que los demás santos, particularmente de la gracia *gratis data* y de sabiduría; pero hay otros ministerios que atañen al orden de la Unión hipostática, que de suyo es más perfecto, como lo demuestra la divina maternidad de la Virgen. A este orden pertenece el ministerio de S. José, por lo cual es superior al de los Apóstoles (1). De aquí la elevación y supremacía de S. José. Como se ve, siendo el orden hipostático superior al de la gracia, el grado ínfimo de aquel excede al grado supremo de este, según aquel principio filosófico: *minimum maximi majus est maximo minimi*, porque la virtud y potencia del orden inferior tiene un límite más allá del cual no puede pasar, y que siempre está debajo del orden superior. En este orden supremo, continúa Suárez, entiendo que está constituido el ministerio de S. José, bien que como en el ínfimo grado de dicho orden; pero por lo mismo excede a todos los demás órdenes porque es superior a ellos (2). Sigue el mismo autor y clasifica los santos en tres órdenes: uno de la ley antigua, con fundamento en los Profetas; otro de la ley de gracia, con fundamento en los Apóstoles; y otro que funda Cristo por sí y para sí, como es el hipostático en el cual está José con Jesús y María. El ministerio de S. José no pertenece propiamente al Nuevo Testamento ni al Antiguo, sino al Autor de entrambos y piedra angular que juntó en sí aquellos dos órdenes (3).

El ministerio y oficio de S. José, dice Cornelio Alapide, fué nobilísimo porque tocaba al orden de la Unión hipostática del

---

(1). In III. Q. XXIX Disp. 8. sect. 1.

(2) Ib.

(3) Ib. art. 5.

Verbo con nuestra carne, como la Maternidad de la Santísima Virgen. José, en efecto, ejerció todos sus trabajos y acciones inmediata y directamente ordenados a la persona del Cristo, a quien alimentó, fomentó, custodió y dirigió en el arte fabril que con el mismo José ejercía, según la común sentencia de los Doctores (1). Era realmente José custodio y tutor de Jesús, señor del Monarca supremo a cuya voz obedecen los seres todos de la creación. No hay cargo, ministerio ni dignidad alguna semejante. El ministerio de S. José, escribe el P. Cartagena, tanto por razón de ser esposo como padre adoptivo, estuvo sumamente unido con la persona misma de Cristo, de modo que parece aproximarse a la sublimísima dignidad de la Madre de Dios más que toda otra dignidad... En el orden de la Unión hipostática, que es más perfecto que el de la gracia, ocupa S. José el tercer lugar (2). Los servicios de José eran necesarios para el sostenimiento de esa unión, por la cual trabajó sin descanso durante treinta años; requeríalo, además, la gloria del Verbo encarnado a fin de que se cumplieran los planes amorosos de Dios en la redención del mundo. Esta dignidad, este ministerio es la causa de su encumbramiento, la razón que nos mueve a colocar a José en el orden hipostático. El ministerio de José, escribe el Cardenal Vives, considerado como esposo de María y padre adoptivo de Cristo, estuvo íntimamente unido a la misma persona de Cristo. Aunque el ministerio apostólico ocupe el lugar supremo en el orden de la gracia *gratum facientis*, según el dicho de S. Pablo: *Et quosdam quidem posuit Deus in Ecclesia primum Apostolos* (I. Cor. XII, 28); sin embargo, en el orden de la gracia de la Unión hipostática, más perfecto que el anterior, en el cual figura en primer término la humanidad de Jesús, unida inmediatamente a la persona del Verbo, y en segundo lugar la Santísima Virgen que engendró a ese Verbo humanado, en ese orden figura también S. José quien recibió del cielo la misión nobilísima de alimentar, educar y proteger al Dios-Hombre, misión jamás encomendada a otro alguno (3). Esto parece indicar también el insigne P. Billot

(1) *Com. in Maht.* I. 16.

(2) *Hom. Cathol.* lib. IV. hom. VII.

(3) *Summula Josephina*, num. 720.

cuando, después de probar la *necesidad* del ministerio de José para la introducción del Hijo de Dios en el mundo, deduce que S. José estuvo unido a Cristo más íntimamente que los demás hombres y se refiere a El de un modo singular y especialísimo, ya por ser su Padre virginal, ya también por ser Cabeza de aquella sociedad conyugal ordenada *directamente* a la educación y formación del Cristo (1).

Perteneciendo S. José a un orden distinto del orden a que pertenecen los demás Santos, y estando, por lo mismo, más cerca de Jesús, principio de la gracia, que todos los demás, es lógico inferir que gozó de gracias y prerrogativas mayores; que fué el primero en dones y carismas celestiales. Dios, dice Sto. Tomás, da a cada uno la gracia proporcionada al cargo para que le elige (2), y habiendo elegido al Santo Patriarca para un cargo y dignidad suma, suma debió ser su santidad y plena su gracia. Sin duda, dice el sabio Gersón, hay en el cielo Santos que ocupan lugares muy eminentes; los Apóstoles, por ejemplo. Pero si el Precursor ocupa el primer puesto entre los Profetas; si los Apóstoles se ven elevados a un rango muy distinguido, es en orden a la Iglesia, no en orden a la Unión hipostática, donde no figuran más criaturas humanas que María y José. Y como quiera que el misterio de la Encarnación es el punto culminante del orden sobrenatural, la gloria de los santos Esposos se eleva sobre la de todos los demás Santos (3). Todo esto es una consecuencia necesaria de lo dicho; son condiciones peculiares del orden en que fué constituido S. José. Si este orden es intermedio entre el de la Trinidad y el de los Santos, y supera a este en excelencia y dignidad, también debe sobrepugarle en gracia y santidad. Entre este gran Patriarca y los demás Santos, escribe la Madre Agreda, reconozco una diferencia en los dones que recibieron de gracia, porque a muchos Santos se les dieron otros favores y privilegios que no miraban todos a su propia santidad, sino a otros intentos y fines del servicio del Altísimo en otros

---

(1) *De Verbo incarnato*. Thes. 44.

(2) III P. Q. XXVII. art. 5.

(3) *Serm. de Nativit. Virg.*



hombres; y así eran como dones o gracias *gratis datas* o remotas de la santidad. Pero en nuestro Patriarca bendito todos los dones eran añadiéndole virtudes y santidad (1). Cuando los Padres y Doctores afirman que el ministerio de los apóstoles es el más elevado, se refieren a la autoridad que les fué dada sobre todos los fieles de la Iglesia, no a la dignidad de que fueron revestidos, pues en este orden la dignidad de José, por emanar directamente de Dios, es más eminente que la de los Apóstoles.

Tengamos muy presente que las gracias y dones de los elegidos se ordenan al cuerpo místico de la Iglesia, los de S. José *inmediatamente* a su Cabeza, que es Cristo. A los ángeles encomienda Dios la guarda y custodia de los hombres; a los arcángeles, la de los Principados e Imperios; a ninguno, aun de los más encumbrados serafines, eligió para Custodio de su Hijo; ningún justo, ningún ángel pertenece al orden hipostático. Con razón, dice Lepicier, S. José obtiene la primacía sobre todos los santos y ángeles (2); fué predestinado a un orden superior y conforme a este orden hemos de medir sus grandezas.

Si de la suma conjunción de María con Cristo deducen los teólogos la suma perfección de la Virgen sobre todos los ángeles y santos, no hemos de extrañar que, habiendo tenido José mayor conjunción que ninguna otra criatura con el Verbo divino, supere a todas en santidad y gracia. Y si las supera en gracia es indudable que las supera en gloria, porque el grado de gloria es consecuencia inmediata del grado de gracia en que muere el justo; la unión mayor o menor que tiene con Dios el alma en este mundo no desaparece con la muerte. La relación de paternidad que unía a José con Jesús, lejos de disolverse por la muerte, sigue en el cielo más vigorosa y estrecha, y del mismo modo que la maternidad de María persevera real y verdaderamente en la gloria, así la paternidad de José permanece también en toda su pureza y realidad. Parece claro, dice S. Bernardino de Sena, que en el cielo aquel debe ser colocado más próximo a Jesucristo que fué

---

(1) *Mística Ciudad de Dios*, Tom. IV. P. II. lib. V. cap. XVI.

(2) *Tractatus de S. Joseph*. P. I. art. I. 19.

en la tierra quien más sirvió al misterio de la redención (1). ¿Puede afirmarse de ningún otro santo cosa parecida? Sólo a José es debida esta gloria, sólo él fué agraciado con tal distinción.

### III

#### LA TRINIDAD TERRESTRE

¡Qué raudales de luz inundan la figura de José! ¡Qué torrentes de vida divina derramó Dios sobre él! Verdaderamente no ha existido otro santo en quien los rayos de la Trinidad refuljan más luminosos y espléndidos. Sí; él fué asociado con María para formar parte de la Trinidad terrestre, imagen viva y perfecta de la Trinidad divina. Todo cuanto se diga de esa Trinidad será pálido reflejo de su perfección; la ciencia y el arte, la teología y la razón humana no bastan para explicar las excelencias de esa sociedad única en la tierra. Jesús, María y José son las tres fisonomías divinas que constituyen y expresan el orden sobrenatural, los tres Seres humanos que por sus dones naturales coronan e integran la Creación. Son el ideal de la verdad y de la virtud en los cielos y en la tierra. *Nihil carius, nihil melius, nihil in terra excellentius*. Son el cielo en la tierra, lo eterno en el tiempo, Dios en el mundo. Jesús, Hijo de Dios; María, Madre de Jesús; José, Esposo de María y Padre de Jesús. ¿Existe algo más grande, más sublime, más excelso, más divino? La Sagrada Familia resume los pensamientos eternos de Dios, las maravillas de su poder, las efusiones de su amor; es el centro del Plan divino y también su principio y su término. Todas las comunicaciones de la gracia y de la gloria a los hombres reconocen por causa a la Sagrada Familia; por eso los efluvios todos de la vida íntima de Dios convergen hacia Jesús, María y José, originándose de aquí profundas afinidades entre ellos y el mundo angélico y humano.

La Trinidad celeste es el origen de la vida divina, la terrestre es fuente de esa misma vida en las almas; en aquella hay una

(1) *Serm. de S. Jos.*

sola esencia y tres personas distintas, en esta hay también tres personas unidas por un mismo pensamiento y por una misma acción. *Tres son, dice S. Juan, los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y los tres son una misma cosa* (1). En cierto modo también podemos afirmar que son tres los que dan testimonio en la tierra: Jesús, María y José, y los tres son una sola alma y un solo corazón. Bien podemos saludar en todas las uniones angélicas, en todas las uniones santas de la tierra, en las amistades todas si son puras, insinuaciones, preludios, lejanas pero admirables figuras de aquella unión, de aquella amistad superangélica de María y de José, y por medio de ella, de la unión adorable del Verbo y de su Humanidad (2).

En esta Sagrada Familia ocupa Jesús el primer lugar porque fué predestinado antes que María y José. Después de Jesús fué predestinada María, de cuya carne inmaculada recibió Aquel su sacratísima humanidad. Sigue a María el glorioso S. José predestinado para María y por María, y mediante ella para Jesús y por Jesús. Los tres son inseparables, forman una sociedad única e indivisible, una familia completa. Era una familia dignísima, dice Cornelio Alapide, más aun, celestial y divina, en la cual el Padre de familia y por lo tanto Jefe y Rector era José, Madre de familia era la Virgen, el hijo era Jesucristo (3). Y como la familia representa un solo ser moral y su dignidad se deriva principalmente de la cabeza que tiene, habiendo sido constituido] S. José Rector y Jefe de la Sagrada Familia, en cierto modo representa él solo a Jesús y María, les comunica su honor y prestigio, y ejerce sobre ellos su autoridad e imperio. Para esto ha sido menester una serie de prodigios estupendos. El Padre Eterno que ha comunicado su esencia al Verbo y al Espíritu Santo, no ha comunicado a nadie sus derechos de Padre; pero al entregarnos

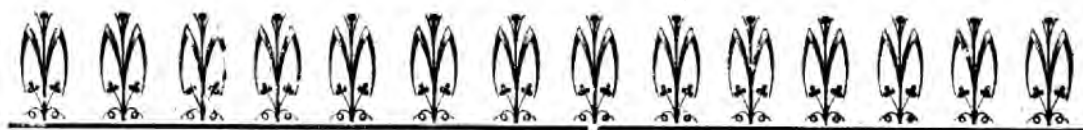
(1) *Tres sunt qui testimonium dant in coelo: Pater, Verbum et Spiritus Sanctus; et hi tres unum sunt.* Epist. I. V. 7.

(2) Sauvé, *S. José*, pág. 43.

(3) *Una in terris dignissima, imo coelestis et divina erat familia, in qua Pater familias, ideoque Praeses et Rector erat Joseph, Mater familias B. Virgo, filius vero Christus.* In cap. I. Math. v. 16.

su Unigénito le coloca bajo la tutela de José, haciendo a éste partícipe de la paternidad divina. De la misma manera, el Espíritu Santo ha querido también compartir con José sus derechos de Esposo de María, escogiéndole entre todos los hombres para adornarle de esta prerrogativa insigne que le hace semejante a su Esposa, la esclarecida Reina de los Angeles. Todos los Santos se inclinan para alabar tanta excelencia, todos los justos veneran a S. José por haber sido elevado al orden hipostático, rindiéndole vasallaje como a rey soberano de las milicias celestiales. Viva, pues, el ínclito Obrero y reine siempre en el mundo; honor y gloria al Santo de los santos por los siglos de los siglos.





## CAPITULO VI

### **Prefiguración simbólica de S. José**

Hasta ahora hemos contemplado a S. José en la mente divina, según las perfecciones de que se encuentra revestido por razón de su predestinación eterna; hora es ya de que descendamos de esas cumbres altísimas al seno de la realidad sensible, considerando a S. José en el tiempo, según aparece en los múltiples hechos de su fecunda y admirable existencia. La predestinación, decíamos, si bien es un acto eterno en Dios, envuelve relación al tiempo, puesto que tiene por objeto ejecutar en la tierra y proveer de los medios necesarios a la criatura racional para que consiga sus inmortales destinos.

Y naturalmente, si S. José es inseparable de Cristo en el Plan divino existente *ab aeterno*, también lo será en la ejecución temporal de ese Plan; este y no otro es el camino que nos llevará infaliblemente a conocer con toda precisión las maravillas que encierra el bendito Patriarca. Ahora bien; en Jesucristo pueden distinguirse muy bien dos existencias diversas: la una profética y figurativa, la otra real e histórica, el relato de las cuales se contiene en la Sagrada Escritura. Por la misma razón S. José cuyo destino va asociado al de Jesucristo posee también esas dos existencias que debemos investigar aquí para nuestra edificación y aprovechamiento.

I

LA ENCARNACIÓN Y EL SIMBOLISMO BÍBLICO

Siendo la Encarnación el centro de los dogmas católicos, quiso el Señor, antes de revelarla a los hombres, preparar sus inteligencias para mejor comprenderla, a fin de que, llegada su realización, no dudasen de que era el Unigénito del Padre quien había de redimir al mundo. Esta es la causa por que Dios ya desde el principio se vale de tipos y figuras para anunciar el Mesías venidero y describir sus propiedades personales y las del reino mesiánico; el lenguaje figurado empléalo el Señor desde los más remotos tiempos para comunicar a los hombres en forma fácil y sensible los misterios más recónditos y las verdades más abstractas. Ya en el Paraíso se habla de la serpiente, de enemistades entre ella y la mujer, de sus combates y triunfos, símbolos y alegorías de la lucha entablada entre Luzbel y el hombre, y del triunfo que reportaría sobre aquel el Redentor futuro. Así lo entendió la humanidad al esperar impaciente la llegada del héroe que había de rehabilitar al universo; así lo atestiguan los Patriarcas en sus tiendas, los Profetas con sus cantos, los caudillos del pueblo de Israel con sus triunfos y conquistas; todos predicen y cantan, figuran y expresan al futuro Mesías. Los mismos gentiles le esperan, demostrando con esto que sólo una promesa primitiva había dado origen a la creencia universal (1).

Cristo es el objeto de la esperanza común, fuente de inspiración para los Videntes hebreos, término de las revelaciones divinas. Todo vaticinaba y predecía al Cristo; nada sucede en el seno de aquella nación que no tenga relación con El. De aquí la muchedumbre de profecías que le anuncian, la infinidad de tipos que le preceden. Para anunciarlo, dice S. Agustín, fué deputada una nación, y cuanto ocurrió en la administración de esta república fué una profecía del Rey que había de venir (2). S. Pablo,

(1) Cfr. Suet. *Vespas.* c. 4; Tacit, *Hist.* lib. V, c. 13; Plutarch. lib. *De Iside et Osiride*; Josefo, *Antiq.* lib. IV, 6, 8.

(2) *De consensu Evangel.* Lib. I. c. 11, n. 17.

comparando el Antiguo Testamento con el Nuevo, afirma que aquel era la sombra y este la realidad; *todas estas cosas les acontecían* (a los judíos) *en figura* (1). La ley mosaica no tenía otro fin que Cristo; *el fin de la ley Cristo* (2); era una preparación a la venida del Mesías, una introducción a vida más perfecta, *introducción de mejor esperanza*, dice el mismo Apóstol (3).

La superioridad del Nuevo Testamento es clara y evidente, aventaja al Antiguo como lo perfecto a lo imperfecto, *nihil ad perfectum adduxit lex* (4); y esta perfección atañe al fondo y a la forma. No solo revela Cristo dogmas nuevos y promulga preceptos desconocidos de la antigüedad, sino que las mismas verdades de la revelación primitiva adquieren mayor claridad y vigor al influjo luminoso de su palabra divina. Las verdades metafísicas son más profundas, el culto divino es más puro, el sacrificio más noble y excelente, los sacramentos más eficaces, la moral más elevada y sublime, el magisterio docente infalible y supremo; todo se renueva y vivifica. Los antiguos, dice a este propósito Becano, tenían la sombra, nosotros la realidad; a ellos les fué prometido Cristo, a nosotros se nos ha dado; ellos se guiaban por temor, nosotros por amor; para ellos estaban ocultos los misterios de la encarnación y redención, para nosotros son claros y patentes; ellos ofrecían la sangre de carneros, nosotros ofrecemos la de Cristo; ellos poseían la letra, nosotros el espíritu; ellos la semilla, nosotros el árbol; ellos la espiga incoada, nosotros el trigo lleno; ellos la muerte, nosotros la vida (5). Los dones de la ley antigua, dice el Apóstol, sirven de modelo y son como sombras de las cosas celestiales mostradas y cumplidas en Jesucristo (6). Esto indica que en las palabras de la Sagrada Escritura hemos de distinguir dos sentidos: el uno literal y el otro místico, el uno típico y el otro real. No pocos hechos y personas del An-

---

(1) I. Cor. X, 11.

(2) Rom. X, 4.

(3) Hebr. VII, 19.

(4) Hebr. VII, 19.

(5) *Analogía Veteris et Novi Testamenti*.

(6) Hebr. VIII, 5.

tiguo Testamento se ordenaban por especial disposición divina a significar algo referente al Mesías venidero; envolvían, digámoslo así, una doble significación; una típica, otra antitípica que tendría su exacto cumplimiento en Cristo. Ni fué sólo la persona de Jesús el término de todas estas representaciones simbólicas; fuéronlo también sus actos, su reino y aquellas personas que asoció a Sí mismo para realizar su obra regeneradora, sobre todo María y José. Como no es posible separar la misión de estos dos ilustres personajes de la de Cristo, tampoco hemos de separarlos en la preconización simbólica y profética. Así lo ha entendido la Iglesia y el pueblo cristiano con aprobación de los Padres y Teólogos.

Estos símbolos sagrados revisten a veces una grandiosidad inusitada, son bellísimas imágenes del objeto o persona a quien se refieren. Unas veces son figuras animadas, otras inanimadas; unas permanentes, otras transeuntes, pero siempre expresivas de la realidad futura. En la Escritura abundan estos tipos relativos a la Madre de Dios. En los cuatro mil años que transcurren desde el Paraíso hasta el Gólgota apenas hay época en la que no se simbolice su nombre o recuerden sus triunfos. Es imposible enumerar todos los tipos marianos; los Santos Padres ven figurada a la Virgen en las mujeres célebres del pueblo judío, en las Reinas y Princesas de Israel. Tipo de ella era Eva porque esta fué madre de todos los hombres; Sara por su admirable concepción; Débora, Jahel y Judit por los triunfos que reportan de sus enemigos; Raquel por su hermosura; Rebeca por la bendición que obtiene para su hijo Jacob; Susana por su castidad; Abigail por su prudencia; Sunamitis Abisag por sus gracias; Ester por su piedad para con los hebreos; la Madre de los Macabeos por su fortaleza.

Si son muchas las personas que designan a María, son aún más numerosas las figuras inanimadas que la representan. Casi todas las páginas del Antiguo Testamento contienen alguna alusión a su persona y virtudes. El Paraíso terrenal, el arca de Noé, la escala de Jacob, la zarza de Moisés, la raíz de Jesé, el lecho de Salomón, la vara de Aarón, el vellocino de Gedeón, la puerta de Ezequiel, el monte de Sión, la ciudad de Dios, el incensario



de oro, la nube milagrosa, la columna de fuego, y otros muchísimos más, emblemas son de María a quien los aplica la Iglesia; ella es cielo, dice S. Bernardo, ella tierra, ella sol, ella luna y estrella de la mañana, ella aurora, ella faro, zarza, monte, fuente de los vergeles y lirio de los valles (1).

La inteligencia de estos tipos y figuras sirve admirablemente para conocer la cosa o persona que expresan; de ahí la utilidad de su estudio para el conocimiento perfecto de las grandezas que atesora en su alma santísima la Madre de Dios.

## II

### FIGURAS Y TIPOS DE S. JOSÉ

S. José, Esposo de María y Padre de Jesús, con quienes está unido indisolublemente por los vínculos del parentesco y de la amistad más tierna y arraigada, debió, a semejanza de ellos, estar profetizado y prefigurado en los personajes de la Ley antigua. Antes de crear la luz que iluminara al hombre e imprimir el movimiento en los átomos que cruzan el espacio, Dios pensaba en José, evocaba esa figura del seno de la Gran Familia que formaría en la tierra, y le amaba de una manera especialísima, gozándose en él con complacencia suma. Rasgos de ese amor y expresiones de ese pensamiento eterno son las alusiones a José de que está sembrado el Texto Sagrado, las cuales delinean allá en el confin de los tiempos el carácter y las virtudes egregias del Santo, significativas de la excelsa dignidad que había de poseer en la tierra.

Y aquí al hablar de los tipos y figuras de S. José hemos de advertir, antes de pasar adelante, que no se requiere absoluta semejanza y paridad entre el tipo y su antitipo; basta que existan entre ambos ciertos puntos de analogía, una relativa afinidad espiritual. Pero tampoco, por otra parte, hemos de inventar *a priori* esa representación típica, atribuyendo caprichosamente

---

(1) *Super Salve Regina*, serm. III. n. 2.

a S. José tipos o figuras inaplicables a él. Tal manera de proceder será muy propia de espíritus candorosos que atienden únicamente a las veleidades de una piedad pueril e insubstancial, pero muy poco digna y conveniente al fin que se pretende. En este defecto han incurrido no pocos autores josefinos como Isolano, Morales, Torres, Gersón, Jacquinot y otros, los cuales en cualquier episodio del Antiguo Testamento, en cualquier valle o fuente se les antoja ver alguna alusión al bendito Patriarca. Norma segura en esta materia es y será siempre la autoridad explícita de la Escritura o de la Iglesia; y cuando ésta falta, hemos de acudir a la tradición católica, a los escritos de los Padres y Doctores escolásticos, a la liturgia cristiana aprobada por la Iglesia, para fundamentar sólida y razonablemente nuestros juicios y afirmaciones. De no hacerlo así, nos exponemos a ser objeto de irrisión y de burla.

Para apreciar el valor del sentido profético o figurativo de aquellos pasajes que con S. José se relacionan no hemos de juzgarlos aisladamente, sino en relación también con Jesús y María, formando un todo armónico con las profecías mesiánicas y marianas. Y como principalmente se destaca la figura de S. José en el centro de la Sagrada Familia de la cual es Cabeza y Jefe, no debe maravillarnos que aparezca singularmente prefigurado San José en los Jefes o miembros principales de las familias más ilustres del pueblo israelita. Noé, elegido por Dios para salvar la especie humana por medio del arca prodigiosa que boga sobre las aguas del diluvio sin sumergirse entre sus ondas, es figura de José a quien fué confiada el Arca santa de María, que, sin ser mancillada por las corrompidas aguas del pecado, llevó en su seno al Reparador del mundo. Abrahán, escogido por Dios para ser padre de los creyentes y fundador de un gran pueblo en el que nacería el Mesías, es también figura de José pues así como aquel mereció por su fe y obediencia que en su descendencia fuesen benditas todas las naciones para dar a luz al Cristo Redentor, así también éste por su obediencia salvó al Hijo de Dios, mereciendo ser padre del pueblo cristiano y protector de la Iglesia universal. Josué, caudillo del pueblo judío a quien conduce a la tierra prometida, simboliza a José; pues así como aquel

detiene al sol en su carrera, obediente a su palabra, así José mandó al sol de justicia, a Jesús de Nazaret y a María, luna tersa y trasparente, los cuales obedecieron sus órdenes y se sometieron a su autoridad. Analogías semejantes encontramos comparando la vida de José con la de otros muchos Patriarcas bíblicos, pero, como dice muy bien Lepicier, son principalmente cuatro los personajes que pueden considerarse como tipos del glorioso Esposo de María, a saber: Moisés, legislador del pueblo de Dios; David, Rey de Israel; el Patriarca Jacob y su hijo José (1).

Sabemos por la misma Escritura que la salida de Egipto del pueblo hebreo en tiempo de Faraón fué tipo de la del Niño Jesús en tiempo de Herodes. El Evangelista S. Mateo, después de narrar la fuga a Egipto de la Sagrada Familia, añade que permaneció allí hasta la muerte de Herodes para que se cumpliera fielmente lo que había dicho Dios por boca del Profeta: *Llamé a mi Hijo de Egipto* (2). Refiérese a la profecía de Oseas, cuyas son las últimas palabras: *llamé a mi Hijo de Egipto* (3). Estos dos hechos históricos son inseparables; el uno no es sólo tipo sino profecía del otro; no debe extrañarnos que las analogías comprendan también a los principales personajes que en su ejecución intervienen, a Moisés y a José, instrumentos activos de la Providencia para llevar a feliz término sus adorables designios.

Moisés, en efecto, fué constituido por Dios libertador de su pueblo, a quien salva de la tiranía de Faraón; José es el salvador de Jesús, a quien libra del furor de Herodes que maquina su muerte. Aquel conoce su misión al ver el milagro de la zarza que arde sin consumirse; a este se le revela cuando observa otro prodigio más grande, cual es el obrado en el seno de su santa Esposa convertida en Madre sin detrimento de su virginidad. El uno rige y gobierna al pueblo escogido, recibe en el Sinai el Decálogo que promulga a las generaciones humanas; el otro,

---

(1) *Tractatus de S. Joseph*, P. I. art. II. 3.

(2) *Ex Ægipto vocavi filium meum*. *Matth.* II. 15.

(3) *Os.* XI. 3.

confidente de los secretos de Dios, dirige y educa al Rey de los cielos, guardándole de todo peligro para mostrarle a todos como digno de respeto y amor. Moisés muere antes de llegar a la tierra prometida, yendo a sepultarse en el seno de Abrahán; José también muere antes de que llegue definitivamente el día de la redención y se abran las puertas del reino de los cielos. *Moisés fué amado de Dios y de los hombres*, dice la Escritura; *su memoria es bendecida por todos* (1); y estas mismas palabras aplica a S. José la Iglesia en el rezo litúrgico (2).

Del mismo modo David es tipo y sombra de José. David es el hombre formado según el corazón de Dios (3), guerrero invencible y Rey poderoso elegido por su pueblo y para su pueblo, al que eleva a la cumbre del poderío; el varón generoso y magnánimo que perdona y olvida las injurias; fiel y constante en medio de las persecuciones; es un pobre pastor orlado con la diadema regia por elección gratuita de la omnipotencia divina. También José, y con más perfección que David, es el hombre formado según el corazón de Dios; de su misma tribu, circula por sus venas sangre real y Dios le elige por Jesús y para Jesús a quien defiende y protege; es un pobre obrero elevado a la dignidad más grandiosa, al cargo de padre del Verbo divino. Su humildad en medio de tantas grandezas, su fe en las tentaciones que le combaten, su constancia en las pruebas, su generosidad con los perseguidores, le hacen amable a todos. No sólo merece como David oír de la boca de Dios la promesa que de su descendencia nacería el Mesías, sino que, más afortunado, tiene la dicha de verle y contemplarle, es su mismo padre, le alimenta con el sudor de su frente y le guarda con la sombra de su protección. S. José, dice S. Bernardo, era digno hijo de David y no desdice de su padre, antes se presenta hijo y sucesor de tan egregio Rey, no sólo por la sangre que lleva en sus venas, sino, además, por la fe, por la santidad y por la devoción; pues de él, con más propiedad que del otro David, se puede afirmar que Dios le halló conforme a su

---

(1) *Dilectus Deo et hominibus cujus memoria in benedictione est. Eccl. XLV, 1.*

(2) *Capit. ad Sextam in festo S. Joseph.*

(3) *I. Reg. XIII, 14.*

corazón, y por lo mismo le encomendó el sacratísimo arcano de su mayor estima, pudiendo repetir, mejor que su progenitor, que el Señor le manifestó las cosas inciertas y ocultas de su Sabiduría (1).

El Patriarca Jacob es otro de los personajes en quien está representado S. José. La Iglesia predica de éste las palabras que de aquel se leen en el libro de la Sabiduría: *Cuando el justo Jacob andaba prófugo, la Sabiduría le llevó por caminos rectos* (2); pues así como Jacob huyó a Mesopotamia para poner en salvo las promesas divinas, así José huye para salvar al Hijo de Dios vivo. Jacob mereció ver en sueños la gloria del Señor, conocer la santidad de la tierra que pisaba; José también conoció en sueños los secretos del Altísimo y le fué revelada en ellos la santidad de su Esposa, Tierra limpia y pura, de la que había de germinar el *Deseado de las gentes*. Jacob lucha misteriosamente con el ángel; José lucha y vence en las pruebas dolorosas de la vida con las que es tentada su fortaleza y obediencia.

Pero nadie como José, el hijo de Jacob, representa a nuestro Santo; el José del Antiguo Testamento es tipo acabadísimo del José, esposo de María. Los santos Padres (3), los Doctores místicos (4), la Iglesia (5), todos compiten en hacer resaltar y poner de relieve las semejanzas que existen entre el antiguo Virrey de Egipto y el Jefe esclarecido de la Sagrada Familia. Enumeraremos aquí las principales, pues referirlas todas sería molesto y nos alejaría de nuestro propósito.

En primer lugar, ambos, el antiguo y el nuevo José, convienen en el nombre con que se les designa y conoce ante Dios y ante los hombres; ambos también tuvieron padres homónimos, pues se llamaron Jacob, nombre providencialmente impuesto por Dios. Crecía el hijo de Raquel en años, en virtud y gracia, siendo el

---

(1) Super *Míssus est*. Homil. 2.<sup>a</sup>

(2) Sap. X. 10. Domin. 3. post Pascha in Offic. Patr. S. Josephi.

(3) S. Juan Crisóstomo, S. Ambrosio, S. Agustín, S. Bernardo.

(4) S. Buenaventura, Bernardino de Siena, Sta. Teresa, Francisco de Sales, San Alfonso de Ligorio, Faber, Olier y otros.

(5) Decreto de Pío IX declarándole Patrón de la Iglesia. Véase Vives, *Summa Josephina*, n.º 2882.

más puro y santo de sus hermanos, por lo que mereció ser preferido por su padre en el amor; *amaba Israel a José sobre todos sus hijos* (1). Y del mismo modo nuestro José era el más santo de los hombres, distinguiéndose desde sus más tiernos años por la práctica de todas las virtudes, siendo por esta causa amado singularmente de Dios quien le destinó, sobre todas las criaturas, a ser el Coadjutor del gran Consejo de la redención.

Vió en sueños el antiguo José que el sol, la luna y once estrellas le adoraban reverentes; lo cual significaba que en el día de su exaltación al trono de Egipto su padre y hermanos le rendirían homenaje de adoración y tributo de alabanza. Bella figura que se cumplió en S. José, pues éste tuvo bajo su gobierno y dirección al verdadero Sol que es Jesús, y a la luna que es María, y fué exaltado sobre las once tribus de Israel y sobre todos los Santos que son como estrellas al lado del Sol de justicia. Soñó también José que, acompañado de sus hermanos, formaba gavillas en el campo el día de la siega, y que la suya se alzaba y tenía derecha, adorándola las de los demás hermanos. Signo elocuente de lo que acaeció a S. José; el campo de siega figuraba la Iglesia de Cristo, y las gavillas de espigas los méritos de los justos quienes, inferiores a José, se inclinan ante él, reconociendo su excelencia y supremacía.

La distinción de que fué objeto José por parte de su padre Jacob, excitó la envidia de sus hermanos, a consecuencia de lo cual vivió perseguido, desterrado, encarcelado en Egipto. Así también nuestro José, elegido por el Padre celestial para ser Nutricio y custodio de su Hijo, tuvo que buscar en Egipto un asilo, por envidia y ambición de Herodes. El antiguo José es celebrado por su inviolable castidad, porque solicitado por la mujer de Putifar, lejos de condescender con sus torpes deseos, huyó velozmente, prefiriendo antes que mancillar su alma ser tenido por delincuente y criminal. El nuevo José es modelo de pureza virginal; vivió en compañía de la más bella de las vírgenes sin delinquir jamás en un simple pensamiento contra aquella virtud an-

---

(1) *Gen.* XXXVII, 3.

gética; fué Esposo virgen, inmaculado y puro. Entre las lobre-gueces de su prisión recibió José el don divino de interpretar los sueños; entre angustias y dudas recibe nuestro Santo, también en sueños, el aviso del ángel revelándole el más profundo de los misterios sagrados. El primero, desde la obscuridad de una cárcel, asciende al solio poderoso de los Faraones; el segundo es elevado desde la humildad de un pobre taller al gobierno de la Sagrada Familia. Aquel permaneció largo tiempo desconocido e ignorado de los suyos a pesar de sus ruidosos triunfos, se descubre cuando así lo exige la salvación de su familia; este yace oculto durante la mayor parte de su vida, envolviendo en la sombra más impenetrable los tesoros de carismas y virtudes que posee, y sólo se presenta en escena cuando se acerca la hora de la redención.

Admirado Faraón de la sabiduría de José le pone al frente de su imperio diciendo: ¿Podré yo, acaso, encontrar otro más sabio, o siquiera igual a ti? Tú tendrás, pues, el gobierno de mi casa, y al imperio de tu voz obedecerá el pueblo entero; no tendré yo sobre ti otra preeminencia que la del solio real. Yo soy Faraón, y sin orden tuya nadie ha de mover pie ni mano en todo mi reino (1). Del mismo modo, el Rey supremo de cielos y tierra ha elegido a José como el más rico en sabiduría y bondad de todos los mortales, y le ha conferido el cargo de regir y proteger a la Sagrada Familia, el patronato de la Iglesia universal, reino de Dios en la tierra. *Nombróle señor de su casa y príncipe de toda su herencia* (2). Como si le dijera: Tú gobernarás mi casa y mi reino y a tu voz obedecerán todas las gentes.

El orden perfecto, la buena administración de un príncipe tan sabio y prudente como José produjeron excelentes frutos en el gobierno de Egipto; discreto y previsor acopió abundantes provisiones en los años de fertilidad para remediar el hambre que

(1) *Numquid sapientiores et consimiles tui invenire poterō? Tu eris super domum meam, et ad tui oris imperium cunctus populus obediet; uno tantum regni solio te praecedam... Ego sum Pharao, absque tuo imperio non movebit quisquam manum aut pedem in omni terra Aegypti.* Genes. XLI. 39, 40, 44.

(2) Ps. CIV, 21.

invadió el país en los años estériles. Cuando se hizo sentir el terrible azote, acudían de todas partes a Faraón, implorando su auxilio; mas éste que había confiado las riendas del Estado a la discreción de José, respondía a todos: *Id a José y haced cuanto él os diga* (1). Y José, en efecto, abriendo los graneros repletos de trigo atendía a todos, remediaba todas las necesidades.

¿Pero qué significa todo esto al lado de la bondad de S. José en acoger las súplicas de los desgraciados y socorrer las necesidades de los fieles? El conservó y custodió para todo el mundo al que es la vida de los hombres, a Aquel que se llama así mismo el *Pan* del cielo, alimento de nuestras almas. El enjuga todas las lágrimas, ahuyenta todas las penas; nadie acudió a San José que no experimentara al instante los efectos de su valiosa protección. En aquel antiguo Patriarca, dice León XIII, podemos reconocer expresa la imagen de este nuestro Santo. Como el primero salvó e hizo prosperar los intereses domésticos de su señor, y luego maravillosamente aprovechó a todo el reino; así el segundo, destinado a la custodia del nombre cristiano, debemos pensar que defiende y protege a la Iglesia, que es verdaderamente la casa del Señor y reino de Dios en la tierra (2). *Id a José*, nos dice también a nosotros el Señor, y haced cuanto él os mandare. Lo único que nos manda para que sean escuchadas nuestras súplicas, es el aborrecimiento de la culpa por la cual vendemos a Cristo, el cumplimiento de la ley santa de Dios.

Por último, cuando llega la hora de la muerte Jacob bendice a su hijo con estas palabras: «Las bendiciones que te dé tu padre sobrepujen las bendiciones de tus progenitores. Hasta que venga el Deseado de los collados eternos, recaigan estas bendiciones sobre la cabeza de José, sobre la coronilla del Nazareno escogido entre sus hermanos (3)». No llegó a ver José al Deseado de los collados eternos, porque murió mucho antes de su aparición en la tierra, y, por lo tanto, no pudieron caer sobre él aquellas bendiciones; éstas tuvieron su cumplimiento en el Es-

---

(1) *Ite ad Joseph, et quidquid ipse vobis dixerit, facite.* Gen. XLI, 55.

(2) *Quamquam pluries.*

(3) *Gen. XLIX, 26.*



posó de María, quien más dichoso que todos sus ascendientes logró ver y tocar lo que los Profetas y Patriarcas no vieron ni tocaron, a Cristo Jesús. S. José recibió la plenitud de la gracia y con ella la plenitud de las bendiciones divinas.

No solo las bendiciones de Jacob; todas las bendiciones prometidas por Dios a los Jefes del pueblo escogido se juntaron en José rica y espléndidamente. Más que en los rasgos físicos de la persona y en los hechos materiales de la vida se pareció José a los antiguos Patriarcas en su santidad y virtudes; la razón de tipo de José que en ellos reconocemos era ante todo moral, en cuanto representaban de algún modo las preclaras cualidades y excelsas dotes del Padre del Verbo humanado. Y en esta parte sí que el antitipo aventaja inmensamente al tipo, la realidad a la figura, el objeto a la imagen. Todas aquellas virtudes que resaltan en la vida de aquellos personajes insignes se encuentran en José en grado más perfecto. La mansedumbre de Moisés, la humildad de David, la fortaleza de Jacob, la castidad de José, resplandecen más brillantemente en nuestro Patriarca, las virtudes del cual sobrepujan a las de todos los Santos de la antigua y nueva ley. Cuando se trata de tan gran Patriarca, escribe el P. Ráulica, de tan gran Santo, como es S. José, poco es decir que tuvo la inocencia de Abel, la religión de Noé, la paciencia de Job, la fe de Abrahán, la obediencia de Isaac, la humildad de Jacob, la castidad de José, el celo de Josué, el desinterés de Samuel, la mansedumbre de David, la sabiduría de Salomón, la piedad de Josías. Todos estos personajes eran las figuras, los profetas, los heraldos, los siervos, los precursores del Mesías. Más altos privilegios y virtudes adornaron al Esposo de la Madre de Dios para tener por hijo al mismo Dios (1). Rayos de luz son estos por los que podemos vislumbrar la grandeza moral del Santo, la inmensidad de sus méritos, el cúmulo incomprensible de sus excelsas virtudes. Bien podemos aplicar a José las alabanzas y encomios que dedican los Libros sagrados a la memoria de los caudillos y varones ilustres del pueblo de Israel.

---

(1) *Orazione paneg. sulla verginità de S. Giuseppe*. Pág. 123.

### III

#### OTROS SÍMBOLOS DE S. JOSÉ

Además de estos tipos y figuras animadas que simbolizan a S. José, los Santos Padres le ven prefigurado en multitud de símbolos o figuras del Viejo Testamento, aplicables también a Jesús y María. Así, por ejemplo, refiere el Génesis que Dios colocó un querubín a la entrada del paraíso para que lo guardara, así como también el arbol de la vida (1). El paraíso, según S. Germán, es María; el arbol de la vida es Jesús; y el querubín era figura de José, custodio por disposición divina de Jesús y María. Quiere Noé cerciorarse si han bajado las aguas del diluvio y puede saltar ya a tierra, y a este efecto suelta una paloma que vuelve con un ramo de olivo en el pico, a la que de nuevo introduce Noé en el arca (2). La paloma, según los Santos Padres, es figura de María, y Noé representa a José que introduce en su celda o casa a María y la provee de cuanto necesita. Cuando Dios ordena a Moisés la construcción del arca del Tabernáculo, le encarga que el propiciatorio sea de oro purísimo, *propitiatorium de auro purissimo* (3), y que coloque a los lados dos querubines de oro también, los cuales mirándose el uno al otro lo guarden y cubran con sus alas. Aquí están prefigurados Jesús, María y José. Jesús es el propiciatorio de nuestra salud, pues El fué víctima de propiciación por todos; María y José son los dos querubines que cuidan y velan al Cristo. Finalmente, el Arca del Testamento en que se ocultaba el *Santo de los santos* es figura de María que llevó en sus virginales entrañas al Santo de los santos, al Dios hecho hombre; y José puede muy bien estar representado en el velo limpiísimo que cubría el Arca ocultando los misterios que allí se realizaban.

¡Insondables arcanos de la Providencia divina! Jesús, María y José que aparecen unidos en la mente divina figuran también unidos en los símbolos proféticos del Antiguo Testamento, des-

(1) Gen. II, 8.

(2) Gen. VIII, 11.

(3) Exod. XXV, 17.

pidiendo destellos de luz, de gracia y de vida. Esa Familia Sagrada es la Familia a la cual se refieren todas las demás; esa Unión de sus tres miembros es la *gran Realidad* a la que se refieren todas las uniones. Cantar sus bellezas, celebrar sus glorias es imposible al pobre mortal porque no hay lengua humana capaz de hacerlo dignamente. El ilustre P. Zacarías ha cantado en párrafos de inspirada elocuencia las bellezas celestiales de la Trinidad terrestre, y muy especialmente el papel sublime que en ella desempeña el gran Patriarca. S. José, dice, es el centro de esa familia, y al invocar su protección, necesariamente tenemos que gozar de la protección de María y de Jesús, a él íntimamente unidos. Porque si María es la mujer sobre todas las mujeres, José es el hombre sobre todos los hombres; si María es la hija del Padre Eterno, José es su sombra y delegado; si María es la madre del Verbo divino, José es su amparo y ayuda; si María es la esposa del Espíritu Santo, José es su velo y custodio; si la Tierra es el desierto y María y Jesús los caminantes, José es la columna y la nube que los conduce; si María y Jesús son las palomas del Cántico de los Cánticos, José es el techo donde se cobijan; si Jesús es el tesoro y María el arca mística que le contiene, los hombros de José llevan el arca santa; si Jesús es el castillo y María la torre, José es el vigilante de la torre; si María es la flor y Jesús el fruto, José es el arroyo que los conserva lozanos; si Jesús es el agua viva y María es la fuente, José es el ánfora donde el agua se recoje; si Jesús es lámpara inextinguible y María el paraíso donde brilla, José es el Angel de espada de dos filos que los defiende; si Jesús es la Hostia y María el Tabernáculo, José es el paño de seda que los cubre; si Jesús es el Sol y María es la Luna, José es el firmamento donde describen sus órbitas la Luna y el Sol; si Jesús es Hombre-Dios y María madre de Dios, José es Esposo de María (1), y Padre, por lo tanto, de ese Dios Hombre cuya guarda y defensa le está encomendada durante toda su vida. En una palabra, el simbolismo bíblico de S. José es una nueva prueba de su excelsitud, de su mérito y de su gloria.

---

(1, *Discursos y Oraciones Sagradas*, pág. 295.



## CAPITULO VII

### Matrimonio de S. José

El matrimonio de José con María es sin disputa alguna el principio de todas las grandezas y glorias josefinas. Hablar de él, describir sus propiedades y notas, es referir los triunfos, tejer la guirnalda más hermosa que ciñe las sienes del inmortal Patriarca. Si S. José está íntimamente unido al Verbo; si ha sido predestinado a formar parte de la Trinidad terreste; si fué elevado a la excelsa categoría del orden hipostático, de donde se derivan tantos dones y gracias singulares; todo esto, repito, débelo el Santo a María Santísima con la que estuvo unido por el vínculo indisoluble del matrimonio conyugal. Este es, en el orden de la *ejecución*, el gran hecho de donde arranca la dignidad de S. José, el lazo que le asocia a la Divinidad, la causa próxima e inmediata de sus prerrogativas. S. José es ciertamente el Padre de Jesús, Lugarteniente de Dios en la tierra, Vicegerente del Espíritu Santo, Cabeza de la Sagrada Familia, pero nunca ostentaría títulos tan gloriosos sino fuera por su carácter de Esposo de la Madre de Dios. He aquí el fundamento de ese edificio grandioso que labró en el espíritu de José la Diestra soberana del Altísimo.

El matrimonio de José con María, dice Sauvé, es el centro y meollo de la teología de S. José, el corazón también de su his-

toria, ya en el pensamiento eterno, ya en el tiempo (1). ¿Queréis, escribe el P. Elías de Sta. Teresa, que en una sola palabra digamos lo que fué S. José? Fué esposo de María. *In quo sane infinita illius delitescunt praeconia* (2). Vamos, pues, a penetrar en ese santuario venerando donde tantos misterios se encierran; lo hacemos con temor y reverencia santa, convencidos de nuestra incapacidad para conocer las maravillas allí ocultas de la bondad y sabiduría divina. El matrimonio de José con María es un matrimonio enteramente celestial y divino, contiene en sí los elementos esenciales de los demás matrimonios, pero difiere de ellos por las personas que intervienen, por los caracteres peculiares que reviste, por los efectos singulares que produce. Los Santos y los sabios han derrochado raudales de ingenio y de fervor para explicar las excelencias de esa unión milagrosa, pero siempre ha quedado envuelta entre celajes divinos que deslumbran nuestra misera razón. Torpe es la palabra humana para alabar las obras del Señor, ni puede la expresión sensible traducir la idea en toda su hermosura; pero nunca es mayor esta dificultad que cuando la importancia misma del asunto nos veda guardar silencio sobre él; que ya dijo S. León que nunca es mayor la dificultad de hablar que cuando no hay razón de callar (3), expresando con esto la impotencia humana para tratar y ponderar debidamente los arcanos de la Divinidad.

La verdad del matrimonio entre José y María no sólo la han negado los herejes, como Juliano Pelagiano y Wicleff (4), sino también varios escritores eclesiásticos, guiados por ideas inexactas acerca del matrimonio. Unos, no acertando a conciliar el voto de virginidad de María y José con la naturaleza del matrimonio que implica, según ellos, el uso de los derechos conyugales, negaron que la unión de entrambos esposos fuese verdadero matrimonio, concediéndole únicamente el valor de mero contra-

(1) *S. José*, pág. 47.

(2) *Legatio Ecclesiae triumph. ad militentem*. Tom. 2. Dedicat. S. Joseph.

(3) Serm. IX. De Nativ. Dom.

(4) Sobre la opinión de Juliano cfr. S. August. *Contra Julianum*, c. 12, n. 46; sobre la de Wicleff cfr. Tom. Waldens, tom. II, *De Sacram.* c. 130.

to esponsalicio. Así opinaron, al parecer, varios Santos Padres, como S. Gregorio Niseno, S. Epifanio, S. Hilario, S. Crisóstomo, S. Pedro Crisólogo, S. Bernardo y otros, algunos canonistas antiguos, como Graciano y Medina, y cuantos exigen para la esencia del matrimonio el uso de la cópula conyugal. Otros, aun admitiendo la compatibilidad del voto de virginidad con el estado de matrimonio, negaron, sin embargo, que existiera este entre José y María, por el peligro a que se hubieran expuesto en tal caso de quebrantar aquel voto, con grave ofensa de Dios Nuestro Señor. Como si la gracia divina no fuese poderosa a preservar de tal caída a los dos santos esposos. No han faltado tampoco quienes fundándose en lo que dice el Evangelio que María estuvo desposada con José afirmaron temerariamente que este matrimonio fué como el de los demás hombres, y que Jesús fué hijo natural de José y María, rechazando de plano el modo milagroso y sobrenatural de la concepción del Verbo encarnado. Así lo defendieron en los primeros siglos los herejes Ebionitas y Cerintianos para quienes Jesús era un puro hombre, los Socinianos en el siglo XVI y en nuestros días los herejes modernistas, los cuales, distinguiendo el Cristo *histórico* del Cristo *de la fé*, solo reconocen valor histórico al primero, de quien dicen que fué un hombre engendrado naturalmente como otros de su misma especie.

La inmensa mayoría, la casi totalidad de los Padres y teólogos católicos defienden unánimemente que el matrimonio de José con María fué real y verdadero, aunque singular y celestial; y esta es hoy la doctrina de la Iglesia, pudiendo afirmarse con el insigne Suárez que es conclusión *de fe* enseñada por todos los teólogos (1). No cabe ya discusión sobre este asunto que debe considerarse juzgado definitivamente. Y realmente no faltan argumentos teológicos para justificar cumplidamente tal afirmación; la Escritura nos suministra sobre el particular poderosos y abundantes testimonios, la tradición los confirma y la simple razón teológica se encarga de demostrar concluyentemente esta verdad.

(1) In III P. Quaest. XXIX. Disp. 7. sect. 1.

I

VERDAD DEL MATRIMONIO DE JOSÉ

Para todo aquel que, exento de prejuicios, examine atentamente el Evangelio, no cabe duda que tanto S. Mateo como San Lucas, los dos Evangelistas de la generación temporal del Verbo, afirman la realidad del matrimonio en cuestión. Repetidas veces llaman a San José *Esposo* de María y a esta *Esposa* de José. Así el primero dice: *Jacob engendró a José, Esposo de María* (1). Y en otro lugar: *Despertando José del sueño... recibió a su mujer Marla* (2). Y más claramente en aquel pasaje tan célebre: *La generación de Jesucristo fué de esta manera: Estando María su madre desposada con José, antes que conviviesen, se halló haber concebido en el vientre por obra del Espíritu Santo. José su esposo, como era justo, y no quería infamarla, quiso dejarla secretamente. Y estando él pensando en esto, he aquí que el ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer; porque lo que en ella ha nacido, es obra del Espíritu Santo. Parirá un hijo y le pondrás por nombre Jesús* (3).

De estos testimonios se colige claramente que José estaba unido en verdadero matrimonio con María. Las palabras *vir, uxor, conjux*, que emplea el hagiógrafo, tomadas en sentido literal como deben tomarse en la ocasión presente (4), designan personas

---

(1) *Jacob autem genuit Joseph, virum Mariae.* Math. I, 16.

(2) *Exurgens autem Joseph a somno... accepit conjugem suam.* Ib. v. 24.

(3) *Christi autem generatio sic erat: Cum esset desponsata mater ejus Maria Joseph, antequam convenirent inventa, est in utero habens de Spiritu Sancto. Joseph autem, vir ejus, cum esset justus, et nollet eam traducere, voluit occulte dimittere eam. Haec autem eo cogitante, ecce Angelus Domini apparuit in somniis ei, dicens: Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam; quod enim in ea natum est de Spiritu Sancto est. Pariet autem filium et vocabis nomen ejus Jesum.* Ib. v. 18-21.

(4) El sentido literal es el primario en la S. Escritura, siempre eficaz para demostrar las verdades teológicas y, como dice S. Agustín, el que con preferencia debemos adoptar mientras no se siga algún error en materia de fe o costumbres. *De doctrina christ.* lib. III. c. 10.

ligadas por verdadero *vínculo* matrimonial. Además, las palabras *antes que conviviesen* indican que podían vivir lícitamente en ese estado, lo cual sólo se explica admitiendo que eran verdaderos cónyuges; y esta interpretación se afirma con las palabras siguientes del contexto donde se dice que trató José de *dejar oculta-mente a María*. Ningún motivo existía para formar tal propósito si María no hubiese sido su legítima esposa. De nadie, escribe Benedicto XIV, se dice que deja lo que no tiene; luego si el angel manda a José que no abandone a María, prueba es de que era posesión suya en concepto de verdadera esposa (1). Por otra parte, la fuerza de la expresión *accipere conjugem tuam* que aparece en el texto citado disipa toda duda sobre el particular, pues carecería de sentido si el matrimonio de María y José hubiera sido imaginario o ficticio.

Algunos han opinado que María, antes de la visión de José, era solo *prometida* suya, estaba desposada con él *per verba de futuro*, y se han fundado precisamente en las palabras transcritas que significan, rectamente interpretadas, lo contrario de lo que esos autores pretenden. No es lo mismo *accipere in conjugem* y *accipere conjugem*. La primera expresión significa el comienzo de un acto; la segunda, la continuación del mismo acto; no se le manda a José que reciba *por* esposa o mujer a María *accipere in conjugem*, como si antes no hubiese estado casado con ella, sino que reciba a su esposa o mujer María, *accipere Mariam conjugem tuam*, esto es, que la retenga y continúe siendo su esposo admitiéndola a la cohabitación de entrambos, lo cual resulta inexplicable si en el acto no hubiese sido su cónyuge. ¿Qué significa, pregunta S. Juan Crisóstomo, aquel *accipere*? Retener en casa. Interiormente ya la había dejado (a María). Retén tú a la que habías dejado, pues Dios te la entrega, no sus padres (2).

Pudiera alguien dudar y de hecho algunos han dudado de la validez del matrimonio de José atendiendo a que el Evangelista

---

(1) *De Servorum Dei beatificatione*, lib. III, c. 24.

(2) *Quid vero significat illud accipere? Domi retinere. Jam enim illam animo dimiserat; hanc dimissam retine, quam Deus tibi tradit, non parentes. In Matth.* c. I. Hom. 4.<sup>a</sup>



emplea la palabra *desposada* y no *casada*, que es la que expresa con toda propiedad el vínculo matrimonial. En tal caso hubo contrato esponsalicio entre José y María, pero no matrimonio real y positivo. Ciertamente que la palabra *desposada*, *desponsata* como dice el Evangelio, significa gramaticalmente la prometida, exigiendo por consiguiente la simple promesa de futuro matrimonio; pero no es en ese sentido como en el caso discutido ha de tomarse. La misma Escritura resuelve la dificultad, pues vemos que allí se toma la palabra *desposada* como sinónima de *casada* en el hecho de dar a S. José la apelación de *vir*, y más claramente cuando atribuye a la Virgen los términos apelativos *conjux*, *uxor*, que significan propiamente la *consorte*, la *cónyuge*, la mujer *casada*. Ni faltan en la Escritura ejemplos parecidos, en los que el participio *desposado*, *desposada*, supone por *casado*, *casada*. Así en el Deuteronomio leemos que si una *joven desposada* con un hombre pecaba con otro, debía ser apedreada como rea de adulterio; lo cual revela que era verdadera *mujer* ya *casada* (1). Y en Oseas se dice: *Vuestras hijas* fornicarán, vuestras *esposas* serán adúlteras. El adulterio supone verdadero matrimonio; luego el término *esposas* se toma por *casadas*. De todo esto se deduce que es muy conforme al lenguaje escriturario y a las reglas de interpretación bíblica tomar la palabra *desposada* como sinónima de *casada*, o sea que el desposorio en tal sentido es real y verdadero matrimonio.

El Evangelista S. Lucas conviene con S. Mateo en afirmar la realidad del matrimonio de S. José. *Fué enviado*, dice, *el ángel Gabriel a una virgen desposada con un hombre, llamado José* (2). Y concretando aun más su pensamiento declara que esta virgen, *desposada* con José, era su *consorte* y *cónyuge*. *Subió*, dice en otra parte, *también José de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, para empadronarse con María su mujer desposada, que estaba en cinta* (3). El sentido obvio y na-

(1) Deuter, XXII, 23.

(2) *Missus est Angelus Gabriel... ad virginem desponsatam viro, cui nomen erat Joseph.* Luc. I 26-27.

(3) *Ascendit autem et Joseph a Galilea de civitate Nazareth in Judaeam in civitatem David... ut profiteretur cum Maria desponsata sibi uxore pregnante.* Luc. II. 4-5.

tural de este pasaje es que se trata de mujer *casada*, y por consiguiente, si en otra parte se dice que María estaba *desposada* con José, se ha de entender no de un contrato esponsalicio sino estrictamente matrimonial. Comentando este pasaje Angel del Pas dice: Llama el evangelista *desposada* a María para indicar que era virgen; añade mujer *casada* (*uxorem*) para declarar que existía verdadero matrimonio entre María y José (1). Además, si era lícito y se concede sin dificultad que pudieran contraer esponsales ¿por qué se ha de negar o nos hemos de resistir a creer que estuviesen unidos los dos santos Esposos en verdadero matrimonio?

En segundo lugar la verdad de nuestra tesis, digámoslo así, se demuestra por todos aquellos testimonios de la Escritura en los que se llama a José *padre* de Jesús, ya en unión con María, ya separadamente. Así leemos en S. Lucas: *Y llevando sus padres al Niño Jesús (al templo) para hacer según la costumbre de la ley* (2)... Y más adelante los llama *distributivamente* padre y madre: *Su padre y su madre estaban maravillados de aquellas cosas que de El se decían* (3). Y en otro lugar: *Sus padres iban todos los años a Jerusalén en el día solemne de la Pascua* (4). Refiere el Evangelista la pérdida del Niño Jesús y dice: *Acabados los días, cuando se volvían se quedó el Niño Jesús en Jerusalén, sin que lo advirtieran sus padres* (5). Y al encontrarlo después de tres días es la misma Virgen quien delante de los Doctores y magistrados de la ley llama a José *padre* de Jesús sin otro aditamento. *Hijo ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Mira como tu padre y yo angustiados te buscábamos* (6). Siendo una verdad

(1) Vives, *Summa Josephina*, n. 2800.

(2) *Et cum ducerent puerum Jesum parentes ejus ut facerent secundum consuetudinem legis*. Luc. II, 27.

(3) *Et erat pater ejus et mater mirantes super his quae dicebantur de illo*. Ib. v. 33.

(4) *Et ibant parentes ejus per omnes annos in Jerusalem in die solenni Paschae*. Ib. v. 41.

(5) *Consummatisque diebus, cum redirent, remansit puer Jesus in Jerusalem et non cognoverunt parentes ejus*. Ib. v. 43.

(6) *Fili, quid fecisti nobis sic? Ecce pater tuus et ego dolentes quaerebamus te*. Luc. II, 48.

dogmática que la concepción de Cristo se efectuó sin concurso alguno de varón, no puede llamar la Escritura a José *padre* de Jesús por haberlo naturalmente engendrado; tampoco le llama *padre* porque Dios le hubiese confiado el cargo de proveer a las necesidades temporales del Hijo de Dios, pues si bien es cierto que algunas veces la Escritura emplea este nombre para designar el padre nutricio (1), tal interpretación no cabe en el texto citado porque se le llama *padre* en la misma oración y sentido en que se llama a María *madre*; ambos indiferentemente son denominados con el nombre de padres, *parentes*, dice el Evangelio; luego lo era en realidad S. José de un modo más real y más alto que por ser simple nutricio y custodio; porque era verdadero esposo de María.

Finalmente, los judíos, el pueblo llama también a Jesús *hijo* de José, como lo era de María, aunque el Evangelio cuida muy bien de indicar el fundamento diverso de esta denominación en los dos. Admirados de la sabiduría de Jesús, se preguntaban: *¿Por ventura no es este el hijo del artesano?* (2) Otras veces decían: *¿No es este el hijo de José?* (3). Los judíos, al oírle afirmar que era el *pan vivo* que había descendido del cielo exclamaron: *¿No es este Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros hemos conocido?* (4) Para evitar todo error advierte S. Lucas que Jesús era hijo de José *ut putabatur*, según la estimación común que lo tenía por hijo natural (5). Creían, dice S. Agustín, que había nacido de José, como los demás hombres (6). Movíanse a juzgar de este modo porque reconocían en José al esposo de María, madre de Jesús; luego al rectificar el Evangelista el primer concepto y dejar en pie el segundo, reconoce la validez del título de esposo, el lazo conyugal que unía a los padres de Cristo.

(1) *Fecit me (Deus) quasi patrem Pharaonis et dominum universae domus ejus.* Gen. XLV, 8.

(2) *Nonne hic est fabri filius?* Matth. XIII, 55.

(3) *Nonne hic est filius Joseph?* Luc. IV, 22.

(4) *Nonne hic est Jesus filius Joseph, cujus nos novimus patrem et matrem?* Joan. VI, 42.

(5) *Luc.* III, 23.

(6) *De consensu Evang.* lib. II, c. 1, n.º 3.

En tercer lugar se prueba la existencia del matrimonio de José por aquellos pasajes de la Escritura que le reconocen los oficios de padre con relación a Jesús. José recibe la orden de poner nombre al Niño divino: *Parirá un hijo al que pondrás por nombre Jesús* (1). Y en efecto, así lo hizo: *Y le puso por nombre Jesús* (2). También se le reconoce el derecho de gobernar la Sagrada Familia. Cuando el ángel enviado por Dios quiere revelar el peligro que amenaza al tierno Infante por la cruel persecución de Herodes se dirige a José: *El ángel del Señor se apareció en sueños a José diciendo: Levántate, toma al Niño y a su madre, y huye a Egipto* (3). Lo cual cumplió al instante José, obedientísimo a las órdenes divinas. *Levantándose tomó al Niño y a su madre de noche y se retiró a Egipto* (4). El mismo mandato ejecuta cuando Dios le revela su voluntad de que vuelva a la tierra de Israel, muerto ya Herodes. *Tomó al Niño, dice la Escritura, y a su madre, y se vino a la tierra de Israel* (5). Y como reinara Arquelao en Judea, hijo de Herodes, *se retiró por inspiración divina a las tierras de Galilea* (6). Cuando el Niño Jesús se pierde en Jerusalén José lo busca en compañía de María (7), y llegado que hubieron los tres de regreso a Nazaret ejerce José su autoridad de padre, y Jesús le obedece y se somete a su dominio (8). Todos estos derechos de S. José propios son de un *padre* carnal y no tienen explicación si sólo hubiese sido padre nutricio o putativo de Jesús. Si el título de generación no existe, necesariamente hemos de admitir otro más noble que el de simple custodio o tutor; y este no puede ser sino el de sus relaciones con María determi-

---

(1) *Pariet autem filium et vocabis nomen ejus Jesum.* Matth. I. 21.

(2) *Et vocavit nomen ejus Jesum.* Ib. 25.

(3) *Angelus Domini apparuit in somnis Joseph, dicens: Surge et accipe puerum et matrem ejus et fuge in Ægyptum.* S. Matth. II. 13.

(4) *Qui consurgens accepit puerum et matrem ejus nocte et secessit in Ægyptum.* Ib. 14.

(5) *Accepit puerum et matrem ejus et venit in terram Israel.* Ib. 20.

(6) *Audiens quod Archelaus regnaret in Judæa pro Herode patre suo, timuit illo ire; et admonitus in somnis secessit in partes Galileæ.* Ib. 22.

(7) *Parentes ejus... requirebant eum inter cognatos et notos...* Luc. II. 44.

(8) *Et descendit cum eis, et venit Nazareth, et erat subditus illis.* Ib. 51.

nadas por el vínculo conyugal que existía entre los dos.

Nuevo argumento de la verdad por nosotros defendida nos ofrecen las Santas Escrituras cuando en todas las narraciones relativas a la infancia del Salvador aparecen siempre juntos José y María, unidos estrechamente por la identidad de misión y de fin.

Juntos los encontramos cuando suben a Jerusalem para inscribirse en el censo decretado por el Emperador Augusto (1). En igual forma aparecen en el establo de Belen, oyendo cantar a los ángeles y recibiendo alegres a los sencillos pastores que acuden a adorar al Niño (2). Unidos están en su visita al templo para ofrecer al Eterno el divino Infante y cumplir los preceptos legales (3). También reciben los dos al mismo tiempo los elogios y bendiciones del anciano Simeón (4). Sin separarse regresan a Galilea para continuar allí su vida angelical, dedicada a la custodia de Jesús (5). Huyen a Egipto, viven allí y regresan siempre juntos (6). Retíranse a Nazaret, y siempre unidos visitan anualmente el Templo santo en la solemnidad de la Pascua (7), Unidos en el dolor buscan inconsolables a su amado Hijo durante tres días (8). Y por último, llevando la misma vida, una e indisoluble, aparecen en Nazaret consagrados al cuidado y guarda de la vida preciosa del Redentor quien vive sujeto al amor, vigilancia y autoridad de sus queridos padres (9). Todo esto ¿no nos está diciendo que María y José estaban unidos por el vínculo conyugal, que eran verdaderos esposos? ¿Cómo explicar de otra manera esa amistad tan íntima y estrecha, esa unión tan constante y perfecta? El estudio serio e imparcial de la Escritura afirma realmente la existencia de ese pacto sagrado, y sin violentar las leyes de

---

(1) *Ascendit autem et Joseph. . ut profiteretur cum Maria.* Luc. II, 4.

(2) *Venerunt festinantes et invenerunt Mariam et Joseph.* Ib. 16.

(3) *Secundum legem Moysi, tulerunt illum in Jerusalem ut sisterent eum Domino.* Ib. 22

(4) *Et benedixit illis Simeon.* Ib. 34.

(5) *Reversi in Galileam...* Ib. 39.

(6) *Cfr. Matth. II. v. 13, 14, 20, 22.*

(7) Luc. II, 41.

(8) Ib. ib. 48.

(9) Ib. ib. 51.

investigación histórica no es posible negar esa verdad, allí en aquellas páginas divinas evidentemente atestiguada y contenida.

## II

### ARGUMENTOS DE LA TRADICIÓN

La tradición católica admite y demuestra la misma verdad; la Iglesia por boca de los Padres y teólogos ha defendido constantemente como doctrina cierta e incontrovertible la validez del matrimonio de S. José. Son innumerables los testimonios que abonan nuestra tesis. Citaremos solamente algunos para no molestar la atención de los lectores.

«Dispuso Dios, dice S. Justino, darle a José un Hijo de su mujer, *ex uxore*, no engendrado naturalmente por él (1). Si María era mujer casada, *uxor* de S. José, era verdadero matrimonio el lazo que le unía a ella. S. Ireneo compara el matrimonio de Adán y Eva con el de María y José y escribe: Eva, teniendo a Adán por marido (*virum*), pecó por su desobediencia... María, teniendo también predestinado un *marido* (*virum*), con su obediencia salvó a todos (2). De aquí se sigue que S. José era esposo real de María. S. Jerónimo afirma que Jesucristo fué el fruto del *matrimonio* virginal habido entre María y José (3). S. Ambrosio, comentando a S. Lucas dice: No os admire que con tanta frecuencia la Escritura dé a María el título de esposa pues con este título nada quita a su virginidad y en cambio atestigua la *realidad* de su matrimonio (4). S. Gregorio Magno dice también que el

(1) *Visum est Deo ex uxore Joseph dare filium Joseph, non genitum secundum naturam ex ipso. Respons. Quaest. ad Orthodoxos.*

(2) *Quemadmodum illa (Eva) virum quidem habens Adam..., inobediens facta est...; sic et Maria habens praedestinatum virum, et tamen virgo obediens, et sibi et universo generi humano causa facta est salutis. Advers. Haeres. lib. 3. c. 22.*

(3) *Ego mihi plus vindico, etiam ipsum Joseph virginem fuisse per Mariam ut ex virginali conjugio virgo filius nasceretur. Contra Helvidium, n. 21.*

(4) *Non te moveat quod frequenter Mariam Scriptura vocat coniugem; non enim virginitatis ereptio sed conjugii testificatio, nuptiarum celebratione declaratur. Super Lucam c. 1.*

Señor antes de su nacimiento en el tiempo quiso que María tuviese un esposo, el cual jamás usó de sus derechos conyugales (1). Pero nadie defendió esta verdad con más calor que San Agustín, ni la expuso con mayor claridad y precisión. Repetidas veces afirma que S. José fué esposo matrimonial de María, de lo cual infiere que fué padre *real* de Cristo, no simplemente adoptivo como muchos creen.

Describe Mateo, dice el Santo, la generación de Cristo comenzando por Abrahán hasta llegar a José, esposo de María de la cual nació Jesús; ni excluye a José del matrimonio con María porque hubiese engendrado al Cristo virginalmente sin el concurso *carnal* de aquel; lo cual puede servir de ejemplo a los *casados* para que vean como puede permanecer y llamarse matrimonio, aun guardando continencia; pues no se requiere para esto la unión sexual de los esposos, sino que basta el afecto conyugal (2). Y contra el hereje Juliano escribe: He llamado a María cónyuge de José porque así lo atestigua el Evangelio; tú disientes de mi opinión y pretendes demostrar que no hubo entre ellos verdadero matrimonio, porque faltó la unión *carnal*, y, por lo tanto, no eran verdaderos cónyuges... Dice el Evangelista San Lucas, continúa el mismo autor, que Jesús era tenido por hijo de José, con lo que quiso excluir la generación carnal que le atribuía el vulgo, no negar que María fuese legítima mujer de José, contra lo dicho por el ángel (3). Y en otra parte dice que era ver-

(1) *Super Luc, c. I.*

(2) *Exequitur ergo humanam generationem Christi Matthaeus, ab Abraham generatores commemorans, quos perducit ad Joseph virum Mariae de qua natus est Jesus; neque enim fas erat ut ob hoc eum a conjugio Mariae separandum putaret, quod non ejus concubitu sed virgo peperit Christum; hoc enim exemplo magnifice insinuaturs fidelibus conjugatis etiam servata pari consensu continentia posse permanere, vocarique conjugium, non permixto corporis sexu, sed custodito mentis affectu. De consensu Evang. lib. II, c. 1.*

(3) *Jam vero de Joseph, cujus Mariam, teste Evangelio, conjugem dixi multa diu disputas contra sententiam meam, et conaris ostendere quia concubitus defuit, nullo modo fuisse conjugem at per hoc, secundum te, quum destiterint concumbere conjugis jam non erunt conjuges... Dicit autem Lucas Evangelista de Domino quod putabatur filius Joseph; hanc falsam voluit removere opinionem, non Mariam illius viri negare conjugem contra angelicum textem. Contra Julian. lib. V, c. XII, n. 46.*

dadero esposo y marido de María *non concubitu, sed affectu; non commixtione corporum, sed copulatione, quod carius est, animorum* (1). La opinión de S. Agustín sobre la realidad del matrimonio de José hiciéronla suya los padres siguientes, defendiéronla los Escolásticos y quedó incorporada definitivamente al depósito de la doctrina católica.

Se ha intentado eludir la fuerza del argumento patrístico alegando con tal fin el testimonio de varios Padres de la Iglesia griega y latina, los cuales niegan la validez del matrimonio de José con la Virgen, al que solo conceden valor de simple contrato sponsalicio. No contentos con rechazar los términos *uxor, conjux, vir*, como impropios para expresar la unión que existía entre María y José, afirman sin rodeo alguno que jamás estuvieron casados. Así, por ejemplo, S. Hilario dice que María Santísima era *realmente* Madre de Cristo, pero *no* mujer de S. José (2). San Epifanio advierte que la Escritura al hablar de María no dice que estaba *casada*, sino que estaba *desposada* con José (3). S. Juan Crisóstomo nota también que el ángel llamó, es verdad, a María *cónyuge* de José, pero aquí la palabra *conjux* supone por *esposa* o prometida (4). S. Pedro Crisólogo niega rotundamente el matrimonio de José, pues dice que fué marido de María *de nombre*, realmente no era más que esposo (5). S. Cirilo de Alejandría, escribe que el Verbo nació de una Virgen, y es el único que tiene una madre *innupta* (6). Finalmente, S. Bernardo conviene con los anteriores cuando afirma que S. José se llamó pero *no fué* Padre del Salvador; el Evangelista le llama *virum Mariae*, no porque fuera su marido, sino porque era un hombre de *virtud* y fortaleza, que es lo que significa la palabra *vir* (7). Estos y otros

(1) Contra Faustum, lib. XXIII, c. VIII.

(2) *María mater potius Christi, quia id erat, non uxor Josephi est nuncupata, quia non erat.* In Matth. c. I. 3.

(3) *Scriptura de María non dixit: Cum nupsisset sed: Cum esset desponsata.* Haeres. LVIII n. 8.

(4) *Conjugem vero hic sponsam vocat (angelus).* In Matth. Hom. IV. n. 6.

(5) *Joseph ille maritus solo nomine, conscientia sponsus.* Serm. CLXXV. In Evang.

(6) *Natus est enim ex Virgine, et solus habet matrem innuptam.* Schol. cap. 25.

(7) *Virum nominat, non quia maritus, sed quod homo virtutis erat... Pater Salvatoris, non quidem esse, sed dici meruit.* Homil. II. Super Missus est.



pasajes de los Santos Padres se han aducido para desvirtuar la prueba teológica sacada de la tradición en favor del matrimonio legítimo de S. José.

A poco que se examinen imparcialmente los textos citados se verá que no oponen dificultad alguna a nuestra tesis ni perjudican a la doctrina defendida por S. Agustín. Sabido es que una de las primeras reglas de crítica histórica para discernir el sentido genuino de un texto cualquiera consiste en averiguar el argumento principal que el autor desenvuelve, el enlace lógico y psicológico de sus ideas, el fin último que persigue al consignar sus pensamientos por escrito. Ahora bien; con esta advertencia preliminar fácilmente se solucionan las dificultades. Los Padres en los testimonios aducidos tratan de probar la concepción milagrosa de Cristo y la virginidad de María, inviolada e inviolable, y con ese objeto hacen resaltar su pureza inmaculada rechazando cuanto pueda de algún modo sombrearla con perjuicio de la fe cristiana. He aquí la razón porque se abstienen de emplear las palabras *uxor*, *maritus*, *nuptiae*, para no dar pie a las acusaciones heréticas ni ocasión de escándalo a los fieles poco instruidos sobre el particular. Convenía en los primeros siglos de la Iglesia mantener oculta la figura y gloria de S. José, pues de otro modo, dada la excitación de los ánimos por las luchas contra la herejía, se hubiera creído que el matrimonio entre José y María había sido natural y Jesucristo fruto del mismo matrimonio, concebido como los demás hombres, según propalaban los herejes de aquel tiempo. Así como la llamada *disciplina del arcano* vedaba explicar con toda claridad algunos misterios de la religión cristiana en los primeros siglos por el peligro que había de que fuesen inducidos a error los fieles, incapaces de comprender la profundidad de los principios teológicos, así también en la cuestión presente procedían cautamente los Padres para que no creyera el pueblo que S. José había sido esposo de María como los demás hombres lo son. Las palabras *vir*, *maritus*, *uxor*, *conjux*, eran para ellos sinónimas de consortes que *usan* del matrimonio; la voz *nuptiae* significaba el matrimonio consumado; y en esta hipótesis negaban tal condición al matrimonio de José ni consentían que fuese designado con los nombres de *marido* o

*cónyuge* de María, para excluir de ellos todo comercio carnal. Para conocer, dice Seldmayr, el sentido de aquellos pasajes de los Santos Padres que parecen negar el matrimonio de José, tengamos muy presente que el matrimonio puede ser rato y consumado. En el matrimonio rato se dice que los consortes son marido y mujer *ex copula conjugali*, en el consumado se les denomina así *ex copula carnali* (1). En esta acepción, dice S. Hilario que María no fué mujer (*uxor*) de José, y S. Pedro Crisólogo que José fué solo marido *nominal* de María. Y dígase lo mismo de S. Epifanio, de S. Juan Crisóstomo y otros Padres; éstos sólo niegan con esas locuciones que María y José contrajeran matrimonio, como escribe Trombelli, *causa liberorum*, no niegan la existencia real de tal matrimonio (2). Querían evitar toda palabra que empañara la pureza inmaculada de María, y con este objeto prefieren para ella el nombre de prometida o esposa, no el de cónyuge o mujer.

Así lo interpretaron y entendieron los Escolásticos cuando se adhirieron a la sentencia común, defendiendo todos ellos la legitimidad del matrimonio de José. Sto. Tomás, Príncipe de las escuelas católicas, afirma que tal matrimonio fué sin duda alguna verdadero (3), y Suárez llega a decir que esa verdad es *conclusión de fe* admitida por todos los teólogos (4). Los modernos la defienden con igual unanimidad y vigor (5), siguiendo a los teólogos josefinos que escribieron largas apologías sobre la cuestión (6) cuya autoridad han venido a confirmar después, dirimiendo toda duda, los Romanos Pontífices (7).

(1) *Scholastica Mariana*, P. II. Q. I. art. 4.

(2) *De initis cum Josepho sponsalibus ac matrimonio*. Quaest. I. cap. IV.

(3) *Omnino verum fuit matrimonium Virginis Matris Dei et Joseph*. III. Q. XXIX. Ad. II.

(4) In III. P. Quaest. XXIX. Disp. 7. Sect. 1.

(5) Cfr. Lepicier. *Tractatus de Sancto Joseph*, P. I. art. IV; Billot, *De Verbo Incarnato*, Thes. XLIV; Del Val, *De Verbo Incarnato*, n. 250.

(6) Cfr. Trombelli, *De initis cum Josepho sponsalibus ac matrimonio*, Quaest. I.; Carthagera, *Homiliae catholicae de sacris Arcanis Deiparae et S. Joseph*. Lib. IV. Homil. 5, 6 et 7.; Seldmayr, *Scholastica Mariana*. art. IV.

(7) Pius IX, *Decreto de su Patronato*; León XIII, *Quamquam Pluries*.

### III

#### LA RAZÓN TEOLÓGICA

No debe admirarnos tal unanimidad de criterio puesto que la misma razón teológica demuestra y justifica plenamente el matrimonio de S. José. Y aquí hemos de notar con el P. Del Val que *a priori* no puede admitirse la necesidad de dicho matrimonio (1). Libre era Dios para ordenar en una u otra forma el decreto de la Encarnación y proveer debidamente a su ejecución *digna* y honesta. Así como pudo tomar la naturaleza humana sin encarnarse en una mujer, también pudo nacer de esta, ligada solamente por el voto de virginidad y no por el vínculo conyugal. La dificultad está en saber qué era lo más conveniente para los fines de Dios; y ya en este terreno no cabe duda que era preferible el matrimonio. Como dice S. Bernardino de Sena, el matrimonio de María y José era necesario para que el Cristo entrara en el mundo de una manera *honesta y ordenada* (2). El honor del Verbo y de su Madre así lo exigían, pues si Esta no se hubiese unido en matrimonio hubieran sospechado de la legitimidad del Hijo, con desdoro y grave detrimento de éste. No era remedio eficaz para evitar tales sospechas el simple voto; se requería el matrimonio real y verdadero que a los ojos del vulgo justificase la descendencia del Salvador. Además, si no hay inconveniente en admitir contrato esponsalicio entre José y María ¿por qué lo ha de haber en admitir el matrimonio? Si este era ilícito, también debía serlo aquel, en cuya esencia va envuelta la promesa de futuro matrimonio sin la cual no es válido. Por el hecho de contraer esponsales María se hubiera comprometido a ejecutar un acto ilícito, hubiera pecado realmente, lo cual no es admisible en la Madre de Dios. La misma unión íntima y estrecha que reina

(1) Loc. cit.

(2) *Necessario desponsata est mater Jesu María Joseph qui ideo fuit homo specialis et electus, per quem et sub quo Christus est ordinate et honeste introductus in mundum. Homil. 2, Super missus est.*

entre María y José durante toda la vida resulta inexplicable sin enlace matrimonial. No se concibe como se hubiera permitido a María esa cohabitación estable con un hombre que no era su legítimo esposo; la prudencia insigne de la Virgen, su santidad eximia indica claramente la legitimidad y alcance de su unión con José, demuestra la realidad de su matrimonio.

Concluamos de todo esto que el matrimonio de José fué real y verdadero, con una realidad sublime, perfecta, divina. Sí, no dudemos de ella; un matrimonio será tanto más perfecto cuanto más perfectamente contiene las propiedades de su esencia, y ninguno las poseyó con más plenitud que el de José. La esencia del matrimonio se constituye por el consentimiento de los contrayentes que convienen en llevar una vida indivisible, común e irrevocable. Este contrato individual implica la unión de corazones y afectos, la unión de almas y sentimientos, no la unión carnal. La esencia del matrimonio, dice el Doctor Angélico, consiste en la unión indivisible de los espíritus en virtud de la cual los esposos quedan obligados a guardarse mutuamente inviolable fidelidad (1). Ciertamente, esa unión de las almas dice relación a la unión de los cuerpos, pues, como dice el mismo Doctor, el fin del matrimonio no es otro que la procreación y educación de los hijos (2), pero la causa eficiente, lo esencial en el matrimonio es el consentimiento de las partes, y este existió pleno y perfecto en María y José. La unión espiritual es mucho más fuerte que la corpórea, y tratándose de esposos tan santos como José y María la gracia comunicaba al contrato conyugal una consistencia y vigor nuevos y sobrenaturales.

Ni terminan aquí las perfecciones y atributos del matrimonio de José con María. La unión de entrambos se ordenaba a otra unión más alta, cual es la unión del Verbo con nuestra carne; y como esta unión pertenece al orden hipostático, también aquella está revestida de ese carácter divino, incommunicable a las demás uniones humanas. En este matrimonio no solamente es sobrenatural el vínculo sino también, en cierto modo, las personas con-

---

(1) III P. q. XXIX, art. 2.

(2) Ib.

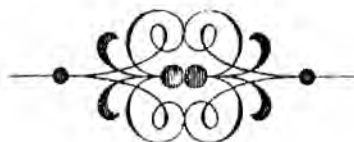
trayentes, el fin de su existencia. Era por disposición divina tipo y modelo de los demás matrimonios hasta el punto de que todos los hombres, cualquiera que sea su estado y condición, pueden aprender alguna cosa en sus propiedades y virtudes. Esta es la razón porque tal matrimonio no podía carecer de su fin, o sea de la prole a que está ordenado en virtud de su institución; tuvola también, pero como era sobrenatural en su esencia lo fué en sus efectos. Fué consumado por la acción inmediata del Espíritu Santo y de él nació Jesucristo, Dios y Hombre verdadero. En consecuencia, el matrimonio de José con la Virgen incluye en su naturaleza los tres bienes propios de todo matrimonio según San Agustín, a saber: Prole, fe y sacramento. La prole fué el mismo Jesucristo; la fe nunca fué violada por el adulterio; el sacramento tampoco fué profanado por el divorcio (1).

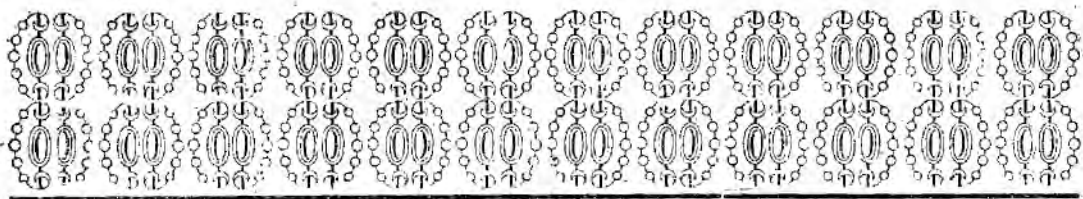
¡Oh matrimonio verdadero y santo, exclama aquí el Abad Ruperto (2), matrimonio celestial, no terreno! Verdaderamente que son inefables las maravillas de esa institución sagrada; no ha habido unión más pura, más santa, más perfecta en el mundo, como tampoco hubo almas más puras, más santas, más perfectas que las que se unieron por ella. El principio, el término, los medios, todo revela aquí la perfección, la altísima dignidad de aquel matrimonio. ¡Qué fidelidad tan constante, qué amor tan poderoso unía a los dos esposos en la vida individual que llevaban! ¡Cómo brillan aquí las miras sapientísimas de Dios preparando ese matrimonio, preludio necesario y preparación inmediata de aquella otra unión excelentísima por la cual el Verbo se desposó con nuestra naturaleza humana, uniéndola así en íntimo y amoroso abrazo! Bienaventurado S. José que atrajo sobre el mundo por su enlace con María el rocío del cielo, haciendo descender al Justo que había de salvarnos. Esa unión era signo de la unión de las almas con Dios por medio de la gracia, de la unión de Cristo

(1) *Omne itaque nuptiarum bonum impletum est in illis parentibus Christi: proles, fides, sacramentum. Prolem cognoscimus ipsum Dominum Jesum; fidem quia nullum adulterium, sacramentum quia nullum divortium.* De Nuptiis et Concup. lib. I. c. 12. n. 13.

(2) In Matth. lib. I. c. 1.

con la Iglesia por medio de su Sangre divina; era expresión del amor con que el Señor miraba al mundo enviándonos un Salvador tan grande y poderoso. Dios se ha comunicado al hombre por medio de José sin cuyo matrimonio con María Aquel no hubiera sido virginalmente concebido; no engendra a Jesús José según la carne, pero es su padre real y verdadero; le engendró para nosotros con su amor, con su pureza, con su unión sacratísima con la Madre de Dios. Agradecemos a José tan insigne beneficio, busquemos a Dios por conducto del gran Patriarca, honremos y alabemos siempre con devotísima veneración el matrimonio del justo José con la Virgen María, pues él ha traído paz a la tierra, redención al mundo y gloria a los cielos.





## CAPITULO VIII

### Conveniencia del matrimonio de S. José

Las sencillas reflexiones del capítulo anterior constituyen prueba suficiente de la suma conveniencia del matrimonio de José, debido al gran papel que desempeña en la ejecución del misterio de la Encarnación del Verbo; examinemos, no obstante, el mismo tema en capítulo especial por la importancia que entraña en la vida del inmortal Patriarca. Como ya dijimos, la fuente de sus grandezas, el principio de sus inestimables privilegios radica en el matrimonio con María, mediante el cual se ordena y aproxima José al Verbo divino, recibiendo de Este tesoros inmensos de gracias y carismas; por consiguiente, cuanto digamos de ese matrimonio irradia luz sobre todos los actos de José y sirve para establecer más sólidamente los fundamentos dogmáticos de la teología josefina tan fecunda en enseñanzas celestiales.

Es tan singular la naturaleza de ese matrimonio virginal, tan nuevas y desconocidas sus excelencias, tan hermosos y consoladores sus efectos, que bien merece un estudio profundo y detenido, una descripción completa de sus perfecciones y atributos. No sólo contribuirá ese estudio a penetrar y conocer el fondo del asunto; también nos ayudará a resolver cumplidamente una porción de dificultades con que tropieza la razón al juzgar esa

unión misteriosa y divina. Como dice el P. Morales, este matrimonio admirable por su santidad, fué celestial e incomparablemente elevado sobre todo otro matrimonio. Basta dar una razón de esto, y es que fué obra del mismo Dios, y lo que Dios hace directamente, no solo está bien ordenado sino mucho más elevado en perfección que todo cuanto se produce en virtud de las causas segundas. La vida de los Santos Esposos, su unión, su comunicación, toda del cielo era, y el Espíritu Santo mismo fué el lazo de su amor (1). Destácanse aquí de una manera tan espléndida los rayos de la Omnipotencia divina que por doquiera volvamos la vista nos vemos circuidos de gloria y resplandores. No desmayemos, sin embargo, y sea permitido a la razón filosófica ilustrada por la fe rastrear humildemente los misterios de la Diestra soberana.

Cuando se trata de hechos milagrosos que superan la actividad de los agentes creados la única razón de su existencia, dice S. Agustín, es la potencia de su causa (2). De donde se deriva que en el gran hecho de la Encarnación, que es el milagro de los milagros de Dios, hemos de buscar en la Omnipotencia divina la razón y modo de su existencia revelándonosnos su decreto ordinativo en la ejecución del misterio que se verifica en el tiempo. En este supuesto y excluyendo otras hipótesis posibles, afirmamos, como lo enseña la fe, que el Verbo eligió para hacerse hombre la Encarnación en el seno virginal de una mujer. Esta verdad la atestigua expresamente el Apóstol cuando dice que *envió Dios a su Hijo hecho de mujer* (3), indicando con esto que tomó la substancia de su carne mortal de la substancia de una mujer. Sabias y poderosas razones debieron moverle a elegir este modo de tomar nuestra naturaleza, y los teólogos se encargan de indicarnos. El P. Lepicier resume en pocas palabras las razones de esta conveniencia. Es convenientísimo, escribe, aquello por lo cual: *a)* se manifiestan los divinos atributos; *b)* se demuestra la verdad de la Encarnación; *c)* se consigue oportunamente la reparación de la

---

(1) *La Sagrada Familia*, lib. II. c. 3.

(2) *Epist II. ad Volus.* c. 11.

(3) *Misit Deus filium suum factum ex muliere.* Galat. IV, 4.



naturaleza humana. Mas estos tres fines se obtienen por el nacimiento del Hijo de Dios de una mujer. Luego fué sumamente conveniente que el Hijo de Dios se hiciese hombre naciendo de una mujer (1).

Efectivamente, los atributos divinos se reflejan brillantemente en ese hecho histórico de la Encarnación del Verbo. ¿Hay, acaso, otra obra donde más resalte la sabiduría y poder de Dios? ¿Existe, por ventura, un argumento más poderoso y elocuente de su bondad y de su amor? Demuéstrase también de un modo concluyente la verdad de ese misterio de salud. No es posible dudar de la realidad de la naturaleza humana de Cristo desde el momento en que le vemos sujeto a todas las fases y evoluciones de la vida orgánica. Cristo nace, vive, obra, sufre, muere como los demás hombres; posee entendimiento, voluntad, potencias, sentidos como nosotros; luego era realmente hombre, aunque estuviese unido hipostáticamente a la Divinidad.

Fué también medio aptísimo de reparar nuestra naturaleza caída su Encarnación y nacimiento de mujer. Así como el género humano se perdió por la culpa de una mujer, debía redimirse con intervención de esta; por ese medio teniendo los hombres por madre a la que lo es de Dios, según la carne, han sido elevados a la filiación adoptiva de Dios haciéndose consortes y partícipes de su naturaleza divina. Añádase que el hombre no podía por sí mismo reparar la injuria hecha a su Creador; tampoco convenía que Dios satisficiera por ella indultando al pecador; luego era un Dios-hombre quien debía redimir al mundo, intercediendo por nosotros. Por estas y otras razones convenía que Cristo naciera de una mujer haciéndose semejante a nosotros.

## I

### RAZONES DE CONVENIENCIA

Pero no bastaba esto; no solo convenía que Cristo naciera de una virgen, quiso también nacer de una virgen *desposada*. Los

---

(1) *Tractatus de Beatissima Virgine Maria Matre Dei.* P. I. cap. I. art. I.

Santos Padres enumeran diversas razones que pudieron mover a la Sabiduría divina para decretar en esa forma la ejecución del gran misterio de la redención. S. Jerónimo aduce cuatro razones, cinco S. Ambrosio y así otros muchos, pero nadie mejor que Sto. Tomás ha condensado la doctrina de los Santos Padres relativa a esta cuestión. Varias son las razones, dice el Doctor Angélico, por las cuales convenía que Jesucristo naciese de una virgen *desposada*: unas por parte del mismo Cristo, otras por parte de María, y otras por parte nuestra, por nuestra propia utilidad e interés (1).

Por parte de *Cristo* convenía su nacimiento de una virgen *desposada*:

1.º *Para que no fuera rechazado como hijo ilegítimo por los que no creían en él.* Venía Jesucristo a enseñar una ley nueva, ley de amor y perfección; había de revelar una moral sublime y divina, y El mismo se presentaba como tipo y modelo de toda santidad. Debía, por lo tanto, aparecer entre los hombres puro y santo, ajeno a toda sospecha de pecado, libre de toda sombra que mancillase su origen, la cual sombra hubiera existido naciendo de una virgen sola, pues los judíos, incapaces de conocer la grandeza de tal concepción milagrosa, hubiesen tenido a Cristo por hijo de pecado, con desdoro de su persona y detrimento no leve de su misión salvífica. ¿Podríamos condenar la conducta de los judíos y de Herodes, dice S. Ambrosio, si Jesús hubiese nacido de adulterio? (2). En todo, dice el Apóstol, quiso asemejarse Cristo al hombre, excepto en el pecado (3); luego debió nacer también de *mujer* como los demás hombres.

2.º *Para que fuera conocida su genealogía según la carne.* Estaba predicho que el Mesías prometido sería descendiente de Abrahán, de la tribu de Judá, de la estirpe de David; el modo de probarlo no era otro, según costumbre de los judíos, que describir su abolengo por parte del padre y no de la madre, aunque los dos debían pertenecer a la misma tribu y familia. Debido al ma-

---

(1) III. P. Q. XXIX. art. 1.

(2) *In Luc.* lib. II, c. I.

(3) *Tentatum autem per omnia pro similitudine absque peccato.* Hebr. IV. 15.

trimonio de María se evitó toda clase de calumnias contra Cristo, pues de otro modo se le hubiera atribuido un origen obscuro y nadie le hubiera creído descendiente de David. Así lo manifiesta la misma Escritura al describir la genealogía de los Patriarcas antiguos, de los personajes de Israel.

3.º *Para ocultar al demonio su nacimiento sobrenatural* (1). Fué S. Ignacio el primero que adujo esta razón para demostrar la conveniencia del matrimonio de María, Madre del Verbo (2), pero después la repitieron Orígenes (3), S. Basilio (4), S. Jerónimo (5), S. Ambrosio (6), El Crisóstomo (7), S. Bernardo (8), y otros Padres. Descubierta la concepción milagrosa de Jesús, hubiera conocido el demonio que era el Salvador prometido, y temeroso de perder su imperio, le hubiese tentado y perseguido desde niño, revelando antes del tiempo prefijado el misterio de la redención, que Dios quería conservar oculto. Ciertamente, no parece de gran peso esta razón, porque medios sobrados tenía el demonio en virtud de los cuales podía sospechar fundadamente el carácter sobrenatural del Niño-Dios; solo recurriendo al poder divino, que así lo disponía, se explica la ignorancia de Satán. Escoto (9), Maldonado (10), y otros teólogos aun oponen a la razón citada algún otro reparo, y es que el demonio con sus luces naturales podía muy bien conocer la concepción virginal de María. A esto advierte S. Agustín que Dios puede impedir con su virtud divina que el demonio conozca algunas cosas de su objeto propio, aumentándole de sitios y lugares determinados (11).

4.º *Para que fuese asistido, custodiado y alimentado por José,*

(1) *Ut portus ejus celaretur diábolo.*

(2) *Epist. ad Ephes.*

(3) *Homil. VI in Luc.*

(4) *Orat. de Christi Nativit.*

(5) *Comm. in cap. I, Matth. lib. 1.*

(6) *De Institut. Virg. c. 6.*

(7) *In Matth. Homil. IV, n. 3.*

(8) *Serm. 2, in Laud. Virg. Super missus est.*

(9) *In IV Sent. Dist. XXX, q. 2.*

(10) *In Matth. c. I, 18.*

(11) *De Trinit. lib. III, c. 7.*

*llamado por esto mismo Padre del Cristo.* Jesús, dice S. León (1), quiso nacer pobre, débil, humilde, necesitado de alguien que proveyera a su cuidado y sustento. No podía María cumplir por sí sola estos oficios; su huida a Egipto, su destierro, la vida oculta en Nazaret, exigían la asistencia de un hombre que velara por el Hijo y por la Madre; las molestias de tan largos viajes, los peligros que amenazaban, las privaciones que hubieron de soportar requerían, dado el curso ordinario de la Providencia divina, la ayuda y el concurso de un Custodio y Tutor que les socorriese en sus trabajos y necesidades.

Convenía que Jesucristo naciese de una virgen *desposada*, por parte de *María*.

1.º *Para que no estuviese expuesta a morir apedreada por los judíos, acusada de adulterio.* Sabido es que este crimen estaba castigado en la ley mosaica con pena de muerte; y no sólo se consideraba reo de tal crimen a la que pecaba después de estar realmente casada, sino también a la que destinada al matrimonio vivía aún en la casa de sus padres, según aquello del Deuteronomio: «Si en la muchacha no fuere hallada virginidad, la echarán fuera de las puertas de la casa de su padre, y la apedrearán los hombres de aquella ciudad, y morirá porque hizo cosa detestable en Israel, fornicando en casa de su padre» (2). Podía ser castigada también con la pena de muerte la Virgen María en caso de fornicación porque era de la estirpe sacerdotal por parte de su madre; y toda virgen de estirpe sacerdotal incurría en la pena de muerte si cometía estupro según las palabras del Levítico: «Si la hija de un sacerdote fuere hallada en estupro y violare el nombre de su padre será quemada en fuego» (3). Y esto basta para contestar a los que afirman ligeramente que María no podía ser castigada como adúltera en el caso de no estar unida en matrimonio.

2.º *Para que María no perdiese su reputación.* Esta es una razón poderosa que justifica plenamente los desposorios de María.

---

(1) *Serm. de Epiphania*, 4, cap. 3.

(2) *Deuter.* XXII, 20, 21.

(3) *Levitic.* XXI, 9.

Tan celoso se mostró Dios de la honra y virginidad de su Madre que prefirió, según la enérgica expresión de S. Ambrosio, que algunos dudasen de la verdad de su nacimiento antes que del honor de María (1). Este honor, humanamente hablando, no podía conservarse ileso sin la unión con José. Por inmaculada que fuese la pureza de María; por público y notorio que fuese su voto de virginidad, se hubiese difamado al verla en cinta, perdiendo el crédito y estima de sus conciudadanos. El matrimonio de José, no sólo sirvió para salvaguardar el honor y legitimidad del Hijo, también fué escudo que defendió el de la Madre, echando un velo sobre los grandes misterios que en Jesús y María se encerraban.

3.<sup>o</sup> *Para que tuviese un ministro fiel en las cosas temporales.* Convenía en gran manera que María no viviese sola siendo, como era, una niña o mujer débil, pobre e impotente; necesitaba quien la amparase y protegiese en los peligros a que estaba expuesta en los múltiples viajes y vicisitudes de su vida; un custodio de su virginidad, un consolador en sus penas, el cual la acompañara en las atenciones y solicitudes prodigadas a su divino Hijo, ya que ella no podía ganar el necesario sustento para su conservación y desarrollo natural.

Convenía, por último, a nuestra *propia utilidad* el matrimonio de María y José por las cinco razones siguientes:

1.<sup>a</sup> *Para que el mismo José fuese testigo de la integérrima virginidad de María.* El esposo, dice S. Ambrosio comentando a S. Lucas, es el mejor testimonio de su pureza, porque solo él podía castigar la injuria y vengar el oprobio si ella hubiese sido culpable (2). Derecho perfectísimo tenía para acusar a su esposa y pedir el castigo de su culpa sino hubiese conocido el modo milagroso de su concepción, comprobando así que Cristo había nacido de una madre Virgen.

2.<sup>a</sup> *Para que fuese más creíble la virginidad de María.* Las palabras de la virgen madre cuando afirma su virginidad, son más dignas de fé. Así se da mayor crédito a María, dice S. Ambrosio,

(1) *Super Luc.* lib. II, c. I.

(2) *Super Luc.* lib. II, c. I.

y se desvanece toda sospecha de impostura, pues mientras en una joven no casada hubiese parecido burdo recurso para ocultar su falta, en una mujer casada no había motivo alguno para mentir, pues el matrimonio justificaba su embarazo (1). Esto es, si María sin estar casada hubiese dicho que había concebido por obra de Dios, habríase creído que trataba de excusar su pecado; pero diciéndolo en estado de casada merece más fe, porque, de no ser cierto, su marido la hubiese desmentido y contradicho. Nuestra fe en el nacimiento sobrenatural de Cristo se fortalece y agranda.

3.º *Para dar ejemplo a las jóvenes casadas que pierden incautamente su honra.* El ejemplo de María debe moverlas a emplear todos los medios posibles para evitar la infamia; no convenía que al perder la reputación pudiesen invocar en propio descargo una falta aparente de la Madre de Dios.

4.º *Para que el matrimonio de María y José fuese tipo y figura de la Iglesia.* Cristo se ha desposado con su Iglesia, la cual también es Virgen, como escribe S. Agustín (2). Es *esposa*, dice S. Fulgencio, porque está unida a Cristo; es *madre* porque Cristo la fecunda, y *virgen* porque permanece siempre incorrupta en el mismo Cristo. La unión de Cristo con la Iglesia está maravillosamente representada por la unión de José con María.

5.º *Para que en una misma persona, la Virgen María, fuese honrada la virginidad y el matrimonio.* Así se confunde a los herejes que declamaron furiosamente contra el voto de virginidad y el sacramento del matrimonio. Estas dos cosas al parecer incompatibles las unió Dios en una misma persona para que brillaran los rasgos de su poder y de su sabiduría, enlazando esas dos instituciones cristianas como buenas en sí y aptas para llegar a Dios, según después lo enseñó siempre la Iglesia.

El honor del Verbo, las necesidades físicas y morales de María, nuestra propia utilidad, la decencia, en fin, con que debía ejecutarse el misterio de la Encarnación, demuestran la conveniencia suma de que la Virgen fuese *desposada*, de que en el

---

(1) *Lic. cit.*

(2) *De sancta Virginitate*, cap. 12.

decreto de ese gran misterio figurase un hombre, cuyo concurso correspondía a los fines del Redentor. Este varón esclarecido, este personaje ilustre elevado a tan alta dignidad fué José. No sólo convenía que María estuviese desposada; debía estarlo con José.

## II.

### SAN JOSÉ ESPOSO DE MARÍA

¿Y por qué esta distinción del celestial esposo? Porque estaba predestinado para esa misión sublime. Las virtudes egregias de su alma, los dones excelentes de que estaba revestido, hacíanle digno de compartir su suerte con María; las afinidades de origen, sus cualidades personales, las grandes semejanzas con la Madre de Dios, eran motivo suficiente para desempeñar en la Tierra los oficios de Padre del Cristo. Aunque no haya sido José causa *formal* determinante de la voluntad divina en el decreto de la Encarnación, fué su objeto *material* antecedente a la ejecución del mismo. A este fin fué enriquecido por el Eterno con un cúmulo de gracias, con una profusión tal de privilegios que la pureza de su vida en nada ensombreciera la de su Esposa inmaculada; era muy justo que los que tenían perfección y santidad semejantes poseyeran también un solo corazón y una sola voluntad.

Estando ordenado el matrimonio de José con María a representar papel tan importante en el plan divino de la redención, debemos suponer que fué inspirado por Dios y contraído por disposición *especial* de su amorosa Providencia. Así lo exigía su fin nobilísimo, su carácter sagrado, y así lo han entendido e interpretado los Romanos Pontífices y Padres de la Iglesia. Precisamente la predestinación de José concebida en la eternidad se verifica en el tiempo por su elección para esposo de María, y esta elección se ejecuta mediante su real matrimonio con ella. Pero ¿cómo se determinó en concreto el modo de llevar a efecto esos desposorios? ¿De qué medios se valió Dios para manifestar su voluntad de que fuese José y no otro el Esposo afortunado de María? Los teólogos discrepan entre sí, y aunque todos reconocen la

intervención divina en ese hecho memorable, como quiera que la Escritura nada nos dice sobre el particular, se encuentran divididos al pretender indicar la señal divina que determina la elección de José.

Unos con San Gregorio Niseno no vacilan en admitir que Dios reveló explícitamente la designación de José para Esposo de María. Otros con San Epifanio y San Jerónimo también admiten la intervención inmediata de Dios manifestada milagrosamente en el florecimiento de la vara de José. Los partidarios de esta opinión singular explican poéticamente la elección de José. Hallándose, dicen, perplejos los Sacerdotes sobre quien había de ser el Esposo de María, resolvieron consultar a Dios pidiéndole con fervorosas oraciones se dignara manifestar su voluntad. Estando en oración el Sumo Sacerdote oyó la voz del Señor, quien recordando las palabras de Isaías: *Saldrá una vara de la raíz de Jese y de esta raíz se elevará una flor sobre la cual descansará el Espíritu del Señor* (1), le declaró que aquel sería tenido por Esposo digno de María, cuya vara floreciese a la mañana siguiente. Para cumplir el precepto del Señor ordenó el Sumo Sacerdote que todos los jóvenes de la familia de David aspirantes a la mano de María, presentasen en el templo una vara de almendro, lo cual verificado, apareció florida la vara de José, indicio convenido de que Dios le elegía para unirlo en matrimonio con María. Y aun añaden algunos que descendió el Espíritu Santo en figura de paloma y se posó sobre la vara de José. Otros, finalmente, creen suficiente para explicar la elección de José su consanguinidad con María, conforme a las prescripciones de la ley mosaica que mandaba elegir esposa entre los parientes de la misma tribu, no habiendo necesidad alguna de admitir una revelación directa de la Divinidad.

Por nuestra parte opinamos que basta la disposición legal para explicar la designación de José como Esposo de la Madre de Dios. En verdad que no existe fundamento alguno para admitir una revelación explícita. Esta debía constar en la Escritura

(1) *Egredietur virga de radice Jesse et flos de radice ejus ascendet et requiescet super eum Spiritus Domini.* Isaías XI, 1.



o tradición teológica, y nada nos dicen sobre el particular. Trátándose de hechos tan extraordinarios, no bastan simples conjeturas para afirmar su existencia; se requieren pruebas positivas que en el caso presente no constan. Además, es un principio admitido por la ciencia que no se ha de acudir a intervenciones sobrenaturales ni multiplicar los milagros sin necesidad, cuando naturalmente puede explicarse un fenómeno cualquiera. En el orden presente estaba suficientemente determinada por el precepto legal la elección de José; luego huelga la revelación directa de la Divinidad.

Por la misma razón nos parece inconsistente la opinión segunda que aduce el florecimiento milagroso de la vara de José como signo infalible de la voluntad divina. Militan además en contra de ella otras graves presunciones. La tradición de la vara florida de José frecuentemente consignada en las vidas del Santo y en no pocos libros de piedad que andan en mano de los fieles y hasta en algunos breviarios antiguos, será útil, si se quiere, para excitar la piedad del cristiano y promover la admiración candorosa del sencillo creyente, pero en realidad más bien parece una fábula que narración histórica; y aunque atribuída a algunos Santos Padres, carece de verdad y la rechazamos como falsa. Hace mención de ella San Epifanio (1), refiérrela también San Jerónimo (2), y de ellos la han tomado varios escritores como Cedreno, Cartagena, Isolano, Huguet y otros. Pero San Epifanio, cuya autoridad en cuestiones de teología josefina hemos de recibir con cautela ya que no con prevención, (3) alude a una narración evidentemente falsa contenida en el llamado *Evangelio de Santiago*, Evangelio apócrifo muy en boga entre los fieles de su tiempo (4). Por lo que toca a San Jerónimo las palabras que

---

(1) *Ad Haeres*, LXXVIII.

(2) *De Ortu Mariae*.

(3) Conocidas son las inexactitudes en que incurre el Santo al juzgar varios puntos de la vida de José. No sólo afirma que San José se casó a los 80 años con María y que sobrevivió a Jesucristo, afirmaciones ambas inverosímiles; llega hasta negar la virginidad perpetua de José contra el común sentir de los Doctores. *Ib. LI. et LXXVIII.*

(4) *Haeres. LXXVIII. Cfr. Migne, Dictionnaire des Apocryphes*, art. I. pág. 1010 y sig.

se le atribuyen sobre la tradición de la vara florida están tomadas de su obra *De ortu Beatae Mariae*. Ahora bien, los críticos rechazan tal obra como apócrifa; no figura en el catálogo de las auténticas que escribió el doctor Máximo y falsamente se le atribuye un Tratado que, como dice Molano, es indigno de la pluma de San Jerónimo. Ciertamente, los Padres de la Iglesia latina, que son los que más y mejor escribieron sobre San José, no hacen mención de la leyenda de la vara florida, lo cual no deja de ser un dato muy significativo, dada la resonancia que hubo de tener un suceso tan extraordinario.

Ni vale afirmar que la tal tradición es ya muy antigua y que se encuentra pintada en cuadros, esculpida en mármoles, vulgarizada en multitud de hojas de propaganda josefina. Nada prueba el ejemplo de pintores y poetas cuando se puede demostrar que no son puras las fuentes de su inspiración y de su ingenio. Ya en su tiempo dijo Horacio que a los pintores y a los poetas les estaba permitido, o se permiten ellos, exagerar la verdad (1), dando vida a sucesos o personas que no han existido en realidad. En materia de piedad y religión se ha llegado en esta parte a un grado inverosímil. El celo indiscreto, la buena fe de unos y la credulidad de otros han sido fértil campo donde han germinado multiplicidad de leyendas religiosas de las que se ha nutrido el vulgo cristiano, dispuesto siempre a admitir cuanto se relaciona con el fomento de la piedad o conservación de la fe de Jesucristo. También nos pintan a San José de viejo octogenario y a veces en actitud de dar lecciones a Jesús, cuando ni San José se casó en esa edad con María, ni Dios aprendió jamás cosa alguna de los hombres.

Dígase lo mismo de esa variedad de estampas que circula entre los fieles en las que aparece Santa Ana enseñando a la Virgen Santísima. Poseyese esta o no la ciencia infusa de un modo permanente (2), lo cierto es que no aprendió ciencia alguna por

(1) *Pictoribus atque poetis quidlibet audendi semper fuit aequa potestas.*

(2) Los teólogos no están de acuerdo en atribuir a María una ciencia infusa permanente. Unos como Terrien afirman, otros con Lepicier niegan tal privilegio a María. *Cfr. S. Thom. III. Q. XXX. art. 3.*

magisterio humano; así lo exigía su perfección intelectual, la integridad de sus potencias y sentidos (1). Los poetas y pintores en esta materia no han hecho más que popularizar el error y la superstición sin añadirles un átomo de autoridad. Como dice a este propósito Burdo, los escritores canónicos se muestran reservados y sobrios en detalles cuando hablan de José; en cambio los apócrifos han sido pródigos en ellos despachándose a su gusto con la publicación de mil fantasías biográficas que, popularizadas después por los artistas, han arraigado en el pueblo cristiano de una manera tenaz y profunda (2). De aquí la gran dificultad para extirpar tantos abusos e inexactitudes en que abundan no pocos manuales de piedad y de ascética. La ficción de la vara de José se formó sin duda al recuerdo del milagro que nos refiere el libro de los Números cuando fué elegido Aaron sumo Sacerdote. Quiso Dios confirmar con un milagro ante la presencia del pueblo hebreo la elección de Aaron declarando que aquel cuya vara floreciese era el elegido... y al siguiente día se vió que había florecido la vara de Aaron, con lo que todos conocieron la voluntad de Dios en la elección de Aaron para Sumo Sacerdote (3).

Se replicará, quizá, que si la elección de José para Esposo de María no se efectuó del modo indicado por la vara florida, no hay razón para que la Iglesia permita pintar a San José con el ramo verde en la mano. A esto se contesta fácilmente diciendo que puede permitirlo por otros motivos, no para confirmar o aprobar la narración apócrifa de los poetas. El ramo verde simboliza la eminente santidad del glorioso Patriarca y más particularmente su virginidad; acostumbra con muy buen acuerdo a pintarle y esculpirle con una azucena en la mano, emblema de su pureza inmaculada. Este y no otro es el significado de la vara florida de José.

Queda, por lo tanto, en pié como más sólida y razonable la opinión tercera que explica el matrimonio de José con María por

---

(1) Cfr. Lepicier, *Tractatus de Beatissima Virgine Maria*, P. II. cap. I. art. VIII.

(2) *Etudes*, 5 sept. 1906.

(3) *Numer*, XVII, 5-8.

la consanguinidad que existía entre los dos. No se escluye por eso la intervención de la Providencia divina, pues ella estableció ese vínculo de parentesco, así como el precepto legal disponiendo quienes por tal concepto debían contraer matrimonio.

La Sagrada Escritura nos ofrece pruebas decisivas de esta afirmación. Los Evangelistas Mateo y Lucas suponen que eran consanguíneos José y María en el hecho de describir la genealogía del Cristo, hijo natural de la Virgen, por la línea de José. Este fué hijo natural de Jacob y legal de Helí, que era a su vez hermano de Jacob, aunque descendiente de Leví, como María Santísima. Para entender este parentesco y explicarlo de algún modo advierte San Juan Damasceno que tanto María como José descendían de David, pero por distinta línea; Aquella por la línea de Natan, éste por la de Salomón. Descendiente de David por Salomón era Matan, padre de Jacob y abuelo de José. Muerto Matan, se casó con su esposa viuda Melchi, descendiente de David por Natan, de cuyo matrimonio nació Helí, hermano de Jacob, aunque de distinto padre y tribu. Pero Melchi, hijo de Leví, era hermano de Panter y éste padre de Barpanter que tuvo por hijo a Joaquín, padre de María (1). Con lo que aparece demostrado el parentesco de María y José, y cómo los dos eran de la estirpe de David, para que también lo fuera el Mesías según las profecías de la antigua Ley.

En cuanto a la ley que prohibía a los jóvenes casarse fuera de su tribu, se encuentra expresamente consignada en el libro de los Números. «Cásense, se dice allí, con quienes les agraden con tal que sea con hombres de su tribu. Para que no se traspasen las posesiones (bienes) de los hijos de Israel de una tribu a otra. Por lo cual los varones tomarán mujeres de su tribu y pa-

(1) *Ex stirpe Natham, filii David, nascitur Levi: Levi genuit Melchi et Pantherem. Panther autem genuit Barpantherem, nam ita vocabatur. Barpanther genuit Joachim, Joachim genuit Sanctam Dei Genitricem. Rursus, ex stirpe Salomonis, filii David, Matham uxorem habuit, ex qua genuit Jacob, patrem Joseph. Mortuo autem Matham, Melchi ex tribu Nathan, filius Levi ac frater Pantheris, uxorem ipsius Mathan, quae etiam Jacob ma'er erat, duxit, ex qua genui Heli. Quam ob rem uterini fratres erant Jacob et Heli: ille nimirum ex tribu Salomonis, hic ex tribu Nathan.* De Fide Orthodoxa, c. XIV.

rentela. Y todas las mujeres tomarán marido de su tribu para que la heredad permanezca en las familias» (1). Como el fin de la ley era la conservación de las herencias en la misma tribu, para que no se mezclasen unas con otras, solamente obligaba a las jóvenes que eran herederas de los bienes paternos; éstas debían en virtud de dicha ley casarse con varones de la misma tribu y parentela. Así lo hicieron las hijas de Salphaad, como se lee en el mismo capítulo, las cuales se casaron con los hijos de su tío paterno, o sea con sus primos hermanos (2).

Esta ley estuvo vigente entre los hebreos como se ve por el matrimonio de Tobías con Sara, (3) en cuyo caso se invoca la razón de parentesco para unir a los contrayentes. María y José, que eran justos y exactísimos observantes de la ley, habían de cumplir este precepto del Señor, y realmente así lo hicieron, como atestiguan los Padres de la Iglesia. José y María, dice San Jerónimo, eran de la misma tribu, por lo que estaba obligado José, según la Ley, a casarse con María como parienta próxima que era; y por eso se inscriben juntamente en el censo como cuando suben a Belén, indicando que eran de la misma familia (4). Esta inscripción de María en el censo demuestra que era hija heredera, pues de otro modo no hubiera tenido título para ser inscrita. La tradición cristiana así lo ha interpretado también cuando afirma que María fué hija única de Joaquín y Ana; jamás se dice que tuviera hermanos. Prohibía la Ley, escribe San Juan Damasceno, que una tribu tomase de otra sus mujeres, y por eso San José, que era de la estirpe y familia de David, como lo afirma el Evangelio, no se hubiera desposado con María contra la

(1) *Nubant quibus volunt tantum ut suae tribus hominibus; ne commisceatur posteritas filiorum Israel de tribu in tribum. Omnes enim viri ducent uxores de tribu et cognatione sua; et cunctae feminae de eadem tribu maritos accipient ut haereditas permaneat in familiis.* Num. XXXVI, 6-8.

(2) *Ib.* v. 11.

(3) *Credo quoniam ideo fecit Deus eos venire ad me ut ista conjungeretur cognationi suae; secundum legem Moysi.* Tob. VII, 14.

(4) *Ex una tribu Joseph et Maria; unde ex lege eam accipere cogebatur ut propinquum.* Comment. in cap. I. Math.

prohibición legal sino hubiese descendido de la misma tribu y linaje (1).

Podrá discutirse el grado más o menos allegado que enlazaba a María y José, pero no hemos de dudar que el parentesco existía; todos los Padres convienen en que fueron consanguíneos, los dos de la tribu y familia de David. De todo lo cual se deduce que el matrimonio entre ambos esposos puede explicarse perfectamente por el precepto de la ley mosáica, sin necesidad de admitir intervenciones milagrosas, desprovistas por otra parte de fundamento histórico. Luego no solo era conveniente el matrimonio de María; lo era también en concreto con José por disposición adorable del Altísimo. Este matrimonio, como queda probado, fué real y verdadero; por lo tanto, produjo en los contrayentes los efectos propios de todo matrimonio válido.

### III

#### IMPEDIMENTO DEL VOTO DE VIRGINIDAD

Pero, ¿cómo se concibe no sólo la conveniencia, aun más, la misma licitud de ese matrimonio entre personas ligadas por el voto de castidad como lo estaban María y el mismo José? He aquí la gran dificultad en la cuestión presente, la objeción de muchos contra la verdad del matrimonio de María. El voto de virginidad se opone directamente a la esencia del matrimonio; éste implica la entrega mutua de los cuerpos, el ejercicio de los derechos conyugales, la generación, fin del contrato matrimonial. Resulta moralmente imposible un matrimonio en tales condiciones; parece gravemente ilícita, ya que no formalmente inválida, la celebración del matrimonio por personas constituidas en estado de celibato afirmado por voto. Sabido es el principio de San Agustín: En los que han hecho voto de virginidad no sólo es pecado el acto de matrimonio sino también el deseo de casarse (2).

(1) *De Fide Orthodoxa*, lib IV. c. XIV.

(2) *Virginitatem voventibus, non solum nubere, sed velle nubere damnabile est. De bono vidnitatis*, c. 9.

De todos modos el matrimonio de José aparece inconveniente, no tiene explicación satisfactoria en el plan divino de la Encarnación.

Multitud de observaciones afluyen a la mente cuando tocamos este punto de la vida de José; tratemos de aclararlo para disipar toda duda sobre la realidad y santidad de sus divinos desposorios. Ante todo hemos de admitir como verdad católica el voto de virginidad de María. Esta es la opinión unánime de los Padres de la Iglesia y de todos los teólogos. Tal doctrina se encuentra consignada explícitamente en la Escritura.

Cuando el ángel anuncia a María el misterio de la Encarnación ella le responde: *¿Cómo se hará esto si no conozco varón?* (1) Estas palabras demuestran claramente que María estaba ligada con voto de virginidad. La tierna doncella no comprende el significado de la profecía angélica, porque un obstáculo, a su juicio insuperable, se opone a su cumplimiento. ¿Cual es éste? El no conocer varón. Pero, ¿a qué se refiere o qué significan estas palabras de María? No puede referirse la Virgen al voto de virginidad temporal que quizá había guardado hasta entonces, ni al simple propósito de guardarla en lo futuro, porque ninguno de estos dos lazos impedían la ejecución del misterio divino. Luego la dificultad emanaba de algún propósito cuya violación constituía pecado. Ninguna ley prohibía a María el matrimonio, ningún impedimento natural la ligaba; luego sólo algún vínculo moral, alguna obligación religiosa podía ser óbice al cumplimiento de lo que el ángel le anuncia. Nótese de paso que las palabras *no conozco* se refieren a tiempo futuro, no sólo al presente; es un modismo frecuente en todas las lenguas el uso en los verbos del presente por el futuro. Sino fuera ese el sentido de la respuesta de María, dejaría de ser un obstáculo a las palabras del ángel, pues hubiera podido casarse después.

Los Santos Padres han interpretado lo mismo el sentido del texto evangélico. No hubiera respondido María en esa forma al ángel, dice S. Agustín, si no hubiese estado consagrada a Dios por el voto de virginidad. (2) Lo mismo dice S. Gregorio Nise-

(1) *Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* Luc. 1. 34.

(2) *Annuntianti angelo María reddidit: Quomodo, inquit, fiet istud, quoniam vi-*

no (1), San Bernardo (2) y otros. A nadie es permitido dudar, escribe Benedito XIV, que la Virgen María había hecho voto de perpetua virginidad. Cuando el ángel le anuncia que pariría un hijo, responde: *¿Cómo se hará esto si no conozco varón?* Esta respuesta demuestra plenamente que estaba ligada con el voto de perpetua virginidad (3). La misma razón viene a confirmar esta verdad, Siendo el voto un acto de latría tan perfecto, un vínculo tan poderoso para unirse a Dios y medio efficacísimo para preservarse de caídas, era natural que lo hubiese hecho María perfectísima en todo; su virginidad debía ser la más excelente y perfecta, puesto que estaba ordenada al Verbo, de quien era habitación y sagrario; y por consiguiente, requería en la Virgen una pureza suma y total. La perfección de este voto en María sobre el de todas las vírgenes, provenía de la ardiente caridad con que lo hizo, de su fidelidad en cumplirlo con la mayor exactitud, y de la perpetuidad que revistió ya desde su origen. Estas son las tres excelencias más notables del voto de virginidad de María (4).

No están de acuerdo los teólogos acerca de si el voto de María antes de su matrimonio con José fué absoluto o simplemente condicionado. Pedro Lombardo, Santo Tomás, Benedicto XIV y

*rum non cognosco? Quod profecto non diceret, nisi Deo virginem se ante vocisset. De sancta virginitate. c. 4.*

(1) *Orat. in diem Nativit. Christi.*

(2) *Sermo IV de Assumpt. B. M. V.*

(3) *Nulli profecto dubium esse potest, quin Maria Virgo vocisset virginitatem. Cum monita fuerit ab angelo filium se parituram, respondit: Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco? Quae quidem responsio abunde probat eam perpetuae virginitatis votum fecisse. De Festis B. M. V. cap. I. n. 8.*

(4) No están de acuerdo los Doctores en fijar la edad que tenía María cuando hizo voto de virginidad. Parece más probable que lo hiciese al llegar al uso de razón y no en el momento de su concepción como algunos han dicho. Lo cierto es que fué la primera en tiempo y perfección que hizo tal voto. Los antiguos indican esta idea cuando dicen que María es la *Maestra y Capitana de las vírgenes*. (Ambr.) *Corona de las vírgenes*. (Efren.) *Cabeza de las vírgenes*. (Isidoro.) *Madre de la virginidad*. (Anselmo.) *Ejemplar de toda virginidad*. (Buenaventura), etc., etc. Con razón se la llama *Virgen de las Vírgenes* y con este título la invoca la Iglesia y el pueblo cristiano.



otros teólogos, afirman que María hizo voto de virginidad, pero condicionado, *si Deo placuerit*. S. Buenaventura, Suárez, Billuart y otros muchos, opinan que el voto de María fué absoluto, y esta es la opinión común seguida también por los teólogos modernos. Nos inclinamos a ella porque está más conforme con las palabras de María al ángel y con la santidad de la Madre de Dios (1).

No consta expresamente en la Escritura ni en los escritos de los Santos Padres que José hubiese emitido también voto de virginidad, pero los teólogos así lo suponen y la misma Iglesia así lo afirma. Si fué perpetuamente virgen, lo cual hoy ningún católico niega, parece natural que se obligase con voto, ya para asemejarse a su adorada Esposa, ya para vivir más perfectamente en unión íntima con Dios, como lo exigía su dignidad y el carácter mismo de su misión divina. De ahí que, aunque no haya pruebas positivas, todos los Doctores suponen con muy buen acuerdo el voto de virginidad de José. Si era más puro que los Serafines, según S. Bernardino, y María era la Virgen de las vírgenes, convenía, dice Gerson, que tuviese un esposo purísimo y perpetuamente virgen (2).

Además, si María se hubiese desposado con José sin tener la seguridad de que podría permanecer fiel a su voto, hubiera pecado de imprudente. No sólo esto; hubiera obrado ilícitamente, exponiéndose al peligro de quebrantar su voto, o de lesionar la justicia negando los derechos conyugales de José. María debió saber o por indicación de José o por revelación divina que su voto permanecería inviolable, no obstante el matrimonio. Y dígaselo mismo de José, quien también hubiera cometido una gran imprudencia en tomar a María por esposa sin obligarse a respetarla con voto igual. Pero mal podía obligarse a respetarla si él no conocía el voto de su Esposa. Luego debió saberlo de alguna manera, natural o sobrenaturalmente, o por revelación de María o por revelación del mismo Dios. De lo contrario, hubiera ido al

(1) Cf. Lepicier, *Tractatus de Bma. Virgine Maria*, Part. II. c. III, art. II.

(2) *Sicut decuit Mariam ut summa puritate niteret, sic decuit ut haberet suo modo parem Sponsum purissimum, qui cum perpetua virgine virgo prius et posterius permaneret.* Sermo de B. V. M.

matrimonio engañado por la Virgen, en la creencia de que adquiriría sobre ella los derechos que adquiere el marido sobre su legítima esposa. No, escribe Jourdain, María, preservada de la culpa original y de toda imperfección actual, no podía obrar de ese modo. José, antes de tomarla por esposa, supo que María sería su mujer en presencia de Dios, que sus almas se unirían con lazo indisoluble, pero que nada empañaría jamás la pureza inmaculada de aquel vaso místico que Dios reservaba para Sí solo. Por lo tanto, hubiera faltado a la generosidad y rectitud para con María si él no hubiese adoptado el mismo empeño y dado a entender a su desposada que era digno de ella, que sus aspiraciones eran las mismas, que él había hecho el mismo voto (1). Citanse también en confirmación de esta verdad las palabras de María a Sta. Brígida: Ten por cierto y seguro, que José, antes que se desposara conmigo, supo por inspiración del Espíritu Santo que yo estaba consagrada por el voto de virginidad, que era inmaculada en pensamientos, palabras y obras (2).

De todo esto se infiere la conveniencia suma de que José estuviese ligado con voto de virginidad como su Esposa María. Si debía ser virgen como ella hasta el punto que, según S. Agustín, de otro modo no se le hubiera dado por esposo a la Virgen, Madre de Dios, también debía confirmar su virginidad con voto religioso a imitación de María, formando así un matrimonio virginal, del cual naciese Jesús, Rey de las Vírgenes.

Y así como la virginidad de María reclamaba por su excelencia el voto absoluto, así también parece más conforme que lo fuera el voto de José. Era esta una manera más perfecta de honrar la virginidad y santificar los actos de virtud, y debemos admitirla en el santo de los santos, en el purísimo José. Sea como quiera, lo cierto es que no podemos juzgar el matrimonio de José como los demás matrimonios. Es un matrimonio enteramente singular, celestial, ordenado por Dios milagrosamente a la

(1) *Somme des grandeurs de Marie*, P. II, lib. I, c. VIII, art. III.

(2) *Pro certissimo scire debes quod Joseph antequam desponsavit me intellexit in Spiritu Sancto me vovisse virginitatem meo Deo inmaculatamque esse cogitatione verbo et opere*. *Revelationes S. Birgittae*, lib. VII, c. 25.

consecución de un fin altísimo, contraído por inspiración divina en conformidad con el plan sublime de la redención humana. Ni es de presumir que María y José, tan puros e inocentes, hubiesen contraído matrimonio sino en esas circunstancias especiales decretadas por Dios.

Y esta es la primera advertencia que debemos tener presente para resolver las muchas dificultades que, pensando humanamente, surgen contra dicho matrimonio. Ni debe maravillarnos que no le convengan las notas del matrimonio canónico, o mejor dicho, que no le convengan del mismo modo que a los demás, pues concurren una porción de circunstancias extraordinarias y efectos sobrenaturales que no existen en las demás uniones matrimoniales. Los prodigios de esa unión son inefables; los contrayentes son vírgenes; un Dios es su fruto; sus efectos, la salvación de los hombres. A pesar de esto, la razón teológica justifica plenamente la existencia de ese matrimonio y explica de un modo satisfactorio todas sus propiedades. Fácilmente se comprende que María obró lícitamente sin violar ningún derecho al casarse con José, si se admite que ambos esposos tenían conocimiento del mutuo propósito que los animaba de vivir en estado de virginidad. Punto es este del que no debe dudarse según la sentencia común de los Doctores. Sto. Tomás afirma resueltamente que la Santísima Virgen, antes que se desposara con José, adquirió divinamente la certeza de que él tenía también prometida a Dios su virginidad, y por lo tanto, no pecaba casándose (1). Por una coincidencia providencial y maravillosa en sumo grado unieronse en ese casamiento el matrimonio y la virginidad, de tal modo que ni la esencia del matrimonio ni la de la virginidad sufrieran el más pequeño detrimento. Esto no lo hubiera hecho Dios si fuesen esencias contradictorias como muchos creyeron, en el supuesto de los cuales o no era válido aquel matrimonio o no permanecía íntegra la virginidad. Conviene iluminar este punto capital, en torno del cual se han agrupado las sombras e incertidumbres.

El matrimonio, bien se le considere como acto transeunte,

---

(1) IV Dist. XXX, Q. II, art. I.

bien como vínculo permanente, no excluye la virginidad en los contrayentes porque no incluye por esencia la cópula carnal. Es un contrato bilateral por el que los contrayentes se hacen mútua entrega de sus cuerpos en orden a la generación y educación de la prole. Su objeto *material* lo constituyen las personas contrayentes; su objeto *formal* la vida indivisible aneja al estado del matrimonio (1). Implica, es cierto, la posesión de iguales derechos y deberes en uno y otro esposo, pero no exige necesariamente el ejercicio de todos ellos. Se concibe perfectamente un matrimonio antes de que exista la unión carnal de los esposos; ninguna obligación se les impone de consumarle en los dos meses siguientes a su celebración (2) y pueden continuar libremente en este estado hasta que lo crean conveniente. Si fuera incompatible la virginidad con el estado del matrimonio, nos veríamos forzados a admitir que este permanecía suspenso hasta la unión corporal de los cónyuges, resucitando con esto la opinión falsa y anticuada de algunos teólogos que colocaban la esencia del matrimonio en la cópula carnal.

No es este precisamente el punto difícil y oscuro de la cuestión presente. No se trata de la virginidad en sí misma, sino de la virginidad confirmada por voto, el cual constituye un impedimento *dirimente* del matrimonio como condición directamente opuesta a su esencia, cuyo fin primario es la generación (3). Escribe la dificultad en saber si un matrimonio celebrado condicionalmente será o no válido cuando la condición es *de praesenti*, honesta y convenida por ambas partes, de tal modo que se vincule a ella el consentimiento matrimonial. Como si los esposos celebrasen matrimonio en esta forma: *Contraigo contigo matrimonio con tal de que guardes perpetua castidad*.

(1) Cfr. Wernz, *Jus Decretalium*, tom. IV, P. I, tit. I.

(2) Es el bimestre que el Derecho Canónico les concede para que puedan libremente elegir otro estado, entrando en alguna Orden religiosa, *Cfr.* 7, *X de convers. conjug.* III, 32.

(3) El voto *simple* de castidad constituye impedimento impediendo del matrimonio; el voto *solemne* es impedimento dirimente del mismo por disposición eclesiástica. Como verá el lector en ninguno de estos sentidos tomamos el voto en la ocasión presente.

Para resolver cumplidamente la dificultad y aclarar este punto controvertible del matrimonio de José, separemos lo cierto de lo incierto, distinguiendo varios casos según los principios de sana teología.

Las condiciones que pueden acompañar al matrimonio pueden ser diversas. Condiciones de *praeterito*, de *praesenti* y de *futuro*; posibles e imposibles; honestas o torpes; substanciales o accidentales (1). Hay que tener en cuenta el valor de cada una para juzgar la validez del matrimonio. Si la condición es honesta, de *presente* o de *pretérito*, no invalida el matrimonio. En tal caso este será válido o inválido según que la condición se haya o no verificado, sin que el valor del contrato se suspenda, porque la condición se presupone existente. Lo único que se les prohíbe a los contrayentes es el uso del matrimonio hasta que tengan noticia del cumplimiento de la condición.

Si la condición con la cual se celebra el matrimonio es de futuro, invalida el matrimonio si es *directamente* opuesta a su naturaleza, como por ejemplo lo son las condiciones que impiden los tres bienes del matrimonio: fe, prole y sacramento. Tal sucedería si los contrayentes excluyeran la perpetuidad en el matrimonio, o la fidelidad en él. Se requiere, sin embargo, para afirmar la nulidad que el consentimiento dependa de la *condición*, no basta la existencia de esta, si no es causa determinante de aquel.

Es innegable el valor del matrimonio si los contrayentes se obligan por voto absoluto o pacto mutuo a guardar perpetua castidad *después* de haberse casado. Con esto no hacen más que renunciar libremente a un derecho adquirido cuyo ejercicio a nadie obliga. Más bien que *condición*, lo que se añade entonces al matrimonio es un *modo* o carga; y sabido es por el derecho canónico que el modo no suspende el valor del acto matrimonial, aunque sea directamente opuesto a los fines substanciales del matrimonio. Muy bien pudieron María y José *después* del matrimonio hacer voto de perpétua virginidad, como afirman varios Santos Padres.

(1) Cfr. Wernz, *Jus Decretalium*, tom. IV, r. 293.

Pero ¿pudieron hacer el mismo voto *antes* de casarse de modo que se obligasen a guardar perpétua castidad, como una condición de la cual dependía el valor de su unión conyugal? O en otros términos ¿*toda* condición honesta de *praesenti* es contraria a la esencia del matrimonio? Teólogos y canonistas se hallan divididos al juzgar si será o no válido un matrimonio celebrado por personas que se comprometen a observar continencia perpétua. Aunque sea una condición posible y honesta, si se opone a los requisitos *esenciales* del matrimonio, evidentemente destruye su valor y anula sus efectos. Santo Tomás y otros teólogos afirman que esa condición repugna a la substancia del matrimonio. Otros muchos teólogos y canonistas antiguos y no pocos modernos como Ballerini, Palmieri, Gasparri, Pesch, Lehmkuhl, Genicot, Lepicier y otros opinan lo contrario y defienden que el matrimonio celebrado con esa condición es válido y lícito. Y dan la razón, porque en tal caso no renuncian los esposos al derecho que adquieren en el acto del matrimonio, sino al *uso lícito* de él, lo cual no pertenece a su esencia.

Confesamos francamente que no nos convence esta razón. Ciertamente, una cosa es el derecho, otra es el uso o ejercicio del derecho; concebimos sin dificultad que un individuo posea derecho a una cosa, a un edificio por ejemplo, y pueda no usar de él en toda la vida. Pero no es lo mismo la adquisición de un derecho con la *facultad* de no usar de él que la adquisición de un derecho con la *obligación* de no ejercitarlo. En el primer caso permanece íntegro el dominio de la cosa; en el segundo no, porque se le impide al dueño disponer de ella como suya, lo cual parece negar la inviolabilidad que envuelve esencialmente la idea de derecho. Además, en el caso concreto del matrimonio en cuestión hemos de advertir que los contrayentes no sólo adquieren derecho *mutuo* sino que lo adquieren determinadamente *en orden al uso* del matrimonio como principio de generación. Pero ¿cómo puede haber *derecho al uso* si se excluye este totalmente en virtud del pacto o condición que los esposos ponen? En vista de esto preferimos juzgar la validez del matrimonio de José y María independientemente de las dos opiniones citadas (1).

(1) Véase Wernz, *Jus Decretalium*, tom. IV, n. 302, nota 41.

Unos y otros teólogos convienen en admitir el valor del matrimonio cuando *ambas partes* tienen hecho voto o formado propósito de guardar continencia *antes* de contraer matrimonio. Y en este caso se encontraban María y José según la opinión común y tradición cristiana. La dificultad existe cuando la condición de guardar castidad se propone en el *acto* de celebrar el matrimonio haciéndola objeto de *pacto* formal entre los esposos. Nada de esto consta que ocurriera en José y María, ni siquiera que esa condición fuese estrictamente de presente entre ellos. Luego su matrimonio se ha de considerar como objetivamente válido sin que pierda en lo más mínimo su valor por el voto que tuviesen de virginidad. Y esto basta para disipar toda duda sobre el particular. Como se ve, prescindimos aquí de otras muchas observaciones que nos sugiere la naturaleza *sobrenatural* del matrimonio de José las cuales nos confirmarían más y más en la *realidad* de esa unión divina tanto más singular y perfecta cuanto más directamente proviene de Dios y está sobre todas las leyes humanas.

En la opinión de aquellos teólogos que admiten la validez del matrimonio condicionado cuando la condición es de presente y honesta aunque sea firme por pacto de los esposos, fácil es demostrar la validez y licitud del matrimonio de José y María. Obra-ron ambos muy rectamente al casarse, pues pudieron a un mismo tiempo hacer el voto de virginidad y contraer matrimonio. En este sentido se expresa Augusto Nicolás cuando resumiendo la doctrina de los teólogos escribe lo siguiente: «La unión de la Santísima Virgen con José fué incontestablemente un verdadero y perfecto matrimonio... En cuanto al *hecho* esto no admite duda, pero respecto a *derecho*, el voto de virginidad que siempre guardaron fielmente los Esposos ¿no era virtualmente incompatible con la perfección de su matrimonio? De ninguna manera. Sin la menor duda, el matrimonio implica la mutua entrega corporal de los esposos, el derecho de reclamarla, el deber de verificarla, para tener y criar hijos. Esto es lo propio del matrimonio y lo que constituye su carácter y su mérito; pero se puede muy bien no usar de un derecho sin dejar por eso de poseerlo; se puede tener mutuamente derecho a la persona del cónyuge sin ejercerlo.

Bajo este aspecto, los derechos conyugales son como los demás; el matrimonio existe entonces completo en potencia, independientemente de su ejercicio; este es un *hecho* que se verifica o no, sin que por ello se modifique la esencia del matrimonio (1).» Una cosa es el fin, otra la naturaleza del ser; puede ésta subsistir sin aquel; la generación y educación de la prole es una perfección secundaria del matrimonio, dice Lepicier (2), y nada pierde de su esencia aunque el fin no se consiga.

Resulta siempre que el matrimonio de José con María fué real y verdadero, a pesar de la virginidad que los dos profesaban. Esta misma virginidad, lejos de ser un óbice al matrimonio, le revistió de un honor, de una gloria, de un brillo incomparable; ni los hombres ni los ángeles pueden concebir unión más pura, más sublime y más santa. Y si era un matrimonio divino y sobrenatural, tipo y modelo de los demás matrimonios, debía reunir todas las perfecciones primarias y secundarias de ellos, sin exceptuar la procreación y educación de la prole. Túvola también, aunque de una manera especial, como convenía a la índole celestial de aquel matrimonio.

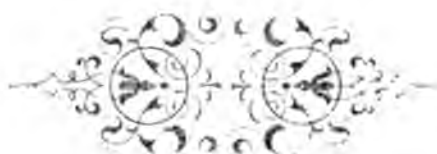
Si bien la concepción virginal de Jesús fué obra del Espíritu Santo, como se realizó sin lesión de la virginidad, el fruto pertenece a José por el vínculo conyugal que le unía a la Madre del Cristo. Existieron en ese sacramento sus tres bienes esenciales: prole, fe y sacramento. La *prole* es el fin primario aunque no único del matrimonio; la *fe* consiste en la fidelidad que se han de guardar los casados en el uso de sus derechos; el *sacramento* es signo de la unión de Cristo con la Iglesia. A la primera se opone la esterilidad, a la segunda el adulterio, al tercero el divorcio. Nada de esto hubo en la unión de María y José; ni hubo sombra de culpa ni una sospecha de pecado; los tres bienes citados se hallaron del modo más perfecto y maravilloso. Contra lo que observamos continuamente, el matrimonio que es remedio de la concupiscencia y enemigo acérrimo de la virginidad, en el matri-

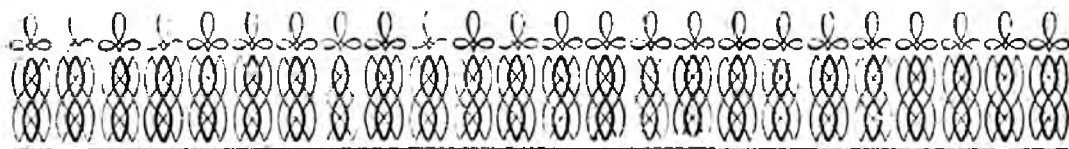
(1) *La Virgen María y el Plan divino*, tom. II, cap. VII, III.

(2) *Tractatus de beatissima Virgine Maria*, P. II, cap. III, art. III.



monio de José produjo efectos contrarios; fué custodio de la virginidad y causa de fecundidad milagrosa. Con este prodigio quiso Dios salvar al mundo ordenando el fruto de aquellos desposorios sagrados a obtener nuestro rescate y conquistar nuestro amor.





## CAPITULO IX

### **Circunstancias del matrimonio de S. José**

Después de haber hablado largamente del matrimonio de José con María, justo es que digamos alguna cosa de las circunstancias que le precedieron o acompañaron, el conocimiento de las cuales contribuirá más y más a esclarecer las bellezas de aquella unión divina, premisa necesaria de nuestra salud. Queremos tratar en este capítulo una porción de cuestiones relativas al matrimonio de José aunque no le afecten en su esencia, como son, por ejemplo, la edad en que contrajeron matrimonio los dos santos Esposos, el tiempo de su celebración y las ceremonias de un acto tan memorable y solemne.

Y aquí hemos de notar la carencia de datos positivos en que nos encontramos para apreciar con acierto una muchedumbre de detalles sobre los puntos discutidos, porque la Escritura, tan explícita en reseñar los dichos y hechos del Salvador del mundo, dedica muy pocas líneas a la vida de sus gloriosos padres; la tradición cristiana, fuente de verdad dogmática e histórica, podría servirnos de guía en la aclaración de no pocos problemas josefinos, pero la confusión reinante entre los sabios, la lentitud con que se ha propagado el culto a S. José en los primeros siglos y la difusión de no pocas fábulas entre los simples fieles, dificultan el conocimiento de la verdad, teniendo que contentarnos en el exámen de no pocos hechos de la vida de S. José con

una probabilidad más o menos sólida, según los dictámenes de una interpretación prudente y razonada, fundada en el estudio sereno e imparcial de los textos evangélicos. Sin embargo, creemos útil la indagación de estas circunstancias para que así resalten aún más los prodigios obrados por Dios en el alma de José, y de este modo se acreciente entre los cristianos el amor y devoción a tan glorioso Patriarca.

## I

### EDAD DE MARÍA Y JOSÉ

Por lo que toca a la edad de los Esposos cuando contrajeron matrimonio, los Doctores se hallan divididos en tres opiniones diversas. Unos con S. Agustín creen que María se casó a la edad de doce años, porque en esa edad las jóvenes se encuentran ya en estado nubil apto para la generación. Otros con Alberto Magno opinan que había cumplido los veinte y cuatro años, porque convenia que estuviese perfectamente desarrollada en cuanto al alma y al cuerpo, y este desarrollo no es completo hasta terminar la adolescencia. La opinión común y más probable defiende con Suárez que María se unió con José a los catorce años de edad (1), y esta opinión es la que siguen también los teólogos modernos (2). Se funda en que a esta edad es cuando las jóvenes se encuentran en completo estado nubil, y en que era costumbre entre los judíos casarse a esa edad, costumbre que observaban las niñas consagradas a Dios en el templo. Según esto, María a los tres años fué ofrecida a Dios delante de los sacerdotes, permaneció en el templo durante once años, se casó con José a los catorce, y dió a luz al Hijo de Dios ya entrada en los quince, como atestiguan S. Gregorio Niseno, Juan Damasceno y otros Padres.

También se ignora la edad de José cuando celebró sus desposorios con María. Existen tres opiniones diversas que expondre-

---

(1) In III Disp. VII, Sec. III n. 5.

(2) Cfr. Lepicier *Tractatus de Bmo. Virgine Maria*. I<sup>a</sup>, II. c. III. n. 3.

mos brevemente. Algunos autores como Viguerio, Vega, el Abulense, Gersón y otros afirman que era joven para que así se asemejara a su esposa y pudiese fácilmente ayudarla y servirla como legítimo esposo. Pretenden confirmar su opinión con aquellas palabras de Isaías: *Habitará el joven con la virgen y el esposo se alegrará con su esposa* (1), que aplican a María y José varios Breviarios antiguos. Otros con S. Jerónimo opinan, por el contrario, que S. José era de edad avanzada, llegando S. Epifanio a decir que S. José se casó con María a los ochenta años de edad. La inmensa mayoría de los teólogos con Gersón, Suárez, Vázquez, Baronio y otros muchos defienden que S. José cuando se casó era de una edad viril, ni viejo ni joven, frizando entre los treinta y cuarenta años. Esta opinión que tenemos por cierta es también la defendida por Isolano (2), Trombelli (3), Seldmayr (4), y otros teólogos josefinos (5).

Y realmente nos parecen poco fundadas las dos primeras opiniones. No era conveniente que S. José fuese joven como lo era María, pues difícilmente hubiera podido representar la autoridad de su cargo. No se tiene a esa edad la prudencia que exigía el gobierno de la Sagrada Familia, ni la fortaleza para defenderla de los peligros a que estaba expuesta. Por otra parte, el respeto debido a la Madre de Dios, reclamaba la compañía de una persona seria, grave, de madura reflexión, que la pusiese a salvo de las burlas y persecuciones injustas. La misma Escritura indica que S. José tenía la edad viril, pues dice que era *vir*, palabra que significa un hombre robusto, fuerte, ni joven ni viejo, un hombre ya adulto y viril. Las palabras de Isaías tienen un sentido místico y no pueden aducirse como argumento en la cuestión debatida.

Pero mucho más absurda y ridícula nos parece la sentencia de aquellos que nos presentan a S. José como un venerable anciano, ya decrepito, en el acto de celebrar matrimonio. Esta opinión

---

(1) LXII. 5.

(2) *Suma de los Dones de S. José*, 2.<sup>a</sup> p. cap. III.

(3) *Mariae Sanctissimae vita et gesta*, Quest. III. cap. II.

(4) *Scholastica Mariana*, art. VII.

(5) La madre Agreda dice que tenía José 33 años al casarse con María. *Mística Ciudad de Dios*, vol. V. núm. 75?

se funda en las narraciones quiméricas de los libros apócrifos, y se demuestra que es evidentemente falsa por una multitud de razones. En primer lugar, pugna con el fin del matrimonio de José. Este no era otro que el de velar por el honor de María y legitimidad de Jesús, ocultando a la vista del hombre el misterio obrado en el seno de aquella, de modo que todos creyesen a Jesús fruto natural de los dos Esposos. Pero ¿quién iba a creer que un anciano de esa edad era Esposo de una niña tan joven y Padre de Jesús? Nadie lo hubiera creído aunque lo hubiesen afirmado, y la nota de infamia, por lo tanto, no se evitaba. Segundo, S. José fué dado en esposo a María para que la ayudara en sus necesidades y protegiera en sus viajes, proveyéndola de cuanto era menester para el sustento cotidiano con su trabajo corporal. Pero ¿qué ayuda podía prestarle ni como podía trabajar para alimentar a la Madre y al Hijo un anciano débil y achacoso? Tercero, en un matrimonio tan nobilísimo y perfecto como era el de María y José debía existir la mayor proporción posible entre los esposos, y como inspirado y previsto por Dios es de suponer que así fuera en realidad, La proporción en virtudes, gracias, fama y santidad exigía también cierta proporción en años para que así reinara conformidad en el amor y afectos, pues aunque la gracia podía obviar estos inconvenientes, la Providencia divina se vale de las causas segundas para conseguir sus fines en el gobierno de las criaturas; y era natural que así sucediera en el caso presente. Lo cual implica una edad relativamente corta en S. José para corresponder al orden conveniente en el plan de la Encarnación.

Ni sirve alegar para sostener tal opinión la conveniencia de que S. José fuera anciano evitando así todo peligro de incontinencia, como algunos escritores afirman. Indigna suposición tan gratuita y ofensiva al Santo, pues la gracia abundantísima de que fué enriquecido era medio poderoso para evitar toda culpa. Los que así objetan juzgan a José y María como a los demás hombres, sujetos a todas las flaquezas morales procedentes de nuestra naturaleza corrompida, cuando en los dos santísimos esposos estuvo ligado el *fomes peccati*, y María fué concebida exenta de pecado. Además, si José por su vejez estaba libre de

incontinencia, parece inútil su voto de virginidad. La compañía de Jesús y María ¿no era escudo invulnerable a los asaltos de la pasión, aun en la hipótesis de que no hubiese tenido otros medios de evitar la caída? Esto sin olvidar que la vejez no es remedio eficaz contra la concupiscencia; en cambio la gracia lo es aún en los ardores de la juventud.

Para confirmar tan inverosímil sentencia se traen a colación las pinturas y esculturas antiguas en las que se representa a San José en forma de anciano, llevando de la mano al Niño Jesús. Ciertamente, no solo en los primeros siglos se nos representa al santo Patriarca en esa forma; también hoy circulan diariamente estampas y cuadros en los que aparece S. José como si fuese un viejo octogenario, con cabellos blancos, luenga barba, frente adusta y rostio severo. Semejantes pinturas pugnan no sólo con la verdad histórica sino también con el gusto estético; nos indigna y subleva ver a S. José desempeñando un papel impropio de su persona y de su dignidad. Tengamos en cuenta que los pintores y poetas no se inspiran muchas veces en la realidad, sino en su fantasía, contribuyendo de este modo a divulgar mitos y leyendas religiosas que el pueblo cristiano, inconsciente y crédulo, admite sin obstáculo. Pueden, sin embargo, explicarse de algún modo esas imágenes por las circunstancias de los tiempos y el simbolismo místico que encierran. En los primeros siglos los PP. de la Iglesia se esforzaban en demostrar la concepción milagrosa de Cristo sin detrimento de la virginidad de María; y para evitar el peligro de que los fieles creyeran a José padre natural de Jesús, se le representaba en estado senil y se le predicaba más bien que como Esposo de María, como custodio de su virginidad. La edad avanzada en que se le pinta a S. José puede significar su consumada prudencia y excelentes virtudes según aquello del sabio: *La edad del anciano es la vida immaculada*. (1) Así se excluía toda sospecha de relación menos pura entre los dos privilegiados Esposos. No siempre a pesar de eso se le representó a José en estado de ancianidad; existen en el siglo IV imágenes del Santo en las que aparece sin barba, joven adulto,

(1) *Ætas senectutis vita immaculata* Sap. IV.

como dice Gerson que él le había visto pintado en varias iglesias de Alemania. De todo lo cual se deduce que la edad de S. José al tiempo de su matrimonio era la edad viril, como más propia, digna y conveniente a la misión que debía cumplir en el mundo.

## II.

### TIEMPO DE LOS DESPOSORIOS

Si tanta es la divergencia de opiniones acerca de la edad en que contrajo matrimonio S. José. no es menor la obscuridad reinante respecto al tiempo de su celebración. Es enorme la confusión que existe en los autores josefinos cuando discuten este punto, y la ligereza con que afirman o niegan sin razonar los fundamentos de su juicio. Unos creen que María se casó con S. José antes de la Encarnación del Verbo, porque así lo exigía el fin de aquel matrimonio. Otros dicen que cuando vino el ángel para anunciar a María su maternidad, era simplemente prometida de José, *desposada*, conforme a la palabra que emplea el Evangelio: *Fué enviado el Ángel a una virgen desposada con un varón llamado José.* (1)

Si se trata de precisar el tiempo del matrimonio aumenta la división de pareceres. Quienes juzgan que María se casó con José antes de marchar a Hebron; quienes que lo hizo a su regreso, después de visitar a su prima Isabel. Estos dicen que María vivió con José desde el día de sus desposorios, y por consiguiente, que en casa de José recibió la visita del ángel; aquellos opinan que, celebrados los desposorios, pasó algún tiempo hasta su cohabitación con José, la cual no tuvo efecto sino en el día de las bodas *solemnnes*, según la costumbre del pueblo judío. Y dada esta diversidad de opiniones, unos afirman que José acompañó a María en su viaje a Hebron; otros lo niegan; así como también discrepan acerca del conocimiento que S. José tenía del misterio de la Encarnación antes de la aparición del ángel, disipando sus dudas. Preciso es confesar que el sentimiento de la piedad cris-

(1) Luc. I. 27.

tiana más bien que los dictámenes de la razón serena han guiado la pluma de los teólogos josefinos en el exámen de los hechos que constituyen la vida de su protagonista; adviértese la falta de precisión teológica y erudición crítica en el estudio imparcial de los textos evangélicos pertinentes a la vida del Santo. De aquí tantas inexactitudes y errores, interpretaciones violentas y consecuencias ilógicas. Para derramar alguna luz sobre las cuestiones propuestas procederemos con orden, indicando lo que parece más fundado en los datos del Evangelio interpretados según las reglas de hermeneutica bíblica, sin olvidar las enseñanzas de la tradición judía no despreciable en la ocasión presente.

Ante todo tenemos por cierto que María estaba casada con José cuando este descubrió en su esposa los síntomas de la concepción; lo cual acaeció a su vuelta de Hebrón después de visitar a su prima. Esta conclusión fluye espontáneamente de las palabras del Evangelio. Dice este: *Estando María desposada con José, antes que viviesen juntos, se halló haber concebido en el vientre por obra del Espíritu Santo. Y José, su esposo, como fuese justo y no quisiese difamarla quiso dejarla secretamente. Y estando pensando en esto, he aquí que el Angel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu cónyuge, porque lo que en ella ha nacido es obra del Espíritu Santo.* (1)

El pensamiento de abandonar a María cuando advierte José que se halla en cinta no se compagina con la fe de un simple contrato sponsalicio. Si quiere abandonarla, luego la posee; y no se diría que la posee sino tuviese sobre ella el derecho de verdadero matrimonio. Además, al decir el Evangelio que S. José no quería denunciar a la Virgen, supone que podía lícitamente hacerlo; y este derecho no podía competirle sino en virtud de su carácter de marido legítimo, pues eran los maridos quienes podían en casos determinados dejar libremente a sus mujeres, o según lo dispuesto en el Deuteronomio, repudiarlas públicamente en caso de que éstas hubiesen pecado con otro. (2) Por otra par-

(1) Matth I. 18-20.

(2) *Si acceperit homo uxorem, et habuerit eam, et non incenerit gratiam ante oculos ejus propter aliquam faeditatem; scribet libellum repudii, et dabit in manu illius, et dimittet eam de domo sua.* Deut. XXIV, 1.



te, el ángel le ordena a José, no que tome a María por esposa, sino que la *retenga* en concepto de tal y la admita a su cohabitación perpétua. Luego no se trata de celebrar con ella matrimonio, sino de continuar viviendo con María sin lesión de los derechos conyugales. Lo cual indica el Evangelio con la palabra *conjugem* que significa la mujer *casada*. Esto por lo que atañe a las observaciones que nos sugiere el análisis crítico del texto sagrado.

Existen, además, razones poderosas que confirman la interpretación precedente. O el matrimonio se había celebrado ya o no debía celebrarse; por lo menos era inútil su celebración. Todos convienen en afirmar que el fin del matrimonio de María con José era garantizar ante la opinión pública la nota de legitimidad en Jesús y la nota de honestidad en María. La primera era necesaria para que nadie menospreciara al Verbo encarnado como hijo espúreo e ilegítimo; la segunda para enaltecer el honor de su Madre cuyo descrédito redundaba en perjuicio de su propio Hijo. Ahora bien; este plan fracasaba si en la época que estamos discutiendo no estaba María realmente unida con José por el vínculo matrimonial. Lo que José observó en María, podían observarlo los demás; y así como aquel conoció que se encontraba en cinta por los signos exteriores de su cuerpo, podrían observarlo también los judíos y creer en consecuencia, que María había concebido en pecado, con lo que ponía en riesgo su fama y reputación. No convenía, pues, de ninguna manera que en aquel tiempo María fuese simplemente *prometida* de José.

No sólo esto; nos parece también indudable que María estaba unida en matrimonio con José al tiempo de la Anunciación, cuando el Ángel le revela el misterio que se iba a realizar en sus purísimas entrañas. Así opinan S. Agustín, S. Jerónimo, S. Ambrosio, Sto. Tomás, Suárez, Cornelio Alapide, Benedicto XIV y la mayoría de los teólogos contra Orígenes, S. Hilario, S. Basilio, S. Cirilo, el Tostado, Calmet y otros escritores (1). Fúndanse éstos en la palabra *desposada* que emplea el Evangelio. *Fué enviado el ángel*, dice S. Lucas, *a una virgen desposada con un varón*,

---

(1) Cfr. Bened. XIV, *De festis B. M. Virginis*, Lib. II, cap. III.

llamado José (1). Y S. Mateo afirma que *María, Madre de Jesús, estaba desposada con José* (2). Pero ya hemos probado que la palabra *desposada* en los pasajes dichos debe tomarse como sinónimo de *casada*, según lo prueba el contexto evangélico y el paralelismo bíblico (3). El nombre de *desposada*, dice a este propósito Cristóbal de Castro, en esos lugares del Evangelio no ha de tomarse por la prometida sino por la *casada* que no consumó el matrimonio (4). Emplea la Escritura ese verbo para denotar la virginidad de la Madre de Dios y la naturaleza singular de aquel matrimonio que permaneció siempre rato. Y se confirma este sentido porque a continuación de decir el Evangelio que María estaba desposada con José, afirma que era *cónyuge de él*, o sea mujer casada en verdadero matrimonio; *no temas recibir a María tu cónyuge*.

Era costumbre entre los hebreos celebrar esponsales en los que se definía la dote y fijaban las condiciones del matrimonio (5). El contrato esponsalicio era distinto de lo que llamaban *bodas*, o celebración *solemne* de los desposorios, y se ejecutaban ambos actos en distintos tiempos; pero no se distinguía aquel del verdadero matrimonio. Aunque entre el esposo y la esposa no hubiese comercio carnal ni cohabitación inmediata, sin embargo, como dice Ackerman siguiendo a los rabinos, los esponsales entre los hebreos tenían el valor de matrimonio rato, y la esposa se llamaba ya *mujer* (*uxor*) de su esposo (6). Ni más ni menos que como sucede en nuestra lengua y en el lenguaje ordinario que continuamente usamos; llamamos en castellano esposo o esposa a los que están unidos por verdadero matrimonio. Así se explica que en la Escritura se empleen tantas veces las frases *desponder uxorem*, *uxore desponsata* y otras semejantes, las cuales parecen entre sí contradictorias y realmente no lo son porque una misma persona es esposa y mujer (*sponsa et uxor*),

(1) Luc. I. 27.

(2) Matth. I. 18.

(3) Cfr. cap. VI de esta obra.

(4) *Historia Deiparae V. Mariae*, cap. IV.

(5) Gen. XXXIV 1; XXIX. 18; Exod. XXII, 16; Deuter, VII, 3.

(6) Ackermann, *Archaeology*. X. 154.

un mismo acto son los esponsales y el matrimonio. Llámase *nuptiae* o bodas la celebración *solemne* de los desposorios, la cual tenía lugar pasado algún tiempo después de los esponsales. Esta solemnidad revestía gran aparato entre los judíos y a ella alude repetidas veces Jesucristo en sus parábolas (1). Si después de contraídos esponsales el esposo se negaba a recibir la esposa y celebrar las nupcias, estaba obligado a entregar a su mujer el libelo de repudio; y si la esposa en ese tiempo pecaba con otro, se la condenaba a muerte como rea de adulterio (2).

Añádase a esto que si María no hubiese estado casada con José cuando el ángel se le apareció anunciándola el misterio, su parto virginal lo hubiese conocido el demonio al ver que sin concurso de varón había concebido, frustrándose uno de los fines del matrimonio. La presencia de José era el velo que cubría la grandeza inefable del misterio ocultando a las miradas de los hombres y a Luzbel el modo prodigioso como se había realizado; y esto era imposible si en aquel tiempo no hubiese estado María unida con José.

Del exámen imparcial y detenido del texto evangélico] surge, no obstante, una gran dificultad contra lo expuesto. Al decir el ángel a José que *no tema recibir a María su mujer*, y añadir después el Evangelio que, en vista de esto, S. José determinó "recibirla y la recibió de hecho, *et accepit conjugem suam*, se indica claramente que, si bien eran esposos legítimos, no había todavía entre ellos aquella comunicación plena de bienes, aquella razón de vida indivisible propia del estado matrimonial. Si el ángel le dice que no tema recibirla, y si la recibió José como mujer suya, parece suponer que antes no la había recibido; algo nuevo se le ordena al santo esposo, como se desprende del sentido obvio y natural de las palabras citadas. ¿Qué era esto? ¿En qué consistía la orden del ángel y la obediencia de José? Los intérpretes católicos se encuentran divididos al juzgar este punto.

Unos dicen que sólo se le impone a José la continuación de vida en compañía de María; otros afirman que el *accipere conjuga-*

(1) Mat. XXV.

(2) Mat. I. 13-20; Deuter. XXII, 23.

*gem* significa la cohabitación, o sea se le dice a José que no tema cohabitar con María llevándola a su propia casa, a la casa del esposo; y esto revela que antes del aviso del ángel no convivían María y José. De aquí la diversidad de opiniones al intentar precisar el tiempo en que comienza la vida común de los dos. S. Juan Crisóstomo (1), S. Epifanio (2), S. Bernardo (3) y otros muchos Padres afirman que María habitó con José en la casa de este desde el día de los desposorios o matrimonio rato; otros autores lo niegan, y dicen que vivieron separados hasta el día en que se celebró *solemnemente* el matrimonio. Todos convienen en admitir que el acto de los desposorios se celebraba en distinto tiempo del de las bodas solemnes; la dificultad se resuelve en el hecho de conocer si las esposas convivían o no con sus esposos desde el día de sus desposorios. Unos y otros evocan la costumbre de los hebreos; nos parece, sin embargo, mucho más fundada la segunda opinión, según la cual la mujer *no* pasaba a vivir con el marido hasta que se solemnizaba el matrimonio.

Cítanse en comprobación de esta costumbre varios ejemplos de la Sagrada Escritura. Así en el Génesis se nos representa Lot diciendo a los sodomitas: *Tengo dos hijas que aun no han conocido varón....* (4) y después dice que *salió Lot de su casa y habló a los yernos que habían de recibir a sus hijas.* (5) Esto indica que las hijas de Lot estaban ya casadas, y sin embargo no cohabitaban con sus maridos, pues así llama S. Ambrosio a estos yernos, *maridos* de las hijas de Lot. Luego no vivían las esposas con sus esposos desde el día de los desposorios.

También en el Deuteronomio leemos lo siguiente: *¿Quién es el hombre que se ha desposado con una mujer y no la ha recibido?* (6). Refiérese aquí el Señor, según Josefo Flavio, a aquellos que,

(1) Homil 4, in Matth.

(2) *Vita B. M. Virginis.*

(3) *Super Missus est.* Hom. 2.

(4) Gén. XIX, 8.

(5) Ib. v. 14.

(6) Deuter. XX, v. 7

una vez desposados, no llevaron a casa a su mujer (1). De lo cual se deduce la costumbre que había de no vivir la desposada con el esposo hasta el día de las bodas. En el mismo libro leemos también este significativo pasaje: *Si puellam virginem desponderit vir, et invenerit eam aliquis in civitate, et concubuerit cum ea, educes utrumque ad portam civitatis illius, et lapidibus obruentur: puella, quia non clamavit, cum esset in civitate: vir, quia humiliavit uxorem proximi sui: et auferes malum de medio tui* (2). Parecen indicar estas palabras que la *niña virgen* estaba destinada a ser *mujer* de su prójimo, esto es, a vivir con él. Llamábanse mujeres (*uxores*) las esposas, cuando ya comenzaba la vida común con el marido, o sea el día de las bodas *solemn*es. Tal parece ser la costumbre introducida en el pueblo judío, y así hemos de juzgar sucediera con María y José. El ángel al decirle que no tema recibir a su esposa María pretende que la admita sin reparo alguno en su casa, cohabitando con ella.

El Evangelio mismo viene en apoyo de esta interpretación. S. Mateo afirma expresamente que se descubrió la concepción milagrosa de María antes de *convivir* los dos esposos, *priusquam convenirent* (3). Estas palabras preceden en el texto y sirven para explicar las que el ángel pronuncia, justificando plenamente la interpretación arriba expuesta. Algunos intérpretes con San Juan Crisóstomo entienden este pasaje del comercio carnal, pero no parece acertada esta opinión y debemos retener el sentido literal del verbo *convenire* que significa en el caso presente *convivir, cohabitar, vivir juntos*. Sabido es que la Escritura ha de entenderse siempre en sentido literal mientras no se siga algún absurdo (4). Esta es una regla principal de hermeneutica bíblica. Lejos de existir tal inconveniente en interpretar del modo dicho el *priusquam convenirent*, sucede todo lo contrario, pues se adapta al tenor general de la relación bíblica y resuelve perfectamente todas las dificultades.

---

(1) *Qui desponsata uxore nondum eam domum duxerunt?* Antiq. lib. IV, c. VIII.

(2) Deuter. XXII, v. 23-24.

(3) Matth. I, 18.

(4) Cfr. S. August. *De Genesi ad litt.* cap. 1; S. Basil. *In Haeram.* hom. 9.

El verbo *convenire*, dice comentando este pasaje el V. Beda, no significa congreso carnal, sino vida común que se iniciaba con la celebración *solemne* y pública del matrimonio. *Antequam convenirent, id est*, dice el santo Doctor, *antequam nuptiarum solemnities rite celebrarent* (1). Alude aquí el Evangelista a la costumbre que tenían los hebreos de celebrar solemnemente el matrimonio algún tiempo después de los esponsales, en cuya celebración era llevada la esposa con gran pompa y aparato a la casa del esposo, y éste a su vez salía al encuentro con gran regocijo para recibirla. A este acto llama la Escritura *accipere conjugem, recibir la esposa*; y a él se refería Jesucristo en su hermosa parábola de las vírgenes fátuas y prudentes (2). Todo esto se desprende naturalmente de las mismas palabras del texto sagrado: *Estando desposada María con José, antes de vivir juntos...* Luego estaban ya desposados realmente; luego aun no vivían juntos. S. José, dice Pedro Canisio, vió a María embarazada, *nuptiis nondum peractis* (3).

### III

#### VISITA A ISABEL

De todo lo dicho se sigue que María no cohabitó con José hasta su regreso de Hebron, y por lo tanto, le fué revelado el misterio de la Encarnación por el ángel, no en la casa de José donde no habitaba, sino en la casa de sus padres o parientes, de donde salió también para ir a visitar a su prima Isabel. Y por lo tanto no tuvo necesidad de pedir licencia a José, como afirman muchos escritores, para emprender tal viaje; ni debió acompañarla el Santo por la misma razón, porque aun no vivía en compañía de su esposa, y no era decoroso ir con ella hasta que no le hubiese sido entregada definitivamente por el matrimonio público.

---

(1) *Hom. In festo Anuntiat.*

(2) S. Matth. c. XXV.

(3) Vives, *Summa Josephina*, n. 2032.

Creemos, pues, probabilísimo con Piccirelli (1) que S. José no acompañó a María en su viaje a Hebron siguiendo en esto a Toledo, Alapide y Knabenbauer y otros muchos teólogos. S. Bernardino de Sena (2), Suárez (3), Isolano (4), Cornely (5), Lepicier (6) y otros teólogos siguiendo a S. Buenaventura opinan que S. José acompañó a su virginal Esposa en el viaje por tierras de Judea. Lo mismo se enseña en multitud de obras piadosas divulgadas en el pueblo cristiano.

El Evangelio ni afirma ni niega; solamente dice que apenas recibió María la embajada angélica y oyó que su prima Isabel había concebido, partió apresuradamente con objeto de visitarla, yendo a la montaña, a una ciudad de Judá donde Isabel residía (7). Su presencia en casa de la prima produjo maravillosos

(1) S. Giuseppe... pág. 87.

(2) *Serm. I. de S. Joseph.*

(3) In III. Q. XXIX. Disp. 17.

(4) *Suma de los Dones de S. José*, 2.<sup>a</sup> P. Cap. VI.

(5) *Introd. Spec. in sing. N. T. libros*, cap. II. art. III.

(6) *Tractatus de S. Joseph*, pág. 104.

(7) *Exurgens autem Maria in diebus illis abiit in montana cum festinatione, in civitatem Juda.* Luc. I. 39. El Evangelio no precisa el lugar donde vivía Isabel. Emplea una palabra indeterminada: en la montaña, en una ciudad de Judá. Cual sea esta ciudad, no convienen los autores. Gran número de intérpretes, entre ellos Baronio, Calmet, Cornelio Alapide, Natal Alejandro, Benedicto XIV, S. Francisco de Sales y S. Alfonso de Liguorio creen que era Hebron, ciudad sacerdotal situada en las montañas de Judea, célebre por los recuerdos de Abrahán y David. Esta es la opinión común aunque las razones que invoca a su favor no disipan toda duda. El ser ciudad sacerdotal no basta para afirmar que en ella residiera Zacarías. La tribu de Judá poseía ocho ciudades sacerdotales y no se justifica en el caso presente la preferencia por Hebron. Además, no consta que los sacerdotes tuviesen obligación de residir en las ciudades sacerdotales. Heli habitaba en Silo, Samuel en Remathain-Sophin, Judas Macabeo en Gaza, otros Sacerdotes en Jerusalén. Teniendo esto en cuenta otros autores, apoyados en una tradición antigua, afirman que Zacarías residía en la ciudad de Karem, hoy Ain-Karin, distante de Jerusalén unas dos leguas, y que en esta tuvo lugar la visitación de la Virgen. Esta ciudad se llama hoy *S. Juan* por haber nacido en ella el Precursor y todavía los peregrinos visitan el lugar donde nació el Santo. El P. Didon dice que esta opinión debe ser mantenida como más conforme a la verdad histórica. (*Jesus Christ*, pág. 848.) Otros tratan de conciliar ambas sentencias diciendo que Hebron no era el nombre de una ciudad sino de un territorio, en el cual estaban enclavadas Karen, Jata y otras ciudades hebreas.

efectos. Juan, el hijo que ésta llevaba en sus entrañas se estremeció de júbilo y fué santificado antes de nacer; Isabel misma fué llena de gracia e iluminada interiormente por el Espíritu Santo con la revelación del misterio de la Encarnación (1).

Sin embargo, este silencio de los Evangelistas no deja de ser algo significativo. Siempre que José acompaña a María hace mención de ello la Escritura, como sucede en el nacimiento del Cristo, en la presentación al templo, en la huida a Egipto, en la pérdida del divino Infante, ocasiones en las que el Evangelio afirma que María estaba con José. Cuando en el viaje de María por Judea no se hace mención del nombre de José parece muy probable que de hecho el Santo no la acompañó. Además, si hubiese estado presente en la visita de María, hubiera presenciado las escenas maravillosas que allí se realizaron, entre otras la revelación del misterio de la Encarnación hecha por Isabel al pronunciar aquellas palabras: *¿De dónde a mí que venga la Madre de mi Señor?* (2). Con mayor motivo si se admite, como pretenden Orígenes, S. Ambrosio, Beda, S. Antonino y otros Padres, que S. José permaneció en casa de Isabel hasta el nacimiento del Bautista, pues en todo este tiempo resulta inverosímil que S. José no advirtiera los signos de la maternidad de María o no oyese hablar de los prodigios que Dios había obrado en su purísimo seno.

Los adversarios para desvanecer tales reparos no vacilan en acogerse a suposiciones gratuitas que ni prueban ni logran satisfacer las exigencias de la crítica más elemental (3).

---

(1) *Et factum est ut audiret salutationem Mariae Elisabeth, exultavit infans in utero eius; et repleta est Spiritu Sancto Elisabeth.* Luc. I 41.

(2) *Et unde hoc mihi ut veniat Mater Domini mei ad me?* Ib. 43.

(3) Tales son, por ejemplo, el decir que S. José no advirtió las palabras de Isabel ni oyó el cántico de María, disponiéndolo así la divina Providencia para que no conociera el misterio, lo cual admitido, no hay cuestión; pero es un supuesto ni probado ni probable. Otros dicen que no estuvo presente a la entrevista de las primas, porque Isabel a la sazón no estaba en casa y fué María sola a buscarla; otros que María se adelantó a José antes de llegar a la casa y habló con Isabel sin estar presente José; otros, por el contrario, dicen que José se adelantó a María y se dirigió directamente a Zacarías, dejando a Isabel; suposiciones todas inventadas para explicar lo inexplicable, desprovistas de todo valor histórico y aun contrarias al recto



Del Evangelio más bien parece deducirse que ni siquiera María asistió al nacimiento y circuncisión de Juan, pues menciona los prodigios verificados en la casa de Zacarías y lugares circunvecinos después de referir el regreso de María a Nazaret. Ni sirve decir que siendo María tierna y delicada doncella, no es de presumir emprendiese sola tan largo y penoso viaje, pues a más de que bien podía la gracia suplir los pobres recursos de la asistencia humana, esa dificultad depende de la mayor o menor distancia que hubiera entre Nazaret y la casa de su prima. En esto tan poco concuerdan los autores. Mientras unos afirman que esa distancia era mas de 40 millas para recorrer las cuales María invirtió por lo menos siete días, otros dicen que Ain-Karén, residencia de Isabel, distaba de Jerusalén solamente dos horas que pudo fácilmente recorrer María en poco tiempo. El cardenal Pedro de Ailly dice que la ciudad donde residía Zacarías distaba *cuatro* millas de Jerusalem. (1) Lo que parece, según el Evangelio, es que José no conoció la gestación de María hasta que esta

buen sentido. Aun suponiendo, y no es poco suponer, que José no oyó la salutación de Isabel ni el cántico de María, fueron tan grandes los prodigios obrados en casa de Isabel en aquellos días que es imposible no conociera por ellos José el misterio de la Encarnación. La mudez de Zacarías, el regocijo de Isabel exigían alguna explicación; los ruidosos acontecimientos verificados con motivo del nacimiento del Bautista, acontecimientos que se divulgaron por toda la comarca (*Luc. II, 65-66*), no podían menos de llamar la atención de José. Dada la amistad que unía a los dos parientes y el espíritu de caridad que entre ellos reinaba, se imponía la comunicación de impresiones, y puesto que Zacarías sabía que su hijo era el Precursor del Mesías y María la Madre de Dios, no se concibe que no se lo comunicara a José. Por esta y otras razones nos parece más lógico el proceder de aquellos autores que con Gerson, Isolano y Butiñá, admitida la ida de José a Hebron o Karen, afirman que José conoció la Encarnación del Verbo antes de la aparición del ángel. Otras muchas hipótesis a cual más inverosímiles se han fugido para justificar el viaje de José, como, por ejemplo, que había llegado a sus oídos el rumor del *embrazo* de Isabel; que María le expuso el motivo del viaje según se lo había revelado el ángel; o también que María rogó a Isabel que no revelase a José el misterio de la Encarnación etc., etc. ¿Pruebas? Ninguna. Son conjeturas descabelladas muy frecuentes en ciertos autores josefinos que escriben para el vulgo. Si el lugar en que residía Isabel era Ain-Karen y no Hebron, aumenta en gran manera la probabilidad de que S. José no acompañó a María en el viaje que ésta emprendió para visitar a su prima.

(1) *S. Josephina*, núm. 1085.

regresó a Nazaret y esto difícilmente se explica si la hubiese acompañado en el viaje. Fué entonces cuando visibles ya los síntomas infalibles de la concepción de la Virgen, advirtió José el estado de su Esposa, desarrollándose en su espíritu una serie de estados anímicos cuya descripción, conocimiento y naturaleza es difícil expresar. Nos encontramos en un punto de la vida de José oscuro y misterioso.

#### IV

##### TURBACIÓN DE SAN JOSÉ

San José al conocer el estado de María duda, vacila, padece; pero no se turba ni inquieta ni agita. No es odio disfrazado ni loco celo quien le impulsa a dejar lo que más ama en el mundo: el corazón de su esposa. José encuentra a María embarazada sin haber precedido unión carnal; un efecto al parecer sin causa, un fenómeno sin ley. De aquí su asombro, sus dudas y ansiedades motivadas por un suceso para él nuevo e inaudito. Recordemos las palabras del Evangelio relativas al asunto: *La generación de Cristo fué de esta manera: Estando María su madre desposada con José, antes que viviesen juntos, se halló haber concebido por obra del Espíritu Santo. Mas José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, pensó dejarla secretamente. Y estando pensando en esto, he aquí que el Ángel del Señor se le apareció en sueños diciendo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella ha nacido es obra del Espíritu Santo.* (1)

Este es el pasaje evangélico sobre cuya interpretación se han promovido tantas polémicas y originado multitud de confusiones y dudas. El hecho aparece claro. San José pensó dejar a su Esposa, *voluit occulte dimittere eam*; pero no así su causa, o sea los motivos que le inducían a tomar tal resolución. Escena es esta en la vida de José que a pesar de los múltiples esfuerzos realizados por los sabios para explicarla y aclararla yace envuelta en sombras e incertidumbres. Dice muy bien Isolano que varios Docto-

(1) Matth. I, 18-20.

res ilustres por su preclaro ingenio, sabiduría y ciencia no han comprendido de igual manera ni lo bastante el profundo pensamiento de José, y esto resulta con toda evidencia de sus varias opiniones. (1)

Siendo ambiguo el pensamiento del Santo Patriarca y oscuro el sentido del texto bíblico, no ha de extrañarnos que Padres y Doctores discrepen entre sí al pretender asignar la verdadera causa del temor de José. Unos con S. Justino (2), S. Agustín (3), S. Ambrosio (4), y S. Juan Crisóstomo (5), opinan que José sospechó de la fidelidad de María y quiso abandonarla porque la creía culpable y punible. No compartimos tal opinión a nuestro juicio errónea; antes bien, la reputamos indigna de José y de su amantísima Esposa.

Aunque los signos de la maternidad justificasen al parecer tal pensamiento en José, sin embargo hubiese cometido en realidad el Santo una torpeza detestable. Aquellos indicios eran muy leves para sospechar tal infamia, dada la santidad excelsa de la Madre de Dios. Sabía muy bien José que ésta tenía hecho voto de virginidad; eran patentes su pureza, su virtud, su perfección consumada; cuanto había visto y observado en ella respiraba el aroma de la mas encumbrada santidad y angelical modestia; no había por lo tanto fundamento alguno para sospechar de María la infidelidad más ligera. Si las apariencias podían infundir sospechas, el conocimiento que tenía de las cualidades de su Esposa removían toda duda en el asunto. Además, se alaba en el pasaje bíblico la justicia de José y se aduce como causa de su determinación; *porque era justo... quiso dejarla ocultamente*. Pero si hubiese sospechado de la fidelidad de su Esposa tenía obligación de denunciarla para cumplir la prescripción del Levítico: Si alguno pecare y existe un testigo que por haberlo visto u oído o de otra manera conoce el pecado, mientras no lo denuncie,

(1) *Suma de los dones de S. José*. Segunda parte, cap. VII.

(2) *Dialogo con Trifón*, n. 68

(3) *Epist.* 153. *Ad Maced.* n. 9.

(4) *De Institutione Virginis*, cap. V, n. 39.

(5) *Hom. IV. In Matth.*

tendrá sobre sí la carga de aquella iniquidad (1). Lejos de constituir la justicia de José causa eximente de tal obligación era por el contrario razón de más para acusarla y verificar la denuncia, ya que, como observa S. Jerónimo, en la Ley estaba ordenado que no sólo los reos y delincuentes principales, sino además los conocedores de las faltas estaban sujetos a pecado sino las denunciaban (2). Ni sirve decir que brilla la justicia de José en que pudiendo denunciar a su esposa, no quiso hacerlo porque la ley contra las adúlteras era permisiva y no prohibitiva. Pero esto es falso. No hay que confundir la ley del divorcio con la ley del adulterio; la primera era permisiva, la segunda prohibitiva. La ley del adulterio es prohibitiva. Si alguno pecare con la mujer de otro, se lee en el Levítico, y cometiere adulterio con la que está casada con su prójimo mueran sin remisión, así el adúltero como la adúltera (3). Conforme a esto, cuando los fariseos presentaron a Jesús la mujer sorprendida en adulterio, le dijeron: Maestro, esta mujer acaba de ser cogida en adulterio y Moisés en la Ley nos tiene mandado—*mandavit nobis*—apedrear a tales mujeres (4). En cambio, la ley del repudio era permisiva como lo atestigua el mismo Evangelio. Llegáronse a Jesús, dice S. Mateo, los fariseos para tentarle y le preguntaron: ¿Es lícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquier motivo?... Dijoles Jesús: A causa de la dureza de corazón os permitió Moisés—*permissit vobis Moyses*—repudiar a vuestras mujeres, pero en el principio no fué así (5). Con esto se indica claramente la diferencia entre las dos leyes y como por lo tanto no se compagina esta opinión de las malas sospechas con el texto evangélico que refiere las dudas de José.

Existe otra segunda opinión que expone y sigue S. Bernardino de Sena, al cual se han adherido no pocos escritores antiguos y modernos y es la que comunmente se enseña en los devocionarios de S. José. Según esta opinión, S. José admirado ante el

---

(1) Levit. V, 1; Num., V, 14; Deuter. XXII, 20.

(2) In Mat. I, 19.

(3) Lev. XXI, 10.

(4) Joan. VIII, 3-5.

(5) Mat. XIX, 3-8.

fenómeno extraordinario que veía en su Esposa, permanecía indeciso y suspenso sin saber que partido adoptar. Por una parte veía el estado de su Esposa, los signos evidentes de su maternidad; por otra le eran conocidas las virtudes eminentes de ella, su pureza inmaculada, la imposibilidad de haber intervenido obra de varón. No sabía explicarse el prodigio; veía un efecto y no acertaba a descubrir la causa. En esta situación se decidió a dejarla secretamente, más cuando discurría el modo de llevar a efecto tal resolución se aparece el ángel y disipa sus temores.

Esta opinión, que a primera vista parece justa y razonable, es susceptible de muy serias objeciones, porque no explica satisfactoriamente las causas que determinan la separación de San José. En primer lugar no es coherente en sus afirmaciones. Sus partidarios dicen que José permaneció indeciso ante el hecho que observaba en María, y al mismo tiempo afirman que se resolvió a dejarla ocultamente. Que S. José se resolviera a dejar a María lo dice expresamente el Evangelio. Pero ¿cuál fué la causa de esa determinación? ¿Acaso la ignorancia? ¿La suspensión de juicio? Además, según esta opinión S. José, si bien quiso separarse de María, no es porque la creyera culpable. Luego si no la creyó culpable, la juzgó inocente. Y en tal caso ¿por qué había de abandonarla? ¿No era esto faltar a la caridad para con su Esposa? ¿No era suma imprudencia exponerla a los peligros de la soledad sin razón alguna que justificara a los ojos de José tal propósito?

Otro grave inconveniente se sigue de la opinión discutida. Todos los que la siguen, ateniéndose a la traducción común del *nollet eam traducere*, afirman que S. José no quiso *delatar* ó *acusar* judicialmente a María, lo cual indica que podía lícitamente hacerlo así. Pero si S. José creía en la inocencia de su Esposa ¿en qué podía fundamentar su delación? Que las apariencias así lo insinuaban. Pero si la realidad era muy otra y S. José la conocía ¿cómo justificar el proceder de éste? Que el vulgo podía sospechar que María era rea de adulterio. Todo lo contrario. El vulgo la tenía por esposa de José y en concepto de tal reputaba natural el fruto que llevaba en sus entrañas. Por consiguiente, no hay razón alguna para afirmar que José podía de-

latar a su Esposa y que no quiso hacerlo porque era *justo* según quieren deducir del testimonio evangélico.

Esta es la razón que nos mueve a preferir como más fundada y sólida la tercera opinión, según la cual S. José tuvo conocimiento del misterio obrado en el seno purísimo de su esposa antes de que recibiese la embajada angélica. O sea, esta opinión coincide en el fondo con la que defiende que S. José quiso dejar a María por humildad, aunque discrepa de ella en algún punto accidental.

No es nueva esta sentencia. Indicala ya Orígenes, defendiéndola S. Basilio, S. Pedro Crisólogo, S. Bernardo, y en los últimos siglos la han patrocinado teólogos ilustres como Gersón, Ricardo de S. Victor, Salmerón y otros. Sirva por todos el testimonio de S. Bernardo quien resume así el de sus antepasados: ¿Por qué motivo, dice, quiso S. José abandonar a María? Y se contesta: Oye sobre esto no mi opinión sino la de los Padres. Por lo mismo quiso dejar S. José a María, por lo que quiso también S. Pedro repeler de sí al divino Maestro diciendo: *Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador*. Por aquello mismo por lo cual el Centurión alejaba igualmente de su casa a Jesús cuando decía: *Señor, yo no soy digno de que entres en mi morada*. Así, pues, de un modo parecido, S. José, reputándose indigno y pecador, decía dentro de sí que no era para él cosa decente vivir ya más en familiar consorcio con tal y tan excelsa Señora cuya superior y admirable dignidad le imponían. Observábala con sagrado pavor revestida de una clarísima señal de la divina presencia, y porque no podía comprender el misterio, por esto quería dejarla (1). También se aducen para confirmar esta doctrina las revelaciones de Sta. Brígida, según las cuales, dijole la Virgen: «Después que di mi consentimiento a la embajada del ángel, José reparando que por virtud divina había crecido mi seno quedó grandemente asombrado, sin concebir por esto contra mí siniestra sospecha; antes bien, recordando los dichos de los Profetas que predijeron que el Hijo de Dios había de nacer de madre virgen, reputábase indigno

---

(1) Homil. II. *Super missus est*.

de servirme hasta que por sueños le mandó el ángel depusiera su temor y con caridad me sirviera (1).

Y realmente esta opinión tan piadosa, tan simpática al corazón cristiano y tan apta para ensalzar las glorias de la Madre de Dios y de su angelical esposo, es al mismo tiempo la más conforme a la crítica textual del Evangelio y a la sana razón teológica. El sentido obvio y literal del pasaje bíblico justifica plenamente semejante interpretación, sin necesidad de violentarle en lo más mínimo ni sembrar confusiones sobre este periodo de la vida de S. José.

Citemos ante todo las palabras del Evangelio que han de servirnos de base en la cuestión debatida:

*Christi autem generatio sic erat: Cum esset desponsata Mater ejus María Joseph, antequam convenirent, inventa est in utero habens de Spiritu Sancto. Joseph autem, vir ejus, cum esset justus et nollet eam traducere, voluit occulte dimittere eam. Haec autem eo cogitante, ecce angelus Domini apparuit in somnis ei dicens: Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam; quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est (2).*

La traducción fiel y literal de este pasaje es como sigue:

*La generación del Cristo fué de esta manera: Estando su Madre desposada con José, antes que conviniesen (conviviesen), se la halló haber concebido por obra del Espíritu Santo. Mas José, su esposo, porque era justo y no quería divulgarla, (exponerla a falsos juicios), quiso dejarla ocultamente. Y pensando en esto, he aquí que el ángel del Señor se le apareció en sueños, diciéndole: José, hijo de David, no temas recibir a María tu cónyuge, pues (porque) lo que en ella ha nacido es obra del Espíritu Santo.*

Analicemos exegéticamente ese texto con objeto de indagar su genuino y verdadero sentido.

*Christi autem generatio sic erat.* Dice generación del Cristo y no de Jesús porque se trata de su generación temporal, por razón de la cual tuvo padres aquí en la tierra. El nombre de Jesús, dice

---

(1) Lib. VII, cap. 15.

(2) Matt. I, 18-20.

Maldonado, es nombre de naturaleza y de persona; el de Cristo, de oficio o ministerio (1).

*Cum esset desponsata mater ejus Maria Joseph.* El vocablo *desposada* significa en el texto citado lo mismo que *casada*, como se probó cumplidamente. Es necesario admitir que María estaba unida en verdadero matrimonio con José antes de la escena que estamos comentando.

*Priusquam convenirent.* Aunque algunos santos Padres entendieron estas palabras del comercio carnal, dijimos que se interpretaban más adecuadamente con Beda de la cohabitación subsiguiente a los desposorios legítimos de José, según la costumbre de los hebreos. El congreso ilícito lo indica el evangelista con otras palabras que se leen a continuación de las trascritas: *et non cognoscebat eam donec peperit filium suum primogenitum* (2).

*Inventa est in utero habens de Spiritu Sancto.* La palabra *inventum est*, puede tomarse como pretérito de verbo pasivo o de verbo impersonal. En ambos casos tiene un agente, explícito o implícito. *Se la halló haber concebido por obra del Espíritu Santo.* Pero ¿quién la halló? No otro que José, responde San Jerónimo. (3). Según esto, S. José conoció que María había concebido; y no sólo esto, sino que conoció había concebido por obra del Espíritu Santo. O sea, S. José conoció no sólo el hecho de la concepción de su Esposa sino también el modo milagroso de ella; el efecto y la causa. Ambas cosas conoció José, dice S. Basilio, la concepción y la causa de ella que era el Espíritu Santo (4). Por consiguiente, añade el Santo, si S. José quiere dejar a María, no es porque ignore el misterio, sino por no revelarle a los demás (5). Y si esto era así, no fué menester que el ángel descendiera para notificar a José lo que él ya sabía.

(1) In Matth. I, 21.

(2) Matth. I, 25.

(3) *Non ab alio inventum est nisi a Joseph qui pene licentia maritali futurae uxoris omnia noverat.* In Matth. c. I.

(4) *Utrumque Joseph reperit et conceptionem et causam e Spiritu Sancto.* Homil. de hum. Christi gener.

(5) *Voluit occulte eam dimittere veritus patefacere qua circa ipsam facta fuerant.* (Ib.)



*Joseph autem, vir ejus, cum esset justus et nollet eam traducere, voluit occulte dimittere eam.* He aquí las palabras más difíciles de interpretación que se leen en el citado texto. Mas José, su esposo, porque era justo y no quería exponerla al juicio del vulgo, quiso dejarla ocultamente. Esta versión es exacta y expresa con precisión los conceptos. Se dice que José es esposo (*vir*) de María, esto es, su *marido* real y verdadero. Hemos traducido las palabras *cum esset justus, porque era justo*, pues expresa con más claridad la traducción *siendo justo o como fuese justo*, dada en otras ocasiones. La conjunción *cum* puede significar condición o causa; pero en el pasaje evangélico evidentemente significa causa. También hemos traducido *porque no quería*, etcétera, por la misma razón, pues se sobreentiende el *cum* que no se repite porque va en el primer miembro. Y por lo mismo debe traducirse: *y porque no quería exponerla al juicio del vulgo*, o sea *no queriendo exponerla* etc. Algunos autores dislocan el texto, vertiendo ambos verbos pero en tiempos distintos, el *esset* en tiempo indicativo y el *nollet* en subjuntivo. Pero tal afirmación es arbitraria y viola el sentido auténtico y original. De donde se infiere que el *cum esset justus et nollet eam traducere* son dos causas de un mismo efecto. ¿Cuál es este? Lo indica el Evangelista: *voluit occulte dimittere eam*. O sea, *porque* José era justo y *porque* no quería exponer a María a falsos juicios, por eso quiso dejarla ocultamente. Quiso dejarla porque era *iusto* o santo, y quiso dejarla *ocultamente* porque no quería exponerla.

Vertimos también el verbo latino *traducere* por *divulgar* o exponer al juicio del vulgo, pues esta es una de sus primeras acepciones y no la de *acusar judicialmente* o delatar ante los tribunales. Así vierte también S. Agustín cuando escribe: *Cum esset justus, sicut Scriptura dicit, et nollet eam traducere, id est, DIVULGARE, nam hoc etiam multi codices habent, voluit occulte dimittere eam* (1). S. Bernardino traduce *propalare* que viene a ser lo mismo. Si tomamos el verbo *traducere* en la acepción de acusar tenemos que admitir en S. José alguna sospecha mala de la conducta de su esposa, o por lo menos no se explica como la justicia

(1) De Concordia, S. Matth. et Luc., cap. V, n. 9.

o santidad de José es causa de que se separe de su esposa. Si S. José, según el autor sagrado, *no quiso* delatar a María, *pudo* hacerlo; pero si *pudo* hacerlo, había algún motivo por parte de ella que justificara la delación de su esposo. Si esta hipótesis se rechaza, hemos de interpretar en otro sentido el *traducere*, o sea, por la simple exposición al juicio de los demás en que quedaba María al ausentarse José.

## V

### CAUSA DE SU SEPARACIÓN

Ateniéndonos al análisis del texto sagrado resulta que S. José no pensó jamás en delatar a María sino en dejarla, y esto porque era santo, pues se alega su justicia o virtud como causa determinante de aquella resolución. Pero ¿en qué brilla entonces la justicia de José? Si él no abandona a María porque sospeche de su fidelidad ni porque ignore el misterio obrado en sus purísimas entrañas, ¿qué causa le induce a separarse de su Esposa? No otra sino el conocimiento que tiene de su nada, la indignidad de vivir en compañía del Verbo que nace en la tierra. José, el humilde, se desconoce a sí mismo; absorto en la contemplación de Dios, no repara en los altos destinos a que está llamado desde la eternidad; ignora que ha sido elegido por voluntad divina Padre visible del Cristo, Vicegerente del Padre invisible, Custodio y Nutricio del Verbo Encarnado, Consocio del Espíritu Santo. Jamás se le ocurrió, dice Sauvé, que Dios le llamara a los más sublimes destinos (1). De aquí sus temores, sus dudas; créese indigno de morar al lado de la Madre de Dios; abismado ante el misterio, anonadado ante aquella obra prodigiosa que Dios ha obrado en María, sólo tiene valor para adorarla y movido por su piedad quiere separarse de su Esposa, temeroso de empañar con su presencia y compañía aquel vaso predilecto de perfección, sagrario

(1) S. José, pág. 119.

inmaculado de la Beatísima Trinidad. Porque es *justo* quiere dejarla y para no difamarla ni exponerla a los malos juicios del público, se retira *en secreto* y a nadie manifiesta la causa de su separación. Esta y no otra es la verdadera causa de abandonar a María, la ignorancia que tiene de su misión en el mundo. Y pensando en esto, el ángel se le aparece y le revela el papel que está llamado a representar; le exhorta a que continúe viviendo con María, a pesar de haber ésta concebido al Salvador de los hombres. Este y no otro parece el sentido más propio de lo que el ángel dice. *Noli timere accipere Mariam conjugem tuam; quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est.* No temas, le dice, permanecer con María porque esta haya concebido por obra del Espíritu Santo. Como si dijera: No ha de ser motivo para que abandones a María el haber concebido sobrenaturalmente, pues Dios te ha destinado a compartir con ella los cuidados y amores del fruto que lleva en su seno. Las palabras *quod enim in ea natum est*, pueden entenderse en sentido aprobativo sin violentar el sentido del texto.

La partícula griega *γάρ*, dice Leopold, significa causa, explicación o conclusión; no sólo equivale y puede traducirse perfectamente por *nam* o *enim*, conjunciones latinas, sino también por *certe*, *profecto*, *sane*, *quidem* y otras semejantes (1). Con lo que aparece claro el sentido que hemos dado a la traducción castellana del pasaje bíblico, objeto de nuestras inquisiciones. En el uso corriente de nuestro lenguaje vulgar ocurren con frecuencia tales locuciones. Así se dice: *Porque yo haya venido, tú no has de irte; yo me callo, porque tú hablas; debes cuidarte, porque estás enfermo*, expresiones todas en las que la partícula *porque* sirve para *explicar* el sentido de la oración, para *confirmar* los juicios precedentes. De la misma manera pudo decir el ángel a José: *No temas recibir a María tu esposa porque ha concebido por obra del Espíritu Santo*; mucho más cuando en las palabras que preceden dice el Evangelio que se halló a María en cinta por obra del mismo divino Espíritu y, según los Santos Padres, fué José quien la halló en tal estado.

(1) Leopold, *Lexicon Graeco-Latinum*, pág. 177.

Sea cualquiera la opinión que se adopte, no podemos menos de alabar en esta ocasión la conducta ejemplarísima de José, los hermosos sentimientos que revela para con su Esposa. El la amaba tiernamente con un amor puro y santo, tan ardiente que ningún amor terreno, por intenso y vivo que se le suponga, puede compararse con el. El sólo pensamiento de tener que abandonar a María heriale hondamente y le desgarraba las entrañas; se la había dado Dios por compañera, conocía perfectamente su hermosura, sus virtudes, sus excelentes cualidades morales; no había en todo Israel una doncella más bella y angelical, más discreta y prudente, más dulce y afable. Júzguese la pena que devoraría su espíritu al pensar alejarse de tan rica prenda.

El Señor, sin embargo, acudió solícito a consolar el corazón atribulado de José, calmando aquella tempestad que se fraguaba en el fondo de su alma. Con tal motivo envía a un ángel que le conforte y declare el papel importantísimo que había de representar cerca del Verbo Encarnado. *José, hijo de David*, le dice, *no temas recibir a María tu esposa; porque lo que ella ha concebido es obra del Espíritu Santo*. Desde este momento la paz renace en el alma del bendito Patriarca, disípanse todas las sombras y sólo piensa en vivir junto a María todos los días de su preciosa vida.

¿Y quién podrá medir la alegría inmensa que inundó aquellos dos corazones virginales el día de sus solemnes desposorios? ¿Cómo describir el júbilo que embargó a las respectivas familias en aquel acto solemne con el que los dos hijos más esclarecidos de Israel se unían indisolublemente para preparar la venida del *Enviado de las Gentes*, de Cristo-Jesús? Era costumbre entre los hebreos celebrar con toda solemnidad tanto los esponsales como el día de la boda. José y María observaron puntualmente esta costumbre y al efecto ricamente ataviados más con el oro de sus virtudes que con las galas de los vestidos, dirigieron al templo con objeto de cumplir los requisitos prescritos por la ley. En lugar de la corona de oro almenada que llevaban las esposas de las clases opulentas, la Reina de las Virgenes, dice Castells (1), ceñía sus cabellos rubios y rizados con una sencilla

(1) *Vida del glorioso Patriarca S. José*, pág. 91.

guirnalda de mirto; un velo de Sidon bordado de oro y plata la cubría de arriba a bajo, y ondeaba como una nube a su alrededor. Se cree que fué un miércoles el día de los desposorios, según costumbre de los judios; probablemente el 23 de Enero del año 754 de Roma, 4000 del mundo. Llegado el momento de la ceremonia, el Sumo Sacerdote levanta los ojos y las manos al cielo, invoca a Dios, autor del matrimonio, e invocando las bendiciones de Abrahan, de Isaac y de Jacob, entrega un anillo al esposo, quien poniéndolo en el dedo de María pronuncia aquellas memorables palabras: *Tú eres mi esposa según el rito de Moisés y de Israel*. A lo que contestó María dándole su mano: *Y yo te acepto por marido en nombre de Dios*. Los ancianos que se hallaban presentes añadieron: *Y nosotros somos testigos de ello*. Los sacerdotes inscribieron en las tablas anuarias los dos nombres que tanta gloria habian de dar a Israel y consuelos al mundo, dieron todos gracias a Dios y entre himnos sagrados y cánticos de júbilo salió del templo la brillantísima comitiva.





## CAPITULO X

### Excelencias del matrimonio de S. José

La divina Providencia es admirable en el gobierno de las criaturas y distribución de sus dones. El apóstol S. Pablo nos dice que son incomprensibles sus juicios e inescrutables sus caminos (1). ¡Cuán cierto es esto! Creó el mundo de los cuerpos para que esa multitud de seres materiales pregonara sin cesar su Omnipotencia, y el mundo de las almas para reflejar adecuadamente los atributos maravillosos de su esencia; pero no satisfecho Dios con la creación de magnificencias tan sublimes elevó el hombre al orden sobrenatural para hacerle participe de su misma naturaleza divina, comunicándole las bellezas inefables de su gracia. En este orden superior se encuentran María y José como los dos seres más perfectos de este mundo visible, y a la luz que irradia esa esfera sobrenatural hemos de contemplar la grandeza soberana de su adorable matrimonio. Las almas más puras, más santas e inmaculadas, se unieron de un modo singular, íntimo y milagroso; fué la virginidad el lazo de unión que puso en contacto esas dos luces, lo que parecía precisamente más opuesto al matrimonio. ¡Poder asombroso el de Dios que tales obras realiza! De aquí la imposibilidad de describir las excelencias y efectos del matrimonio de José.

(1) *O altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei; quam incomprehensibilia sunt iudicia ejus et investigabiles vice ejus!* Rom. XI, 33.

Este matrimonio, escribe el P. Morales, admirable por su santidad, fué celestial e incomparablemente elevado sobre todo otro matrimonio. Basta dar una razón de esto, y es que fué obra del mismo Dios, y lo que Dios hace directamente no solo está bien ordenado sino mucho más elevado en perfección que todo cuanto se produce en virtud de las segundas causas. La vida de los santos Esposos, su unión, su comunicación toda, del cielo era, y el Espíritu Santo mismo fué el lazo de su amor. En el mundo se mide la grandeza del matrimonio por la dignidad de los consortes; pues el que unió a la Virgen, Madre de Dios, más elevada en dignidad que los Serafines, a José, que era el más santo de los hombres, fué por esto mismo el más perfecto, el más elevado e incomparablemente el más digno (1). Cuanto se diga en loor de esa unión real de José con María resultará excesivamente pálido y no llegará a expresar cumplidamente sus excelencias divinas. Son dos virginidades que se unen con el lazo nupcial para mejor conservarse; dos lirios de candor que conspiran en estrecho abrazo al triunfo de la pureza; dos querubines de oro que con sus alas misteriosas cubrirán la Humanidad sacratísima del Verbo; dos astros que entran en conjunción para aumentar sus mutuos resplandores. Ningún matrimonio tan excelente como este, ya se le considere en sí mismo, ya en las personas que contraen, ya en los efectos que produce.

## I

### EXCELENCIAS DEL MATRIMONIO EN SÍ MISMO

Sabido es que el matrimonio, aun considerado como simple contrato natural, es una institución divina sabiamente establecida por su Autor para conservar y propagar el género humano. Antes de pecar Adán, Dios Nuestro Señor promulgó la ley fundamental del matrimonio que comprende sus dos propiedades: la

---

[1] *La Sagrada Familia*, lib. II, cap. 3.

unidad y la indisolubilidad (1). Es, por lo tanto, el matrimonio aun naturalmente considerado no sólo una cosa lícita y honesta, sino esencialmente sagrada y religiosa (2). Pero este contrato natural fué elevado por Cristo a la dignidad de Sacramento, enriquecido con prerrogativas singulares; siendo desde entonces un signo sagrado colativo de la gracia y tipo perfecto de la unión que existe entre Jesucristo y su Iglesia. Este Sacramento, dice S. Pablo (3), es grande, digno de todo respeto y veneración, porque la misma relación que existe entre Jesucristo y la Iglesia debe reinar entre los esposos para que santifiquen sus cuerpos y sus almas con el temor de Dios y ejercicio de las virtudes cristianas. El Salvador, pues, en esta parte como en tantas otras de su Ley divina perfeccionó la ley natural, dió consistencia más firme a los deberes morales, divinizando un acto tan transcendental para la vida de la humanidad. La Iglesia bendice y santifica la unión de los esposos, comunicando nueva fuerza y vigor a los caracteres intrínsecos del matrimonio natural.

Siendo verdadero y legítimo el de José, tenían que resplandecer en él las propiedades de todo matrimonio. Hubo, por lo tanto, consentimiento mutuo, entrega de los cuerpos, unidad e indisolubilidad, derivándose de aquí la fiel correspondencia a las promesas dadas y el deber de guardarlas inviolables hasta la muerte. Debido al orden hipostático en el cual se encuentra la unión de José con María resaltan de una manera nueva y prodigiosa esas cualidades del matrimonio cristiano. Así el vínculo conyugal fué más firme y eficaz, porque la unión indivisible de las almas era efecto de la gracia sobrenatural que predestinó a aquellos dos afortunados seres en el decreto redentivo del mundo. La entrega mutua de los cuerpos, que en otros matrimonios se ordena a la generación carnal, en este de José tenía por objeto la custodia de la virginidad y el triunfo de la pureza.

En virtud de esta entrega, dice Bossuet, María adquiere el de-

(1) *Hoc nunc os ex ossibus meis et caro de carne mea... Quamobrem relinquet homo patrem suam et matrem, et ahaerabit uxori suae; et erunt duo in carne una.* Gen. II. 23-24.

(2) Cfr. Eucyel. *Arcanon* del Papa León XIII.

(3) *Ephes.* V. 32.



recho de guardar la virginidad de José, y José tiene el derecho de guardar la virginidad de María. Ni el uno ni el otro pueden disponer de ella, y toda la fidelidad de ese matrimonio consiste en guardar la virginidad. Estas son las promesas que les unen, el contrato que les obliga (1). Esta virginidad, estéril en otras personas, es en María y José maravillosamente fecunda, con lo que se obtiene de un modo milagroso la segunda perfección del matrimonio, o sea la generación y educación de la prole. En otros es el fruto de la unión corporal; en José es el fruto de la unión de las almas, porque ese matrimonio celestial no tenía otro objeto que la formación y educación de la humanidad de Cristo, cubriendo así la operación misteriosa de la Divinidad. El término directo de la unión de María y José era la unión del Verbo con la naturaleza humana; sin aquella esta era imposible; las bodas de José preludiaban las de Dios con el hombre. Era, pues, el matrimonio de José, dice Sauvé, un matrimonio perfectamente virginal, maravillosamente fiel, milagrosa e infinitamente fecundo (2).

El fuego ardiente del amor divino fundió aquellos dos hermosos corazones en un ideal común, incendiándolos con llamaradas de luz, de pureza y de fervor. Como excede el espíritu a la materia y lo celestial a lo terreno, así esta unión de José y María aventaja en dignidad y perfección a las demás uniones humanas, brillando en las profundidades luminosas de la Divinidad como uno de sus más grandes e inefables portentos. Este matrimonio es al mismo tiempo expresión sublime de la unión eterna del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo, símbolo perfecto de la unión sagrada que media entre Jesucristo y su Iglesia, y ejemplar excelso del matrimonio humano en todas las clases y estados de la humanidad. Y con esto queda indicado otro de los más preciosos caracteres del matrimonio de José, cual es el de su universalidad, puesto que todos los otros tienen que aprender de él y copiar los rasgos nobilísimos que esmaltan su existencia. Merece alabarse, dice Gersón, con castísima y devotísima devo-

(1) *Primer panegírico de S. José.*

(2) *S. José*, pág. 71.

ción el matrimonio contraído por el justo José y la siempre virgen María. Dicho acto causa admiración a todos los tiempos, alegría a todas las edades y regocijo a todo sexo y estado. Cual debe ser nuestro juicio al fijarnos en este matrimonio donde se enlaza la virginidad, donde los contrayentes no padecen ni violación ni concupiscencia alguna, y donde permaneció integérrima e inseparable la fe; donde, en fin, el fruto no fué otro que el mismo Jesús, que es Dios bendito por todos los siglos (1).

¡Cuán felices serían los casados si abrazaran ese estado con aquella pureza de intención y miras elevadas con que lo hicieron José y María! ¡Y qué frutos de santidad reportarían a la sociedad las familias si practicaran en el hogar doméstico las virtudes de aquellos celestiales esposos! José y María se unieron íntimamente y santificaron esa alianza sagrada con los perfumes de una pureza angelical y de una fidelidad inviolable para llegar a Cristo; y del mismo modo, los hombres deben imitar a José y María y unirse a ellos para llegar a Dios. Grandeza inefable y significación profunda la que envuelve ese matrimonio considerado en sí mismo, en las propiedades y caracteres anejos a su misma esencia.

## II

### EXCELENCIAS DE LOS ESPOSOS

De todo esto es lógico inferir la excelencia de los desposados, la cualidad eminente de los contrayentes. Porque no cabe duda; para que esa unión fuera tan perfecta y produjera efectos tan sublimes, era menester que los Consortes fuesen personas santísimas, embellecidas con todos los dones de la naturaleza y de la gracia. ¡Y cuán perfectamente cinceló la mano poderosa del Altísimo el alma de José y María disponiéndolas para ese acto tan hermoso! ¡Cómo las previno con las luces de su Sabiduría librándolas de toda mancha que empañara su nativo brillo y es-

(1) *Epist. de festo Joseph instituendo.*

plendor! Así como la Virgen fué llena de gracia desde el primer instante de su concepción para que su vientre purísimo fuese digna morada del Verbo divino, así hemos de creer que S. José fué también lleno de los dones del Espíritu Santo para ser digno compañero de tan santa mujer en el estado conyugal que ambos abrazaron.

La Escritura nos dice que al dar Dios una compañera al primer hombre le dió una esposa semejante al mismo: *adjutorium simile sibi* (1), con lo que quiso indicar que la esposa había de ser semejante al esposo para facilitar así el cumplimiento de los deberes matrimoniales. Debía, por lo tanto, parecerse a María su esposo S. José en el cuerpo y en el alma. La ley providencial que tuvo en el Eden su primera y solemne aplicación debía cumplirse, dice Champeau, para cumplir otra ley de amor que había de ser el secreto de la salvación del mundo. Es el pensamiento de S. Bernardo: «José fué formado, dice, a semejanza de la Virgen, su Esposa». *Erat Joseph factus in similitudinem Virginis Sponsae suae*. Esposo de María, es decir, una misma alma y un mismo corazón, pareciéndose ambos por sus inclinaciones, por sus hábitos, por su manera de vivir (2). José participó singularmente de la plenitud de la santísima Virgen por su unión, su misión y revelación. Hubo entre ellos la unión del amor conyugal, una sumisión recíproca y la revelación mística de sus consolaciones interiores. Puede sin temor asegurarse que la Virgen no permitiría que S. José estuviese privado de toda participación en su perfección, en sus alegrías y en sus consuelos. Así se expresa Isolano, el enamorado cantor de las glorias josefinas (3).

¿Quién será capaz de comprender la armonía, el orden de esos dos corazones que latén al unísono, de esas dos almas que viven una misma vida y participan de una misma gracia? José y María son dos cuerdas que vibran siempre acordes, dos espejos que reflejan los destellos del cielo, dos pulsaciones ternísimas del corazón de Dios. Fueron creados el uno para la otra, ador-

---

(1) Gen., II. 18.

(2) *Vida de S. José*, cap. III.

(3) *Suma de los dones de S. José*, 3.<sup>a</sup> parte, cap. XVII.

nados para ser en la tierra la más bella síntesis de los atributos y prerrogativas divinas. Comunicóles el Señor una inteligencia clara y luminosa, sencilla y prudente; una voluntad amante y enérgica, recta y valerosa; un corazón delicado y noble; un espíritu generoso y santo, apto para practicar el bien y amar a Dios, llegando a la realización de los heroísmos sublimes y de las misiones fecundas e imperecederas. Agotó en ellos, digámoslo así, los tesoros de su bondad, las riquezas de su amor. No hay palabra para expresar los privilegios de esa mujer Virgen y de ese hombre Santo; cuanto se diga será un ligero vislumbre de los resplandores de su santidad.

En el hecho de ser asociado José a tan privilegiada criatura como es María, participó de los derechos y carismas singulares que esta poseía. Es Justo y es Esposo, dice el P. Piccone, de la incomparable María. Si es Esposo de María, las leyes enseñan que debe participar de las prerrogativas de María, aun de las más distinguidas y nobles. Si es Justo, nos dice el Crisóstomo que la justicia de José comprende admirablemente todo género de virtudes. Siendo Esposo de María tuvo como comunes con su Esposa los dones y privilegios, las glorias y sublimes designios de ella (1). La beatísima Virgen y el santísimo José, escribe el P. Morales, fueron equiparados, con cierta proporción, en su eterna elección y predestinación y en los vaticinios de los Profetas para que así fuesen relativos entre sí mismos, principalmente por razón de ser Esposo y Esposa. Bendijo el Señor a José a semejanza de su Esposa, Madre de Dios (2). Téngase en cuenta que este castísimo enlace no fué obra del capricho o de la prudencia humana, ni siquiera se le puede incluir en el orden acostumbrado de la Providencia; es algo *sui generis*, divino y especialísimo del orden hipostático. El autor de esta alianza sagrada, según el P. D'Argentan, es Dios; haciéndola, no unió a dos personas desiguales, porque dando a S. José la Virgen por Esposa, dióle al mismo tiempo todas las excelencias y todas las perfecciones necesarias para merecerla (3).

(1) *Sermoni panegirici di S. Giuseppe*, Serm. I.

(2) In I Matth. Lib. II, tract. 8.

(3) *Les grandeurs de la Sainte Vierge*, cap. VII.

José y María aparecen siempre unidos. Iguales fueron en la nobleza de origen, porque ambos descendían de sangre real, remontaban su cuna hasta el Rey David; iguales en la condición, porque eran humildes y pobres, sin las vanas pretensiones que inspira la posesión de las riquezas; iguales en el móvil que les impulsó a los desposorios; iguales en el fin para el que les destinó el Altísimo, que no era otro sino el de manifestar Jesús al mundo; e iguales, por lo mismo, en sus costumbres, en sus virtudes, en la gracia y perfección. Eran dos criaturas inseparables como jamás se vieron. Adán y Eva, Isaac y Rebeca, Abraham y Sara, Jacob y Raquel, y tantas otras parejas distinguidas de la antigua ley se eclipsan ante las figuras de José y María; todas las uniones angélicas y humanas palidecen ante la luz que despidió esta unión, tipo de las demás uniones.

### III

#### EXCELENCIAS DEL MATRIMONIO EN SUS EFECTOS

Si, por último, pretendemos demostrar desde el punto de vista teológico las excelencias del matrimonio de José por los efectos o consecuencias que de él se derivan, estos son múltiples y todos ellos de una eficacia poderosa en el orden sobrenatural y en la vida cristiana de la Iglesia. Como hemos dicho, aquel matrimonio tenía por objeto no solo preparar la venida de Dios cooperando a los planes amorosos de su adorable misericordia para con el hombre caído, sino también revelarlo al mundo según todas las leyes divinas y humanas lo disponían y anunciaban. Era el medio providencial elegido para la gran obra de la Encarnación del Verbo. Por eso las relaciones o consecuencias que establece el matrimonio de José afectan en primer lugar a la Encarnación misma, después a Cristo, luego a María, y, por último, a los hombres.

Dos son, escribe el P. Lepicier, los efectos que el matrimonio de José produjo en orden a la Encarnación: 1.º fué signo de la unión de Jesucristo con su Iglesia; 2.º fué el velo divino que

ocultó a los hombres el misterio obrado en las entrañas de María (1).

En cuanto a lo primero notaremos que si todo matrimonio legítimo posee un carácter sagrado y significa la unión de Cristo con su Iglesia, con mayor motivo y perfección simbolizó ambas cosas el de S. José. La Iglesia, advierte S. Fulgencio, es *esposa*, porque está unida a Cristo; *madre*, porque es fecundada por Cristo; *virgen*, porque persevera incorrupta en Cristo (2). De la misma manera, María por su matrimonio con José es tipo singular de la Iglesia, pues se unió a su esposo con lazo indisoluble, fué fecundada por la acción milagrosa del Espíritu Santo, y permaneció siempre virgen antes del parto, en el parto y después del parto.

Además, el matrimonio de José fué la nube misteriosa que ocultó el paso de Dios por el desierto de la vida humana, evitando así las profanaciones de que hubiera sido objeto por parte de los hombres la economía entera de la redención. S. José fué la sombra del Padre celestial; su misión en el mundo tuvo por objeto guardar en silencio y en la obscuridad la virginidad de María y la majestad de Jesús. Todos los grandes designios de nuestra salvación se ejecutan a la sombra de José. En el portal de Belén como en el taller de Nazaret, en la patria y en el destierro, en la vida doméstica como en la vida social, se reputa a Jesús hijo de José. Todos le llaman hijo del carpintero; *fabri filius*; tenía ya treinta años y aun era tenido por hijo de José, según testimonio del Evangelista S. Lucas (3). Ahora bien, todo esto lo obtuvo el Santo en virtud de su matrimonio con María. Estaban María y José, dice el P. Torres, como haciendo sombra al Niño; estaban como aquellos dos Querubines que hacían sombra con sus alas al propiciatorio y representaban, dice Novarino, a María y a José haciendo sombra al propiciatorio o Cristo con

(1) *Tractatus de Sto. Joseph*, p. I, art. V, n. 8.

(2) *Sponsa est quia inhaeret Christo; mater est quia fecundatur a Christo; virgo est quia incorrupta perseverat in Christo*. Epist. III ad Prolam, de Virginit. et Hum. cap. V, núm. 9.

(3) *Et ipse Jesus erat incipiens quasi annorum triginta, ut putabatur, filius Joseph*. Luc. III, 23.

las alas de su paternal amor; y añade para mayor claridad citando a Arias Montano: *Un Querubín tenía forma de mujer y otro de varón*. Porque este representaba a José y aquel a María. De suerte que a la vista de Jesús está José como sombra, porque está como Padre en sombras o como sombra de Dios Padre (1). Con lo cual es de notar la vocación singular de nuestro Santo a quien fué revelada la Divinidad del Cristo, no para que lo anunciara con su palabra al mundo como lo hicieron los Apóstoles, sino para que la ocultara y escondiera en el silencio de su corazón. Y porque es mayor prodigio, dice el P. D'Argentan, ver la gloria de Dios como anonadada y envuelta en tinieblas que verla brillando con la majestad que le es natural, así como es más asombroso ver al sol en las tinieblas que en la luz, parece que la Omnipotencia de Dios se ha mostrado más milagrosa en solo S. José, de quien se sirvió como de un velo y de una sombra para ocultar su gloria en su nacimiento temporal, que en todo el resto de los santos, de quienes se sirvió para manifestarle al mundo (2). Destino verdaderamente único el de S. José, semejante al cual no se encuentra otro en toda la hagiografía sagrada, ni en los cielos ni en la tierra.

Si se pretende investigar más en concreto las consecuencias del matrimonio de José con relación al mismo Cristo, diremos que pueden reducirse a tres, a saber: 1.º el matrimonio de José fué demostración irrefragable de la legitimidad de Cristo; 2.º prueba auténtica de su genealogía histórica; 3.º medio sapientísimo de celar su concepción virginal en el seno purísimo de María. Digamos cuatro palabras sobre cada una de ellas (3).

Jesucristo, el Santo de los santos, el que, según el apóstol San Pedro, no hizo pecado ni siquiera engaño cometió con su lengua (4), debía aparecer puro e inmaculado en su nacimiento corporal para que, lejos de levantar suspicacias y recelos, confirmase ante los hombres la santidad de su persona y origen, evi-

(1) *Excelencias de S. José*, Assmt. IV, discurs. IV.

(2) *Grandeurs de la Sainte Vierge*, cap. VII.

(3) Véase lo que dijimos sobre esto más extensamente en el capítulo VII.

(4) *Qui peccatum non fecit nec inventus est dolus in ore ejus*. I. Petr. II, 22.

tando la nota de infamia aneja a su carácter de hijo ilegítimo nacido en la tierra. Sin la existencia de José y su unión con María, los judíos, incapaces de comprender la grandeza del Hijo de Dios, lo hubieran rechazado vilmente, creyéndole nacido de padres desnaturalizados, con lo que quedaba frustrada su misión divina.

Del mismo modo su descendencia davidica, la sangre real que corría por el cuerpo del Mesías, carecería de título a la admiración de los hombres y de prueba legal ante la historia de los pueblos sino hubiera nacido de mujer unida legítimamente en matrimonio. Era costumbre entre los judíos describir la genealogía de las familias ascendiendo por la línea de los varones, que eran la cabeza y jefe de ellas, y si María no hubiese estado desposada con José los judíos no podían creer en el Cristo como Mesías prometido, porque no se justificaba su origen de la estirpe Davidica según las profecías. Siempre, dice S. Ambrosio, describe la Escritura la genealogía de las familias por medio del varón (1).

Finalmente, el matrimonio de José fué un medio sapientísimo inventado por la Providencia a fin de ocultar la concepción virginal de María impidiendo que el demonio conociese el misterio obrado en su purísimo seno. De este modo se cumplían las trazas prodigiosas de Dios referentes a la no divulgación de esa gran obra de piedad antes de la vida pública de Jesucristo.

También María debió experimentar muy de cerca los efectos de su enlace conyugal con S. José. En virtud de esta unión: 1.º se libró del castigo impuesto a las que incurrían en el crimen de adulterio por la transgresión de la ley mosaica, que castigaba con la pena de muerte a las mujeres que, olvidando la fidelidad debida a sus maridos o esposos, se entregaban al vicio de la impureza; 2.º evitó la nota de ignominia en que habría incurrido al verse en cinta sin concurso alguno de varón. La compañía de su esposo fué para ella la gran defensa de su virginidad, no sólo porque así se vió libre de los peligros que, humanamente hablando, la hubiesen rodeado, sino también porque encontró en

(1) *Exposit. in Luc.* lib. II, c. I.



José un testigo autorizado de su candor virgineo que la elevó a la dignidad excelsa de Madre de Dios.

Por último, nosotros hemos experimentado las influencias benéficas de los felices desposorios de María y José. Los fieles cristianos pueden aprender de esos Santos esposos las santas disposiciones con que han de prepararse a la celebración de un contrato instituido por Dios para la procreación del género humano, el modo y la armonía con que han de vivir los esposos en el santo temor de Dios y práctica de las virtudes, guardando inviolablemente las promesas mutuas que se hicieron en el día de los desposorios. Además, el consorcio maravilloso de la virginidad y matrimonio en unos mismos cónyuges proclama la licitud y santidad de entrambas cosas, condenando el proceder de aquellos herejes que, fiados en el espíritu privado de interpretación bíblica, impugnaron la virginidad o el matrimonio como contrarios a la ley santa de Dios. Así los jovinianos, taboritas y husitas negaron el valor de la virginidad; los gnósticos, maniqueos y albigenses, siguiendo a los esenios, reputaron el matrimonio invención diabólica, reprobada por Dios. Unos y otros quedan confundidos con el ejemplo del matrimonio de José, tan santo y tan perfecto, ordenado por Dios a la realización del más grande de sus misterios, cual es la Encarnación de su Hijo en la tierra. Al mismo tiempo que José es testigo autorizado de la virginidad de María, ésta es modelo acabado de perfección para las jóvenes cristianas. En ella deben estas aprender el modo de defender su honor empleando los medios convenientes a su conservación, no exponiéndose al peligro ni dando pie a ser impunemente infamadas del público, velando así por la moralidad de las costumbres cívicas y sociales.

En vista de las sublimes excelencias que atesora el matrimonio de José, ya se le considere en sí mismo, ya en las personas contrayentes, ya en los efectos que de él se derivan, bien podemos afirmar que este y no otro es el origen de las grandezas del Santo, la fuente de donde nacen todas sus glorias, privilegios y virtudes. El es el fundamento de la teología josefina, el secreto del encumbramiento celestial de nuestro Santo. Con razón pudo decir León XIII que de este matrimonio dimana toda la dignidad,

gracia, santidad y gloria de José. Ciertamente la dignidad de la Madre de Dios es tan alta que nada puede sobrepjarla; sin embargo, mediando entre S. José y la Beatísima Virgen María el vínculo conyugal, no hay duda que a la excelentísima dignidad con que la Madre de Dios aventaja muchísimo a todas las naturalezas criadas, se acercó S. José más que ninguno. Porque es el matrimonio una sociedad y parentesco el mayor de todos, que por su naturaleza lleva unida a sí la comunicación de los bienes de cada uno de los cónyuges al otro. Por lo cual, si Dios dió a la Virgen por Esposo a S. José, dióselo también, no sólo por compañero de su vida, testigo de su virginidad y protector de su honra, sino, además, para que en virtud de la alianza conyugal participase de su excelsa dignidad (1). Sea por siempre bendito y alabado tan insigne Patriarca, Esposo de María, Padre de Jesús y Protector universal de los hombres.

(1) *Quamquam pluries*, 15 Aug. 1889.





## CAPITULO XI

### **Relaciones de José con María**

Desde el momento en que José se unió a María Inmaculada con el lazo indisoluble de la alianza conyugal, contrajo con ella un conjunto de relaciones especiales a que le daba derecho su carácter de Esposo. Y como esa alianza sacratísima tenía por objeto la generación del Verbo según los pensamientos de Dios, S. José adquirió también afinidad peculiar con el Cristo de quien había de ser legítimo y verdadero padre. Justo es que, después de haber expuesto las propiedades y notas de ese vínculo divino que unía a los dos, contemplemos también sus maravillosos efectos en el Santo glorioso, adorando en silencio las providenciales armonías de un suceso tan rico en bellezas y misterios. Así se comprenderá mejor el lugar importantísimo que ocupa S. José en la Sagrada Familia, y los altos destinos para que fué elegido según los decretos amorosos del Padre celestial.

La primera relación que en virtud de su enlace contrajo San José con María consistía en una unión íntima de alma y corazón con ella. Sabido es que este es efecto necesario de la sociedad conyugal. Como dice Sto. Tomás, al matrimonio sigue una unión íntima de cuerpos y de almas (1). El matrimonio, dice también León XIII, es la sociedad más íntima, la amistad más estrecha

---

(1) III Supl. q. 6. art. I.

que existe (1), En virtud de su institución el matrimonio debe ser *uno* hasta el punto de ser irrevocable ese estado según la palabra de Dios: *lo que Dios unió el hombre no lo separe* (2). Pero esa unión carecería de consistencia y valor si no tuviese por ley fundamental el amor, base del orden social y doméstico. Por eso el Apóstol manda con tanto interés que se amen los esposos y guarden fidelidad recíproca.: *Esposos, amad a vuestras esposas como Cristo amó a su Iglesia... Los esposos deben amar a sus esposas como a sus propios cuerpos. El que ama a su esposa se ama a sí mismo* (3).

El matrimonio es esencialmente unión de espíritus, sociedad de corazones que forman dos seres inteligentes y libres, y cuanto más noble y perfecta sea aquella unión, más perfecta y excelente será la amistad que de ella resulte. Ahora bien, esa unión será tanto más perfecta y estrecha cuanto los espíritus que se unan sean más perfectos y nobles, más generosos y puros.

## I

### AMOR MUTUO DE JOSÉ Y MARÍA

Esto nos dará idea algo aproximada de lo que era la unión existente entre María y José, derivada del estado que habían abrazado. Esos dos corazones de tal suerte se identificaban y fundían en un solo corazón, que no hay unión humana a la que puedan compararse. Amábanse los dos ardientemente, inmensamente, purísimamente, y esta llama sagrada del amor derretía a ambos Esposos en alabanza eterna, en adoración perpétua a la Divinidad. Dice S. Pablo que *el que tiene esposa... anda solícito por las cosas de la tierra, busca agradar a su esposa y se encuentra como dividido* (4). No sucedía así a nuestro Santo. Sabía muy

---

(1) *Quamquam pluries.*

(2) *Quod ergo Deus conjunxit homo non separet.* Génesis, I. 28; Matth., XIX. 4-6

(3) *Viri diligite uxores vestras sicut Christus Ecclesiam.* Ephes. V. 25-28.

(4) *Qui autem cum uxore est sollicitus est quae sunt mundi, quomodo placeat uxori et divisus est.* I. Cor. VII, 33.

bien que esa era la voluntad de Dios; que por una providencia especialísima le había sido dada por esposa María, y su primer deber de esposo era amarla con todo su corazón, como al objeto más digno de su amor después de Dios. María a su vez correspondía a las ternuras y finezas de su esposo José, que era término digno de sus amores celestes, a quien consideraba como el más santo y dulce de todos los Esposos. Ambos competían en ese mutuo afecto que unía y abrasaba al mismo tiempo sus hermosos corazones.

Algunos han creído ver en ese amor de José y María alguna sombra indigna de tan santos y esclarecidos esposos, y hasta han negado, movidos no se de qué escándalo farisaico, que José y María se amasen como los demás esposos. Ciertamente, podría justificarse este proceder si hablásemos aquí de algún amor sensual o terreno; pero lejos de nosotros este pensamiento. En las cosas de Dios nada hay feo ni impuro. Sucede muchas veces que las cosas no son malas en sí mismas; la malicia humana, nuestra perversidad es quien descubre sombras y lunares donde en realidad no existen. El amor viene de Dios que es amor por esencia; es una virtud del alma y no del cuerpo, y como su origen es divino, todas sus emanaciones, mientras no se corrompen con las aguas venenosas de la culpa, santifican y reforman el alma. El amor es un movimiento del corazón hacia el bien, la dulce inclinación que sentimos hacia todo lo que física o moralmente es hermoso, noble y bueno; y como la santidad, donde quiera que exista, se reviste de estas cualidades es necesariamente amable y digna de aprecio (1). Este movimiento de nuestro corazón a amar el bien proviene de la esencia de nuestro mismo ser; es su vida, su destino, su aspiración constante. El amor sacó al hombre de la nada y por el amor tiende a lo Infinito, que es su fin último. Es una corriente continua, dice Buathier, que brota del corazón humano y corre pura y rápida hacia el oceano divino (2). Dios es su objeto final pero no exclusivo; las criaturas pueden

---

(1) El amor, dice S. Francisco de Sales, es movimiento, avance, derivación del corazón hacia el bien. *Tratado del Amor de Dios*, lib. V. cap. I.

(2) *El sacrificio...* pág. 231.

ser también objeto de nuestro amor cuando se aman por Dios y para Dios. La creación con sus encantos, la familia con sus atractivos, la patria con sus grandezas, los hijos y las hijas de los hombres, todo puede amarse cuando la intención es pura y el ideal es bueno. Así lo hicieron Jesucristo y los Santos que han de ser nuestros modelos. Existe, es verdad, una cosa que se llama amor y no es más que apetito reprochable y nocivo. Nace en el hombre de las impurezas de su sangre y tiende únicamente a satisfacer la pasión, lo cual conseguido, desaparece y expira. Instinto animal que nos rebaja al nivel de las bestias y que nada tiene que ver con el amor verdadero hijo del cielo y destello de Dios que ennoblece y ensalza, con el amor del alma de que hablábamos antes.

Así se explica perfectamente el amor de José y María, fruto de su matrimonio santísimo y de su virginidad inviolable. Cuanto menos tiene de material el amor es más intenso; de aquí que las almas vírgenes son más profundamente amantes. Privilegio singular reservado a esa virtud angelical. ¡Oh santa virginidad! exclama aquí Bossuet, tus llamas son tanto más vivas cuanto más puras y desasidas de todo; el fuego de la concupiscencia no podrá jamás igualarse a los castos abrazos de los espíritus, cuyo amor a la pureza liga y reúne (1). Y si las almas son perfectamente virginales en el grado más alto ¿quién podrá medir la intensidad de su amor? Nada representa en su comparación el amor de los Serafines y Querubines. Tal sucedió en María y José, de donde resulta una unión máxima, identidad de afectos y virtudes, ideas y sentimientos.

Ved porque los Evangelios indican con tanta frecuencia esta relación de José cuando le llaman Esposo de María. S. Mateo en el prólogo de su Evangelio le llama expresamente Esposo de María. *Jacob, dice, engendró a José Esposo de María* (2). Más adelante repite la misma denominación cuando habla de la generación del Verbo: *Estando desposada María con José...* (3). Y

---

(1) *Primer panegírico de S. José.*

(2) Matth I, 16.

(3) I, 18.

lo mismo hace en otros muchos lugares; siempre designa al Santo con el apelativo citado, demostrando con esto cual es el título más ostensible y simpático del gran Patriarca.

San Lucas adopta locuciones idénticas en multiplicidad de pasajes. Ya en el principio, cuando refiere la salutación del Angel a María Santísima, nos dice que estaba *desposada con un varón llamado José* (1). Este desposorio real y verdadero es la causa de que aparezcan siempre unidos los dos celestiales Esposos en Belén, en Egipto, en Nazaret, en todas partes.

De esta relación espiritual tan vigorosa y enérgica nacia aquella comunicación asombrosa de afectos, aquella expansión íntima de corazones que hicieron de la vida privada de José y María un poema de bellezas, un idilio de ternuras y esperanzas. ¡Ah! si nos fuera dado a los mortales descorrer el velo que ocultaba a las miradas del mundo aquella vida conyugal, ¡qué de encantos y armonías sorprenderían nuestros ojos! ¡Qué escenas tan dulces y embelesantes contemplaría nuestra alma! Allí sí que reinaba el espíritu de Dios y la paz de Cristo que hace a las familias dichosas y felices, envidia de los hombres y alegría de los ángeles.

En vano buskais una nube en aquel cielo sonrosado que alumbraba el taller de Nazaret, una sombra que nuble aquella atmósfera resplandeciente y diáfana donde viven los Padres del Verbo encarnado. No la encontraréis. La pureza de pensamientos, el candor de las miradas, la virginidad de aquellos corazones, su amor a Dios era tal que aquella familia parecía un cielo; jamás dió entrada a la más ligera inclinación terrena, al más leve hálito de imperfección humana. María complaciase en José, y José en María; mirábanse el uno en el otro como dos espejos de la Divinidad, venerábanse con culto religioso como piedras sagradas del santuario en que había nacido y vivía el Unigénito del Padre. Allí no había más lazo de unión que el Espíritu Santo, ni otro centro de atracción que Jesús, al cual convergían todas sus alegrías y complacencias, sentimientos y miradas.

(1) I, 26. Véanse también II, 4, 5, 16, 27, 39, 41, 48, 49.

## II

### OFICIOS DE MARÍA CON JOSÉ

Pero si el amor igualaba a María y José haciendo de sus corazones dos latidos purísimos del corazón de Dios, no han de negarse a José los derechos que le correspondían en concepto de legítimo Esposo y Jefe de la Sagrada familia. Conocíalo así la Virgen y manifestábase en todo digna Esposa de tan Santo Esposo, cumpliendo con exactitud sus deberes para con él. Tres son, según el Apostol, las obligaciones contraídas por las esposas con relación a sus esposos: amor, obediencia y reverencia. Debe la esposa amar a su esposo porque sin este amor no es asequible la unión de espíritus, necesaria para soportar las cargas del matrimonio. *Las mujeres amen a sus maridos* (1). Para asegurar esta unión interna de las almas precede la entrega mutua del derecho que se hacen los esposos en orden a sus cuerpos, entrega que constituye la ley fundamental del matrimonio legítimo. *La mujer, escribe S. Pablo, no tiene potestad sobre su propio cuerpo sino el marido; del mismo modo el marido no tiene potestad sobre su propio cuerpo sino la mujer* (2).

Débele también obediencia. No es la mujer sino el marido Cabeza de familia y el que debe dirigir y gobernar la casa. *Las mujeres, enseña el citado Apóstol, estén sujetas a sus maridos, como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia... Y así como la Iglesia está sometida a Cristo así lo estén las mujeres a sus maridos en todo* (3). Y en su carta a los Colosenses: *Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene, en el Señor* (4). Al superior se le debe obedecer en todo aquello que cae bajo su jurisdicción, y, por consiguiente, la

(1) *Viros suos ament.* Tit. II, 4.

(2) *Mulier sui corporis potestatem non habet, sed vir. Similiter autem et vir corporis sui potestatem non habet, sed mulier.* Cor. VII, 4.

(3) *Mulieres viris suis subditae sint sicut Domino; quoniam vir caput est mulieris sicut Christus caput est Ecclesiae.* Ephes. V. 23-24.

(4) *Mulieres subditae estote viris, sicut oportet, in Domino.* III. 18.



mujer debe obedecer al marido en el gobierno de la casa y de la familia, y en todo aquello que no es contrario al servicio y a la ley de Dios.

Y como la autoridad es siempre un destello divino, *non est potestas nisi a Deo*, merece también nuestro respeto y veneración. Por lo tanto, la esposa debe obedecer a su esposo con todo acatamiento y reverencia. Así lo quiso indicar el Señor cuando al castigar a Eva y ponerla a los pies del varón, dijola: *Vivirás bajo el dominio del varón y él te dominará* (1).

No ignoraba la Virgen María estas prescripciones de la Ley de Dios y ajustaba todos sus actos al más exacto cumplimiento de ellas. Sabía que como esposa era toda de José a quien pertenecía, y amábale tiernamente procurando complacerle en sus deseos. Veía en él al elegido de Dios para compartir con ella la gloria insigne de custodiar a Jesús, al Protector de su virginidad, al Tutor de su Hijo, al fiel Compañero de penas y fatigas, al Esposo amadísimo que había de alimentarla, sostenerla y protegerla, siendo en todo momento su esperanza, ayuda y consuelo. Nada había, por otra parte, en S. José que no fuera sumamente admirable y digno del amor ardiente y puro de María. Era el joven más hermoso de los hijos de Israel, el varón más prudente, el esposo más amante de cuantos había en Judea, el hijo de David más esclarecido e ilustre. Añádanse a esto sus excelentes cualidades personales, su virtud heroica, su virginidad angélica, su santidad excelsa, todo lo cual atraía las miradas y el corazón de María que veía en José el más santo de los hombres, el reflejo más perfecto de Dios, modelo acabadísimo de sus adorables perfecciones.

Contribuía a aumentar más y más esta llama que inflamaba a los celestiales Esposos la semejanza mutua de sentimientos y afectos, de gracias y virtudes. Habían sido creados el uno para el otro, y conforme a los designios divinos, así vivían y se amaban. Jamás hubo ni habrá criaturas en el mundo más semejantes y perfectas.

---

(1) *Sub viri potestate eris et ipse dominabitur tui.* Génes. III. 16.

El fundamento del amor, dice Isolano, que consiste en la semejanza, nos manifiesta haber la Santísima Virgen amado a S. José con un amor sincero y perfecto sobre los demás mortales, porque dos seres semejantes entre sí se aman según esta ley: *todo ser viviente ama a su semejante*. Hubo, pues, entre los virginales Esposos muchas semejanzas, y de tal naturaleza como no se han hallado ni hallarán jamás reunidas en otros mortales según la doctrina católica.

1.<sup>a</sup> Semejanza corporal; 2.<sup>a</sup> semejanza de noble alcurnia; 3.<sup>a</sup> semejanza de la virginidad corporal; 4.<sup>a</sup> semejanza del matrimonio divino; 5.<sup>a</sup> semejanza de mutuo amor; 6.<sup>a</sup> semejanza de mutuos obsequios; 7.<sup>a</sup> semejanza de elección de lo alto; 8.<sup>a</sup> semejanza de los tipos que los figuraron; 9.<sup>a</sup> semejanza de amor y de los cuidados en obsequio de Cristo (1).

La semejanza principal nacia de la identidad de elección, de la comunidad de virtudes, de la santidad eminentísima de ambos, de su unión con Dios. He aquí el lazo más fuerte, el manantial más fecundo de amor. Como dice muy bien el P. Miechow, habiéndose celebrado por el altísimo consejo de Dios el sacratísimo matrimonio de María y José, debemos creer que entre ellos hubo una máxima semejanza de costumbres; probémoslo y expliquémoslo. La Virgen Madre de Dios fué santísima y así fué también santísimo José. Fe suma resplandeció en la Virgen, y la gran fe de José declaran también las sagradas Letras. La Virgen ardía en caridad grande para con Dios y el prójimo, y del mismo modo ardía José en caridad magna. La Virgen Madre fué prudentísima, y prudentísimo fué José; ella fué humildísima y humildísimo él; María castísima y José castísimo; María obediente y José obediente a Dios, a los ángeles y a los hombres; la Esposa mansísima y mansísimo el Esposo; ella fuerte y magnánima y él fuerte y magnánimo; misericordiosa María y José misericordioso. No parecía sino que José tuviese la naturaleza misma de la Virgen para ser en todo semejante a ella. Y no hay duda que entre María y José hubo un vínculo perfectísimo de mutuo amor y amistad. La Virgen María fué perfectísima en todo, y, por lo tanto, sobresalió

(1) *Suma de los Dones de S. José*, p. II. cap. IX.

en la virtud del amor conyugal (1). Jamás reinó entre ellos la más leve sombra de discordia, el más leve disgusto; su unión por el amor era simbolo de aquella unión amorosa de Dios con el género humano efectuada en el misterio de la Encarnación. En una palabra, nadie amó a José como María ni a María como José, pues así lo exigía su carácter de esposos legítimos.

De aquí se deduce que María estaba bajo la dirección inmediata de José a quien rendía pleito homenaje de obediencia y respeto. Es una consecuencia lógica de las relaciones de esposa que en orden a José poseía la Virgen Santísima. Si las *mujeres*, según S. Pablo, *han de vivir sujetas a sus maridos*, y la misma ley natural establece la autoridad del varón, María debía obedecer a José como posesión y pertenencia suya sobre la cual adquirió éste derechos estrictos en virtud del contrato matrimonial. La cosa es clara. O hemos de negar la realidad del matrimonio contraído por José, o han de concederse a éste los derechos que corresponden a todo legítimo esposo.

Sin embargo, aunque esto sea evidente, hemos de proceder con cautela al tratar punto tan interesante en la vida del Santo para no incurrir en excesos lamentables a que son propensos no pocos escritores ascéticos y predicadores josefinos, los cuales hacen resaltar este dominio del gran Patriarca más allá de lo justo, deprimiendo la dignidad de la Madre de Dios. Tres son las causas que pueden determinar en un sujeto la sumisión y obediencia a otro, a saber: la bondad, la servidumbre y la libre voluntad (2). O sea, nuestra dependencia de otro se explica, o porque este nos es superior en virtud, o porque ordena y administra nuestros asuntos y negocios, o porque está revestido de autoridad para imponernos preceptos que en conciencia obligan.

En el primer sentido, lejos de estar María sujeta a José sucedía lo contrario, que José estaba sujeto a María porque esta le sobrepujaba en gracia y perfección. Es doctrina católica que María desde el primer instante de su concepción poseyó mayor grado

---

(1) *Discursus praedicabiles*. Disc. 117.

(2) Cfr. Lepicier. *Tractatus de Sancto Joseph*. P. I, art. VI, 16 y siguientes.

de gracia que todos los ángeles y hombres juntos, de cuya gracia participó también su mismo Esposo.

Ningún inconveniente se sigue de que reconozcamos en María la segunda sujeción, o sea que obedecía a José en la administración de las cosas temporales. S. José era indiscutiblemente el jefe de la familia, y a él le incumbía ordenar cuanto interesaba a su gobierno en los asuntos domésticos, en el régimen de vida que había de observarse en ellos. Ninguna repugnancia envuelve semejante obediencia que, en el caso presente, estaba prevista y ordenada por el mismo Dios al decretar la Encarnación del Verbo. Esta es la razón porque cuando se trata de huir a Egipto o regresar a Judea, el ángel no se aparece a María sino a José, como a Superior y Cabeza de la santa Familia. Y María obedeció puntualmente a José sin desplegar jamás sus labios ni oponer el más mínimo reparo a sus indicaciones. Si bien se considera, aun en este caso no llegó S. José a mandar en María de una manera autoritaria, pues la Madre de Dios, atenta a complacer en todo a su amadísimo Esposo, se anticipaba a sus órdenes y convenía libremente en sus disposiciones.

Por último, si deseamos saber qué género de obediencia ligaba a María con respecto a las órdenes y preceptos formales de su amadísimo Esposo debemos afirmar que la Virgen, desde el momento en que fué elevada a la altísima dignidad de Madre de Dios, no estuvo sujeta a José, sino a solo Dios. En virtud de esa dignidad fué exaltada sobre todas las criaturas y constituida Reina de las jerarquías celestes y terrestres a imitación de su Hijo, Rey supremo de la creación. María, dice S. Juan Damasceno, manda en todas las criaturas porque es Madre del Criador (1). Por este solo hecho salió de la esfera ordinaria y pasó a formar parte de la jerarquía divina. Con tan sublime dignidad es incompatible la obediencia y sujeción a José, en cuanto se relaciona con los misterios sagrados, porque repugna que el superior se someta al inferior, lo más a lo menos, lo perfecto a lo imperfecto. Era, por lo tanto, María independiente de José, ni podía sujetarse a nadie en sus relaciones con el Verbo. A pesar de

(1) *De Fide Orthodoxa*, lib. IV, cap. 4.

esto, Maria tuvo el mérito de la obediencia por su pronta voluntad en cumplir las órdenes de Dios, ofreciéndose también libremente a la ejecución de los deseos y proyectos de su esposo San José. La ley de sumisión promulgada por S. Pablo a las casadas para que obedezcan a sus maridos (1) no obligaba a Maria, por razón de su maternidad divina.

### III

#### OFICIOS DE JOSÉ CON MARÍA

Así como Maria amó a José y le estuvo sujeta en la administración de los asuntos temporales como verdadera esposa, así también José estuvo unido a Maria y desempeñó para con ella los deberes propios de verdadero esposo. La amó con el más profundo amor, correspondió fielmente a la promesa dada y veló constantemente por su incolumidad y honor. Si Dios, dice León XIII, le dió a la Virgen por Esposo a José, no sólo le dió un compañero en la vida indivisible que habían de vivir, sino también un testigo y custodio de su virginidad, un provisor solícito en sus necesidades corporales y un consolador amante en las penurias y trabajos del destierro (2).

Fué compañero inseparable de ella en las alegrías y pesares, en los días prósperos y en los adversos. Jamás la abandonó un momento acompañándola continuamente para socorrerla y defenderla. Ya antes de nacer el Infante divino, la acompaña a Belén para verificar el empadronamiento decretado por el Emperador Augusto; la asiste en el establo, recibe en sus brazos al recién nacido, lo presenta en el Templo juntamente con su purísima Madre, huye a Egipto con ella para salvar al Niño de la bárbara amenaza del cruel Herodes, y allí y en Nazaret José sostiene y ayuda a Maria, sin separarse de ella. Veló también por el honor y virginidad de Maria siempre en peligro de ser mancillada por las calumnias de los que, ignorantes del misterio obrado en su

(1) I. Cor. XI, 3.

(2) *Quamquam Pluries*.

castisimo seno, reputábanla madre natural como las demás madres (1). Una de las razones por las que convenía, según San Jerónimo, que Maria fuese desposada era para que no fuese apedreada por los judíos como adúltera; *ne lapidaretur a judaeis ut adultera* (2). Y como la flor de la virginidad de María no sólo debía exhalar sus perfumes ante Dios, como rico tributo de gratitud que ofrecía al Altísimo su alma inmaculada, sino también había de embalsamar el ambiente del Cristianismo sirviendo de modelo a las jóvenes cristianas, era necesario que tuviese, además de un custodio de tan precioso tesoro, un testigo irrecusable de aquel maravilloso fenómeno ocurrido en el matrimonio. Y este custodio y testigo no fué otro que José, quien cumplió admirablemente esta misión providencial.

Alimentó y proveyó, en concepto de verdadero Esposo, a las necesidades de la Virgen; tal era su deber y el compromiso adquirido al unirse con ella por el lazo matrimonial. Con este objeto no vaciló en abrazar penalidades y trabajos durante su vida, padeció y sufrió por ella, derramó el sudor de su rostro para ganar honradamente el sustento cotidiano, ejerció el oficio de carpintero en el taller de Nazaret manejando día y noche el martillo y la sierra para asegurar la manutención de María y Jesús, de aquellas dos joyas cuyo imponderable valor conocía en el mundo solamente él, que era como el muro tras del cual se ocultaban a la vista de todos.

¡Qué serie de trabajos y sinsabores no hubo de devorar el Santo bendito para cumplir con su deber en el destierro de Egipto y en sus viajes por tierras de Judea! Pero, por otra parte, ¡cuán grande aparece aquí la figura de S. José, cuán excelsa su dignidad al ver como le reverencian y obedecen los dos soles más brillantes del cielo y de la tierra! No es dado a la lengua humana elogiar tanta grandeza, ni el entendimiento en sus cortos alcances puede comprenderla. Sublimidad enteramente admirable, es la tuya ¡oh José!, exclama al llegar a este punto el sabio y piadoso Gersón. Incomparable tu dignidad, pues la Madre de

---

(1) *Et ipse Jesus erat..., ut putabatur, filius Joseph.* Luc. III, 23.

(2) *Coment.* cap. I, Matth. lib. I.

Dios, la Reina del cielo, la Señora del mundo, no juzgó indigno llamarte señor de ella. En verdad no se cual es más admirable, si la humildad de María o la sublimidad de José, pero a entrambos supera incomparablemente el Niño Jesús, bendito sea por los siglos, de quien se ha escrito y hemos dicho ya: *les estaba sujeto* (1). Quisiera tener palabras para explicar este misterio tan alto y escondido a los siglos, esta Trinidad tan admirable y veneranda de Jesús, María y José; voluntad no me falta, pero no hallo poder y en mi propio intento desfallezco (2).

Y si tal era la dignidad del Esposo de María, convenía que fuese semejante a ella en virtud y santidad. La semejanza de los esposos es condición requerida para el feliz éxito del matrimonio, y si la Virgen fué llena de gracia y preservada de la culpa original, también José fué el esposo más santo y perfecto, enriquecido con todos los tesoros de la gracia divina. La Trinidad beatísima estaba interesada en que así fuera, porque era José su representante en la tierra, imagen viviente del orden sobrenatural.

Era Esposo de María y ésto bastaba para revestirle de tanta excelencia. ¿Cómo podrá pensar el entendimiento discreto, escribe S. Bernardino de Sena, que habia de unir el Espíritu Santo el alma soberana de la Virgen en unión tan estrecha de matrimonio a otra alma que no fuese a ella muy semejante en la perfección de las virtudes?

La santidad de José es inmensurable e incomprensible; meditemosla devotamente, adoremos las misericordias del Señor y no cesemos de dar gracias a José por habernos dado al Redentor y derramado sobre el mundo un raudal de bendiciones divinas cuyo influjo santificador han sentido todas las almas sublimes, todos los justos que le tomaron por maestro y por guía en los áridos y espinosos senderos de la vida espiritual.

(1) Luc. II, 51.

(2) Vives, *Summa Josephina*, n. 196

---



## CAPITULO XII

### Relaciones de José con Jesús

*Y Jacob engendró a José, Esposo de María, de la cual nació Jesús que es llamado el Cristo* (1). Con estas breves palabras indica el Evangelista S. Mateo los principios fundamentales de la teología mariana y josefina, la fuente en que hemos de beber las aguas cristalinas de la verdad cuando tratamos de discutir y examinar los privilegios que adornaron el alma de María y José.

María, según el testo sagrado, concibió y dió a luz al Cristo sin detrimento alguno de su virginidad, ya que de ella sola, *sine virili semine*, nació el Hijo de Dios. Y por lo tanto, María es verdadera y propiamente Madre de Dios, no porque haya engendrado una divinidad, supuesto imposible en una criatura, sino porque la naturaleza humana del Verbo estaba unida hipostáticamente a la divina, formando un solo ser con ella, de donde se sigue que María engendró una parte sustancial del Verbo encarnado, y por consiguiente engendró al mismo Dios. Ambas proposiciones, la virginidad y la maternidad de la Virgen son hoy de fe y ningún cristiano puede negarlas, bajo pena de eterna condenación (2). Como dice S. Bernardo, convenía a Dios tal

(1) *Jacob autem genuit Joseph, virum Mariae, de qua natus est Jesus qui vocatur Christus.* Matth. 1. 16.

(2) La virginidad de María fué definida dogmáticamente en el Concilio de Letrán celebrado el año 649 bajo el pontificado de Martín I; la maternidad lo había sido ya el 431 en el Concilio de Efeso convocado contra los Nestorianos. Cfr. Denzinger, *Enchiridion*, números 73 y 201.



suerte de nacimiento que no naciese sino de Virgen; y convenia a la virginidad tal suerte de alumbramiento que no alumbrase sino a Dios (1).

Del mismo modo, S. José fué Esposo real y verdadero de María como se probó teológicamente, y en consecuencia envolvía relaciones directas y eficaces con el Hijo de su Esposa, con el mismo Cristo. Este matrimonio, escribe Suárez, se ordenó inmediatamente a la Encarnación del Verbo (2). De aquí proceden las relaciones de José con Jesús, relaciones reales y positivas, íntimas y estrechas, fundadas en los derechos que le asisten como Esposo de María y que vienen a formar aproximada relación con las de la Madre de Dios, siendo en cierto modo idénticas y de igual denominación. Las leyes del raciocinio lógico exigen que después de haber examinado las relaciones de José con María, hablemos de las que adquirió con Jesús, las cuales siguen inmediatamente a aquellas y orlan con nuevos y desconocidos fulgores las sienes benditas del real Patriarca.

Las relaciones especiales de S. José con Jesús preceden al hecho de la Encarnación, arrancan del decreto eterno con que Dios establece el modo de redimir al hombre, tomando carne en el seno de una virgen desposada con un hombre, llamado José. Es tal la conexión que existe entre Jesús y José que en el orden presente de la Providencia son inseparables; la dignidad y misión del Santo, sus oficios y deberes se ordenaban directa e inmediatamente a la vida del Redentor, hasta el punto que, según muchos teólogos, constituye con El un solo objeto adecuado de predestinación.

Si el Hijo del Eterno había de nacer de una virgen desposada; si no podía encarnarse convenientemente sino a la sombra de un padre que ocultara, cual nube milagrosa, el misterio de nuestra salud; si el honor de la Madre y del Hijo exigían tutela y defensa, un custodio y testigo que protegiera sus vidas contra las asechanzas del enemigo y perversidad del hombre; y si para todo esto

---

(1) *Dei hujusmodi decebat natiuitas, quae non nisi de virgine nasceretur; talis congruebat et virgini partus ut non pareret nisi Deum. Homil. 2. Super Missus est.*

(2) *Iu. III. Disp. 7. n. 9.*

fué elegido S. José, evidentemente su existencia se incluye en la de Cristo, y los dos se hallan enlazados por un conjunto de relaciones inefables y extraordinarias. En el pensamiento de Dios figura S. José formando un todo con el Mesías futuro, ni puede separarse de él; la Trinidad terrestre no se concibe sin José. Por eso es José el arca de los dos testamentos, la clave de los misterios divinos, el resumen de las bellezas morales. Así como en la escala de Jacob, escribe el Abad Ruperto, que por un extremo tocaba el cielo y por otro la tierra, ocupaba Dios su vértice; así también José, de cuyos cuidados paternales necesitaba el Verbo nacido de María, sirvió de apoyo y pedestal a aquella escala por la que bajó del cielo el Enviado divino a salvar la humanidad extraviada (1).

Estas relaciones sobrenaturales de José existentes *ab aeterno* en la mente divina se hacen más claras y patentes en el tiempo, cuando llega la concepción y nacimiento del Cristo. Así como la Trinidad beatísima se complacía en José como en un reflejo de sus infinitas perfecciones, viendo antes de los siglos la parte principal que había de tomar en la obra de la redención; así también, llegada la hora de su ejecución en la tierra, lo presenta como cooperador efectivo de los consejos eternos, como introductor del Verbo Humanado en la esfera del orden sensible. No podemos dudar, dice S. Bernardo, que José, el Esposo de María, fué el siervo fiel y prudente a quien constituyó el Señor en la tierra su coadjutor fidelísimo en la ejecución del gran Consejo (2). Este gran consejo no era otro que el decreto de la Encarnación del Verbo. Esta representación suprema dependía de la elección de José para Esposo de María, y, por ende, para Custodio y Padre nutricio del mismo Jesús.

La vida de Cristo debía estar escondida; el misterio tenía que permanecer largo tiempo oculto; las maravillas obradas por Dios en favor de la humanidad exigían respeto y reverencia suma; la

---

(1) *Comm. in Matth.* l. I, n. 563.

(2) *Non est dubium qu' n bonus et fidelis homo fuérít iste Joseph, cui mater desponsata est Salvatoris; fidelis, inquam, servus et prudens quem constituit Dominus suae matris solatium, suae carnis nutritium, solum denique in terris magni consilii coadjutorem sibi fidelissimum.* (Homil. 2. *Super Missus est.* n. 16.

genealogía, en fin, y dignidad del Cristo pedían un sello celestial que las conservara intactas de todo siniestro rumor. Y todo esto lo hizo José silenciosamente, sin aparato ni brillo exterior. *Fué en consecuencia José, dice S. Bernardino de Sena, el hombre especial elegido por Dios para que por su medio y a su sombra entrara en el mundo Jesucristo de una manera ordenada y honesta* (1). Los Profetas de Israel, el Bautista del Jordán, los Apóstoles, se encargaron de publicar el nombre, la doctrina y los hechos de Jesucristo; José, por el contrario, desempeñó misión opuesta; se limitó a guardar escondido el gran Tesoro, visible tan sólo a los espíritus celestes. Y como convenía que sólo por tiempo limitado viviera oculto Jesús, por eso, dice Billot, antes de que aparezca en el desierto Juan hijo de Zacarías, muere José, para que, rasgado oportunamente el velo, se acostumbren poco a poco los hombres a pensar en un Cristo engendrado según la carne pero sin padre carnal (2). Y precisamente porque debía ser sombra del misterio, vive José en la obscuridad y muere en la obscuridad, y aún después de muerto, yace largo tiempo olvidado en la Iglesia para que los fieles se afirmaran en la creencia de la virginidad de María, Madre del Salvador.

## I

### BELEN

Estos vínculos de intimidad que existen entre José y Jesús se destacan y ponen de relieve en la vida mortal de Este, la cual se desliza tranquilamente a la sombra de aquel. José no abandona al Salvador un momento, muy especialmente durante su santa infancia. Siempre aparece como lo que realmente era: Esposo de María, Cabeza de la sagrada Familia, Custodio, Nutricio y Protector del Verbo divino. Belen, Egipto y Nazaret son los teatros donde José despliega el radio de su actividad para conservar la

---

(1) *Iste (Joseph) est homo electus et specialis, per quem et sub quo Christus est ordinate et honeste introductus in mundum.* Serm. de S. Joseph, art. 2.

(2) *De Verbo Incarnato.* Thesis XLIV.

vida de Jesús, los tres focos de luz donde se exhibe brillantemente la figura de José en la multiplicidad de relaciones que le unen al Hijo de María. Porque hay que confesar que a la fidelidad heroica del gran Patriarca le fué confiada sobre todo la infancia de Jesucristo, ese periodo en que más necesitaba el Verbo de una ayuda corporal.

El olor de S. José en la Iglesia, escribe el P. Faber, se fortalece sin cesar, llena particularmente las inmediaciones de Nazaret, de Belén y Egipto, pero no se extiende hasta las alturas estériles y desnudas del Calvario. S. José es la yerba olorosa que crece a la sombra de todos los misterios de la Santa Infancia. Cuando agitamos esos misterios hacemos que sus flores exhalen sus perfumes, y aun cuando parezca que lo notamos poco, porque la Madre y el Niño son tan hermosos y atraen dulcemente nuestras miradas, sin embargo, nos faltaría algo y nos quedaríamos suspensos si aquel perfume llegase a desaparecer (1). El tierno ministerio de José cerca de nuestro Señor, los afectuosos cuidados que amorosamente le prodiga, los continuos desvelos que se toma para alimentarle y defenderle de toda inclemencia y de todo peligro, revisten tales caracteres de luz y piedad, de unción y amor que nada son en su comparación los trabajos y amores de todos los padres terrestres.

Pulemos el corazón de José y observemos como siempre despide grandes latidos. Para prevenir su nacimiento y asistir al Hijo y a la Madre en aquel acto memorable se encuentra en Belén, buscando un pobre albergue al Dueño universal de los cielos y la tierra. Y cuando lo ve nacido, José, después de María, es el primero que le adora, el primero que le sirve, el primero que le alaba. La vista de Jesús fué para José un manantial de alegría, un tesoro de luces sobrenaturales. La contemplación de los misterios que en Belén se ejecutaban arrebatábanle de amor, sumergiéndole en un lago de venturas infinitas. El frío de la noche, el rigor de la estación, la soledad del establo, el abandono del mundo, eran para él rayos de luz que demostraban la verdad de aquel Mesías descrito por Isaías bajo la imagen de un *varón*

(1) *Belen*, pág. 72.

*de dolores.* Los cánticos armoniosos de los ángeles, la adoración de los pastores, los resplandores divinos que iluminaban la gruta milagrosa, indicábanle claramente la majestad soberana de Aquel que descendía del cielo a la tierra para salvar a los hombres pecadores. ¡Qué avenida de ideas flotaría en su mente, qué raudal de sentimientos inundaría su hermoso corazón! ¡Con qué reverencia se postraría ante el Niño bendito, con qué solicitud y presteza atendería sus insinuaciones, sus más ligeros deseos! Sólo Dios conoce los sentimientos que agitaron el alma de José en aquellos momentos de sublime emoción. Seguramente que rebotando de júbilo recordaría aquellas palabras de Isaías: «Levántate, Jerusalén, recibe la luz, porque ha venido ya tu lumbra y la gloria del Señor ha nacido sobre tí. He aquí que las tinieblas y la oscuridad de las naciones cubrirán la tierra, pero sobre tí nacerá el Señor, y en tí brillará su gloria. A tu luz caminarán las gentes y los reyes al resplandor de tu nacimiento. Tiende tu vista al rededor y mira; todos esos se han congregado y vinieron a tí; de lejos llegarán tus hijos, y tus hijas acudirán a tí de todos lados. Entonces verás y abundarás; se asombrará tu corazón y se ensanchará, cuando veas llegar a tí de allende los mares muchedumbre de naciones, y acudir a tí pueblos poderosos (1)». Y al contemplar la humanidad redimida y aquel Niño proclamado Rey de todas las naciones, de los labios de José brotaron mil himnos de adoración y de alabanza.

Pero al mismo tiempo sentía su corazón desgarrado al contemplar la majestad de un Dios morando en una pobre cueva; al oír los gemidos del Niño y ver las lagrimas que brotaban de sus purísimos ojos (2), José recoge en su corazón los sollozos de Jesús, el frío de su cuerpo, las penas de su alma; enjuga sus lágrimas purísimas, consuela al tierno Infante; comienza a hacer con El las veces de ángel protector y custodio amantísimo de su sacratísima Humanidad. Así como el Espíritu Santo, dice Cartagena, fué el pedagogo de Cristo, así José fué el pedagogo y como el educador de la infancia de Jesús, llevándole y guiándole a

(1) LX, 1-4.

(2) *Vagit Infans inter arcta conditus praeseptia.* Hym. Dom. Pas.

donde quiera que iba (1). Prueba de esto tenemos en su presentación al templo, en la huida a Egipto, en su regreso a Judea y estancia en Nazaret. En todas las escenas de la Infancia del Salvador advertimos no sólo la presencia de José, sino su intervención directa, su acción inmediata; acción, si se quiere, oculta y silenciosa, pero eficaz y constante. Contemplemos unos momentos esos pasos de Jesús-Niño y lo veremos siempre acompañado de José.

A los ocho días de su nacimiento cumplió el Salvador la ley de la circuncisión, impuesta por Dios a los descendientes de Abraham, a los israelitas (2). La circuncisión era un rito sagrado, un sacramento de la Ley antigua ordenado directamente a conferir la santidad legal y a borrar la mancha original contraída por la herencia del primer hombre. Cristo, que era absolutamente impecable, no estaba comprendido en la ley de la circuncisión que solo obligaba a los pecadores, pero quiso someterse voluntaria y libremente a ella para darnos ejemplo de humildad y obediencia, mostrando así que había venido, como El dijo, no a abolir la ley sino a cumplirla. Además, dice Sto. Tomás, sometiéndose Jesús a la ley de la circuncisión demostraba que tenía un cuerpo real y no fantástico, como dijeron algunos herejes, ocultaba al demonio que El era el Mesías vaticinado, como dijo S. León, y hacía que la Ley mosaica quedase sepultada con honor, en expresión de S. Ambrosio.

Sobre el hecho no cabe dudar, pues explícitamente lo consigna el Evangelio. *Llegado el octavo día en que debía el Niño ser circuncidado pusieronle por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes que fuese concebido en el vientre* (3). No dice San Lucas quién fuera el ministro de la circuncisión de Jesús, pero la opinión común cree que fué S. José, guiándose en esto por la tradición antigua que atribuía tal derecho a los padres de fami-

---

(1) *De fuga Christi Domini*, lib. IX, homil. 7.

(2) Genes. XVII. 10-14; Levit. XII, 3.

(3) *Postquam consummati sunt dies octo ut circuncideretur Puer, vocatum est nomen ejus Jesús, quod vocatum est ab Angelo priusquam in utero conciperetur.* Luc. II, 21.

lia (1). Así lo afirma S. Efren cuando dice: *Si Jesucristo no tuvo verdadera carne ¿a quién, entonces, circuncidó José?* (2). Doloroso debió ser para José el cumplimiento de una Ley que en manera alguna obligaba al Redentor. La efusión de sangre que brotó del divino Niño fué para él espada de dos filos que le atravesó el corazón, pero como sabía la misión redentora que le traía al mundo, se sometió humildemente a las órdenes del cielo viendo en aquella ceremonia sangrienta un preludio y sombra de aquel sacrificio que se consumaría un día en el ara del Calvario. Belén fué para José nido de amores, fuente de gracias y manantial de goces, pero también devoró su alma en aquella cueva tristezas profundas y dolores acerbos. No cabe duda; en este periodo de la vida de Cristo encontramos elementos poderosos de juicio para asignar el carácter especial que distingue los actos de su padre José. La Santa Infancia, dice Faber, fué la Cruz de San José. Belén fué para él el Calvario; las turbaciones e incomodidades que lleva consigo la Encarnación cayeron sobre él como una carga especial... Muchos santos tienen una cruz especial que se eleva por encima de las demás, e imprime carácter a su santidad lo mismo que a su vida. ¿Quién duda que Belén fué la cruz de José? Sin embargo, encontró allí una hora de paz, un mundo de gozo. Apenas hubiera querido cambiar a Belén por el cielo; así

---

(1) No podemos afirmar con certeza quien fué el ministro que circuncidó a Jesús. Los pintores nos pintan el cuadro de la circuncisión de modo que allí aparece un sacerdote en actitud de circuncidar al Niño, pero tal invención *artística* carece de fundamento histórico, pues la Escritura nada nos dice sobre el particular. La circuncisión no era necesariamente un ministerio sacerdotal o levítico; podía ejercerse por cualquiera. Así Abraham circuncidó a Ismael (Genes. XVII, 23), también a Isaac (Genes. XXI, 4); Josué circuncidó a los hijos de Israel (Josue V, 1 sig). Suárez también opina que fué S. José quien circuncidó a Jesús (In. III. Disp. 15, sect. I.) Algunos autores afirman que fué María la que llevó a efecto tan cruenta ceremonia. Pero tal ministerio era impropio de mujeres y no es probable que María lo ejerciese, pues sólo en caso de necesidad circuncidaban las mujeres a los niños según aquello de los Macabeos: *Et mulieres quae circuncidebant filios suos trucidabantur secundum iussionem regis Antiochi.* (I Macch. I, 63). Más probable parece la opinión de los que afirman que fué S. José ministro de la circuncisión de Jesús, aunque María asistiera al acto y ofreciera su Hijo a tan dolorosa operación.

(2) *Sí non erat caro* (Christus), *quem, ergo, Joseph circuncidit?* (Orat. de Transfigur.).

vemos a Simeón orar para obtener permanecer acá abajo, hasta ver el Cristo del Señor sobre la tierra. Belén le era querido, no sólo porque era una cruz y él era un santo y los Santos siempre se hallan prendados de sus cruces, sino también porque era un gozo maravilloso y abundante (1).

No paró aquí la intervención de José en el acto de circuncidar al Niño. Acostumbraban los judíos a imponer nombres a los niños en el acto de ser circuncidados, recordando sin duda al Patriarca Abrahán, quien recibió de Dios a un mismo tiempo el precepto de la circuncisión y la imposición del nombre (2). Lo mismo que se hace ahora el día del santo Bautismo, el cual nos purifica del pecado original por medio de la gracia y nos afilia a la Iglesia imponiéndonos el nombre de un Santo con el cual nos reconocen y distinguen de los demás hombres. Nuestro Señor quiso conformarse con la costumbre del pueblo judío y recibir también el nombre el día de su circuncisión.

Sabemos por la Escritura que S. José fué autorizado por Dios para imponer al divino Infante el nombre de Jesús. Después de revelarle el ángel el misterio de la Encarnación, la concepción del Verbo en el seno de María, le dice: *Parirá un Hijo y le impondrás el nombre de Jesús* (3). Cuan perfectamente cumpliera S. José la orden del Altísimo comunicada por el ángel lo comprueba el texto Sagrado, pues a continuación de las palabras citadas, añade: *Hizo José como el ángel se lo había encargado y... le puso por nombre Jesús* (4).

Es verdad que también María recibió del cielo el mismo encargo. El arcángel S. Gabriel al anunciarle el misterio de la Encarnación, la dice: *He aquí que concebirás en tu seno y parirás un Hijo y le impondrás por nombre Jesús* (5). Pero la ejecución de tal orden parece que fué confiada a José porque más adelante

---

(1) *Belén* págs. 336, 337.

(2) *Genes.* XVII, 10-14.

(3) *Pariet autem Filium et vocabis nomen ejus Jesum.* Matth. I, 21.

(4) *Fecit sicut praecepit ei Angelus Domini... et vocavit nomen ejus Jesum.* Matth. I, 24-25.

(5) *Ecce concipies in utero et paries Filium et vocabis nomen ejus Jesum.* Luc. I, 31.



dice el Evangelista que se le impuso por nombre Jesús (1). Como dice Isolano, Dios, el ángel, María y José, dieron nombre a Jesús: Dios por su voluntad, el ángel trasmitiéndolo, María dando la orden, y José ejecutándolo (2).

Con esta doble revelación a José y María indica claramente la Escritura que ambos tenían autoridad paterna sobre Jesús; no sólo María, sino también José. El oficio de poner nombre a los hijos era más bien atributo del padre que de la madre; así se observaba entre los judíos, griegos y otros pueblos antiguos. Ahora bien, dice el Crisóstomo, la imposición de nombre revela imperio y dominio; por esto antiguamente a los esclavos se les mudaba el nombre (3). Propio es, afirma el Damasceno, de la majestad y del dominio imponer nombre (4). Este dominio ejerció Adán cuando, según se narra en el Génesis, impuso nombre a todos los animales, el nombre con que son designados en la actualidad (5). S. Agustín también reconoce en este acto de José un signo de su autoridad paternal sobre Jesús. Clara señal es, escribe el Santo, de que no se quitó a S. José la autoridad paterna cuando se le manda imponer nombre al Niño-Dios (6).

No porque hubiese concebido María por obra del Espíritu Santo se ha de excluir a José de los misterios que encierra la Infancia de Cristo, en los que aparece su figura nimbada de celestiales fulgores. Aunque no tengas cosa común en su generación, exclama el Crisóstomo dirigiéndose a José, con todo eso lo que es propio del Padre y no daña a la dignidad de la Madre, te lo concedo sin dificultad, como es, por ejemplo, imponer el nombre

---

(1) *Et vocatum est nomen ejus Jesum.* Luc. II. 21.

(2) *Suma de los dones de S. José.* P. II. cap. XI.

(3) *Nominum impositio dominium testatur. Ac olim talem fuisse morem quod servorum nomina mutanda sint legimus.* (De contentu S. Pauli, t. III.)

(4) *Nomen imponere majestatis et dominii est.* (De Fide Orthodoxa, l. II. cap. 3). El texto íntegro del Damasceno es este: *Nomen imponere, majestatis ac dominii est; nomen vero accipere, subjectionis et servitutis; quoniam nomen vicarium est rei; et ideo auctoritas in nominis impositione significat dominium rei.* Ib.

(5) *Omne quod vocavit Adam, ipsum est nomen ejus.* Genes. II, 19

(6) *Eterna ei non auferitur auctoritas cum jubetur Puero nomen imponere.* Sermo LI. De Concordia Matth. et Luc. cap. XI. n. 16.

al Recién nacido. Tú serás el primero que le llamarás por su nombre y aunque no sea tu hijo tendrás para con El cuidado y solicitud de padre (1). Honra singular la de José al ser elegido para imponer a un Dios el nombre con que había de llamarse en la tierra, nombre bendito que revelaba su grandeza, su misión redentora, el triunfo que había de reportar del infierno. David había dicho que el nombre de Dios era *santo y terrible* (2), Malaquías predijo que el Mesías sería llamado el *Dominador* (3), Daniel le llama *Santo de los Santos* (4), Jeremías le llama *Rey* (5), Ageo, el *Deseado de todas las gentes* (6), Isaías lo llamó *Admirable, Fuerte, Padre del siglo futuro, Principe de la paz* (7). Mas José tuvo la gloria de llamarle *Jesús*, compendiando en este nombre todo lo bello, grande y sublime del Mesías, saboreando el primero las dulzuras de ese nombre divino, nombre que es «miel en los labios, sinfonía en el oído y júbilo en el corazón».

Como Cristo venía a salvar a todos los hombres sin excepción de ningún género todos debían rendirle tributo de adoración y reverencia. Por eso, aunque quiso conceder las primicias en estos homenajes religiosos a los sencillos y humildes invitando a los pastores de las cercanías de Belén para que fueran a adorarle (8), exigió también la adoración de los poderosos y grandes, haciendo que viniesen los reyes con todo el aparato de su regia servidumbre a postrarse ante El, ofreciéndole ricos dones y magníficos presentes. *Habiendo nacido Jesús en Belén de Judea, dice S. Mateo, en los días del Rey Herodes, he aquí que vinieron a Jerusalén los Magos de Oriente, preguntando: ¿Dónde está el que*

(1) Homil. IV. in Matth. n. 6.

(2) *Sanctum et terribile nomen ejus*. Ps. CX, 9.

(3) *Veniet ad templum suum Dominator quem vos quaeritis*. III. 1.

(4) *Ut ungatur Sanctus Sanctorum*, IX. 22 y sig.

(5) *Et regnavit Rex et sapiens erit*. Jer. XXIII. 5.

(6) *Et venit Desideratus cunctis gentibus*. Agg. II. 8.

(7) *Et vocabitur nomen ejus Admirabilis, Consiliarius, Deus, Fortis, Pater futuri saeculi, Princeps Pacis*. IX. 6.

(8) Luc. II. 9-18.

*ha nacido Rey de los Judíos? Hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarle* (1).

José que había presenciado lleno de emoción y de ternura la visita de los Pastores, experimentó a la vista de los Magos los sentimientos más vivos de devoción y alabanza, considerando la grandeza y majestad de aquel divino Infante que, nacido en un establo, era Rey y Señor de los Señores, digno de ser adorado por los Reyes y potentados de la tierra. Si no había criatura alguna que amase a Jesús como José le amaba, nadie le adoró tampoco con mayor acatamiento y sumisión. Justo era que a la llegada del Criador a la creación, esta saliese a su encuentro,

(1) *Cum ergo natus esset Jesus in Bethlem Juda in diebus Haerodis regis, ecce magi ab oriente venerunt Jerosolymam, dicentes: Ubi est qui natus est Rex Judaeorum? Vidimus enim stellam ejus in Oriente et venimus adorare eum.* Mat. II, 1-2.

Todo es admirable en la venida de estos Magos. Se ignora el país de donde vinieron porque el Evangelio no lo cita. Unos con Clemente de Alejandría, S. Juan Crisóstomo, S. Cirilo y S. León, opinan que vinieron de Persia; otros, con S. Jerónimo, dicen que procedían de Caldea; el Tostado cree que de Mesopotamia, y no han faltado quienes les hacen llegar de la Etiopía o la India. Pero la opinión más común con S. Cipriano y Suárez enseña que vinieron de Arabia, país situado al Oriente de Judea y así parece indicarlo el Profeta cuando dice que vendrán los reyes de Arabia a traer dones al Mesías. (*Psal. LXXI*).

También se discute entre los exegetas antiguos y modernos sobre el tiempo en que llegaron a Belén los Reyes Magos. Ni faltan quienes juzgan que los Magos llegaron a Belén uno o dos años después del nacimiento del Cristo y no a los pocos días como se supone en la liturgia católica que celebra la adoración de los Reyes el día 6 de Enero. Y se fundan esos autores en que en tan corto tiempo no era posible que realizaran tan largo viaje. Pero no parece esto improbable si se admite con la opinión común que vinieron los Magos de Arabia, país no lejano de Judea. Además tal interpretación parece violentar el sentido nativo de las palabras del Evangelio que a continuación de hablar del nacimiento del Cristo habla de la llegada de los Reyes Magos y sobre todo no explica por qué había de volver a Belén Jesús después de haber ido a Jerasalen a cumplir el precepto de la presentación en el templo... Luego hemos de retener la sentencia de que los Magos vinieron a Jerasalen antes de pasar los 40 días después del nacimiento, porque una vez que se verificó la presentación en el templo no volvieron a Belén, sino a Galilea, como atestigua S. Lucas *Ut perfecerunt omnia secundum legem Domini, reversi sunt in Galilaeam in civitatem suam Nazareth.* (II, 39). Lo cual no se compagina con la vuelta a Belén después de la purificación: eso tienen que admitir los que defienden la llegada de los Magos después de uno o dos años de nacer Jesús.

digámoslo así, y se apresurase a reconocer solemnemente su soberanía universal sobre todos los seres. María, como primera entre todas las puras criaturas, fué la encargada de representar a las demás en aquel acto sublime de adoración y vasallaje. El primer acto de adoración de María, dice Faber, es sustancialmente en sí la acogida hecha por la creación a su Criador (1). Pero la adoración de María, prosigue el mismo autor, no estaba separada de la adoración de José con el cual estaba en la más estrecha unión espiritual, pues que Dios los había unido en la unidad trascendente de la trinidad terrestre, y su adoración gozaba de una prerrogativa que ninguna otra podía poseer porque ofrecían al mismo tiempo a Jesús la autoridad que debían ejercer sobre él (2). El misterio de la adoración de María y José en Belén era siempre un tesoro de celestiales armonías, a propósito para encender en las almas los más puros afectos de devoción a la Infancia del Salvador.

Después de María y José son los pastores y Magos los llamados a adorar al Niño de Belén. En primer lugar los pastores para demostrar la predilección de Nuestro Señor por los pequeños y humildes. Esto indica el lugar que ocupa en el reino de Dios la sencillez y candor, el menosprecio de las riquezas en la vida de la santidad y de la perfección. Jesús se complace en conversar con los sencillos y humildes y aceptó con singular complacencia la adoración de los rudos pastores de Belén.

La adoración de los Magos revela el poder inmenso de la fe y la fidelidad a las inspiraciones de la gracia divina. Ricos, poderosos, sabios, no vacilaron en abandonar sus palacios, sus familias, su patria para ir a adorar a su Dios, pues Dios de ellos era Aquel que había nacido en Belén de Judea. José contempla, enajenado de alegría, la llegada de aquellos esclarecidos magnates (3) y al mismo tiempo que se postran para adorar a Jesús, él también rinde de nuevo su alma ante el Autor de sus días. La

---

1) Belén, pág. 131.

2) Ib. pág. 139.

(3) Aunque el Evangelio no dice que asistiera José a la adoración de los Magos, se cree y con razón que asistió a ella.

brillante aparición de los Magos en la oscura gruta de Belén, revela la divinidad del Mesías y nos enseña á todos como hemos de adorar a Cristo reconociendo su persona divina a través de los velos de su humanidad.

## II

### JOSÉ EN EL TEMPLO

Mandaba la Ley de Moisés que, pasados cuarenta días desde el alumbramiento, las madres se presentasen en el templo para su purificación, haciendo la oferta prescrita, consistente en un cordero y una tórtola, si los padres del niño eran ricos; o un par de tórtolas o dos pichones, si eran pobres. Esta oblación era a un mismo tiempo sacrificio y holocausto; sacrificio, en expiación del pecado contraído por la prole engendrada; holocausto, por la consagración que se hacía de la misma prole a Dios. Si el nacido era primogénito e hijo de levita, se quedaba en el templo para servicio del culto; y si no era levita, debía ser rescatado por el precio de cinco siclos. Esta ley de los primogénitos recordaba la muerte enviada por Dios a todos los primogénitos de Egipto para libertar a su pueblo de la tiranía de Faraón.

Así como Jesús no estaba obligado a la ley de la circuncisión, tampoco María lo estaba a la ley de la purificación; porque había dado a luz sin menoscabo de su virginidad y sin experimentar las dolencias y miserias de las otras madres. Prefirió, no obstante, sujetarse a la ley para imitar a su Hijo, dándonos ejemplo de obediencia y humildad. De esta sumisión nos habla la Escritura cuando dice que *cumplidos los días de la purificación de María según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor* (1).

Abandonaron, pues, a Belén los santos Esposos, no sin antes derramar lágrimas de emoción y ternura al recordar los sublimes misterios obrados en aquella memorable cueva. S. José no se

---

(1) *Et postquam impleti sunt dies purgationis ejus secundum legem Moysi tulerunt illum in Jerusalem ut sisterent eum Domino.* Luc. 21. 22.

separó un momento de Jesús, le preparó el viaje, lo presentó en el templo, y ofreció el sacrificio prescrito por la ley. Una vez en el templo tuvo lugar la entrevista con el santo anciano Simeón. Era este, según refiere S. Lucas, un varón justo y temeroso de Dios que esperaba la consolación de Israel o la venida del Mesías, y le había prometido el Espíritu Santo que no moriría sin ver antes al Cristo o Ungido del Señor (1). Movido por el Espíritu Santo entró aquel día en el templo Simeón, e iluminado con una luz sobrenatural conoció al Mesías Niño, y tomándole en sus brazos, bendijo a Dios diciendo: «Ahora Señor dejaréis morir en paz a vuestro siervo porque han visto mis ojos al Salvador que Vos nos habéis dado, a quien destináis para que todos los pueblos vean en él la luz de los gentiles y la gloria de Israel (2)». Después Simeón bendijo a los padres del Niño (3). Y dirigiéndose a la Madre dijo: *Este Niño está destinado para ruina y resurrección de muchos en Israel; será blanco de contradicción y una espada de dolor atravesará tu alma* (4). No es para descrita la impresión terrible que debieron producir esas palabras en el corazón de María; pero aunque se referían directamente a ella, José sintió al oírlas un dolor agudo y penetrante que no dejó de atormentarle todos los días de su vida. Dado el amor intenso que profesaba a Jesús, el afecto purísimo que le unía a María, no podían menos de afectarle hondamente los dolores y penas de

(1) *Et ecce homo erat in Jerusalem, cui nomen Simeon, et homo iste iustus, et timoratus, expectans consolationem Israel, et Spiritus Sanctus erat in eo. Et responsum acceperat a Spiritu Sancto non visurum se mortem nisi prius videret Christum Domini.* Luc. II, 25, 26.

(2) *Nunc dimittis servum tuum Domine, secundum verbum tuum in pace. Quia viderunt oculi mei salutare tuum. Quod parasti ante faciem omnium populorum. Lumen ad revelationem gentium, et gloriam plebis tue Israel.* Luc. II, 29-32.

(3) Muchos autores han querido ver en esta bendición de Simeón un signo de su carácter sacerdotal pero nada puede afirmarse con certeza porque no consta que Simeón fuese sacerdote ni lo prueba la bendición dada por él a María y José. La bendición sacerdotal que purificaba a la madre se daba sólo a esta, pero Simeón bendijo a los dos. *Benedixit illis.*

(4) *Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel: et in signum, cui contradicetur. Et tuam ipsius animam pertransibit gladius ut revelentur ex multis cordibus cogitationes.* Luc. II, 34-35.

aquellos. Parecía contemplar ya el cuadro humeante del Calvario, los gritos de la plebe enfurecida, la sangre de Jesús, las lágrimas amargas de María; y todo esto era para él un dardo ensangrentado que le hería sin cesar. Avivaba este sentimiento la presencia continua de Jesús que era la víctima destinada al sacrificio, los suspiros amorosos de su Madre que había de ser corredentora del mundo. María y José se ofrecieron a Dios en holocausto, y al oír los acentos proféticos del anciano Simeón, inclinaron reverentes sus cabezas a las disposiciones del Altísimo, ofreciéndolo todo por la salud del género humano.

Cumplida la ley de la purificación, una vez que presentaron el Niño e hicieron la ofrenda señalada, María y José salieron del templo dispuestos a regresar a Nazaret, donde pensaban fijar su morada (1). Más he aquí que cuando trataban de llevar a efecto sus deseos, una nueva desgracia viene a torturar sus sensibles corazones, llenándolos de sobresalto y terror. Herodes, el cruel tirano que tan hipócritamente había suplicado a los Magos le indicaran el lugar donde se hallaba el Rey recién nacido, al verse contrariado en sus intentos, temeroso de perder el trono y excitado por su soberbia ambición, resuelve perder al Niño quitán-

(1) Así lo dice claramente el Evangelista S. Lucas: *Et ut perfecerunt omnia secundum legem Domini, reversi sunt in Galilaeam, in civitatem suam Nazareth.* (II, 39). No deja de ser notable la diferencia existente entre S. Mateo y S. Lucas. S. Mateo, descrita la adoración de los Magos y omitida enteramente la presentación de Jesús en el templo, coloca la huida a Egipto, regresando de allí Jesucristo a la muerte de Herodes. En cambio S. Lucas nada nos dice de la huida a Egipto, sino que, una vez referida la purificación de María, inmediatamente nos habla del regreso a Nazaret. De aquí la incertidumbre que reina sobre el lugar en el cual se encontraba José cuando recibió el aviso del ángel para que huyera a Egipto. Unos creen que recibió el aviso en Jerusalem mismo, lo cual parece contradecir S. Lucas: otros que fué en Nazaret, y esta parece indicar el Evangelio: *reversi sunt in Galilaeam, in civitatem suam Nazareth.* Otros dicen que fué en el camino de Nazaret, y esto tampoco pugna con lo que dice S. Lucas. No falta quien afirma que los santos Esposos de Jerusalem marcharon a Belén antes de volver a Nazaret, pero esta hipótesis carece de fundamento histórico porque la Escritura nada dice sobre el particular. En resumen: se ignora el lugar donde estaba José cuando recibió el aviso del ángel para que huyera a Egipto, si bien parece *más probable* que estaba ya de vuelta en Nazaret, o en camino para esta ciudad.

dole la vida (1). Nada valen las maquinaciones de los hombres contra los designios de Dios, y así es que a pesar de la seguridad que abrigaba Herodes de apresar al Niño-Dios, Este escapó a sus iras y frustró sus diabólicos planes. No vaciló para realizar su malvado propósito en tomar la medida más sanguinaria e inhumana que menciona la Historia; ordenó matar a todos los niños menores de dos años que hubiese en Belén y su comarca (2). El llanto de las madres, los gemidos de los tiernos parvulillos, la sangre inocente derramada, nada detuvo las iras vengadoras de aquel bárbaro.

Tranquilos se encontraban los santos Esposos, ignorantes de lo que iba a acontecer, entregados al sueño reparador de sus perdidas fuerzas, cuando he aquí que un ángel se aparece en sueños a José y le dice: *Levántate, toma al Niño y a la Madre y huye a Egipto, y permanece allí hasta que yo te avise. Porque ha de suceder que Herodes busque al Niño para darle muerte* (3). Se dirige aquí el ángel a José y no a María, porque él era Cabeza de familia, Tutor y Guía de Jesús, Arbitro y Superior en lo referente a los asuntos y cosas temporales de la casa, y Jesús y María en esto le obedecían como a Jefe indiscutible y Superior legítimo.

No es posible ponderar la solicitud y rapidez con que se apresuró el santo Esposo a cumplir las órdenes del cielo. Tratábase

(1) Varios autores atribuyen la resolución impía de Herodes a los rumores propagados en torno al Mesías por toda la ciudad de Jerusalem, debido a las alabanzas que le tributaron públicamente en el templo el anciano Simeón y la profetisa Ana. No negamos que pudieron llegar muy bien a oídos de Herodes esos encomios entusiastas, avivando su odio al Redentor; pero el Evangelio parece asignar como causa de la orden inícuca de Herodes el haber sido este burlado por los Magos, quienes, en vez de regresar a su país por Jerusalem y avisar a Herodes como este se lo suplicó, volvieron a su tierra por otro camino, según la inspiración divina. *Tunc Herodes*, dice San Mateo, *videns quoniam illusus esset a Magis iratus est valde et mittens occidit omnes pueros, qui erant in Bethlehem, et in omnibus finibus ejus*, (II, 16).

(2) *Tunc Herodes. . occidit omnes pueros qui erant in Bethlehem et in omnibus finibus ejus a bimatu et infra secundum tempus quod exquisierat a Magis*. Mat. II, 16.

(3) *Surge, et accipe puerum, et matrem ejus, et fuge in Ægyptum, et esto ibi usque dum dicam tibi. Futurum est enim ut Herodes quaerat puerum ad perdendum eum*. Matth. II. 13.



nada menos que de salvar al Tesoro más preciado de su corazón, al Redentor del mundo, que, si quiso El salvar a los demás, en esta ocasión fué salvado por José. ¡Y cómo brilla aquí la grandeza de este Santo librando de la muerte al mismo Dios! ¡Cómo refulge con deslumbrantes resplandores su fidelidad y obediencia! Ciertamente que no era necesaria la huida a Egipto para salvar a Jesús. Medios sobrados tenía la Providencia para sustraer a la furia de los hombres la vida preciosa de Jesús, pero quiso acomodarse a nuestra humilde condición sufriendo los accidentes y penalidades de la vida. Por eso se valió de José para desbaratar los planes de Herodes. El Santo, aunque afligido por las noticias que el ángel le comunica, no se turba ni abate; se reviste de valor y fortaleza y dueño de sí mismo prepara cuantos medios sugiere la prudencia en tales casos para asegurar el mejor éxito en la empresa. Levántase prontamente, avisa a María, y aprovechando las tinieblas de la noche huye a Egipto para librarse de sus perseguidores. *Levantándose José, dice el Evangelio, tomó al Niño y a su Madre, de noche, y se retiró a Egipto* (1).

No encaja en la índole de esta obra esencialmente científica y no ascética la consideración de los grandes misterios que tienen lugar en este pasaje tan instructivo de la vida de José; ni es posible detenerse a consignar aquí las múltiples y variadas reflexiones que en nuestra mente flotan al contemplar las circunstancias del viaje precipitado que José y María emprenden. El camino era largo y difícil, el viaje molesto y penoso, la época inclemente y dura, en el rigor del invierno y del frío. Ni era todo esto lo que más atormentaba a los Santos Fugitivos, sino los sufrimientos morales que hubieron de soportar antes de llegar a su destierro. El temor de caer en manos de Herodes les sobrecogía de espanto, el peligro de extraviarse por sendas ignoradas acrecentaba sus penas, el solo pensamiento de que Jesús cayera en poder de sus perseguidores les helaba el corazón. Toda esta tromba de ideas tristes y sombrías cruzó por la mente de José en el

---

(1) *Qui consurgens accepit puerum, et matrem ejus nocte, et secessit in Ægyptum.*  
Matth II, 14.

momento de oír las palabras del ángel, pero nada le asusta ni detiene; ejecuta sin tardanza la orden de Dios, obedece ciegamente sin preocuparle las dificultades que esa obediencia suponía. Él no retrocede ante el peligro, ni pide a Dios un milagro, ni se queja, ni excusa; no aduce pretextos ni simula pereza, sino que, fiado en la Providencia, emprende su viaje sin inquietudes ni zozobras.

### III

#### HUIDA A EGIPTO

¡Qué ejemplo de fidelidad a las inspiraciones de la gracia! ¡Cómo condena nuestra desidia y tibieza en la ejecución de las órdenes de Dios, en el cumplimiento de nuestras obligaciones religiosas! No hay pincel ni pluma capaz de describir ese cuadro rebosante de mística emoción que nos ofrece José huyendo a Egipto en compañía de Jesús y María. La noche era fría, oscura y tempestuosa; el huracán soplaba con fuerza desde las montañas del Libano azotando sin piedad el rostro de los pocos transeuntes que en aquellas horas cruzaban las desiertas calles de Jerusalén. Mientras la ciudad duerme tranquila esperando la luz del nuevo día, José la atraviesa con rapidez y cautela, enderezando sus pasos hacia los bosques sombríos en busca del camino que ha de conducirle a los arenales de Arabia y de allí a Egipto (1). Tratando de salir lo antes posible de los dominios del Rey Herodes, fácilmente se presume que elegiría José el derrotero más corto para conseguir su objeto, aunque fuese vereda extraviada y solitaria, que es lo que a él le convenía (2).

(1) No ha sido posible determinar el itinerario seguido por José y María en su huida a Egipto. La Escritura nada dice y las tradiciones en este punto se encuentran mezcladas con no pocas ficciones y leyendas. Según algunos autores, realizaron el viaje por mar pasando el Mar Rojo; pero la mayoría cree que lo hicieron por tierra a través del Istmo, hoy canal de Suez. En favor de esta opinión viene la tradición que nos representa en ese hecho histórico a María Santísima sentada en un asno guiado por José, y con el Niño Jesús en sus brazos maternales; lo cual parece indicar que hicieron el viaje por tierra y no por mar.

(2) En esto se fundan muchos autores para opinar que José en su huida tomó la dirección de Gaza, ciudad sita, camino de Egipto, en los confines de Judea, célebre

No hemos de mencionar aquí las múltiples tradiciones o leyendas que nos ha trasmitido la antigüedad, referentes a episodios sucedidos en tan largo viaje a la Santa Familia (1). Lo cierto es que llegaron a Egipto a través de mil peligros y venciendo mil obstáculos, bajo la acertada dirección de José, convertido por singular privilegio en guía y protector de Jesús y María. ¡Admirable oficio el de ese eminentísimo Santo en la fuga a Egipto del Hijo de Dios! Para guiar a los israelitas por el desierto el gran Jehová envió una columna de humo y fuego que les servía de faro por las noches a través de valles y montañas; para conducir a los Magos en busca del Mesías nacido, Dios se valió de una estrella luminosa y brillante que les indicaba el lugar de su nacimiento milagroso, que era Belén la ciudad de David; mas para guiar a su mismo Hijo en una de las épocas más azarosas de su vida eligió a José, quien cumplió perfectamente el oficio que le fué conferido. El consolaba a María, acariciaba al Niño, proveía

por haber nacido en ella Sansón, terror de los filisteos. Los Santos Esposos pasaron por Belén, Hebron, Jata y otras ciudades, despidiéndose de sus primos Isabel y Zacarías a quienes avisarían del peligro que corría el niño Juan a consecuencia de las órdenes de Herodes.

(1) Así, por ejemplo, cuentan varios historiadores que a poca distancia de Gaza, pasado el torrente Besor, fué sorprendida la Sagrada Familia por una cuadrilla de bandidos que merodeaban por aquellos contornos, dedicándose al pillaje y saqueo de los incautos transeuntes. Turbáronse José y María a la vista de aquellos malhechores, mas el capitán de estos, conmovido y admirado al observar la humildad de José y la modestia de su amada Esposa, prohibió severamente a los suyos que les hiciesen el menor daño. Aun más; les brindó alojamiento y proveyó de cuanto necesitaban para continuar su viaje. Pasado algún tiempo aquel capitán de bandidos y jefe de ladrones cayó en poder de la justicia y fué sentenciado a muerte y muerte de cruz, que había de efectuarse en las cimas del Calvario. Murió, en efecto, el ladrón al lado de Jesús, quien en aquella hora crítica de la agonía pagóle generosamente el favor que le había dispensado en su huida a Egipto, pues mereció oír de sus labios divinos aquellas consoladoras palabras: *Hoy estarás conmigo en el paraíso*. El tal capitán de bandidos no era otro que Dimas, *el buen ladrón*, quien en premio de la obra de caridad que hizo a la Santa Familia consiguió su eterna salvación.

Del mismo modo aun hoy día, dice el P. Martínez, se conserva en la Judea la tradición de que habiéndose escondido la Virgen en una cueva al huir a Egipto, estando dando de mamar al Niño Jesús, cayeron al suelo algunas gotas de su sacratísima leche, volviéndose blanca toda la tierra de la cueva. Y todavía van a esa cueva, no sólo los cristianos, sino las mujeres turcas, a coger aquella tierra blanca y conservar la con

la manutención de los dos, asumiendo para sí la parte más penosa del viaje. ¡Y cuántas noches, mientras María y Jesús se entregaban dulcemente al sueño, José velaba sus vidas y proyectaba el modo más seguro de salvarlas a despecho de dificultades y obstáculos! Cuanto se diga de la fidelidad, de la vigilancia y amor de José en esta ocasión, será imagen pálida de la realidad; los mismos ángeles se admiraban de verle tan preocupado y solícito por la salud de su Dios y de su Madre amantísima. José, es verdad, recibía el premio de sus sacrificios y trabajos en las miradas cariñosas del Niño Jesús, en las palabras celestiales de gratitud que le dirigía María, en el gozo que experimentaba por la compañía constante de esos dos privilegiados Seres. Indudablemente que en este tiempo recibió José una efusión de gracias y carismas extraordinarios, de luces divinas, recompensa debida a su acierto y fidelidad.

veneración. ¿Podrá negarse, añado, la existencia de este hecho cuando después de diez y ocho siglos aun se conserva la tradición en Palestina? (*La Virgen María*, P. II, pág. 118. Nota.)

Aun hace mención Sozomeno de otro suceso prodigioso verificado durante el viaje de José a Egipto. Fatigada la Madre de Dios sentóse a descansar a la sombra de un árbol que había a la entrada de Heliópolis. Entonces las ramas del árbol se inclinaron hasta el suelo en actitud de adorar al Niño Dios. Este mismo árbol existe todavía hoy, según creencia de los cristianos egipcios, pues cerca del Cairo, en el sitio donde está la ciudad del Sol, llamada Heliópolis por los griegos, hay un árbol antiquísimo llamado el *árbol de la Virgen*.

También hay una fuente llamada de Jesús y María, cuyo origen se atribuye a que habiendo cierto día bajado la Virgen a Jesús en el suelo, para ir a buscar un poco de agua, pues padecía mucha sed por efecto del cansancio, el Niño dió un golpecito con su pie derecho y brotó al punto un manantial.

Nada, ciertamente, es imposible a Dios; pero confesamos con franqueza que esas y otras muchas narraciones similares nos parecen algún tanto novelescas y ficticias. Adoremos los juicios de Dios quien ocultó a nuestro conocimiento los detalles milagrosos de su huida a Egipto.

#### IV

##### DESTIERRO EN HELIÓPOLIS

Llegados a Egipto, según tradición autorizada por hombres tan insignes como S. Atanasio (1), S. Cirilo de Jerusalén (2) y otros Padres y Doctores, cayeron de sus pedestales muchos de los ídolos de los gentiles, sintiendo el Egipto la presencia del Dios verdadero, todo lo cual parece haberlo dispuesto el Señor para confusión de Satanás, siendo el Egipto una de las primeras regiones en recoger los frutos de la Redención ya que fué antes uno de los primeros países que rindió culto a la idolatría. Así se cumplió también la profecía de Isaías que dice: *He aquí que subirá el Señor sobre ligera nube y entrará en Egipto y a su entrada caerán derribadas las estatuas de los dioses* (3). Aunque estas palabras, según comenta el P. Lepicier, en su sentido literal *primario* se refieren a las plagas y males que habían de llevar a Egipto Senaquerib rey de los Asirios y Nabucodonosor rey de los Caldeos, nada impide que en sentido literal *secundario* se refieran a Cristo (4), el cual llevado en nube ligera, esto es, en brazos de José y María, entró en Egipto, derribando a los falsos dioses, esparciendo ya aquella semilla que con el tiempo se convertiría en floración espléndida de Santos que llenaría los desiertos de la Tebaida y las ciudades de Egipto, perfumando aquellas incultas regiones con los aromas de la penitencia más austera y heroica. ¡Cuántas gracias singulares! derramaría el Niño Dios en todos los pueblos y ciudades por donde pasaba! Los egipcios experimentarían bien pronto las bondades de su corazón.

No sabemos a ciencia cierta el lugar de residencia que eligieron José y María durante su estancia en Egipto; la tradición se

(1) *Lib. de Incarnat.* n. 33-36.

(2) *Cath. ch.* X. 10.

(3) *Ecce Dominus ascendet super nubem levem et ingredietur Ægyptum, et commovebuntur simulacra Ægypti a facie ejus.* Is. XIX. 1.

(4) *Tractatus de Sto. Joseph.* P. I. art. VII. 9.

inclina a creer que fué la ciudad de Heliopolis, cerca del Cáiro (1). Llamábanla los griegos la ciudad del *Sol*, *On* los egipcios, y *Maturea* o *Matariech* los árabes (2). Ignoramos también el género de vida que llevó José durante este tiempo, aunque es de suponer que ejercería el oficio de carpintero para ganar el sustento necesario con que poder vivir su Esposa e Hijo.

A la alegría y júbilo que sintieron los primeros días José y María al verse en lugar seguro, libres de las iras del cruel Herodes, sucedieron bien pronto las penalidades de todo género, los desprecios que hubieron de soportar viviendo entre idólatras, faltos, por otra parte, de toda clase de recursos. A duras penas podían ganar el pan del destierro y solo con derroches de paciencia y mansedumbre lograron captarse el respeto y amor de los demás ciudadanos (3). Pero allí en aquella casa tenía sus complacencias el Altísimo, reinaba Dios personalmente, y donde está Dios, todo es paz y alegría, orden y santidad.

Allí permanecieron hasta que el ángel del Señor les avisó, según su promesa, que había muerto Herodes, y que podían volver

(1) Este es otro de los puntos ignorados en la historia de S. José. Cavedoni cree que la Santa Familia fijó su residencia en Ostracina, ciudad cercana a Rinocerura por hablarse en ella la lengua cananea o siria. Otros con Rufino opinan que vivieron José y María en la ciudad de Herinópolis; otros con Landini que fué Alejandría, ciudad populosa a propósito para vivir ocultos. Pero la mayoría de los autores creen que fué Heliopolis la ciudad elegida por José para pasar su destierro.

(2) Algunos creen que *Matariech* era un arrabal de Heliopolis al cual se retiraron José y María para vivir más tranquilos.

(3) Cual fue e la casa de José y sus utensilios, qué hiciesen en ella los Santos Esposos durante el destierro, y qué género de vida observasen allí, oculta a los ojos del mundo, los describe S. Buenaventura con estas palabras: «Tomaron, dice, una casucha en una aldea junto a Heliopolis, y no tenían en ella muebles curiosos sino apenas los necesarios, y estos bastos y pobres, acaeciéndoles lo mismo con los vestidos, pues solo tenían los precisos para cubrirse y eran los más pobres, ásperos y viles del país. Para poder tener algún trabajo en que ganar su sustento iba la Virgen de casa en casa, pidiendo paños y telas con el fin de emplearse en arreglarlas; hilaba, costía y tejía, siendo fidelísima y cuidadosa en observar todas las reglas de justicia y equidad, y teniendo siempre cerca de sí a su amado Jesús. Cuando éste era de cinco años de edad lo enviaba a llevar las costuras a las casas y a pedir otras, sin que se avergonzasen de estas humillaciones ni la Madre que mandaba al Niño, ni el Niño, que la obedecía. Y quizás sucedió alguna vez que yendo Este con los trabajos ya

a tierras de Israel (1). *Y permaneció allí hasta la muerte de Herodes*, dice S. Mateo (2). El enemigo implacable del Salvador desaparecía del mundo sin lograr el fruto de sus aspiraciones malignas. Murió, nos dice la historia, roído de gusanos en castigo de sus iniquidades (3). Y habiendo muerto Herodes, dice la Escritura, *he aquí que el ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: Levántate, y toma al Niño y a su Madre, y vuelve a tierra de Israel, pues han muerto los que buscaban al*

concluidos de su Madre, dió con alguna vecina orgullosa, pendenciera y locuaz, que tomaba las ropas y despedía al Niño sin el precio convenido y con malas razones... Algunas veces el Niño viniendo de cumplir los mandatos de su Madre, tenía hambre, y como lo hacen los niños así lo hacía El, pidiendo pan a aquella, pero más de una vez se le partió el corazón no teniendo que darle, y otras se privaba ella misma de alimento necesario para dárselo a su Niño, y así no llorase. (S. Buenaventura. *Meditat. Vitae Christi*, cap. 12, et 15. La casa en que habitó la Virgen, según la tradición, estaba situada en la parte de la ciudad que hoy se llama *Cdoro el Viejo*. Todavía hoy se conserva una gruta subterránea que hacía de casa sobre la cual Sta. Elena hizo construir una capilla que aun existe. Se baja a la gruta por una escalera de unos doce peldaños; tiene 5'20 de largo por 3'12 de ancho. No hay ventanas y recibe la luz por la puerta. En la parte alta hay un nicho de 1'04 metros por 0'78 de anchura, donde dormía Jesús, cuya abertura estaba cubierta por un cuadro del altar. A la derecha de la gruta hay una pequeña cisterna, y a la izquierda un poyo de piedra donde dejaba la Virgen al Niño Jesús. Todo esto se conserva en el lugar llamado Mata riech, según afirma Castells y Arbos en su *Vida del Glorioso Patriarca S. José*, página 215.

(1) Se ignora el tiempo que permaneció José en el destierro de Egipto, aunque parece más fundada la opinión según la cual el Niño Jesús sólo estuvo allí tres, lo más cuatro años. La Escritura nada dice y en la tradición todo es dudas y conjeturas. S. Epifanio, Patrici, Graveson y otros opinan que la Sagrada Familia moró allí *dos* años; Du Clot cree que fueron también *dos* años, porque Herodes murió cinco días después del asesinato de su hijo Antipatro, verificado *dos* años después del nacimiento de Cristo. Niceforo se inclina a creer que permanecieron allí los esposos *tres* años, siguiendo a S. Jerónimo y S. Agustín. S. Anselmo, Sto. Tomás y S. Buenaventura dicen que fueron siete años; Baronio pone nueve y cinco S. Francisco de Sales. Pero Josefo Flavio refiere que Herodes dejó heredero del trono a su hijo Arquelao, y como éste fué desterrado el año nono o décimo de su reinado y se cree que la pérdida de Jesús sucedió cuando este tenía doce años y no reinaba aquel, resulta que volvió a Nazaret a los dos o tres años de edad.

(2) *Et erat ibi usque ad obitum Herodis*. II. 15.

(3) Carbonero y Sol, *Fin funesto de los perseguidores de la Iglesia*. pág. 56.

*Niño para matarlo* (1). Así se cumplió la profecía de Oseas, que dice: *Por cuanto Israel era niño y yo le amé, y de Egipto llamé a mi Hijo* (2). Habla aquí Oseas del pueblo de Israel a quien Dios sacó de Egipto por medio de Moisés; pero Israel y su familia eran figura de Cristo en quien se cumple la profecía más propiamente. S. José obedeció prontamente y se dispuso a regresar a Judea. *Levantándose José, tomó al Niño y a su Madre, y se volvió a tierras de Israel* (3). La obediencia le movió a emprender su fuga; la obediencia le retuvo en Egipto; y la obediencia le saca del destierro y le restituye a su patria. Cuán perfectamente nos enseña el Santo a obedecer y cumplir sin tardanza la voluntad de Dios, no perdonando sacrificio ni fatiga para ejecutar las órdenes del cielo.

El ángel no le señala el lugar donde había de vivir a su regreso de Egipto, pero el Santo se dirigió a Judea, con ánimo sin duda de visitar a Jerusalén. Pero he aquí que cuando creía libres de todo peligro las preciosas vidas de Jesús y María, llega a sus oídos que reinaba en Judea Arquelao, hijo de Herodes y heredero de su espíritu sanguinario; y temeroso de ir allá se retiró, según revelación del ángel, a tierras de Galilea, a la ciudad de Nazaret. *Oyendo, dice el Evangelio, que Arquelao reinaba en Judea, en lugar de su padre Herodes, temió ir allá; y avisado en sueños, se retiró a tierras de Galilea. Y vino a morar en una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliera lo que habían dicho los Profetas: Será llamado Nazareno* (4). Nazareno quiere decir Santo, consagrado al Señor; pero los judíos llamaban Nazareno a Jesús por desprecio, por haber nacido en Nazaret. Y sin embargo, el Nazareno ha llegado a reinar en todo el mundo, recibiendo homenaje de adoración de todas las generaciones.

(1) *Surge, accipe puerum et matrem ejus et va te in terram Israel; defuncti sunt enim qui quaerebant animam pueri.* Matth. II. 19-20.

(2) Os. XI, 1.

(3) *Qui consurgens accepit puerum et matrem ejus et venit in terram Israel.* Matth. II. 21.

(4) *Audiens autem quod Archelaus regnaret in Judea pro Herode patre suo timuit illo ire; et admonitus in somnis, se esset in partes Galileae. Et veniens habitavit in civitate, quae vocatur Nazareth; ut adimpleretur quod dictum est per Prophetas: Quoniam Nazaraeus vocabitur.* Matth. II. 22-23.



V

PÉRDIDA DEL NIÑO JESUS

Una vez en Nazaret pudieron descansar tranquilamente de las molestias de un viaje tan largo y azaroso, gozando de la felicidad que proporciona una vida santa, consagrada enteramente a la oración y al trabajo. José y María cumplían maravillosamente sus deberes, amaban a Dios, y eran modelo acabado de lo que debe ser la familia cristiana. Cuidaban atentamente a su Hijo, guardándole como un rico tesoro hasta que Dios se dignara revelarle al mundo. Al lado de sus padres crecía y se fortificaba también el Niño Jesús, lleno de sabiduría y bondad, porque la gracia de Dios estaba con El.

Y todos los años iban sus padres a Jerusalén en el día solemne de la Pascua (1), porque así lo mandaba la ley de Moisés en reconocimiento a los muchos beneficios que había recibido de Jehová el pueblo de Israel (2). *Y cuando Jesús tuvo doce años de edad*, dice S. Lucas, *subieron los tres, El y sus padres, a Jerusalén, según la costumbre del día de la fiesta. Y acabados los días cuando regresaban, se quedó el Niño Jesús en Jerusalén, sin que sus padres lo advirtiesen* (3). Este suceso extraordinario llenó de consternación a José y a María (4).

(1) *Et ibant parentes ejus per omnes annos in Jerusalem in die solemnī Paschae.* Luc. II, 41.

(2) Tres veces, según el Deuteronomio cap. XVI, debían los judíos visitar a Jerusalén para ofrecer sacrificios y adoraciones. Primero, en la solemnidad de la Pascua, por haber sido librados de la cautividad de Faraón; después en la de Pentecostés, por haber recibido la ley del Decálogo en el Sinaí; y, finalmente, en la de los Tabernáculos, en memoria de los cuarenta años que pasaron en el desierto. Esta ley sólo obligaba a los varones; podían también las mujeres hacer el viaje por piedad o por acompañar a sus maridos, como es de creer lo hizo María Santísima.

(3) *Et cum factus esset annorum duodecim, ascendentibus illis Jerosolyman secundum consuetudinem diei festi, consummatisque diebus, cum redirent, remansit puer Jesus in Jerusalem, et non cognoverunt parentes ejus.* Luc. II, 42-43.

(4) Esta pérdida, o mejor dicho, separación de Jesús, *humanamente hablando*, se explica por la costumbre introducida entre los hebreos de ir separados hombres y mu-

No hay lengua humana capaz de describir la amargura profunda que inundó el corazón de tan amantísimos padres, pues la pérdida del Niño Dios significaba para José y María la pérdida de todos los bienes. Fué inmenso su asombro al advertir que no venía con ellos su adorado Hijo; el dolor heló entonces sus almas y la angustia los dejó petrificados. Compréndese fácilmente los ayes y suspiros que exhalarían en tal situación sus amantes corazones (1). Sólo una providencia especial puede explicar satisfactoriamente la conducta de José y María, no advirtiendo *durante todo un día* (2) la ausencia de su divino Hijo. Los juicios de Dios son inescrutables, y más bien hemos de adorarlos que escudriñarlos; ni cabe dudar que por fines altísimos dispuso Dios someter a José y María a tan dura prueba para que aprendamos a recibir de la mano del Señor lo mismo los bienes que los males, la felicidad que la desgracia.

Ante todo hemos de guardarnos muy bien de atribuir a negligencia alguna, por parte de los padres, la pérdida del Niño Dios. No fué pérdida, sino separación, porque el mismo *Niño se quedó en Jerusalén* sin notificarlo a sus padres (3). El defecto de vigilancia o cautela por parte de José, Jefe de la Familia, se excluye en el caso presente por creer que el Niño iba en compañía de su Madre. Dios lo permitió así para nuestra edificación y enseñanza. La misma Escritura rechaza esa hipótesis de negligencia por parte de José y María cuando afirma que *creyendo los padres estaba Jesús con los de la comitiva, anduvieron camino de un día y le buscaban entre los parientes y conocidos* (4). Lo cierto es que José le buscó inconsolable por espacio de tres días, repitiendo entre sollozos aquellas palabras del Salmista: *Mis lágrimas me*

jeres en las peregrinaciones, pudiendo los niños ir con cualquiera de las comitivas. José y María, cada uno creyó por su parte que Jesús iba en compañía del otro, hasta que al reunirse por la noche advirtieron con gran pena la ausencia de Jesús.

(1) Una tradición piadosa afirma que el lugar donde advirtieron José y María la ausencia de Jesús fué la ciudad de Machmas, hoy Bir, donde pensaban pernoctar.

(2) *Venerunt iter unius diei.* Luc. 11, 44.

(3) *Remansit puer Jesus in Jerusalem.* Luc. 11, 43.

(4) *Existimantes autem illum esse in comitatu, ronerunt iter unius diei et requirerant eum inter cognatos et notos.* Luc. 11, 44.

*han servido de pan día y noche oyendo a todas las horas preguntarme ¿Dónde está tu Dios? (1).*

*Al cabo de tres días lo encontró en el templo sentado en medio de los Doctores y disputando con ellos sobre los misterios de la ley. Al verle sus padres quedaron maravillados. María se quejó dulcemente diciéndole: Hijo mío, por que te has portado así con nosotros. He aquí que tu padre y yo angustiados te buscábamos (2).* S. José no habló una palabra, ni se quejó, a pesar de que su autoridad podía justificar en él cualquiera expresión de dolor.

Pero aunque él no habla, su persona se destaca con rasgos vigorosos en esta fase de su vida. Las relaciones que le unen con el Verbo Encarnado resplandecen aquí con brillo celestial. En primer lugar, Jesús siguió a José en su viaje a Jerusalén, como hacían los demás niños con sus padres respectivos, manifestando con esto que reconocía a José como padre suyo. Del mismo modo José se revela aquí como si fuese padre verdadero de Jesús. Le lleva en su compañía, y cuando desaparece le busca día y noche sin descanso, con toda diligencia. Y por fin, María le exalta y glorifica cuando le llama *padre de Jesús* sin aditamento alguno. *He aquí que tu PADRE y yo te buscábamos (3)* Llámale *padre* porque en cierto sentido lo era; padre por el afecto, por los cuidados, por la ternura; con este glorioso nombre quiso honrar María a José como Cabeza de familia, indicando al mismo tiempo los sentimientos de padre con que había buscado a su divino Hijo, sentimientos de amor y dolor como no los experimentó padre alguno terreno.

*¿Cómo es que me buscábais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas de mi Padre? (4).* Respuesta sublime que revela la divinidad de Jesús. Con ella no rechaza la paternidad de José

---

(1) Psal. XLI, 4.

(2) *Et factum est, post triduum invenerunt illum in templo sedentem in medio doctorum, audientem illos, et interrogantem eos... Et videntes admirati sunt. Et dixit mater eius ad illum: Fili, quid fecisti nobis sic? ecce pater tuus, et ego dolentes quaegebamus te.* Luc. II, 46-48.

(3) *Ecce pater tuus et ego.* Luc. II, 48.

(4) *Quid est quod me quaerebatis? nesciebatis quia in hiis, quae Patris mei sunt oportet me esse?* Luc. II, 49.

alegada por María, pero indica claramente que existe otra paternidad más alta a la cual debe su origen; que su filiación es sobrenatural y esta le obliga a obedecer a su Padre celestial, cuya voluntad ha venido a cumplir durante su peregrinación en la tierra (1). Ni tampoco reprende a María por sus quejas amorosas, porque las palabras de María no revelaban movimiento alguno de impaciencia, sino el profundísimo dolor que la embargaba. La respuesta de Jesús es la de un maestro que enseña, determinando el lugar y tiempo oportuno de su magisterio que María y José ignoraban; sus palabras no son de reprensión sino de instrucción, de consuelo y de defensa. De instrucción, manifestando que lo que había sucedido era por disposición divina; de consuelo, porque, siendo así, no había motivo para buscarle con tanta ansiedad; de defensa, porque viene a negar que su voluntad fuera la causa del dolor que desgarraba el corazón de sus padres.

*Mas estos no comprendieron el sentido de su respuesta* (2). Porque encerraba grandes misterios relativos a las cosas de su Padre de que antes les había hablado. José y María adoraron los juicios del Señor y las palabras de su Hijo; gozosos de haber encontrado a su Jesús, no inquirieron más; dieron gracias a Dios y emprendieron la vuelta a Nazaret.

## VI

### VIDA OCULTA EN NAZARET

Jesús les acompañó, volviendo con ellos a la misma ciudad. *Y descendió con ellos y vino a Nazaret* y les estaba sumiso y obediente (3). Más de veinte años pasó Jesús en la humilde morada de Nazaret, y de cuanto allí dijo e hizo nada nos dice la Escritura. Esta, refiriéndose a la vida oculta de Jesús en Nazaret,

---

(1) *Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus, qui misit me.* Joan. IV, 34.

(2) *Et ipsi non intellexerunt verbum quod locutus est ad eos.* Luc. II, 50.

(3) *Et descendit cum eis et venit Nazaret.* Luc. II, 41.

se contenta con estas lacónicas palabras: *Y les estaba sujeto* (1). Pero esas breves palabras, ¡cuántas verdades, cuántos misterios encierran! Es verdaderamente admirable, escribe el P. Martínez, la economía de palabras y brevedad de sentencias con que el Espíritu Santo nos describe la vida de Jesús en Nazaret, y junto con ella la de su Madre. Pero encierran tantas grandezas las dos sentencias en que se nos describe la vida del Hijo y de la Madre, que bastan ellas solas para ocupar todas las inteligencias angélicas en su contemplación por toda la eternidad (2).

Hemos llegado al punto culminante de la vida de Jesús, al más oscuro y difícil, donde todo es sombras y misterios, pero sombras sagradas, misterios divinos. La vida oculta de Jesús en Nazaret es el misterio más inefable de los misterios de Cristo, incomprensible y, en cierto modo, injustificable a los ojos de la razón humana. Aquel Dios Omnipotente que había venido a salvar al mundo y redimir al hombre, era natural que se diera a conocer a todos para que se aprovecharan de sus sabias enseñanzas y sólidos consejos. Su majestad exigía por otra parte esa manifestación pública, demandaba el homenaje de todos los pueblos, lo cual era imposible con aquel género de vida oculta y solitaria que abraza en un rincón de Galilea.

Pero, ¡cuán diversos son los juicios de Dios del de los hombres! Lo que a estos les parece locura es sabiduría infinita a los ojos de Aquel (3). El Dios-Hombre que posee todos los tesoros de la ciencia y la sabiduría divina (4); que estaba dotado de las más relevantes prendas para captarse la veneración y respeto de cuantos le veían; que hubiera podido realizar tantas obras maravillosas en honor de su Padre con sola su publicidad; este Dios-Hombre que vino a salvar a los pecadores y convertir a los idólatras, se esconde, huye del mundo, y por espacio de treinta años se sepulta en la oscuridad y en el retiro ¡Cómo condena nuestra vana ostentación y loco orgullo, el ansia de sobresalir

---

(1) *Et erat subditus illis*, Ib.

(2) *La Virgen María*. P. II, lib. 20 pág. 129.

(3) *Quod altum est hominibus abominatio est ante Deum*. Sap. XI, 15.

(4) *In quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae Dei*. Ed. II, 3.

que a todos nos domina! Y ¿qué es lo que hace en esa vida solitaria? *Estaba sujeto a José y a María.* Eso es todo lo que hace; se ocupa en obedecer a dos humildes criaturas.

Pero en esta vida oculta, en este periodo de la existencia de Jesús, es donde más espléndidamente se revelan las relaciones que le ligan a José. En aquella sagrada Familia es José la figura que más se destaca, porque él es quien manda, quien ordena, quien dirige. Jesús, como si fuese su verdadero hijo, servía, honraba, amaba y obedecía a José rendidamente, ayudándole en las rudas tareas de su oficio, en el cumplimiento de las obligaciones domésticas.

Al hablar de la sujeción de Jesús a José no hemos de exagerar más de lo justo esa dependencia, como suelen hacerlo no pocos devotos josefinos. Cristo, por razón de su divinidad, estaba exento de toda sujeción y solamente en cuanto hombre estuvo sujeto a su Padre celestial, y en este sentido dice Jesús en la Escritura, que su *Padre es mayor que él* (1). Como criatura que era estaba sujeta al Criador y en concepto de tal debía cumplir los mandatos de su Padre celestial. Por eso decía que había venido a cumplir la voluntad de su Padre (2) y que hacía siempre lo que a Este le agradaba (3). Jesucristo también estuvo sujeto a las leyes del derecho natural que se derivan de la naturaleza humana, pues en el hecho de asumir esta, se impuso libremente la obligación de cumplir aquellas, pero aun en este caso era libre en cuanto a las circunstancias y el modo de cumplirlas.

De todo esto se colige que la autoridad de S. José sobre Jesús significa más bien el uso que el derecho; la sujeción de Jesús era una sujeción voluntaria y libre con la que el Señor de todas las cosas honraba a José obedeciendo sus órdenes. Era una sujeción de piedad en virtud de la cual los hijos deben honrar y reverenciar a sus padres, y Jesús honraba y reverenciaba a José como a legítimo padre suyo. Cumplía como buen hijo el precep-

(1) *Pater major me est.* Joan. XIV, 28.

(2) *Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus, qui misit me.* Joan. IV, 34.

(3) *Quae placita sunt ei, facio semper.* Joan. VIII, 29.

to de Dios que manda se tribute a los padres el testimonio de amor, de obediencia y de gratitud (1). Y como la virtud de la piedad incluye, según Sto. Tomás, el deber de socorrer a los padres cuando están pobres, de curarlos en caso de enfermedad, y consolarlos en el lecho de muerte, hemos de afirmar que así lo hizo Jesús con José, cumpliendo como hijo amantísimo los deberes que en concepto de tal le incumbían (2).

Sin embargo, esta sumisión la ejercitó Jesús solamente en lo relativo al gobierno de las cosas temporales, inherentes a la casa y familia; pues con ese objeto se celebró el matrimonio de María y José. De ningún modo hemos de admitirla en cualquiera otro orden, porque tal sujeción repugna a la divinidad de Jesús. Por derecho propio imperaba Este en todas las criaturas incluso en María y José; con mayor motivo si se trataba de cosas o asuntos pertinentes al orden sobrenatural, como lo demostró evidentemente al quedarse en el templo sin comunicarlo a sus padres. La sumisión de Jesús a José tampoco es signo de debilidad, ni arguye en Aquel imperfección alguna; muy al contrario, revela humildad profundísima y absoluta obediencia. No vaciló en obedecer a un pobre carpintero, pasando por hijo de tal ante las turbas que le conocían y admiraban (3).

Celebremos aquí la grandeza incomparable de José a quien rinde vasallaje el Rey del cielo. No sólo María, Madre de Dios y Reina de los ángeles, obedece y reverencia a José, que es su esposo amadísimo, sino también Jesús, el Creador de los Mundos, el Omnipotente, el Inmenso; el mismo Dios le obedece y reverencia también, haciendo cuanto José ordena y dispone. No se separa José de Jesús; en todas sus ocupaciones se ve acompañado de su Hijo. Con Jesús ora, con Jesús trabaja, con Jesús come y descansa, con Jesús vive y ejerce sus deberes profesionales y domésticos. José alimenta y viste a Jesús, le cuida y vigila, acaricia y besa. Con este fin suda y se afana, trabaja y

(1) *In opere et sermone et omni patientia honora patrem tuum. Eccli. III, 9. Filii obedite parentibus vestris. Ephes. VI, 1.*

(2) *S. Theol. II.<sup>a</sup>, II.<sup>ae</sup> Q. CI, art. 2.*

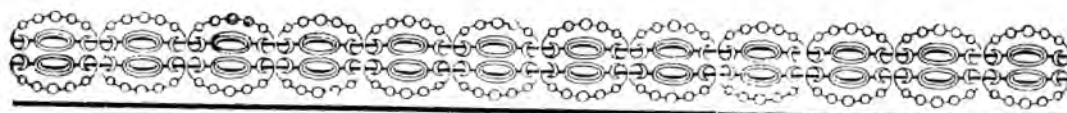
(3) Las gentes al verle decían: ¿Acaso no es este el hijo del carpintero? *Nonne hic est fabri filius? Matth. XIII, 55.*

brega, llora y padece. Jesús, por su parte, le obedece y ama, le honra y consuela, le revela sus confidencias íntimas, los secretos de su corazón divino. Y de este modo Padre e Hijo, José y Jesús vienen a ser una misma cosa, un solo corazón y una sola alma.

¡Admirable humildad la de Jesús! ¡Incomparable dignidad la de José! ¡Grande Jesús obedeciendo a un hombre; grande José mandando a un Dios! ¡Oh, qué misterios tan inefables, qué ejemplos tan sublimes! Verdaderamente que son incomprensibles y profundos. Feliz de tí ¡oh José! porque tuviste al Rey del cielo sometido a tus órdenes santísimas! Feliz de tí, porque mereciste ver y oír a quien todos tus antepasados no vieron ni oyeron. Gloria a tí por los siglos de los siglos.







## CAPITULO XIII

### **Paternidad de S. José**

La vida indivisible de José en compañía de Jesús, la unión inseparable de entrambos desde que Este nace en Belén hasta que aquel desaparece en Nazaret de la escena del mundo, demuestran evidentemente la grandeza singular del Santo, constituyen prueba categórica de haber sido elevado a un orden superior al de todas las criaturas. Pero no es esto todavía el vértice de las sublimidades josefinas; el título más brillante, el florón que adorna las sienes del inmortal Patriarca, la cúspide de las magnificencias de José, la perla de su diadema, el pedestal de su gloria, débelo a su carácter de padre de Jesús, título único y exclusivo de S. José entre todas las criaturas. Este es a no dudar, dice Butiñá, el título más insigne y divino entre los títulos y atributos del santo Patriarca (1).

Los títulos de esposo de María y padre de Jesús, decíamos que eran las dos fuentes de la teología josefina; pero el primero tiene más bien razón de medio que de fin, porque el matrimonio de José se ordenaba a la Encarnación del Verbo, que es el término adecuado y definitivo de la misión y dignidad de S. José. Hemos llegado a la cumbre, y como todas las alturas dan vértigos, preciso es acudir a la fuerza sobrenatural de la revelación y a los oráculos infalibles de la Iglesia para no desmayar, cayen-

(1) *Glorias de S. José*, cap. VIII, pág. 131.

do en la sima del error y de la herejía. La paternidad de S. José ha sido el escollo donde han naufragado los grandes talentos; la ruina de no pocos autores que, incautamente seducidos por el afán de novedades, pretendieron con sus propias luces descifrar los misterios que en ella se encierran. Por eso hemos de proceder con gran prudencia en el examen y esclarecimiento de una cuestión tan espinosa y difícil, no perdiendo de vista el faro de la fe y la solidez de los grandes principios teológicos, base inquebrantable de nuestras investigaciones josefinas. El Santo bendito nos ayude e ilumine para conocer a fondo su paternidad santísima, sin caer en el error ni sembrar inquietudes en el espíritu de los fieles cristianos.

La simple enumeración de los oficios que desempeña José con Jesús desde Belén a Nazaret nos dan derecho a afirmar en cierto modo su paternidad bendita; las breves reflexiones que hemos hecho sobre su conducta con el Salvador en las diversas etapas de su vida, nos confirman en que S. José no era un ser extraño a la persona del Redentor, ni simplemente un compañero enviado por Dios en circunstancias extremas para ayudarle y socorrerle, sino que era algo más, un miembro sustantivo de la Sagrada Familia, una realidad íntima del misterio mismo, la expresión suprema de aquella sociedad conyugal, imagen viviente de la sociedad divina, el esposo de María y padre de Jesús. Los cuidados que prodiga al Niño Dios, su solicitud exquisita en servirle, los sudores que vierte para conservar su vida y proveer a sus necesidades corporales, y más que todo, el modo y la forma en que ejecuta José todos esos oficios y deberes, nos están diciendo que él era el padre de Jesús.

Sobre el hecho no es posible discutir después de los reiterados testimonios de la Escritura que así lo afirman. El pueblo tenía a José por padre de Jesús. *Era Jesús como de edad de treinta años*, escribe S. Lucas, *y se le reputaba hijo de José* (1). Dice el Evangelista que se le *reputaba* hijo de José, escribe S. Agustín comentando este pasaje, para acomodarse al vulgo, en la

(1) *Et ipse Jesus erat incipiens quasi annorum triginta, ut putabatur, filius Joseph.* Luc. III. 23.

opinión del cual Jesús había nacido de José como los demás hombres nacen de sus respectivos padres (1).

Pero no sólo el vulgo ignorante del misterio llamaba a José padre de Jesús; también los Evangelistas que conocían perfectamente la divinidad de éste, le llaman así, y llegan a equipararle con María. *Admirábanse su PADRE y su Madre de lo que se decía de El* (2). *Iban sus PADRES a Jerusalén todos los años* (3). *Se quedó en Jerusalén el Niño Jesús sin que lo advirtiesen sus PADRES* (4). La misma Madre de Dios, que tampoco ignoraba la concepción milagrosa de Jesús, llama *padre* a José sin aditamento alguno. *He aquí que tu PADRE y yo angustiados te buscábamos* (5). Confesión tan explícita y manifiesta no necesita comentarios.

La divina Providencia, dice Jamar, no acostumbra a dar a las cosas títulos vanos y nombres vacíos (6). De donde se sigue que si llama por boca de María padre de Jesús a José, le conviene este nombre no sólo según la estimación común, sino también según la realidad significada por el nombre. Hemos de juzgar, dice Suárez, que no sin disposición *especial* de Dios le fué impuesto este nombre a José, porque la Virgen y S. Lucas hablaron inspirados por el Espíritu Santo (7). Es indudable también que con el nombre dulcísimo de padre le llamaba Jesús, ratificando así el concepto que los demás tenían formado de él. ¡Padre mío! Tal es el nombre con el que Jesús, el Hijo de Dios encarnado, llama mil y mil veces a José, poniendo en esta frase todo el amor

(1) *Unde manifestum est illud, et quod ait: UT PUTABATUR FILIUS JOSEPH, propter illos dicere qui eum ex Joseph, sicut alii homines nascuntur, natum arbitrabantur. De consensu Evangel. lib. II. c. 1. n. 3.*

(2) *Et erat pater ejus et mater mirantes super his quae dicebantur de illo.* Luc. II. 33.

(3) *Ibant parentes ejus per omnes annos in Jerusalem.* Luc. II. 41.

(4) *Remansit puer Jesus in Jerusalem et non cognoverunt parentes ejus.* Luc. II. 4.

(5) *Ecce pater tuus et ego dolentes querebamus te.* Luc. II. 48.

(6) *Theologia Sancti Joseph. cap. II. art. 11.*

(7) *Ex quo intelligi potest non sine singulari Dei ordinatione nomen hoc illi esse impositum, quia nec Beata Virgo, nec S. Lucas absque speciali Spiritus Sancti instinctu locuti sunt. De mysteriis vitae Christi. Disp. n. 8. Sect. 1.*

filial de un Dios. Cuando de él hablaba a María o a los vecinos de Nazaret ¿cómo dudar de que le llamara padre suyo? De esa manera y por la más infalible voz ha recibido S. José el calificativo más glorioso que existe después de la Madre de Dios (1).

No podemos, por lo tanto, negar que S. José fué padre de Jesús; la Escritura y la Tradición así lo afirman. El hecho es cierto; la dificultad está en determinar el sentido y alcance de esa paternidad para evitar peligrosas confusiones y deplorables absurdos. He aquí nuestro propósito, que procuraremos cumplirlo procediendo con orden y claridad en la indagación de uno de los puntos más delicados y profundos de la teología josefina.

## I

### DEFINICIÓN FILOSÓFICA DE LA PATERNIDAD

Lo primero que debemos hacer, como preliminar necesario para disquisiciones ulteriores, es definir con acierto los conceptos de generación y paternidad según los principios de la Dogmática cristiana, para que así aparezca con claridad el sentido y acepción de la paternidad de José, excluyendo del Santo la paternidad natural que algunos herejes antiguos y modernos defendieron (2).

Padre en sentido estricto se llama aquel que produce a otro de la misma especie por un acto de verdadera generación. Generación no es otra cosa, según Sto. Tomás, que *el origen de algún viviente de un principio también viviente unido con el engendrado por semejanza de naturaleza* (3). Como se ve, define aquí Sto. Tomás la generación en su sentido propio. Hay otra generación,

(1) Sauvé, *S. José*, pág. 83.

(2) Los modernistas con Loisy creen que Cristo fué un puro hombre, divinizado por la fe de los cristianos; Herzog también calumnia a la Santísima Virgen, diciendo que la doctrina católica acerca de su perpétua virginidad es una adulteración helénica del primitivo Evangelio, según el cual Cristo fué concebido *naturalmente* como los demás hombres. Cfr. *Revue d'histoire et de Liter. religieuse*, tom. XII, 1907.

(3) *Origo viventis a principio vivente conjuncto secundum similitudinem ejusdem naturae*. I. Q. XXVII. art. II.

llamada así por los filósofos, la cual significa la *mutación de una cosa, del no ser al ser* o la producción de una cosa de la nada de sí misma. Es opuesta a la corrupción y común a los vivientes y a los no vivientes (1). Cuatro condiciones se requieren para que exista generación propiamente dicha: 1.<sup>a</sup> Que el *término* de la generación sea una substancia viviente. Por esto el sudor y las lágrimas no son hijas del hombre. 2.<sup>a</sup> Que sea también substancia viviente el *principio* generador, y que este dé origen a la substancia engendrada por una acción *activa* y *vital*. Esta es la causa de que Adán formado del barro no fuese engendrado, ni tampoco Eva formada de una costilla de Adán es hija de éste, porque en aquel acto fué Adán un sujeto meramente pasivo. Si, como los darvinistas y evolucionistas pretenden, las substancias vivientes procedieran de las no vivientes por *selección natural*, tampoco esa procesión sería generación, porque no es efecto de una acción vital. 3.<sup>a</sup> Que la *substancia constitutiva* del viviente engendrado proceda por comunicación *total* o *parcial* de la substancia del principio generante. Por esta causa Adán y los ángeles no son hijos de Dios porque Este no les comunicó la substancia divina. 4.<sup>a</sup> Que el *viviente o sujeto engendrado* tenga semejanza de naturaleza *específica* con el principio que le dió la vida, de tal modo, que la *misma generación* tienda de suyo, *ex se*, a producir aquella semejanza. Por carecer de esta condición el cabello no es hijo del hombre porque sólo posee vida vegetal; los gusanos que nacen en nuestro organismo tampoco son hijos nuestros porque carecen de vida humana; sólo gozan de vida animal.

Según esto, en la Trinidad Beatísima la primera persona se llama y es con toda propiedad *Padre*, y la segunda *Hijo*, porque la naturaleza de Este no solo es semejante e idéntica a la del Padre específicamente, sino que lo es en *virtud de la misma generación*. Pero no es ni puede llamarse *hijo* al Espíritu Santo, por-

---

(1) Cfr. S. Th. ib. Willems, *Institutiones Philosophicae*, vol. II. part. I. cap. III pág. 100; Zigliara, *Summa Philosophica*, vol. II. lib. II. cap. II. art. I.; Liberatore *Institutiones Philosophicae*, vol. II. cap. II. art. VI.; De María *Philosophica Peripatetico-Scholastica*, vol. II. part. I. q. I. art. IV.

que aunque posea naturaleza semejante a la del Padre, esta semejanza no es debida a su origen formalmente considerado sino a otras causas. La procesión de la voluntad no se verifica como la del entendimiento por semejanza del objeto conocido en el sujeto cognoscente, sino por cierta inclinación de la voluntad que se termina en el objeto amado (1). Por consiguiente, la paternidad no es otra cosa que la *relación del principio de la generación en los vivientes perfectos*; y filiación es la *relación del sujeto engendrado con el principio generante* (2). Estas relaciones son reales por su naturaleza. En consecuencia, *padre* se llama propiamente aquel que engendra; *hijo*, aquel que es engendrado. Todo esto sea dicho hablando en rigor teológico.

Ahora bién; si prescindimos de ese rigor, el nombre de padre y de hijo se aplican con frecuencia en el orden físico y moral a todos aquellos seres que guardan entre sí alguna relación de vestigio, semejanza o imagen, parecida a la que incluye el concepto de generación (3). Por la semejanza de vestigio se llama

(1) Cfr. S. Th. I. Q. XXVII, art. 4.

(2) *Relatio principii generationis in viventibus perfectis dicitur paternitas; relatio vero procreantis a principio dicitur filiatio*. I. Q. XXVIII, art. 4.

(3) Estas palabras *vestigio*, *semejanza*, *imagen*, no son sinónimas, poseen significados diversos. Toda semejanza es vestigio, y toda imagen es semejanza, pero no viceversa; porque ni el vestigio es siempre semejanza ni la semejanza es siempre imagen. *Vestigio* es cierta huella o impresión que nos lleva al conocimiento *confuso* de otra cosa. *Confuso*, digo, porque solo representa en parte el objeto conocido, como la huella del pié en un camino nos lleva al conocimiento del viajero que por allí pasó. Tres condiciones exige el vestigio: *a)* que sea semejanza; *b)* imperfecta; *c)* que nos lleve al conocimiento de otra cosa. *Semejanza* es la conveniencia de dos seres en la misma forma. Esta conveniencia puede participarse por los seres que son entre sí semejantes de *tres* maneras: *a)* según la misma razón y modo; *b)* según la misma razón, pero diverso modo; *c)* según diversa razón y diverso modo, como sucede en las causas equívocas. Para la razón de imagen se requiere algo más. *Imagen* es la semejanza que tiene un ser con otro en naturaleza específica, o a lo menos en algún signo de la especie (figura, semejanza adquirida en *virtud de origen*. Un huevo, dice S. Agustín, no es imagen de otro huevo porque no procede de él. Lib. LXXXI I. Quaest. Q. 74). Según esto, tres son las condiciones requeridas para que una cosa sea imagen de otra: *a)* que de ella proceda; *b)* que sea semejante a ella; *c)* en especie o en algún signo de la especie. *Imagen*, refiriéndonos a las criaturas es la expresión (copia) del prototipo, la cual, en virtud de su origen, es semejante en naturaleza espe-

a Dios *Padre* de las criaturas irracionales. Así leemos en Job: *¿Quién es el padre de la lluvia? o ¿quién engendró las gotas del rocío?* (1). Según la semejanza de imagen se dice en el Deuteronomio que Dios es *padre* de las criaturas. *¿Acaso no es El tu padre, quien te conquistó, te hizo y te creó?* (2). Dios es padre de algunas criaturas según la semejanza de la gracia que nos hace hijos adoptivos suyos. *El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios* (3). De otros es Dios padre según la semejanza de la gloria que ya poseen en el cielo. *Nos gloriamos*, dice el Apóstol, *en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios* (4).

Predicándose con toda propiedad un nombre de aquel sujeto en quien se encuentra perfectamente la razón por él significada, se colige que el nombre de padre se predica propiamente del padre natural quien por el acto generador da vida a un ser semejante a sí en naturaleza específica. La paternidad se especifica, digámoslo así, por la vida que comunica al sujeto de la filiación, siendo aquella tanto más excelente y perfecta cuanto esta lo es también. Así se llama padre natural al que da la vida material humana, y padre espiritual al que da la vida espiritual del alma por la predicación de la verdad o enseñanza de la virtud.

A nadie conviene con más propiedad el nombre de padre que a Dios Nuestro Señor, el cual creó todas las cosas y nos da y conserva la vida que tenemos (5). Como decía el Apóstol, toda

cífica o en algún signo de la especie al mismo prototipo. De lo dicho se infiere que todas las criaturas, aun las irracionales, son *vestigios* de Dios y nos sirven para conocerle. Son también semejanzas de Dios, pero imperfectas, *semejanzas desemejantes*, que diría el Areopagita. Pero *sólo* las criaturas inteligentes, el ángel y el hombre, son imágenes de Dios o representan a Dios por modo de imagen. (S. Th. I. Q. IV. Art. 13; De María; *Philosophia Peripatetico-Scholastica*, vol III. Q. III. Art. II).

(1) *Quis est pater pluviae? aut quis genuit stillas roris?* Job. XXXVIII, 28.

(2) *Nonne ipse est Pater tuus qui possedit et fecit et creavit te.* XXXII, 6.

(3) *Ipse Spiritus reddet testimoniun spiritui nostro quod sumus filii Dei.* Rom; VIII, 16.

(4) *Gloriamur in spe gloriae filiorum Dei.* Rom. V. Q. Cfr. S. Th. I. Q. XXXIII. Art. 3.

(5) El nombre de padre, cuando se predica de Dios, se toma en dos sentidos, puede ser nombre *personal* y nombre *esencial*. El nombre de padre *personalmente* tomado significa una relación real, *ad intra*, como cuando dice el Apóstol: *Pater Do-*

paternidad creada es participación de la paternidad divina de la cual se deriva. *Doblo mis rodillas ante el Padre de N. S. Jesucristo del cual toda paternidad toma el nombre en los cielos y en la tierra* (1). De lo dicho se desprende que la paternidad reside principalmente en los seres vivientes y cognoscitivos. La paternidad, dice el Doctor Angélico, existe solamente en los seres vivientes dotados de conocimiento. Pero hay dos vidas: una en acto y otra en potencia. La vida en potencia consiste en la facultad de ejecutar actos vitales. Así el que duerme, con relación a los actos exteriores, se dice que vive en potencia. La vida en acto consiste en el ejercicio vital, en la ejecución de obras vitales. Esto supuesto, no solo aquel que comunica la vida en potencia es padre de aquel a quien se la da, sino también puede llamarse padre aquel que da el acto de la vida. Por consiguiente, cualquiera que induce a otro a la ejecución de un acto vital, por ejemplo, a obrar bien, a entender, a querer, a amar, puede llamarse padre de él. *Porque aunque tengáis diez mil pedagogos en Cristo, pero no muchos padres* (2). O sea, la paternidad se funda

*mini Nostri Jesu Christi*, II. Cor. I. 3. *Esencialmente* significa una relación de razón, *ad extra*, como cuando decimos: *Pater noster qui est in coelis*. Matth. VI. 9. El nombre de padre tomado *esencialmente* se predica de las tres divinas personas; según que es nombre *personal* sólo se predica y conviene a la primera. (Cfr. Billot, *De Verbo Incarnato*, th. XX). El nombre de padre conviene a Dios con más propiedad y perfección que a la criatura. La razón teológica es clara. La paternidad se funda en la generación; pero la generación es más propia y perfecta en Dios que en las criaturas. Luego, etc. Se prueba la menor. Todo generante engendra algo semejante a sí, comunicando al engendrado su propia naturaleza. Dos cosas, pues, exige la generación: la *distinción* de supuesto y la *unidad específica* de forma que comunica el engendrante al engendrado. Cuanto mayor sea la *dualidad* de supuestos y la *unidad* específica entre el padre y el hijo, más perfecta será la generación. En Dios estas dos propiedades existen en un grado perfectísimo. La unidad numérica de naturaleza y la dualidad son completas, porque el Padre y el Hijo son una esencia y dos personas o hipóstasis subsistentes, opuesta la una a la otra. En las criaturas sólo hay unidad específica, genérica, o analógica, entre la substancia del generante y la del engendrado. Por lo tanto, la paternidad en Dios es inmensamente más perfecta que en las criaturas.

(1) *Flecto genua mea ad Patrem Domini nostri Jesu Christi a quo omnis paternitas in coelo et in terra nominatur*. Ephes. III, 14, 15.

(2) *Paternitas est tantum in viventibus et cognoscentibus. Est autem duplex vita:*



en la generación, pero esta puede dar origen a la vida en acto primero o en acto segundo (1). En ambos casos existe verdadera paternidad. Pero como la vida adquirida por generación puede ser *natural* o *sobrenatural*, la paternidad sigue la misma división; es *natural* o *sobrenatural*. Puede añadirse a esta división fundamental de la paternidad en *natural* y *sobrenatural* otra tercera paternidad admitida en el lenguaje corriente, la cual consiste en la producción, conservación o desenvolvimiento de la vida jurídica o moral de un individuo. Esta paternidad se llama paternidad *legal*, *jurídica* o también *adoptiva*. De donde se sigue que uno puede ser padre de otro o *natural* o *espiritual* o *adoptivo*.

Una vez que hemos anticipado estas observaciones preliminares cuyo conocimiento se impone para discurrir con acierto sobre la paternidad de S. José, sólo nos resta aplicar esos principios al caso concreto que tratamos de dilucidar en la ocasión presente.

## II

### LA PATERNIDAD DE S. JOSÉ NO ES FÍSICA

Y ante todo, debemos afirmar que José no es padre de Jesús por generación carnal, no es padre *natural* de Cristo. Esta es una verdad dogmática que nadie puede negar, salva la fe. La Escritura y la Tradición nos suministran pruebas concluyentes sobre el

*una secundum actum, alia secundum potentiam. Vita quidem secundum potentiam est habere opera vitae in potentia. Unde dormiens, quantum ad actus exteriores, dicitur vivere in potentia. Vivere autem secundum actum est quando exercet quis opera vitae in actu. Sic autem non solum qui dat potentiam vitae pater est ejus cui dat; sed qui dat actum vitae ille etiam pater dici potest. Quicumque ergo inducit aliquem ad aliquem actum vitae, puta ad bene operandum, intelligendum, volendum, amandum, pater ejus dici potest. I. Cor. IV, 15; Nam si decem millia paedagogorum habeatis in Christo sed non multos patres etc. S. Thomas (In Epist. ad Ephes. III. 15. Lect. 4.)*

(1) Sabido es por la filosofía que la vida en acto primero es la misma substancia viviente (*vita viventibus est esse*); la vida en acto segundo es la operación vital del sujeto que vive. Cfr. Reimer, *Summa Praelectionum Philosophiae Scholasticae*, pág. 126; Willems, *Institutiones Philosophicae*, vol. II, pág. 126.

particular. Cuando el ángel se aparece a José y le inculca que reciba a su esposa María, le dice: *No temas recibir a María tu Esposa, porque lo que ella ha concebido es obra del Espíritu Santo* (1). Con estas palabras revela que la concepción de Jesús había sido milagrosa, sin concurso alguno de varón. Los Evangelistas abundan en este sentido y previenen los ánimos de sus lectores contra toda sospecha siniestra o error acerca de la concepción del Verbo humanado.

San Lucas, el Evangelista de la Natividad e Infancia de Jesús, cuando refiere el misterio de la Anunciación, se expresa en estos términos: *Fué enviado por Dios el ángel Gabriel... a una virgen desposada con un hombre llamado José* (2). Declara a María la forma en que se verificaría la encarnación, diciendo: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra* (3). Aquí sólo se alude a la acción de Dios; se excluye toda intervención humana.

San Mateo describe la generación del Cristo de la siguiente manera: *Jacob engendró a José Esposo de María de la cual nació Jesús, que es llamado el Cristo* (4). Dice *de la cual* y no *de los cuales*, expone Beda, para indicar que nació de la Virgen sola sin concurso alguno de varón (5); con esto excluye a José de toda influencia en el acto de la generación del Verbo, efectuado tan sólo por María. No; en aquel acto admirable, en aquel instante supremo en que se formó la humanidad de Cristo, no influyó ni poco ni mucho, ni consciente ni inconscientemente, el glorioso S. José.

En el Símbolo apostólico profesamos todos los cristianos que *Cristo nació de María Virgen* (6); y así lo confesó y defendió siem-

---

(1) *Noli timere accipere Mariam conjugem tuam; quod enim in ea natum est de Spiritu Sancto est.* Matt. I, 20.

(2) *Missus e-t a Deo Angelus Gabriel... ad virginem desponsatam viro cui nomen erat Joseph.* Luc. I, 16-17.

3) *Spiritus Sanctus descendet in te et virtus Altissimi obumbrabit tibi.* Ib. v. 35.

(4) *Jacob autem genuit Joseph virum Mariæ. de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus.* Matth. c. I, n. 16.

(5) *Pulchre posuit* (evangelista: *non de quibus, sed de qua, id est, sola virgine, sine virile semine.* Vives, *Summa Josephina*, n. 1794.

(6) *Natus est de Maria Virgine.* Symb. apost.

pre la Iglesia. Los Ebionistas y Cerintianos en los primeros siglos negaron la perpétua virginidad de María defendiendo la paternidad natural de José (1). En la misma herejía cayeron Carpócrates y los Fotinianos, como atestigua Beda (2), y lo mismo entendieron Joviniano en el siglo IV y muchos apolinaristas que atacaron la concepción milagrosa de Jesús o la perpétua virginidad de su Madre María. S. Ignacio (3), S. Jerónimo (4), S. Basilio (5), S. Ambrosio (6), S. Agustín (7) y otros Padres (8), combatieron valerosamente esa herejía, defendiendo la doctrina católica que afirma la concepción de Jesús por obra del Espíritu Santo. La Iglesia, con su autoridad infalible, sancionó públicamente esta doctrina definiéndola en el Concilio de Letrán, celebrado el año 649, bajo el pontificado de Martín I (9).

Posteriormente, algunos escritores protestantes, y en nuestros días otros como Neander, Meyer, Farrar y también quisieron defender la paternidad natural de S. José en el hecho de negar la concepción virginal del Verbo. Fundábanse estos heresiarcas en que el matrimonio es más excelente que la virginidad, y por lo tanto convenía que la Madre de Dios no fuese Virgen. Pero todos ellos fueron condenados en el Concilio de Trento (10).

(1) Cfr. Irineus, *Advers. Haeres.* III. -4.; Epiphanius, *Haeres.* 28-74.

(2) Otros historiadores dicen que los Fotinianos negaban la divinidad de Jesús, pero decían que había nacido de María sobrenaturalmente por obra del Espíritu Santo; y, por lo tanto, no admitían la paternidad natural de S. José. Cfr. Funck, *Compendio de Historia Eclesiástica*, pág. 126.

(3) *Epist. ad Smyrn.*

(4) *Contra Helv.* n. 17.

(5) *Homil.* 25 de *Nativ. t. Christi.*

(6) *Lib. de Institutione Virg.* cap. 8. n. 52.

(7) *Enchiridion*, cap. 34.

(8) S. Ephrem, *Hymni de B. María*, 12-18; Gregorius Thaumaturgus, *Sermo de Nativitate Christi*, 13-15; Bernardus, *Sermo IV de Assumptione Virginis*.

(9) *Si quis*, dice el Concilio en su canon 3, *secundum Sanctos Patres non confetur proprie et secundum veritatem Dei Genitricem Sanctam semperque Virginem immaculatam Mariam... absque semine concepisse ex Spiritu Sancto, et incorruptibiliter eam genuisse, indissolubili permanente et post partum ejusdem virginitate, condemnatus sit.* Cfr. Denzinger, *Enchiridion*, ed. IX. n. 204.

(10) Sess XXIV, can. 10.

También el Papa Paulo IV fulminó excomunión contra aquellos que afirmaban temerariamente no haber sido la Virgen María verdadera Madre de Dios, ni que había permanecido siempre Virgen, antes del parto, en el parto y después del parto (1).

Por último, en nuestros días los racionalistas bíblicos como Paulus Gottlobt, Strauss, Renán y muchos modernistas como Holtmann, Usener, Harnack y Loisy, admiten también la concepción natural de Cristo, fundándose, para justificar sus asertos impíos, en que los primeros capítulos de los Evangelios de Mateo y Lucas carecen de valor histórico y no son auténticos. La historia de estos dos Evangelios, relativa a la concepción y natividad del Cristo, escribe Harnack, carece de todo valor (2). Esos relatos evangélicos, dice Loisy, no encierran verdad histórica; son la expresión de la fé mesiánica, representan un desenvolvimiento normal de la cristología (3). Todos ellos creen que Jesús fué un hombre como los demás, engendrado naturalmente por obra del santísimo José.

No hemos de detenernos a refutar aquí la herejía modernista; las repetidas condenaciones de que ha sido objeto por parte de la Iglesia nos dispensan de hacerlo. Baste decir que ningún dato histórico ni argumento crítico existe para negar la autenticidad de los Evangelios ni la de los capítulos puestos en litigio por los criticistas bíblicos (4).

Queda, pues, suficientemente demostrada la doctrina católica, según la cual María Santísima concibió por obra del Espíritu Santo al Verbo Humanado sin concurso alguno de varón, y por lo tanto, es herético atribuir a S. José paternidad alguna física (5).

(1) *Beatissimam Virginem Mariam non esse veram Dei Matrem nec perstitisse semper in virginitatis integritate, ante partum, scilicet, in partu et perpetuo post partum.* A los que esto decían condena el Pontífice Const. *Cum quorundam*.

(2) *Das Wesen des Christentums*, pág. 30.

(3) *L'Evangile et l'Eglise*, pág. 29.

(4) Véase la refutación de los modernistas en el punto discutido, en Lepin *Jesus Messie et Fils de Dieu*, chap. II; Rose, *Etudes sur les Evangiles*, pág. 30 y sig.; Lagranje, *Revue biblique*, 1895, págs. 160-185.

(5) Sobre esta cuestión de la concepción milagrosa del Verbo véanse los teólogos, entre otros: Del Val, *Sacra Theología Dogmatica*, vol. II, cap. IV, art. II; Billot,

### III

#### TÍTULOS DE LA PATERNIDAD DE S. JOSE

Si S. José no es padre natural del Verbo, resta examinar los títulos legítimos de su paternidad, el sentido en el que puede llamarse y es realmente *padre* de Jesús. Y en primer lugar no puede negarse que la fama pública con ese *nombre* le distinguía y designaba. Fué reputado padre de Jesús. Luego, por lo menos, es padre *estimativo* o *putativo* del Salvador. *Era reputado hijo de José*, dice S. Lucas, haciéndose eco de los sentimientos del pueblo (1). Llama S. Lucas a José padre del Salvador, dice el venerable Beda, no porque fuese su padre verdadero (natural) como quieren los fotinianos, sino porque para conservar ileso el honor de María, fué llamado padre según el vulgo (2). S. Mateo también dice que los judíos, maravillados de la sabiduría de Jesús, decían entre sí: *¿No es este el hijo del carpintero?* (3). O como dice S. Juan: *¿No es este Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros hemos conocido?* (4). Esta locución ha sido adoptada generalmente por el pueblo cristiano para significar las relaciones especiales de José con Jesús. El consejo divino le eligió para Custodio del Hijo de Dios, dice León XIII, y en opinión de los hombres se le consideró como padre (5).

*De Verbo incarnato*, Thesis XLIII; Tanqueray, *Synopsis Theologiae dogmaticae*, vol. II, n. 1243 y sig. Alguno ha objetado que en una antigua versión siríaca se lee: *José, con el cual se desposó la Virgen María, engendró a Jesús*. Pero a esto se responde que o la palabra *engendró* es un error del amanuense o que sólo se afirma con esa palabra la paternidad *legal*, pues en la misma versión se dice que María concibió por obra del Espíritu Santo. Además, un códice nada prueba contra la autoridad de todos los demás.

(1) Luc. III, 23.

(2) *Patrem Salvatoris appellat* (Lucas) *Joseph, non quod vere, juxta Photinianos, pater fuerit ei; sed quod, ad famam Mariae conservandam, pater sit ab omnibus aestimatus*. In Luc. lib. I, c. 2.

(3) *Nonne hic est fabri filius?* XIII, 55.

(4) *Nonne hic est Jesus filius Josephi cujus nos novimus patrem et matrem?* VI, 4.

(5) *Divino consilio Custos Filii Dei fuit, habitus hominum opinione pater*. *Encyc. Quamquam pluries*.

Pero no sólo fué padre nominal de Jesús; es también padre *genealógico* suyo. Bien podían los Evangelistas trazar la genealogía de Cristo por medio de su Madre Santísima, porque existen pruebas evidentes de que ésta descendía de David; S. Mateo, no obstante, describe la genealogía de Cristo por José, demostrando que era de la tribu de Judá y estirpe de David. *David engendró a Salomón... Jacob engendró a José, esposo de María, de la cual nació Jesús, que es llamado el Cristo* (1). Legal y realmente la genealogía de Cristo es la de José y basta que éste fuese hijo de David para que Jesús lo sea. Si pudiese demostrarse, decía S. Agustín, que María no descendía de David, bastaría que el padre matrimonial de Cristo fuera descendiente de aquel para que Cristo fuese legítimamente hijo de David (2). No debe extrañarnos, escribe el mismo santo Padre, que se forme la genealogía de Cristo por José y no por María; porque así como ella fué madre sin concupiscencia carnal, así él fué padre sin carnal ayuntamiento (3).

De aquí se sigue que S. José fué también padre *jurídico* o *legal* de Jesús. Derívase esta paternidad del acto matrimonial del mismo, o de los oficios que desempeña José viviendo indivisiblemente con Jesús. María, verdadera madre de Jesús, es Esposa de José; y, por lo tanto, la ley le reconoce como padre del Hijo de María, y a Jesús le corresponden los derechos filiales de herencia como a hijo de José, según la ley judaica. Cuando el Evangelista, escribe a este propósito el Abad Ruperto, llama a José esposo de María, le atribuye un nombre grande y verdadero; si es esposo de María, es padre del Señor. Y si José es esposo de María y esta esposa de José, ni habla con impropiedad S. Mateo cuando llama a José esposo de María, ni miente S. Lucas cuando llama a José padre del Cristo que nació de ella (4). Esta

---

(1) *David autem rex genuit Salomonem... Jacob autem genuit Joseph virum Mariae de qua natus est Jesus.* Matth. I. 6-16.

(2) *De Consensu Evangel.* lib. II. cap. I.

(3) *Serm. LI de Concord. Matthei et Lucae*, cap. 20.

(4) *Virum Mariae cum dicit magnum et verum nomen Josepho tribuit Evangelista; quia si est vir Mariae, est pater Domini; si ergo vir Mariae Joseph et ipsa uxor illius; proinde neque iste Evangelista Mattheus inepte dixit Joseph virum Mariae, ne-*

es la razón porque en todos los actos de la vida de Jesús aparece José revestido de la aureola de su paternidad; él responde ante la autoridad pública como padre de Jesús y hace por él lo que los otros padres hacen por sus hijos. Así vemos que él lo circuncida, lo presenta en el templo, lo defiende huyendo a Egipto, lo ampara y sostiene en Nazaret.

Era también José padre *adoptivo* de Jesús. Con razón podemos denominarlo de ese modo, porque desde el momento en que conoció José por medio del ángel su misión al lado de María y acogió libremente a esta, viviendo en su compañía como legítimo esposo, acogió también, aceptó y adoptó de hecho el hijo engendrado en sus entrañas. José, dice S. Ambrosio, aceptó por hijo al que María había concebido aunque él no le hubiese engendrado (1). Esta misma idea indica S. Agustín. De ningún modo, afirma el Santo, debe dejarse de llamar a José padre del Cristo porque no lo hubiese engendrado carnalmente; toda vez que rectamente se llamaría padre si hubiese adoptado un hijo, no engendrado, de su esposa (2). Así como se llaman padres adoptivos los que aceptan los hijos de sus esposas habidos en otro matrimonio, así y con mayor razón debe llamarse S. José, aceptando el hijo de María su esposa, nacido por obra del Espíritu Santo. Jesús no tenía en este mundo padre como tuvo madre, y eligió por padre a José y éste le adoptó por hijo, prodigándole los raudales de su ternura y de su amor. Así como al que es investido de la dignidad real por elección del pueblo y no por derecho de herencia, dice Cartagena, todos le proclaman rey, rindiéndole obediencia y vasallaje, lo mismo que si hubiese heredado el trono; así también, José, como observa el Damasceno, aunque no fuese padre de Cristo por naturaleza, lo fué por elección de Este, perteneciéndole con todo derecho el nombre de

---

*que divus Evangelista (Lucas) mentitus est patrem illum ejus qui ex ea natus Christi appellando* De glor. et honor. Filii hominis, Lib. I. in cap. I, Matth.

(1) *Joseph conceptum Filium suscepit quem non genuit.* Hom. 2. De Nativ. Domini.

(2) *Neque enim propterea non erat appellandus Joseph pater Christi quia non eum concumbendo genuerat; quandoquidem recte pater esset etiam ejus quem non ex sua conjuge procreatum aliunde adoptaverat.* De consensu Evang. lib. II. cap. I. n. 2

padre adoptivo de Jesús (1). Es, por lo tanto, José padre *adoptivo* y *electivo* del Verbo encarnado.

Y como uno de los principales deberes del padre es la alimentación y sustento de los hijos, S. José que cumplía maravillosamente los oficios de la paternidad, es padre *nutricio* del Verbo encarnado. El Hijo de Dios al revestirse de nuestra frágil naturaleza, se sujetó a todas las privaciones inherentes a ella; tenía, pues, necesidad del sustento corporal para la conservación de su salud y de su vida. La Providencia divina que viste a los lirios del valle y a las aves del cielo no podía menos de mirar con ojos benignos al Verbo humanado haciéndole objeto de una providencia especial, la cual ejercitó por medio de José, constituyéndole padre *nutricio* de Jesús. El Señor, dice S. Bernardo, le constituyó nutricio de su carne (2). No hay criatura alguna que haya sido honrada con semejante título. José nutrió y sostuvo al Verbo de Dios por el que se conservan y rigen todos los seres de la creación, la máquina del universo. Considérese, escribe Isolano, cuán grandes serían las virtudes atesoradas en él para ser digno de educar, alimentar y vestir al Hijo de Dios (3). El Santo complaciase en ejercitar deberes tan gratos y dulces. Como padre *nutricio*, dice Gracián, tomaba al Niño en sus brazos, llevábale, arrullábale, le consolaba en sus llantos, mecía su cuna para que se durmiera, le dirigía dulces pláticas, le acariciaba y entregaba los regalillos propios de su edad (4).

Por esta misma razón se le llama también padre *educativo* de Jesús, porque Este se sujetó a José obedeciéndole con plena sumisión de voluntad. José en concepto de padre y jefe de familia dirigía y mandaba, estableciendo el orden más conveniente a la recta administración de los intereses domésticos. Le honró el Espíritu Santo, dice Orígenes, con el nombre de padre porque *educó* al mismo Jesús (5).

(1) Vives, *Summa Josephina*, pág. 133.

(2) *Quem constituit Dominus... fuit carnis nutritium*. Hom. 2. *Super Missus est*. n. 16.

(3) *Suma de los dones de S. José*. 2.<sup>a</sup> Parte, cap. 4.

(4) *De las excelencias del glorioso S. José*, pág. 64.

(5) *Eum honoravit Spiritus Sanctus Patris nomine, eo quod puerum Jesum educavit*. Hom. 17 in Luc.



Según esto ¿podemos llamar a José padre *espiritual* de Jesús? De ningún modo. Jesús no necesitó de José para conocer sus deberes morales y dirigir los actos de su vida conforme lo exigía su misión y la voluntad de Dios. José no formó su conciencia. Era el Verbo autor de la vida (1), Maestro del género humano (2), pastor de las almas (3), el camino, la verdad y la vida (4), porque era hijo natural de Dios y heredero universal de todos los bienes de su padre (5). Sólo en sentido muy lato puede llamarse a José padre *espiritual* de Jesús, y para precaver todo error debe evitarse semejante denominación.

Hay todavía otros lazos más fuertes que le unían al Verbo, y le acreditaban de padre de Jesús. José es padre *matrimonial* de ese Dios hecho hombre. El matrimonio de José es sagrado y perfecto, muy superior a todos los matrimonios; incluye, por lo mismo, los derechos esenciales que a su naturaleza corresponden. Ahora bien; en virtud del derecho natural la esposa pertenece al esposo; *el cuerpo de la mujer*, dice S. Pablo, *no le pertenece a ella, sino al marido* (6), y cuanto aquella adquiere cae bajo la jurisdicción de este. Para adquirir paternidad sobre el hijo de la esposa, escribe Lepicier, basta que esta lo haya engendrado lícitamente sin mancha de adulterio (7). Luego el hijo engendrado por la acción del Espíritu Santo en el seno castísimo de María pertenece a José por derecho matrimonial, y José puede ejercer sobre él los derechos de padre. Es esta una aplicación de aquella ley llamada por los juristas *de accesión*, admitida en todos los códigos y legislaciones. Lo que nace en una finca es propiedad del dueño de la finca. La flor que nace en un jardín, el fruto que produce un árbol, el tesoro que se encuentra en una mina, pertenece al dueño del jardín, del árbol, de la mina.

---

(1) *Ego sum resurrectio et vita*. Joan, XI, 25. *Auctorem vitae interfecistis*. Act. III, 15.

(2) *Magister vester unus est Christus*. Matth. XXIII, 10.

(3) Petri, II, 25.

(4) *Ego sum via, veritas et vita*. Joan, XIV, 6.

(5) Hebr. I, 2.

(6) Cor. VII, 14.

(7) *Tractatus de Sto. Joseph*, p. I, art. VII, pág. 117.

María es el jardín donde brotó esa flor divina, el árbol que produjo ese fruto celestial, la mina que ocultaba ese tesoro preciosísimo, que llamamos Cristo. Y como María es propiedad de José, Jesús nació en los dominios de este y en todo rigor le pertenece, siendo José padre suyo. S. Francisco de Sales explica esto de una manera encantadora. Yo suelo decir, habla el Santo, que si una paloma llevara en su pico un dátil y lo dejase caer en un jardín, la palma que el dátil produjera, pertenecería al dueño del jardín. Siendo esto así ¿quién podrá dudar que el Espíritu Santo, como divina paloma, habiendo dejado caer este dátil divino dentro del jardín firme y cerrado de la Santísima Virgen, jardín sellado y rodeado por todas partes del seto o voto santo de la virginidad inmaculada, jardín que pertenecía a San José, como la mujer al marido, quién podrá dudar, o quién podrá decir que esta divina paloma, que lleva los frutos de inmortalidad, no pertenecía completamente a nuestro gran Patriarca? (1). Nada impide que la concepción fuese milagrosa; Jesús será siempre hijo de José porque lo es de María.

Además, los bienes adquiridos legítimamente en comunidad pertenecen siempre a los dos esposos (2). Ningún bien mayor que el Hijo de Dios, tesoro infinito que el Espíritu Santo regaló a María y, mediante ella, al humildísimo José. Natural o sobrenaturalmente el medio es indiferente; el objeto es de los esposos, por lo tanto de José.

Finalmente, en otro concepto distinto podemos afirmar que José es padre de Jesús. Padre *virginal*, en cuanto mereció tener el nombre de padre por su fidelidad a la Virgen, por su pureza suma, guardando inviolable su virginidad en el matrimonio y contribuyendo a guardar la de su inmaculada Esposa. Alégrate, oh José, dice S. Agustín, porque por el mérito de tu virginidad de tal modo conservaste intacta la integridad de tu Esposa que has

---

(1) *Œuvres*, tom. III, pág. 541. edic. París 1862.

(2) El marido y la mujer, dice Suárez, unidos por el santo vínculo conyugal, forman una sola cosa, una persona civil; por lo cual tienen todos los bienes comunes, incluso los hijos legítimamente nacidos. Luego podemos decir que Jesús pertenecía a entrambos, y así que competía a José la gloria de la paternidad para con Jesucristo. *Quæst* XXIX.

sido llamado padre del Salvador (1). Dios premió espléndidamente la generosidad de José dándole un hijo divino en el cual ejerciera todos los derechos y deberes de padre.

Y esta es la razón poderosa por la que puede llamarse S. José padre de Jesús. Aunque no poseyese títulos legales, el hecho de haberle tratado como a hijo suyo da derecho a esta denominación. José fué Tutor y Custodio, Ayo y Nutricio de Jesús, le amó y se sacrificó por él, cumpliendo en todo los oficios de padre. Nadie ignora, decían los Padres del Concilio Vaticano, que S. José fué elegido entre todas las criaturas para ser padre del Verbo encarnado, no por la generación, sino por el *amor*, la adopción y el derecho de matrimonio (2). Si la paternidad, según S. Agustín, se afirma o funda en el amor (3), nadie como S. José puede llamarse padre de Jesús pues le amó y cuidó con afecto paternal. En los matrimonios más que la concupiscencia carnal es el amor conyugal quien determina la unión de los esposos y las consecuencias que se siguen de ese contrato sagrado. Por consiguiente, bien podemos decir con el abad Ruperto que S. José fué padre por el afecto y oficio (4).

Concluyamos ya. S. José es padre de Jesús. Con este nombre le denomina el pueblo judío, los evangelistas, la Madre de Dios, la Iglesia católica. Por varios títulos le conviene con toda justicia esa denominación. Es padre de Jesús *estimativo* o *putativo*, *genealógico*, *jurídico* o *legal*, *adoptivo*, *electivo*, *nutricio*, *educativo*, *matrimonial*, *virginal* y *afectivo* o *de oficio*.

Por esta simple numeración de títulos podemos colegir la superioridad excelsa de S. José. No hay criatura alguna, excepto

---

(1) *Gaude, Joseph, quia per meritum virginitatis ita separatus es ab uxoris concubitu, ut pater dicaris Salvatoris.* En otra parte también dice: *Sis et tu pater Christi, cura castitatis et honorificentia virginitatis.* Serm. 25 de *Diversis*.

(2) *Beatum Joseph, singulari Dei providentia, prae coeteris creaturis electum fuisse ut Verbi Incarnati, non generatione quidem, sed charitate, adoptione ac matrimonii jure, pater esse mereretur, nemo unus ignorat.* Vives, *Summa Joseph.*, 2887.

(3) Serm. LI, *De concordia*, Matth. et Luc. cap. XX, n. 30: *Pater... charitate firmatur.*

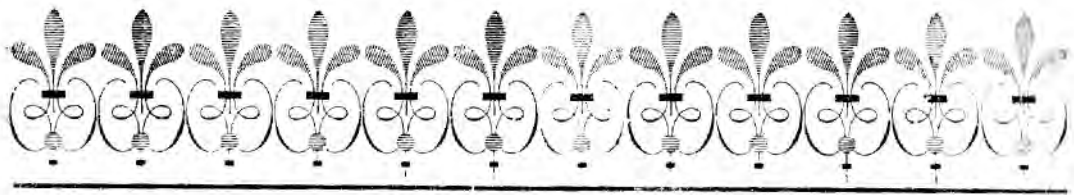
(4) *Beatus Joseph, non natura carnis, sed affectu et officio pater.* De divin. Offic. lib. III, cap. 3.

María, dice el piadoso y docto Sauvé, que haya sido honrada por Dios de tal manera. Tan solamente a Vos, ¡oh S. José!, ha dado la Providencia el honor de ser el padre jurídico y genealógico de Jesús. Solamente Vos por vuestro matrimonio habeis poseído la sagrada propiedad de la virginidad de María vuestra Esposa y de su divino Fruto. Vos sois el único amigo de María, a quien ella da todo cuanto puede dar, a quien ella comunica como hijo Jesús, su Bien supremo, su Hijo Dios. Por eso tan sólo Vos sois el predestinado y llamado a alimentar como padre a Aquel que alimenta al mundo, mediante el precio de vuestros trabajos, de vuestros sudores, derramados con la ternura que tal hijo merece (1).

---

(1) *S. José*, pág. 89.





## CAPITULO XIV

### **Paternidad real de S. José**

El tema de la paternidad de S. José es inagotable, como un océano sin fondo ni riberas. Cuanto llevamos dicho sobre ella es solamente el prólogo de lo mucho que tenemos que decir. Contiene tan inefables misterios, bellezas tan nuevas que para conocerla en su esencia precisa no detenerse en la superficie de las cosas sino penetrar las entrañas de su realidad.

Hemos admirado en el capítulo pasado el pórtico del santuario donde yacen encerradas las sublimidades josefinas; es necesario ahora penetrar en el interior del templo, y allí contemplar sus vastas proporciones, las grandiosas maravillas que atesora. Y esto es lo que vamos a hacer en el presente sin apartarnos un ápice del camino seguido por los Padres de la Iglesia y Doctores escolásticos, que es el camino más seguro para no errar, hollando, si es menester, los sentimientos de nuestro corazón para dar principal lugar a los dictámenes de nuestra serena inteligencia, que es quien encuentra la verdad, la posee y la demuestra.

Los títulos alegados bastan y sobran para denominar a José padre de Jesús; pero no expresan el verdadero concepto de esa paternidad. Son títulos extrínsecos y preparatorios, no intrínsecos y definitivos. Y esto se demuestra evidentemente atendiendo al significado propio de cada uno, según la terminología gramatical y reglas de interpretación crítica.

I

NO BASTAN LOS TÍTULOS EXTRÍNSECOS

La palabra *putativo* o *estimativo* en su acepción propia no es predicable de José ni de su paternidad. *Putativo*, según el diccionario de la Academia y el uso corriente del lenguaje, *se aplica al que es reputado o tenido por padre, hermano, etc., no siéndolo*. Proviene esto de alguna ficción legal o transgresión moral. Ahora bien; todos convienen en que la paternidad de S. José es algo más que una paternidad nominal y de reputación. Sólo en sentido *negativo* podemos afirmar que fué José padre putativo de Jesús, es a saber, en cuanto excluye la generación carnal atribuida a José por los judíos; pero como entre los cristianos nadie hay que dude de su virginidad ni de la pureza suma de la Virgen María, creemos debe desterrarse tal calificativo cuando se habla de la paternidad castísima de José.

Padre *genealógico* expresa solamente la línea de parentesco; la descendencia de estirpe, no la relación inmediata de la generación; y por ende, no determina tampoco el concepto propio de la paternidad de José.

Padre *jurídico* contiene parte de verdad, pero no toda. Esa representación social del padre jurídico ante la ley implica un vínculo externo con el hijo, vínculo que la ley establece por simple ficción, o supuesta ya la generación real. Pero la paternidad propiamente hablando es algo más íntimo y profundo, un vínculo de relación intrínseca entre el padre y el hijo.

Además, aun no le conviene a José el concepto de padre *legal* de Jesucristo. Padre *legal*, según la acepción judáica, era el marido muerto sin sucesión y cuya viuda pasaba a ser mujer del hermano del difunto. Si la mujer tenía hijos de este hermano, se les consideraba *legalmente* hijos del difunto. Como se ve, tal paternidad es ajena de José.

Padre *adoptivo* se ha llamado y se llama a José; pero fué algo más, bastante más que eso. Adopción es la *asunción legítima* de

*una persona extraña con hijo o heredero del adoptante* (1). Pero Jesús no era persona *extraña* a José porque no era hijo de una mujer *ajena* a él, sino de la *propia*; luego no podía en rigor ser adoptado. Por esto dijo Alapide que José es más padre de Jesús que el padre adoptante lo es del hijo adoptado (2).

*Nutricio y educativo* expresan dos funciones de la paternidad, no la paternidad misma. Todo padre por deber y por amor alimenta y educa a sus hijos, pero no por esto se le llama padre, sino al contrario; porque es padre, por eso los sustenta y educa.

El adjetivo *matrimonial* cuadra mejor a José que los anteriores, pero en el sentido arriba explicado, o sea entendido de una paternidad adquirida por el simple derecho de *accesión*, fundado en la comunidad de bienes que adquieren los esposos, no define con propiedad la paternidad josefina. Además, S. José no es padre matrimonial como los demás padres.

Padre *virginal* lo es S. José, pero no solamente por haber conservado intacta su virginidad; otros títulos más profundos son los que dan origen a la paternidad nobilísima de nuestro Santo. Tampoco podemos llamar propiamente a José padre de Jesús porque lo fuera de *oficio* o *por el amor* que hacia El manifestaba. Una cosa es hacer las veces de padre, que es lo que se indica cuando afirmamos que cumplió los deberes de tal, otra cosa es serlo en realidad por derecho propio, lo cual no expresa, ni mucho menos, la paternidad de *oficio* o de *caridad*.

De modo que todos los títulos enumerados lejos de expresar la paternidad real y verdadera de S. José, ofrecen gran peligro de darnos una idea falsa o incompleta de ella, induciendo a creer que solo fué padre por denominación extrínseca, sin poseer la realidad que al nombre corresponde y el nombre significa.

---

(1) Cfr. Aertnys. *Theologia moralis*, Tom. II: Tract. VIII. P. V. Sect. II. Cap. IV III. Wernz. *Jus Decretalium*, tom. IV, p. IV, tít. XX; Gury-Ferrerres, *Compendium Theologiae Moralis*, tom. II, Tract. de matr. Sect. III.

(2) *Joseph magis fuit pater Christi quam pater adoptans sit pater filii adoptati*. In cap. I, Matth. n. 16.

## II

### TÍTULOS INTRÍNSECOS

Contra todas estas suposiciones y apelativos absurdos afirmamos y defendemos que la paternidad de S. José es una paternidad real y positiva, no ficticia o imaginaria. No se nos oculta que muchos al oír tal aserto se taparán los oídos, escandalizados de nuestra afirmación, pero no hemos de asustarnos ni han de detenernos en nuestro camino esos aspavientos pueriles, hijos de la ignorancia y buena fe de nuestros adversarios. Estamos muy seguros de la verdad enunciada y no dudamos que la verán con la misma claridad que nosotros cuantos se tomen el trabajo de leer detenidamente las páginas siguientes.

Lo notable del caso es que ninguna novedad anunciamos al exponer la paternidad real de S. José; no hacemos más que recordar la doctrina tradicional católica. Nuestros adversarios se extrañan de semejante afirmación; pero, parodiando a Donoso, podemos decir que aquí nada hay extraño si no es la admiración de ellos. La paternidad real y verdadera es una idea que flota luminosa en los escritos de los Santos Padres, fulgura con nuevos destellos en las obras de los Escolásticos y teólogos católicos, ha palpitado siempre en la tradición cristiana hasta nuestros días en que una plaga de devocionarios tan faltos de piedad como de sólidos principios, una multitud de predicadores indoctos han contribuido a olvidarla, con gran mengua de los derechos del Santo cuya defensa se arrogan esos sus titulados devotos. Y nada gana con esto la gloria de Dios ni la piedad cristiana.

Se parte de un principio absurdo al creer, como muchos creen, que la paternidad real es lo mismo que la natural; y claro está, siendo herético atribuir esta a S. José también lo será defender aquella. Pero existe aquí una terrible confusión de ideas que es preciso desvanecer sin pérdida de tiempo. Evítese en hora buena el escollo de la paternidad *física*, reprobada por la Iglesia y por la fe del pueblo cristiano, pero guardémonos muy bien de caer



en el extremo opuesto de la paternidad *metafórica*, no menos reprochable que la primera. Entre ambos extremos hay un medio que es el que defendemos, y consiste en afirmar que la paternidad de José no fué ni *física* ni *metafórica*, pero sí *real* y *positiva*. La paternidad, dice Hermann, es la relación entre el padre y el hijo fundada, *ya* en la comunicación de naturaleza, *ya* en cierto vínculo mutuo moral que une recíprocamente al padre y al hijo (1). La generación natural constituye la paternidad real y física; el vínculo moral mutuo determina la paternidad *real*, no física, sino moral, de la cual se derivan los derechos paternos y la autoridad para ejercerlos. Si S. José poseyó la paternidad real de Cristo, ejerció con este los derechos de padre a quien tenía que obedecer Jesús en concepto de hijo. S. José, prosigue el citado teólogo, tuvo verdadera autoridad en Cristo, ya por la voluntaria sujeción de Cristo, ya también de algún modo en virtud del derecho natural lato, por su matrimonio con la Virgen Madre (2). De que S. José no comunique la vida al Verbo encarnado falsamente se arguye que no sea padre suyo.

Ante todo hemos de advertir y nunca olvidar que la paternidad de S. José no puede analogarse en ninguna de las especies de paternidad conocida. Es una paternidad enteramente especial, única en su especie. Estamos, dice Billot, en presencia de un caso raro, singular y *sui géneris*; no hay en el vocabulario humano nombre que signifique esta relación de José con Jesús (3). José fué padre por gracia no por naturaleza; su paternidad es, por lo tanto, sobrenatural, superior a todas las otras. Ni debe admirarnos esa propiedad de la paternidad josefina; antes bien, así lo exigía el orden de la unión hipostática a que pertenece el matrimonio del Santo con la Virgen María.

Si la obra de la Encarnación es uno de los más inefables misterios de nuestra religión, misterioso y adorable había de ser ese

---

(1) *Tractatus de B. Joseph*, pág. 2.

(2) *B. Joseph veram in Christum habuit auctoritatem, tum propter voluntariam Christi subjectionem, tum etiam aliquo modo jure naturae late sumpto, propter matrimonium cum Virgine Matre*. Ib. pág. 7.

(3) *De Verbo Incarnato*, Th. XLIV. Nota.

matrimonio; y si el matrimonio era sobrenatural y divino, la maternidad de María y paternidad de José que resultan de él, deben participar del mismo carácter, deben ser misteriosas y sobrenaturales. Todo es aquí extraordinario y fuera del orden comúnmente establecido; por consiguiente, es un absurdo pretender medir la paternidad de José con las leyes ordinarias que rigen las paternidades humanas.

Pero este carácter sobrenatural que informa la paternidad de José, ¿impedirá que esta sea real y verdadera? De ningún modo; antes bien, implica una realidad más vigorosa y enérgica que la de la simple paternidad humana. Veámoslo. *Real* es aquello que existe o puede existir en la naturaleza de las cosas independientemente de nuestro entendimiento, o sea que no necesita de nosotros para existir (1). Si S. José no fuese padre real de Jesús sería padre por mera ficción de nuestra mente, porque así se nos figura. Esta consecuencia es inadmisibile. Luego S. José es padre de Jesús real y verdadero. Tres son las razones potísimas que así lo persuaden. Primero, la naturaleza intrínseca del matrimonio de José; segundo, la finalidad esencial de ese mismo matrimonio; tercero, su fecundidad extraordinaria determinada por una acción inmediata de la Divinidad.

Es una verdad teológica sólidamente demostrada y de la que hoy nadie duda que el matrimonio de José con María fué un matrimonio válido y legítimo, real y perfecto. Todo matrimonio por su esencia propia es una unión de dos personas de diverso sexo que establece entre ellas un vínculo permanente, común, que da origen a la sociedad conyugal. Y es tan perfecta esa unión, de tal modo funde y unifica las voluntades de los contrayentes que viene a identificarlos en el ser social que representan, en la vida moral que determinan. Exige, por lo tanto, identidad de *forma* por el consentimiento mutuo de ambas partes, identidad de *objeto* por la mutua habilidad de ellas, identidad de *fin* al cual se ordena por su misma institución el matrimonio. Esto quiere decir que el matrimonio es esencialmente un contrato *individual*, en el que ambos sujetos constituyen una unidad moral, único principio *adecuado* de operaciones matrimoniales.

(1) Cfr. Frick, *Ontología*, n. 3.

*Serán dos en una carne*, dice la Escritura (1), expresando una de las propiedades intrínsecas del matrimonio (2). Esta unidad es natural, máximã, tan completa y perfecta que, según Willems, es el fundamento y ejemplar de todas las unidades sociales (3). En virtud de ella el marido no puede disponer libremente de si mismo, ni la mujer tampoco; son dueños el uno del otro, formando entre los dos una sola personalidad jurídica, un todo indiviso, una sola entidad moral (4). El contrato matrimonial, dice mi querido maestro el P. Wernz, posee una individualidad absoluta (5), de tal modo que no puede subsistir sin el concurso activo de las dos partes hábiles que forman un *solo* principio de acción contractual matrimonial.

¿Qué se sigue de aquí? Que como ambos esposos constituyen un *solo* principio adecuado de generación; como debe existir entre ellos unidad de cuerpos y de almas; como el vínculo conyugal es único, necesariamente los efectos que se siguen del matrimonio *en cuanto tal* pertenecen a los dos esposos como causa determinante común. Podrán los esposos obrar disociados y responder de los actos que singularmente ejecuten; pero de los que realizan socialmente, como miembros de la sociedad conyugal, responden *in solidum*; a los dos corresponden. Ahora bien; la generación de la prole es consecuencia natural del matrimo-

---

(1) *Erunt duo in carne una*. Gen. II, 24.

(2) Los escolásticos, siguiendo a Pedro Lombardo (Sent. 4. Dist. 27, c. 2), decían que el matrimonio era *virí mulierisque conjunctio maritalis inter legítimas personas individuum vitae consuetudinem retinens*. Se dice *maritalis* para indicar que en virtud de esa unión se entregan el marido y la mujer mutuo derecho sobre sus cuerpos. *Inter legítimas personas*, esto es, que no estén impedidas por algún impedimento dirimente. *Individuum etc.*, para expresar el vínculo común que establece entre ambos contrayentes.

(3) *Philosophia moralis*, pág. 390.

(4) Algunos filósofos racionalistas han dicho que el matrimonio es un complemento de la personalidad humana, pero esto es falso. El hombre y la mujer son personas completas sin necesidad del matrimonio aunque este corresponda a la naturaleza fisiológica y moral de aquellos. De otro modo habría que reprobar el celibato eclesiástico, que es lo que pretenden esos librepensadores, enemigos de la religión cristiana.

(5) *Jus Decretalium*, Tom. IV, Tit. I, n. 40, edic. 1.<sup>a</sup>

nio en cuanto tal, porque por ella fué instituido y a ella tiende; luego del fruto nacido legítimamente en el matrimonio responden los esposos unidos por ese vínculo sagrado y divino de los que con todo rigor será hijo legítimo.

Si, pues, María y José estaban unidos, como queda demostrado, por el lazo de un matrimonio real y verdadero, formaban entre sí una unidad suma, un solo principio indivisible, sujeto de derechos y deberes matrimoniales. Ni José puede separarse de María ni ésta de José; antes bien, María depende de José, le pertenece como cosa propia, es una misma cosa con él, no sólo por la unión de afectos y voluntades, sino por el vínculo natural del matrimonio. Por lo mismo, dice muy bien el P. Piccirelli, constituyen los dos un solo principio físico y un solo principio moral de la propagación de su estirpe, un complemento mutuo de perfección, de donde proviene que la relación de paternidad y de maternidad no puede, según las leyes naturales y morales, convenir a uno de los esposos sin convenirle al otro (1). Esta es la ley fundamental del matrimonio, la que la especifica en su constitución. El acto material de la generación determina el carácter peculiar de la paternidad física, pero la dignidad de padre, la realidad propia de la paternidad humana se funda radicalmente en el vínculo matrimonial que comunica derechos propios y estrictos sobre los bienes del matrimonio. Si los matrimonios pudiesen ser fecundos sin la cópula carnal la razón de paternidad existiría con más perfección en los esposos.

San José, por su enlace con María, podía afirmar con toda justicia que era esposa suya, *carne de su carne y hueso de sus huesos* (2). Por el vínculo conyugal, dice S. Agustín, era José padre de Cristo más estrictamente que si por otra vía lo hubiese adoptado (3). Así lo exige el ser indivisible que implica el matrimonio, prescindiendo de toda concupiscencia carnal. En este sentido,

(1) *S. Giuseppe nel l'ordine presente...* III. pág. 20.

(2) *Hoc nunc os ex ossibus et caro de carne mea*, Gen. II. 23.

(3) *Ab hoc etiam Christi patrem multo conjunctius (copulatione conjugii), qui ex eius conjuge natus sit, quam si esset aliunde adoptatus. De consensu Evangel. Lib. II. n. 3.*

pregunta el mismo santo Padre: «¿Se ha de decir que José no era padre porque recibió un hijo sin obra alguna de la concupiscencia? Lejos sea de la castidad cristiana el sentir lo que ni siquiera sintió la judáica (1).» ¿Acaso no tenía José derecho estricto y propio en el cuerpo de su esposa? Luego si ese cuerpo, fecundado por la acción milagrosa del Espíritu Santo, engendra un hijo, será necesariamente de José.

La razón fundamental es la misma, la que constituye el vínculo matrimonial; lo que varía es el modo que en el caso es sobrenatural. El Espíritu Santo suplió sobrenaturalmente el concurso activo de José, pero sin derogar los derechos de propiedad que este posee en el cuerpo de su Esposa y en el hijo que concibe. María no tenía por sí sola virtud generativa natural para engendrar a nadie; el complemento natural de ese principio generativo era José con el cual constituye aquella un *solo principio adecuado* de generación, debido a lo cual bien puede llamarse a José padre del hijo que María concibe en sus entrañas.

Además, la misma acción del Espíritu Santo, supuesto el decreto de la Encarnación, no se comprende sin el libre consentimiento de José. De esencia del matrimonio es la entrega del derecho que adquieren los esposos en orden a la generación. Si María había de ser madre del Redentor, debía ser virgen. Pero la virginidad de María estaba ligada al consentimiento de José del cual dependía. Si el Espíritu Santo fecunda milagrosamente la virginidad de María, fecunda algo dependiente de José, pues el concurso activo de este contribuye a la conservación de aquella. Y esto sólo basta para que José sea denominado padre verdadero de Jesús. La Virgen Santísima no constituía sin José ni principio *apto* de generación, ni tampoco un principio *adecuado* de virginidad perfecta en orden a la Encarnación del Verbo.

A los que esto niegan, a los que a pesar de concurrir José de algún modo a la fecundación de María usando de sus legítimos derechos, no le reconocen el título de verdadero padre de Jesús,

(1) *Propter hoc ergo Joseph non erat pater, quia sine concupiscentia carnis suscepit filium? Absit, ut hoc sentiat castitas christiana quod nec judaica sentiebat.* Sermon. LI. De concordia Matth et Luc. cap. 15.

podemos preguntarles qué relación adquiere José con Jesús nacido legítimamente de la Esposa de éste. O sea, qué relación adquiere el marido de la esposa convertida en madre legítima, considerado en orden al hijo que ésta engendra y con el cual forma un ser indivisible. Es innegable que en el caso propuesto existe algún vínculo de parentesco, parentesco próximo e inmediato. No puede ser vínculo de afinidad física porque en el caso no existe enlace corporal. Es una afinidad moral, real, positiva, una especie de parentesco que solo se expresa digna y adecuadamente por las relaciones de filiación y paternidad. Y estas son las que existen entre José y Jesús. Si Este es una cosa con María, su Madre, y esta con José, luego Jesús es una cosa con José y verdadero hijo suyo porque lo es de María Esposa y una misma cosa con José. El vínculo conyugal es, sin disputa alguna, para José la fuente de sus relaciones de paternidad con Jesucristo.

### III

#### LA TRADICIÓN CATÓLICA Y LA PATERNIDAD REAL

En estos principios fundamentales, claros y evidentes, se fundan los Santos Padres y escritores católicos para afirmar y defender la paternidad *real* de S. José. Nadie como el príncipe de todos ellos S. Agustín expuso con toda claridad y precisión teológica esa verdad consoladora. Estaba reservado a aquel genio portentoso que tan maravillosamente supo exponer las grandezas de María, indicar y describir también las de su amantísimo esposo S. José, sin hacer caso de no pocos prejuicios que reinaban entre sus contemporáneos.

Repetidas veces y en no pocos escritos del Santo se refleja ese pensamiento capital de la paternidad *real* de José, por ser éste esposo verdadero de María. Jesús, dice, es hijo de José porque es hijo verdaderísimo de María (1). No sólo es María Madre de

---

(1) *Non solum quod opinione sola sed quadam EX PARTE VERITATIS Joseph filius est quippe Mariae verissimus filius. De consensu Evangel. lib. II. cap. 1.*

Jesús, sino también S. José es padre suyo, como esposo de aquella. Por este su fiel matrimonio, escribe el mismo Padre, merecieron entrambos ser llamados padres del Cristo; no sólo ella madre, sino también él padre del mismo, como cónyuge que era de la madre; entrambos por la mente, no por la carne (1).

Los dos, María y José, por efecto de su matrimonio, son padres de Jesús. El fundamento de tal denominación no es otro que el vínculo conyugal. Refiriendo S. Lucas, dice en otra parte el Santo Doctor, que el Cristo no nació de contacto con José sino de María virgen ¿por qué le llama padre sino porque rectamente entendemos que es esposo de María, no por ayuntamiento carnal, sino por concierto conyugal? (2).

No era, por lo tanto, necesario el concurso físico por parte de José para que este adquiriera los derechos de padre de Jesús; los poseía ya por el hecho de estar unido matrimonialmente con María. No es el placer sensible lo que causa la paternidad real, pues tampoco María lo experimentó y fué Madre verdadera y propia de su hijo Jesús. Así como aquel matrimonio, escribe en otro lugar el Santo, fué verdadero matrimonio sin corrupción alguna, así ¿por qué no había de recibir castamente el marido lo que castamente dió a luz la mujer? Como ella fué castamente esposa, así él fué castamente esposo; y así como ella fué madre castamente (madre virginal), así él castamente padre (padre virginal). Quien diga, pues, que no debe llamársele padre porque no engendró al hijo, ese tal busca en la procreación de los hijos el placer sensual, no el afecto de la caridad (3)... Si alguien pudie-

---

(1) *Propter quod fidele conjugium parentes Christi vocari ambo meruerunt; et non solum illa mater, verum etiam ille pater ejus, sicut conjux matris ejus; utrumque mente, non carne.* De Nuptiis et Concupise. lib. I. cap. 11.

(2) *Cum igitur ipse (Lucas) norret non ex concubitu Joseph sed ex María Virgine natum Christum; unde ejus patrem appellat, nisi quia et virum Mariæ recte intelligimus sine commixtione carnis, ipsa copulatione conjugii?* De Consensu Evangel. lib. II núm. 3.

(3) *Sicut ergo erat illud conjugium, et sine ulla corruptione conjugium; sic quod caste uxor peperit, cur non caste maritus acciperet? Sicut enim caste conjux illa, sic ille caste maritus; et sicut illa caste mater, sic ille caste pater. Qui ei go dicit: non debuit dici pater quia non sic genuerat filium, libidinem quaerit in procreandis filis, non caritatis effectum.* De concordia Matt. et Luc. c. 21.

se recibir hijos de su mujer sin contacto carnal con ella ¿no debería recibirlos tanto más gozoso cuanto más casta es ella y más la ama él (1)? Por lo tanto, continúa, no, de ningún modo se ha de decir que José no fué padre del Cristo *quia cum Matre Domini non concubuit*, como si el ser esposa dependiese de la concupiscencia y no del amor conyugal (2)... No nos debe extrañar, pues, que en la genealogía del Cristo las generaciones se enumeren por José y no por María; bastante se ha dicho ya que así como ella es madre sin concupiscencia de la carne, así él es padre *sine carnali commixtione*. Por lo tanto, bajen y suban por él las generaciones. No se le debe separar porque en su paternidad no entró la concupiscencia carnal; antes bien, la mayor pureza confirma su paternidad, no sea que nos reprenda la misma Santa María, porque ella no se quiso anteponer a su marido, sino que dijo: *Tu padre y yo*. No hagan, pues, perversos murmuradores lo que no hizo su castísima Esposa. Numeremos las generaciones por José, porque así como fué castamente marido así fué castamente padre (3).

Tan convencido estaba de esta verdad el Santo Doctor, tan arraigada tenía en su espíritu la idea de la paternidad real de S. José, en virtud de su matrimonio con la Madre de Dios, que no vacila en equiparar esas dos hermosas realidades, graduando el valor de la paternidad de José por el de sus desposorios con María. Del mismo modo, dice, se le puede llamar padre de Jesús que esposo de María (4). Luego habiendo sido José real y verda-

---

(1) *Si ergo posset de uxore quisquam sine concubitu suscipere filios, non tanto debuit laetius quanto illa est castior, quam diligit amplius.* Ib. c. 16.

(2) *Non itaque propterea non fuit pater Joseph, quia cum Matre Domini non concubuit, quasi uxorem libido faciat et non charitas conjugalis.* Ib. c. 16.

(3) *Movere non debet quare per Joseph et non per Mariam generationes numerentur; satis dictum est, quia sicut illa sine carnali concupiscentia mater, sic ille sine carnali commixtione pater. Per illum ergo descendant et per illum ascendant generationes. Non eum propterea separemus quia defuit carnalis concupiscentia; major puritas confirmat paternitatem ne ipsa Sancta Maria nos reprehendat, illa enim nomen suum praeponere noluit marito suo, sed dixit: Pater tuus et ego. Non ergo faciant, perversi murmuratores quod conjux casta non fecit. Numeremus ergo per Joseph quia sicut caste maritus, sic caste pater est.* Ib. c. 20.

(4) *Eo modo pater illius valet dici quo et vir Mariae.* De consensu Evang. lib. II.



dero esposo de María, es padre real y verdadero de Jesús. He ahí la idea invariable que preside los escritos josefinos de San Agustín.

Los otros Padres y escritores católicos han venido a expresar la doctrina del Aguila de Hipona al hablar de la paternidad real de S. José. Así lo demuestra la tradición histórica y teológica.

«Dispuso Dios, escribió ya S. Justino, dar a José un hijo de su Esposa, aunque no engendrado naturalmente de José, porque así como lo que se engendrarse sin ofensa del marido ni infidelidad de la mujer sería necesariamente de estos, así Dios pudo dar un hijo por cópula o sin ella, como lo dió a José» (1). «José, dice también S. Epifanio, desempeñó el oficio de padre porque así plugo a Dios» (2). «La naturaleza, según S. Efren, dió a José el nombre de padre» (3). «La naturaleza, esto es, el derecho natural del matrimonio con María. S. Juan Crisóstomo por su parte dice: «Aunque la obra es del Espíritu Santo, no pienses, oh José, que eres extraño a tan gran misterio... Fácilmente te concedo todo cuanto sea propio de padre, y no empañe la dignidad de la Virgen». (4) S. Juan Damasceno: «José fué elevado a la dignidad de padre para que la desempeñase» (5). Y el Venerable Beda: «Del mismo modo que es esposo de Maria es padre de Jesús» (6). Ya citamos también las palabras del abad Ruperto: «Si S. José es esposo de María, es también padre del Señor» (7). Por último,

---

(1) *Deo visum est ex conjuge Joseph filium dare eidem Joseph, naturaliter ex eo non genitum. Nam id quod ex muliere quapiam absque stupro et fornicatione progignitur, necessario viri et uxoris filius est: cujusmodi ratione Deus dare vult filium viro, per copulationem videlicet, vel extra copulationem.* Orthodox. Respons. quaest. ad Quest. 135.

(2) *Patris vicem Joseph gerebat, quod ita Deo placuerat.* Haeres. 5.

(3) *Ipsi Joseph natura appellationem indidit.* De Marian. praecon.

(4) *Non enim quia ex Spiritu Sancto, idcirco te a ministerio tantae existimes dispensationis extraneum; nam etsi nihil habeas in hac generatione commune, virgo quippe permansit intacta, tamen quod est proprium patris quoque nihil infuscat Virginis dignitatem, hoc tibi facile concedo.* Hom. 4 in Matth. n. 6.

(5) Orat. 3. De Nat. B. M. V.

(6) In c. 2. Luc.

(7) *Si est vir Mariae est et pater Domini.* «De gloria et hon. Filii hominis». C. I. in Matth.

S. Bernardo enseña la misma verdad. «José, dice, fué llamado padre del Señor y salvador de todo el mundo... Si quieres formarte una idea de su mérito y grandeza, piensa en el título de *Padre de Dios* con que fué digno de ser honrado por el mismo Dios... Habiendo el Padre Eterno comunicado a este varón con suma sabiduría y prudencia su propio nombre de padre, claramente manifestó a cuán alta dignidad quiso sublimarle» (1). Por esto dice Pascasio Radberto que «el ángel llama a María cónyuge de José, porque nada faltó al conyugio sino el uso de la carne; de tal manera, que a José pertenece, *juxta carnem*, el nacimiento del Cristo, pudiendo por esta razón ser llamado padre del Salvador» (2).

Los escolásticos y teólogos josefinos se expresan todavía con más claridad y precisión teológica, demostrando con esto como la doctrina de la paternidad *real* de S. José contenida implícitamente en los escritos de los Santos Padres ha palpitado siempre en las creencias del pueblo cristiano, manifestándose explícitamente desde los siglos XV y XVI, época en que comenzó a desarrollarse la teología josefina mediante la propagación del culto de S. José.

Sea el primer testimonio el del Doctor Eximio, quien declaró expresamente la paternidad *real* de S. José. «No sólo tuvo S. José, dice, el nombre de padre, sino que, excepto la generación carnal, participó de la *realidad* de padre, cuanto puede participar el hombre» (3). ¿Por qué razón? Porque como dice el mismo Suárez, siendo la Santísima Virgen verdadera madre del Cristo,

---

(1) *Hic pater Domini vere totius mundi Salvatoris est appellatus conjice ex hac appellatione qua meruit honorari a Deo, ut pater Dei et dictus et creditus sit quis et qualis fuerit iste homo... Cum ergo Pater Aeternus, summa sapientia et providentia, hoc nomen sibi proprium eum hoc viro communicaverit, satis significavit ad quamtam dignitatem eum evexerit.* Homil. 2, Super Missus est.

(2) *Conjugem autem quare dixerit inter reliqua quod nihil defuerit operis conjugii nisi sola commixtio libidinis; in tantum, ut ad Joseph juxta carnem pertineat ortus Christi; et dici possit idem per hanc pater Salvatoris.* Expos. in Matth. lib. II.

(3) *Beatum Joseph non solum patris Christi nomen, sed etiam REM, quae quia nobis subest, participasse, quantum, excepta carnali generatione, ab homine participari potest.* De Mysteriis vitae Christi. Disp. 8, sect. 1, n. 4.

José, su esposo verdadero, no podía menos de participar de la razón de padre, excepta siempre la generación carnal (1).

*Sto. Tomás.* Repite con S. Agustín que «del mismo modo es José padre de Cristo que esposo de María» (2), o sea real y verdaderamente.

*Cayetano.* José era marido de la Santísima Virgen y por lo tanto con razón se llamaba padre *legítimo* de Jesús (3).

*Cornelio Alapide.* «Así como Cristo es *verdadero* hijo de la Virgen, aunque lo tuvo milagrosa y no naturalmente, así y por el *mismo* derecho del matrimonio es hijo de José, sin que obste el haber sido engendrado del consorcio virginal milagrosa y no naturalmente; antes bien, por eso es más y más admirablemente hijo de José» (4). Otro testimonio de Cornelio Alapide, *aún más expresivo* que el anterior: «Jesucristo llamaba a S. José padre suyo, no tan sólo porque el vulgo le miraba como tal, sino también porque en *realidad* era padre de Jesucristo. Jesucristo, efectivamente, en un matrimonio verdadero con la Madre de Dios fué engendrado por milagro divino y fué dado por Dios como hijo. Jesucristo era *realmente* el hijo de José y José en *realidad* el Padre de Jesucristo» (5).

*Jacobo de Valencia.* «Aunque José no concurriese oficialmente a la generación de Cristo, pero, porque tal concepción y generación se hizo en su cónyuge, conyugal e indivisiblemente unida con José, no dejó de tener parte en el misterio para que por algún modo especial fuese padre de Cristo *mucho más y más dignamente* que si fuera padre adoptivo y nutricio» (6).

*Navarino.* «Fué José *verdadero padre* de Cristo, porque, si bien no le engendró, fué verdadero cónyuge de María. Si el Cristo no

---

(1) Ib.

(2) *Eo modo pater Christi dicitur Joseph quo et vir Marie sine commixtione carnis, ipsa copulatione coniugii.* III, Q. XXVIII, art. I. Ad, 1.

(3) III Q. XXXI. Art. 2.

(4) In c. I. Matth. n. 16.

(5) *Christus enim Josephum vocabat patrem non tantum quia vulgus putabat eum esse patrem Christi, sed etiam quia verus erat pater Christi.* Alapide, «In Isaiam» c. VIII.

(6) Commen. In Cant. Fer. et Evarg.

fuese hijo de María, en cuanto esposa de José, no sería éste verdadero padre» (1).

*Tirini.* «Así como José tuvo todos los derechos de *verdadero* señor y *padre* de Jesús, según que Este era hombre; así también Jesús, según que era propio y legítimo aunque no natural hijo de José, tenía todos los derechos de hijo respecto de él» (2).

*Naveo.* «Fué José verdadero cónyuge de la Virgen Madre de Dios; por consiguiente, aunque no engendró él a Cristo Señor Nuestro, fué *verdadero* padre suyo» (3).

*S. Francisco de Sales.* En virtud de la divina unión de Nuestra Señora y el glorioso S. José, Cristo Señor Nuestro, Bien de los eternos bienes, fué de José y le perteneció como a María, no según la naturaleza sino según la gracia (4).

Los teólogos josefinos más renombrados han seguido las mismas huellas, han defendido la paternidad real y verdadera de S. José. Veamos sus testimonios:

*Gerson.* «José fué padre por generación. no suya, pero sí de María, Esposa suya» (5). En este sentido dice que puede llamarse a José padre *corpore* de Jesús, en cuanto la purísima carne de María era de José por derecho conyugal.

*Bernardino de Busto.* «Porque el cuerpo de María pertenecía a José por derecho matrimonial, José fué padre de Jesús, por generación, no suya, sino de María, su Esposa» (6).

*Cartagena.* «El Evangelista S. Lucas llama padre a José porque, aunque no le engendrara, es *verdadero* padre del Cristo» (7).

*Seldmayr.* «S. José está unido inmediatamente al Cristo como *verdadero* y *propio* padre suyo» (8).

*Francisco Sylvio.* «El bienaventurado José se llama padre de

---

(1) «Umbra virginea», lib. IV. excus. 116.

(2) In Evang. Matth.

(3) «Sponsus Virginis». Orat. I.

(4) Entret. XIX. «Sur les vertus de S. Joseph».

(5) Serm. De Nativit. B. M. V. In Concilio Constant.

(6) Vives, «Summa Josephina» n. 948.

(7) Ib. n. 873.

(8) Ib. n. 1995.

Cristo principalmente por su matrimonio con la Virgen María» (1).

*Jamar.* «Atendido el matrimonio rato entre José y María, se ha de tener a José por padre tan *verdadero* como marido verdadero, nunca putativo» (2).

*Miechow.* «No sólo tuvo José el nombre de padre sino también la *realidad* de tal, excepto la generación» (3).

*Morales.* «José es llamado *rectamente* padre del Cristo. La paternidad de José a ninguna otra criatura fué concedida. José en su paternidad excedió a los Patriarcas, Profetas, Evangelistas, Apóstoles y a los mismos Angeles» (4).

No faltan tampoco escritores modernos que se han hecho eco de la misma doctrina.

*Bucceroni.* «José fué más padre del Cristo que un padre adoptante lo es del hijo adoptado, porque este padre adoptivo lo es de persona extraña; pero José fué padre *matrimonial* de Cristo, el cual era de su familia» (5).

*Picciarelli.* Cita este autor las palabras de Suárez arriba transcritas, y dice que constituyen una sentencia *justísima y verdaderísima* (6).

*Lepicier.* «La mayor gloria y excelencia que podemos predicar de S. José es decir que fué esposo verdadero y legítimo de la bienaventurada Madre de Dios, y por lo tanto *verdadero* padre de Cristo, anuque no lo sea *secundum carnis procreationem*» (7).

*Mariani.* «¿Por qué, pregunta, negar una paternidad *real* (la de José) del orden sobrenatural?» (8).

*Sauvé.* «Guardémonos bien de excluir o de semejar que excluimos una paternidad *real y verdadera*, porque para con José existe una paternidad moral que es de todas suertes verdadera, y

---

(1) In III. P. S. Th. Q. 28, art. 1 et 2.

(2) «Theologia Mariana» P. III, Q. II, art. 7.

(3) Vives, «Summa Josephina» n. 2539.

(4) In c. I. Matth. lib. III, Trac. VII.

(5) Comment. «De Sancto Joseph» XVI.

(6) «S. Giuseppe...» pág. 33.

(7) «Tractatus de Beatissima Virgine Maria» P. II, c. III, art. 3, n. 13.

(8) «Primante de S. Josep» P. I, chap. III.

hasta añadiré que se halla mucho más alta que la paternidad material» (1).

*Hermann.* «San José fué *verdadera y realmente (vere et realiter)* padre de Cristo porque no sólo participó el nombre de la paternidad sino también la realidad significada por el» (2).

*Jacquinet.* «José es padre de Jesús; honrad en este santo hombre la más augusta paternidad del mundo. No sólo posee José esta paternidad de nombre y en opinión de los hombres, sino en *realidad* y de una manera excelente» (3).

*Butiñá.* «Habiendo sido José *real y verdadero* consorte de la Virgen, no se puede negar que gozó sobre Jesús los derechos de *verdadero padre*» (4).

*Pérez y Rodríguez.* «Puede decirse *realmente* de S. José que fué padre *verdadero y propio* de Jesús» (5).

Creemos que, después de lo dicho, no habrá quien dude de la paternidad real de S. José, ni mucho menos la tilde de sospechosa o herética. Fluye espontáneamente, como hemos visto, de la naturaleza intrínseca del matrimonio, que es principio único adecuado de generación y supuesto exclusivo de los hijos habidos en él legitimamente por los dos esposos. Pero también se confirma más esa paternidad del Santo si atendemos al carácter *especial* de su matrimonio con la Virgen, a la finalidad *singular* de ese acto sagrado, sobrenatural y extraordinario.

Preciso es convenir en que María y José no se unieron en matrimonio por ningún móvil puramente humano, ni a ello les indujo ninguno de aquellos fines que, aunque lícitos y laudables, suelen determinar la ejecución de ese acto entre los hombres. Sólo una providencia *especial*, una disposición *particular* del Altísimo les movió a unirse en matrimonio. Resplandecen aquí maravillosamente las miras adorables de Dios que ordenaba aquella alianza sagrada a la manifestación de su gloria, a la ostentación del más inefable de sus misterios. El matrimonio de

---

(1) «S. José», pág. 91.

(2) «Tractatus de B. Joseph» pág. 6.

(3) «La gloire de S. Joseph» c. I, cons. II.

(4) «Glorias de S. José», segunda edic. pág. 134.

(5) «El Esposo de la Santísima Virgen» cap. VIII, pág. 126.

José con María pertenece al orden hipostático y no se puede prescindir de esa consideración cuando se trata de apreciar justamente su virtualidad y medir sus excelencias. Es un matrimonio en el que interviene la acción de Dios más aún que las de sus criaturas. Nadie ha negado jamás, dice el P. del Val, que este matrimonio fué contraído y celebrado por especial inspiración y dirección de Dios (1).

Así se explica su elevación, sus asombrosos efectos, su fecundidad extraordinaria. José no se unió con María precisamente para vivir con ella como un fiel compañero en la tierra, ni para adoptar al hijo que su Esposa concibiera en sus entrañas, ni para proveer lo necesario a la conservación de su vida corporal. Fines más altos y nobles dirigieron la realización de aquel acto. Se desposó con ella única y exclusivamente con el fin de recibir al Hijo de Dios, que no podía encarnarse ni nacer sino de una Virgen *desposada*. Este y no otro era el fin intrínseco y propio, digámoslo así, de ese matrimonio.

## VI

### NUEVAS PRUEBAS

Santo Tomás ha expresado con gran precisión teológica este pensamiento: «Los hijos, dice, no son un bien del matrimonio solamente por haber sido engendrados en él, sino también porque en el matrimonio se reciben y educan. Y en *este* sentido el bien del matrimonio de José con María es la divina prole, Cristo Jesús. El hijo adoptivo que se educa por un matrimonio no es bien de este matrimonio porque no se ordenaba a la educación de aquel hijo adoptivo; muy al contrario de lo que sucede en este matrimonio de José, cuyo fin primordial era por una disposición *especial* el de recibir y educar al Niño-Dios (2). La encar-

---

(1) «Sacra Theologia Dogmatica» vol. II, n. 250.

(2) *Proles non dicitur bonum matrimonii solum in quantum per matrimonium generatur, sed in quantum in matrimonio suscipitur et educatur. Et sic bonum illius matrimonii (Mariæ et Joseph) fuit proles illa (Jesús) et non primo modo. Non tamen*

nación del Verbo no podía efectuarse, según los decretos divinos, sino en una virgen casada; era, por lo tanto, necesario que se uniera con José, y en el hecho de poner José su concurso activo y físico para este matrimonio, ponía algo necesariamente exigido para la generación del Cristo. La concepción no era efecto físico de ese enlace de José, pero éralo *real* en el sentido estricto de la palabra. El fruto no pertenecía a José ni a María, sino al matrimonio de entrambos. Cristo, en cuanto prole, dice el Tostado, pertenece al matrimonio de María y José (1). María concibe a Jesús en el estado conyugal que comparte con su esposo José.

José, dice Jacquinet, cedió al Espíritu Santo su propio derecho en el cuerpo de su Esposa para el cumplimiento milagroso del adorable misterio de la Encarnación, en la cual se terminaba aquel matrimonio como medio proporcionado y preordenado divinamente a tan alto fin (2). S. Agustín expresó en pocas palabras este pensamiento. Por efecto de su fiel matrimonio, dice, María y José, los dos, merecieron ser llamados padres de Jesucristo (3). Esta comunidad de predicado es debida a la unidad indivisible del matrimonio que hace de los esposos un solo ser. El esposo y la esposa, dice Suárez, no constituyen más que uno sólo, y por eso mismo el niño que va a ser entregado a la Esposa de José de la manera más legítima, por la virtud y don del Espíritu Santo, constituirá no solamente la muy legítima posesión, el tesoro perfectísimamente adquirido, sino también el hijo muy querido y adorado de S. José (4). Ya había dicho Jesucristo

*filius adoptivus quia matrimonio educatur et bonum matrimonii, quia matrimonium non ordinatur ad educationem illius, sicut hoc matrimonium (Joseph) fuit ad hoc ordinatum specialiter quod proles illa susciiperetur in eo et educaretur.* In IV Sent. D. 30. Q. 2, art. 2 ad 4.

(1) In cap. I. Matth. Q. 32.

(2) *La Gloire de S. Joseph* cap. II, VII.

(3) *Propter quod fidele conjugium parentes Christi vocari ambo meruerunt, et non solum illa mater, verum etiam ille pater, sicut conjux matris ejus.* De nuptiis et concup. Lib. I, c. 11.

(4) In III. Q. XXIX. lib. 2. D. 8.



hablando de los casados, que *no son dos sino una misma carne* (1).

Si, pues, el Verbo no había de nacer de María sola ni de José, sino del matrimonio de entrambos, síguese que la maternidad de la Virgen no se concibe sin la paternidad de su esposo, y que como aquella es madre de Jesús así es padre José, verdadera y propiamente. S. José no era solamente una condición *sine qua non*, para la ejecución del misterio, sino verdadera causa directamente ordenada a la recepción del Cristo. José, dice el Cardenal Toledo, es principalmente padre del Cristo porque por causa del mismo Cristo contrajo María matrimonio con él (2).

Este argumento de la paternidad real de S. José, fundado en el fin directo e inmediato del matrimonio del Santo, adquiere nuevo vigor demostrativo si se le examina en relación íntima y profunda con la procreación de Jesús, dadas las circunstancias excepcionales en que se lleva a efecto.

Todo matrimonio tiende por su naturaleza a la generación de la prole, a la multiplicación de la especie. No es esencial al matrimonio la generación, porque es más bien ese contrato unión de voluntades y de espíritus que de cuerpos; pero su fin primario, dice Sto. Tomás, es la generación y educación de los hijos (3). Este fin no constituye, sin embargo, la forma propia del matrimonio, ni su perfección fundamental; sólo es un complemento y derivación de él.

No era necesaria la fecundidad del matrimonio de José para que fuese verdadero y rato matrimonio. El voto de virginidad que ligaba a ambos cónyuges no obstaba a la unión indisoluble de sus almas ni a la indivisibilidad de vida que implica el estado conyugal; antes bien, ese voto de los desposados les honraba y enaltecía sobremanera, ofreciendo un magnífico ejemplo de pureza a todos los cristianos en un estado de suyo tan propenso a los desbordamientos salvajes del instinto. Pero aquel matrimonio, tipo y ejemplar de todos los demás, debía ser perfecto en

---

(1) *Itaque jam non sunt duo sed una caro*, Matth. XIX. 6.

(2) Comment. in Luc. c. II.

(3) III Q. XXIX. art. 2.

todas sus partes y manifestaciones; y ved la razón por la que también debía ser fecundo. No, no faltó en el matrimonio de José el fin primario de ese acto, aunque se obtuvo de una manera insólita y extraordinaria. No lo fecundó el hombre sino la virtud omnipotente de Dios.

Tal género de fecundación era muy conveniente a la naturaleza *especial* de aquel matrimonio. Si este era completamente sobrenatural; si el fin por el que fué contraído también lo era; y si las personas contrayentes fueron revestidas de carismas muy extraordinarios y elevadas a un orden sobrenatural singular; esto supuesto, era lógico que la fecundación de ese matrimonio fuese también sobrenatural. ¿A qué buscar medios humanos donde todo es divino? ¿Por qué exigir el cumplimiento de las leyes ordinarias que rigen en los demás matrimonios, si el de José era sublimemente extraordinario? Admiraremos aquí y adoremos con reverencia suma las disposiciones de Dios, y contemplemos cómo brilla y resplandece en esta fase la paternidad de S. José sobre todas las paternidades humanas.

Todo matrimonio va encaminado a la fecundidad física, pero puede conducir a ella de dos maneras: por la vía *ordinaria* de la generación humana, o por la vía *extraordinaria* de la acción divina, fecundando milagrosamente la misma virginidad. Y así sucedió en el matrimonio de José y María. Ese milagro inaudito, exclama Sauvé, lejos de rebajaros, ¡oh José!, en la fecundidad de vuestro matrimonio, no hace otra cosa que elevarla más y más a vuestros propios ojos, hacerla más amable, más espléndida, toda vez que por atención altísima a vuestra virginidad, ese milagro constituirá vuestra mayor honra y llenará mucho más vuestro corazón que cuanto apetecer pudiera, que cuanto puede esperar e imaginar (1).

La virginidad de María es un dogma de nuestra santa fe; la virginidad de José es una verdad teológica comunmente admitida, cuya demostración irá más adelante. Se unieron, por lo tanto, en matrimonio dos virginidades eminentes para que de la unión de entrambos naciese Jesucristo, Rey de la virginidad y Esposo

---

(1) «San José», pág. 94.

de las almas vírgenes. La virginidad de José era necesaria para que el Cristo naciera, aun más, se requería también para que existiera la misma virginidad de María sin cuya virginidad no hubiese ella concebido por obra del Espíritu Santo. Aquí aparece patente la dependencia de María con respecto a José en el acto de la generación del Verbo humanado.

No pudiendo verificarse la operación divina, dice el ilustre Mariani, sino en el seno de una virgen casada, fué necesario que María tomase un esposo y que este esposo guardase con ella la virginidad en el matrimonio. Mientras no fué casada, tampoco fué apta para recibir en sí la obra del Espíritu Santo, según los decretos divinos. Si en el matrimonio no hubiera permanecido virgen, hubiérase hecho inepta para ser Madre de Dios, como dice el Crisóstomo. Así pues, antes de la concepción se preparó activamente a engendrar al Verbo hecho carne contrayendo un matrimonio virginal (1).

Esta cooperación activa de José provenía de sus derechos de esposo, derechos reales y positivos. Siendo de esencia del matrimonio la entrega del derecho mútuo a la unión de los cuerpos, la virginidad de María quedaba ligada a la virginidad de José, de modo que, no sólo la virtud generativa natural era una *sola* virtud adecuada en los dos, sino también las virginidades de entrambos se completaban mutuamente constituyendo una sola virginidad adecuada. Luego si María, dice el P. Piccirelli, concibió al Verbo de Dios porque fué virgen, no lo concibió sino con dependencia de José, el cual por este hecho concurrió a la concepción del Verbo con una especie de concurso paterno sobrenatural, mereciendo con *toda justicia* el nombre de padre del Cristo (2).

Si María hubiese permanecido siempre virgen sin casarse, su maternidad sólo dependería de Dios, su virginidad sería exclusivamente propiedad suya; pero una vez casada, dependía de su esposo sin cuyo consentimiento no podía ser ni virgen ni Madre de Dios. Todo esto por disposición adorable del Altísimo que así

(1) Mariani, «Primante de S. Joseph», P. I, chap. VI.

(2) «S. Giuseppe»..., pág. 35.

determinó el modo de la Encarnación. La concepción del Verbo es, por lo tanto, en cierto modo obra de José. Como el matrimonio era uno solo, también era una sola la virginidad de José y María; ni José era virgen sin María ni María sin José; los dos constituyen único principio de virginidad, *necesario* para la generación del Verbo. Es la ley invariable del matrimonio promulgada por el Apóstol. *La mujer casada no puede disponer libremente de su cuerpo, sino que dispone el marido; y el marido tampoco puede disponer libremente de su cuerpo, sino que dispone la mujer a la cual pertenece* (1). Así como el Espíritu Santo, escribe el citado Mariani, no quiso obrar la Encarnación en el seno de una mujer que no fuese nubil, así no quiso obrarla en el de una mujer que no fuese casada y al mismo tiempo virgen. Esta aptitud de María casada y virgen es obra de José. Antes de la Encarnación José tuvo una parte activa, concurrió con su Esposa a preparar al Espíritu Santo un cuerpo virgen y casado (2).

La virginidad de María dependía de José; era virgen por disposición divina y por consentimiento humano, cumpliéndose lo que dijo S. Ildefonso que «María fué virgen por voluntad de Dios y por voluntad del hombre» (3). O en pocas palabras: María no podía ser Madre de Dios sin ser virgen, pero no podía ser virgen sin el consentimiento de su esposo, puesto que de este dependía la virginidad de aquella. Jesús es, pues, fruto de la virginidad de ambos esposos; así como María es Madre Virgen, así José es padre virgen de Jesús. «Ella es, dice S. Agustín, castamente Madre y él castamente padre» (4). No son dos virginidades distintas, sino una sola virginidad, fecundada por la virtud del Espíritu Santo. Luego no sólo el matrimonio de José, también su virginidad tenía por término la Encarnación del Verbo.

Esta verdad ha sido constantemente enseñada por la tradición cristiana y Doctores católicos.

---

(1) *Mulier sui corporis potestatem non habet sed vir; similiter autem et vir sui corporis potestatem non habet sed mulier.* I. Cor. VI, 4.

(2) Loc. cit.

(3) *Fuit Maria Virgo ex Deo, virgo ex homine.* Lib. de B. M. Virg. c. I.<sup>a</sup>

(4) *Sicut illa caste mater sic ille caste pater.* Serm. LI, De concordia Evangel. Matth. et Luc. cap. 21.

José fué virgen, dice S. Jerónimo, para que del virginal conyugio naciese un hijo virgen (1). José escribe Simón de Casia, es más bien hijo de la virginidad conyugal que de la Virgen (2). La fecundidad y fruto de la Virgen, afirma Naveo, fueron fecundidad y fruto del mismo consorcio, y la fecundidad y fruto del consorcio no fueron solamente por parte y derecho de la Virgen, sino también por parte y derecho del Espíritu Santo, sin menoscabo alguno del derecho de José; por lo cual no sólo para la Virgen sino para José fué divinamente fecundado aquel sagrado consorcio (3). La pureza de María, dice Bossuet, no es solamente el depósito sino también el tesoro de su casto Esposo; ella le pertenece por derecho de matrimonio... ¡Oh fecunda virginidad! Eres bien de María, pero también eres bien de José. María la ha ofrecido, José la ha mantenido, y ambos la presentan al Padre Eterno como un tesoro que los dos han conservado con mutuos cuidados. Como tiene tanta parte en la santa virginidad de María, reporta también fruto importante de la misma; por esa razón Jesús es *hijo* suyo (4). «María y José, dice Augusto Nicolás, se entregaron mutuamente su virginidad por un verdadero matrimonio, pero se la entregaron para guardarla con el fin de tener a Jesucristo, que es maravilloso fruto de esta virginidad conservada» (5). Por su parte, Jourdain escribe: «El voto de María unido al de José hicieron de este matrimonio el más santo y más perfecto que pudiera encontrarse en la tierra, y el fruto de esta bien-aventurada unión no fué otro que el mismo hijo de Dios» (6). Finalmente, Sauvé dice: «¡Oh S. José esposo de María! Ella os ha dado no solamente la virginidad de su alma sino también la virginidad de su cuerpo; y por tal razón el hijo de esa virginidad, hecha fecunda por la acción del Espíritu Santo, es hijo vuestro. Vos sois su padre virginal, y por lo mismo verdadero, de quien

---

(1) *Etiam ipsum Joseph virginem fuisse per Mariam ut ex virginali conjugio virgo filius nasceretur.* Advers. Helo.

(2) Lib. II. in Evang. c. 24.

(3) «Sponsus Virginis», Orat. X.

(4) «Premier paneg. de S. Joseph». P. 1.

(5) «La Virgen María y el Plan divino». P. II, c. XV.

(6) «Somme des Grandeurs de Marie», p. II. lib. I. c. VIII. art. 3.

nace virginalmente del Padre en la eternidad, y aquí bajo, virginalmente en vuestro matrimonio, de vuestra Esposa purísima, María» (1).

Los autores citados no han hecho otra cosa que copiar a San Agustín quien, hace quince siglos, consignó ese pensamiento de la paternidad virginal de S. José, con una claridad propia de su gran talento. Hagámos, dice, la genealogía del Cristo por José, porque así como fué castamente marido, así fué castamente padre; y antepongamos el varón a la mujer, según el orden natural y la ley de Dios. Si prescindimos de él y tomamos a ella por punto de partida, dirá él y con mucha justicia: ¿Por qué las generaciones no han de subir y bajar por mí? ¿Acaso, se le responderá, que por no haber engendrado él por obra de su carne? En ese caso replicaría él: ¿Pues por ventura parió ella por obra de su carne? Lo que el Espíritu Santo obró, para entrambos lo obró. Justo era el varón, justa la mujer. Descansando el Espíritu Santo en la justicia de entrambos, a entrambos dió un hijo; pero hizolo en aquel sexo del que era propio dar a luz, obrando de manera que el hijo naciese también para el marido. Por eso, a los dos manda el ángel que impongan nombre al Niño, con lo cual se declara la autoridad de los padres... Un Evangelista describe la genealogía subiendo, otro bajando, pero los dos por José. Y ¿por qué así? Porque es padre. Y ¿por qué es padre? *Porque es padre tanto más firmemente cuanto más castamente lo es* (2). No era lícito, dice en otra parte, que por haber María dado a luz sin

---

(1) «S. José», pág. 94.

(2) *Numeremus ergo per Joseph, quia sicut caste maritus, sic caste pater. Sed praeponamus virum feminae, ordine naturae et legis Dei. Nam si remoto illo, illam constituamus, dicet ille et recte dicet: Quare non per me generationes vel ascendunt vel descendunt? Au dicetur ei: quia non tu genuisti opere carnis tuae? Sed respondebit: Numquid et illa opere carnis suae peperit? Quod Spiritus Sanctus operatus est utrisque operatus est. Cum esset, inquit, homo justus. Justus ergo vir, justa femina. Spiritus Sanctus in amborum justitia requiescens, ambobus filium dedit; sed in sexu quem parere decebat operatus est hoc, quo et etiam marito nasceretur. Itaque ambobus dicit Angelus ut puero nomen imponant, ubi parentum declaratur auctoritas... Ille descendens numerat, ille ascendens, sed ambo per Joseph. Quare? Quia pater. Quare pater? Quia tanto firmitus pater, quanto castius pater.* De concor. Evangel. Matt. et Luc., c. 2.

obra de José y permaneciendo virgen, se le separase al hablar del consorcio de María... Tanto más cuanto que pudo nacerles un hijo sin contacto alguno de la carne, el cual no se debe emplear sino para engendrar hijos (1).

El Santo Doctor distingue en la generación dos cosas: el placer sensible y el afecto espiritual. Este constituye un vínculo más poderoso que el primero; y la paternidad que en él se funde será más firme y real que la que sólo tenga por origen el afecto de la concupiscencia. José es padre virginal de Jesús del mismo modo que es esposo virginal de María. Como sería absurdo negar la verdad de su matrimonio, también lo sería negar su paternidad virginal. Repitamos, pues, con el Aguila de los Doctores: Como María es Madre virginal de Jesús así José es padre virginal de él: *Sicut illa caste mater, sic ille caste pater... Lo que el Espíritu Santo obró para los dos lo obró y descansando en la justicia de entrambos a los dos dió el hijo*. Luego S. José es padre real y verdadero de Jesús por su unión matrimonial con María, por el fin de este matrimonio que era la Encarnación del Verbo, y por formar con María en cierto modo una sola virginidad, fruto de la cual fué Jesús, Hijo de Dios y Redentor de los hombres (2).

Fácil es inferir de lo dicho la naturaleza de la paternidad de S. José. Es una paternidad *sui generis*, enteramente singular, pero propia y estricta. José, dice el eximio Suárez, está inmediatamente conjunto con Cristo como verdadero y *propio* padre suyo (3). Aunque Cristo, afirma Sedlmayr, nació milagrosamente del cuerpo virginal de María, fué hijo *propio* de José, como verdadero hijo matrimonial en quien no hubo intervención de otro padre (4). La paternidad de S. José es única, como único es él en

(1) *Neque enim fas erat ob hoc eum a conjugio Mariae separandum putaret, quod non ex ejus concubitu, sed virgo peperit Christum.. Praesertim quia nasci eis filius potuit sine ullo complexu carnali qui propter solos gignendos filios adhibendus est.* De consen. Evang., lib. II., c. 1.

(2) Por fin el Romano Pontífice ha venido a confirmar públicamente esta doctrina de la paternidad virginal de S. José. A ruegos del Obispo de Jassy (Rumanía) se dignó Pío X indulgenciar una oración que comienza así: *¡Oh José, padre virginal de Jesús, Esposo purísimo de María, etc.*


(3) In III. Q. XXIX. Disp. 8. sect. 1.

(4) «Theología Mariana». P. I. Q. II. art. 51.

la escala de los elegidos. No se habla de S. José como se habla de los demás Santos. Está constituido en una categoría superior, especial, distinta de la en que se hallan los ángeles y los hombres. Singular es su matrimonio y su paternidad, como lo es su persona y su vida entera. La paternidad de S. José se acerca a la divina y está muy por encima de todas las paternidades humanas, porque es sobrenatural; obra de la gracia, no de la naturaleza. En esta parte es S. José imagen de Dios Padre, expresión viviente y sensible de aquel Padre que Jesús tiene en los cielos desde toda la eternidad.

Así se explica el amor de José a Jesús, amor ardiente, vivo, paternal, que se manifestaba en todas sus relaciones con El, formando un poema que no ha podido cantar ningún poeta. Nacía ese amor de su carácter de padre del Verbo encarnado. Esa comunicación en la paternidad divina, escribe el P. Faber, daba a José el derecho más grande que tuvo de amor a Jesús. Podía amarle como si fuese su criatura; podía amarle como redimido por él; podía amarle con un amor personal a causa de los dones y de las gracias de que había sido colmado; podía amarle como hijo de María con un amor en que se encerraba todo el que profesaba a la Madre; podía amarle por sí mismo a causa de su gracia, de su atractivo y de la fascinación divina que ejercía; podía amarle como se ama a aquellos a quienes se ha salvado de la muerte o de algún peligro o que nos han permitido que les manifestemos amistad y aprecio; y ese amor debía hallarse en proporción con la dignidad de su propio oficio y de la excelencia del Niño; pero su más grande amor para él derivaba de su mayor derecho a amarle que, como ya hemos visto, lo debía a su cualidad de sombra del padre (1).

(1) *Belem*, c. IX. pág. 289.







## CAPITULO XV

### Concepción virginal del Cristo (1)

El estudio precedente sobre la paternidad real de S. José nos lleva como de la mano al examen de otra cuestión delicadísima, agitada en estos últimos años por algunos autores josefinos, ávidos de honrar la memoria del Santo con nuevos timbres de honor y de gloria. Nos referimos a la paternidad física sobrenatural, en virtud de la cual S. José, no sólo hubiera sido padre real y verdadero de Jesús, sino también padre físico, aunque sobrenaturalmente, tomando parte activa en el mismo acto de la Encarnación del Verbo si bien con intervención eficaz del Espíritu Santo. Lanzó esta idea y pretendió defenderla con gran aparato de erudición y ciencia un célebre presbítero valenciano, conocido vulgarmente con el nombre de P. Corbató (2).

Merced a la propaganda intensa que hizo de sus peregrinas

---

(1) No sin gran repugnancia escribimos parte del presente capítulo que juzgamos conveniente para el esclarecimiento de una cuestión íntimamente ligada a la teología josefina. Como podrían algunas expresiones herir los oídos piadosos no acostumbrados, por lo menos en nuestra Patria, a oír ciertas palabras de dudoso sentido en cuestiones referentes a la vida y privilegios de San José, hemos creído oportuno escribir en latín algunos párrafos para evitar todo peligro de escándalo e irreverencia. No es menester que el pueblo cristiano se entere de ciertas enseñanzas porque es incapaz de comprender su alcance; basta que las conozcan los Pastores de Israel, las personas ilustradas.

(2) D. José Domingo María Corbató nació en Benlloc (Castellón de la Plana) en Mayo de 1862. Su vida fué en extremo azarosa y agitada. A los doce años se alistó

teorías logró el P. Corbató reclutar algunos partidarios—no muchos—entre el clero secular y regular; pero afortunadamente no fueron hombres de ilustración sino almas cándidas y devotos del Santo, los cuales, careciendo de sólidos principios teológicos tan necesarios para discernir la verdadera de la falsa piedad, pretendieron erigir en doctrina católica lo que sólo era producto de su devoción privada, superficial y falsa por añadidura. Según esto, la paternidad de S. José no sólo es positiva y real en el sentido por nosotros demostrado, sino cuasi material, como ellos dicen, cuasi física, que se acerca a la natural. Quedaría nuestra obra incompleta si no dijéramos algo sobre esta cuestión que en algún tiempo logró enardecer los ánimos y extraviar no pocas inteligencias.

## I

### LOS ESCRITOS DEL P. CORBATÓ

No es posible describir ni enumerar la serie de trabajos literarios compuestos por el P. Corbató para hacer triunfar sus atrevi-

---

voluntario en las filas carlistas, ingresó en la Orden de Predicadores en 1879, se ordenó de Sacerdote en 1886, y a consecuencia de choques y disgustos con los Superiores de la Orden salió de ella en 1889, permaneciendo fuera del claustro como sacerdote secular sin romper definitivamente con la Religión Dominicana. Como él dice, debido a su obra «León XIII, los carlistas y la Monarquía liberal», en la que se creyó ver alusiones malignas y graves injurias a María Cristina, entonces Reina Regente de España, se le encansó, encarceló y tuvo que huir refugiándose en París, donde permaneció por espacio de cuatro años y medio. Pasado este tiempo, una amnistía del Gobierno español le permitió volver a su Patria, como así lo hizo, fijando su residencia en Valencia donde publicó dos revistas “Luz Católica” y “La Señal de la Victoria”, en las que escribió innumerables artículos sobre todo género de doctrinas, sentencias y opiniones. Después de muchos contratiempos y no pocos sinsabores causados por su espíritu soñador y temperamento arrebatado, vino a morir en Benimamet (Valencia) el día 23 de Mayo de 1913 a los 51 años de edad, confortado con los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica. Véanse sus obras “Observaciones apolo-géticas sobre la vida y costumbres del P. Corbató” y “Memorias, Impresiones y Pronósticos”, ambas del mismo autor en las que suministra estos y otros datos de su vida.

das opiniones (1). No se cuenta en Europa durante estos tres últimos siglos un esfuerzo personal tan vigoroso y enérgico como el llevado a cabo por el P. Corbató en pro de la restauración de los estudios josefinos. Pasma la actividad literaria, la erudición inmensa, los caudales copiosos de ciencia que atesoró el citado Padre para su propaganda josefina, sosteniendo día y noche formidable campaña con objeto de divulgar en la prensa sus peligrosas ideas. Pero triste es confesarlo; tal suma de esfuerzos y trabajos resultó en la práctica infecunda y estéril. Si grande fué el empeño del P. Corbató, no fué menor el espantoso fracaso de sus extraviadas concepciones, desapareciendo con su muerte las pocas burbujas de entusiasmo que se habían formado en el pecho de sus admiradores. Si a la extensión de sus conocimientos josefinos hubiera acompañado la profundidad en ellos, otra hubiera sido la conducta del P. Corbató y el éxito de su empresa. Pero no fué así; el P. Corbató leyó mucho, escribió lo indecible, pero no profundizó lo bastante ni supo asimilar los grandes principios de la Patrística y de la Escolástica cristiana; y por consiguiente, careció de aquella serenidad de juicio tan necesaria en la controversia, de aquella libertad de prejuicios

---

(1) Rica es en todo género de escritos la literatura del P. Corbató. De su fecunda pluma brotaron millares de artículos sobre toda clase de materias y asuntos. A los cuarenta años de edad, escribía él en "Visionarios y Visiones": Soy ya un viejo achacoso de tanto trabajar y padecer. Paso la vida encerrado en mis libros y papeles. Cárceles hay harto menos duras que este encierro... No me queda tiempo ni para dormir cinco horas y a veces ni para comer. "Los Hermanos de la Milicia de la Cruz", en la Circular que acompañaba a "Revelación de un secreto", decían también: «Nuestro infatigable Director y Padre a sus cuarenta y un años de edad tiene escritos 64 volúmenes (sin contar los traducidos) sobre casi todos los ramos del saber, en particular sobre materias teológicas y políticas». Entre las principales obras que escribió figuran las siguientes: "Apología del Gran Monarca", dos tomos; "Revelación de un secreto"; Regla general Galeata de la Milicia de la Cruz; "Meditaciones religioso-políticas de un español proscrito"; Memorias, Impresiones y Pronósticos; "Catecismo-cristiano-católico"; "Observaciones apologéticas sobre la vida y costumbres del P. Corbató"; "Regionalismo españolista"; "La Cruzada Españolista"; "Llaves"; "Exposición a D. Carlos de Borbón"; "Carlismo y Españolismo"; "La actualidad parlamentaria con relación a la doctrina católica"; "Visionarios y Visiones"; "La Raza degenerada"; "El Españolismo de Aparisi Guijarro"; etc., etc., y sus dos revistas "Luz Católica" y "La Señal de la Victoria".

sin la cual no se encuentra la verdad ni se demuestra con vigor.

Nótase en todos sus escritos, y más aún en los josefinos, la falta de precisión teológica (1), la tendencia a involucrar conceptos, y sobre todo, un apasionamiento tal que le ciega en multitud de ocasiones, impidiéndole ver serenamente la verdad. De aquí proviene su facilidad en admitir textos espúreos cuando pueden favorecerle (2); su propensión a interpretar arbitrariamente, conforme a sus prejuicios, los textos de la Escritura contra la interpretación unánime de todos los católicos (3); su empeño decidido en aducir como pruebas teológicas los dichos de los autores ascéticos y místicos, aun los de menor autoridad, despreciando u olvidando por lo menos las fuentes genuinas de la Teología, que son la Escritura y la Tradición (4); su inconsecuencia en admitir la autoridad de los PP. de la Iglesia cuando le conviene y rechazarla despectivamente cuando no le favorece (5); el espíritu individual, en fin, que imprimió a todos sus escritos un sello personal con mengua de la doctrina y desdoro de la causa que defendió tenazmente (6).

(1) Es frecuente en él la confusión de lo virtualmente revelado con lo formal implícitamente revelado, el tomar por conclusión teológica lo que no es más que conclusión dialéctica, así como también el calificar de doctrina católica lo que no es más que opinión privada, o a lo más sistema probable.

(2) Tales son, por ejemplo, los testimonios que alega para probar los honores de esposó en su folleto "El Inmaculado S. José", art. II.

(3) Así, por ejemplo, es una interpretación arbitraria, inaudita y absurda la que hace de las palabras *Virtus Altissimi obumbravit tibi* (Luc. I, 35), aplicándolas a San José. Cfr. "La Señal de la Victoria" n. 70, día 26 de Enero de 1905. Lo mismo la interpretación del *Inimicitias ponam inter te et mulierem et semen tuum et semen illius, etc.* (Gen. III, 15), aplicándolas también a S. José. Cfr. Suplemento n. 2, "Vindicación Josephina", primera parte, cap. VI, 31, 32.

(4) Véase para muestra el suplemento núm. 2 "Vindicación Josefina"; primera parte, caps. II, III, IV, V.

(5) Así, por ejemplo, rechaza con ¡horror! la opinión de S. Justino, Orígenes, San Agustín y S. Crisóstomo relativa a los pensamientos de José durante el divino embarazo de María, y aduce la autoridad de esos Padres como argumento decisivo para probar la Concepción inmaculada del glorioso Patriarca.

(6). No hay mas que hojear para convencerse de esto su revista "La Señal de la Victoria". No pretendemos ni encaja en la índole de esta obra juzgar la persona y

Entre las múltiples obras que escribió el P. Corbató para nosotros la que reviste mayor interés es su libro intitulado *El Inmaculado S. José* (1). Libro era este pequeño en volumen pero grande en sus novedades, por lo que, a raíz de su aparición, hubo ya de levantar no pocas protestas, mereciendo sólidas y contundentes refutaciones (2). Hasta tal punto llegó el clamoreo en el campo católico que, a pesar de los elogios que algunos escritores inconsideradamente le tributaron (3), la Autoridad eclesiástica le

obras del tan discutido y discutible P. Corbató. Revélase en todos sus escritos un ingenio sutil, una razón indisciplinada, un alma que vibra, pero sin equilibrio ni armonía. De aquí el desorden en sus disquisiciones teológicas, la superficialidad en el examen de cuestiones difíciles y oscuras, el dogmatismo con que habla y define, sin parar mientes en advertencias ni observaciones de sus adversarios. Diríase que su amor a S. José le había exaltado hasta hacerle caer en una especie de obsesión intelectual que le impedía discurrir con acierto y que fué causa de sus extravagantes errores y afirmaciones gratuitas.

(1) *El Inmaculado S. José*. Apuntes vindicativos de su Concepción purísima, su honor de Esposo, sus derechos de Padre, su primacía restauradora, por José Domingo María Corbató, M. C. Valencia, 1907. Biblioteca españolista, Caballeros, 41. Folleto de 205 por 124 milímetros.

(2) Impugnaron teológicamente el malhadado folleto del P. Corbató dos autores notables. El Ilmo. Sr. Araujo, Obispo auxiliar de la Archidiócesis de Compostela, publicó una serie de artículos en el "Boletín Oficial del Arzobispado de Santiago", (n. 1829, pág. 86-100) con el título «Impugnación de un folleto», en los cuales con serenidad de juicio y vigor teológico deshizo los fundamentos de la pretendida paternidad física e inmaculada Concepción de S. José defendidas por el P. Corbató. "La Ciudad de Dios", revista dirigida por los PP. Agustinos del Escorial, publicó también una magistral refutación de la teoría corbatista. Con el epígrafe «El nuevo error sobre la divina paternidad de S. José». (20 de Marzo de 1907) copió, tras un corto preámbulo, la refutación erudita y contundente que trae en el tomo II de su *Sacra Theologia Dogmática*, pág. 283-287 el P. Honorato del Val, quien con testos auténticos de la Escritura, citas de los Santos Padres y sólidas razones teológicas, patentiza que la doctrina del P. Corbató es errónea, como contraria a la Escritura y a la Tradición cristiana. El P. Macabian, en Francia, también califica de errónea y fantástica la opinión del P. Corbató. Cfr. su opúsculo *De cultu S. Josephi... amplificando*, pág. 11. La "Revista Eclesiástica" de Valladolid, (15 de Marzo de 1907) publicó también un artículo titulado «S. José, según el P. Corbató», firmado por Fr. R. A., el cual observaba que la opinión del P. Corbató carecía de valor teológico e histórico, y que los argumentos de dicho Padre eran hijos de su devoción al Santo, no de una razón clara y serena.

(3) En el n. 174 de "La Señal de la Victoria" (21 de Enero de 1907) escribía el

juzgó severamente llegando el Arzobispo de Valencia, Excmo. Sr. Guisasola, a prohibir *sub gravi* su lectura y circulación por disposición inserta en el *Boletín Eclesiástico de la diócesis*, el día 3 de Enero de 1907, juicio que vino a confirmar la Sagrada Congregación del Santo Oficio cuando lo prohibió e incluyó en el *Índice de libros prohibidos* el día 26 de Febrero de 1907.

Hombre de carácter el P. Corbató, no se doblegó fácilmente ni se dió por vencido. Ni le convencieron las refutaciones de unos ni le asustó la prohibición de los otros. Contestó briosamente a todos: a sus Superiores jerárquicos pretendiendo sincerarse de sus supuestos errores y desacatos a la autoridad eclesiástica (1); a sus impugnadores en dos extensos Suplementos, el primero de

---

pbro. Sr. Velino Retolpez, juzgando el folleto citado: «Preciso sería un largo estudio de este útil folleto para demostrar las excelencias que contiene. En sus páginas *superabunda inspiración divina*». Enumera los privilegios de S. José según el folleto y a continuación añade: «¡Insignes pensamientos que se deducen del profundísimo estudio teológico josefino que el folleto encierra! Citaros su erudición vastísima equivale a deciros que tal obra es el zócalo donde en lo porvenir afirmar puede el Pontífice su decisión dogmática. Argumentos irrefutables, dialéctica probadísima, sutilidad respetuosa».

En la misma revista n. 176 correspondiente al 7 de Febrero de 1907, otro señor pbro. que firma Tomás Llorente escribía lo siguiente: «Sin exageración creemos poder calificar de asombroso acontecimiento la aparición de este original folleto en el campo de la teología dogmática, donde con luz que parece descendida de los cielos reduce a la nada una infinidad de vagos y sombríos argumentos, tras de los cuales desde tiempo inmemorial, se ha tenido como vergonzosamente escondida a la mirada de los fieles la inmensa, la colosal, la divina figura de S. José. No es posible resistirse a la fuerza abrumadora de los razonamientos, a la unción conmovedora de las reflexiones, a la *pureza inmaculada* de la doctrina que desde la primera a la última página campean en este sustancioso y sabrosísimo folleto».

(1) Su respuesta está contenida en el Suplemento «La Señal de la Victoria», editado en Villarreal a 3 de Mayo de 1907. Compónese este folleto o suplemento de diversos artículos, entre los cuales sobresalen su *Recurso al Santo Oficio*, (pág. 794-85) y la *Carta-Disertación* a Mons. Derminho Chyrescour, Consultor del Santo Oficio. En ambos documentos, entre protestas de sumisión y sutilidades de ingenio, viene a ratificarse en lo que escribió en *El Inmaculado S. José*, pretendiendo eludir la prohibición de Roma por la mala inteligencia de sus palabras, y declinando la autoridad de los Padres en contra de su opinión por la ignorancia que tenían de los últimos descubrimientos fisiológicos. Cualquiera que lea ambos documentos observará los esfuerzos que hace dicho Padre por desvirtuar el sentido obvio y natural de sus palabras contenidas en su reprobado opúsculo.

los cuales trata de probar la *Inmaculada Concepción de S. José* (1); en el segundo se esfuerza en vindicar la *paternidad* real o cuasi material—en rigor natural—del mismo Santo (2).

## II

### CRÍTICA DE LA TEORÍA CORBATISTA

No nos incumbe a nosotros juzgar el valor científico de ambos Suplementos. Baste decir que ricos como son en erudición, no lo son en doctrina; abundan en ellos las citas de autores pero no las razones sólidas, de modo que, aun después de tantas explicaciones y rodeos para aclarar su mente y precisar sus ideas, queda en pié la doctrina de su libro *El Inmaculado S. José*, en el cual condensó el P. Corbató su sistema explicativo de la Encarnación del Verbo, desarrollado más difusamente en los dos Suplementos. A este opúsculo prohibido hemos, pues, de acudir para conocer el pensamiento paternista del P. Corbató.

Y no cabe duda que, según palabras textuales del opúsculo, el P. Corbató defendió la paternidad *física sobrenatural* de S. José. En la página 49 se leen las siguientes palabras: «Según nuestro dicho sistema, la generación del cuerpo de Cristo tuvo su preámbulo, más o menos rápido, pero preámbulo al fin, y en él obró el Espíritu Santo, moviendo por sola su virtud los dos gérmenes inmaculados. Uniólos, y el hecho de unirlos, y el quedar

---

(1) Suplemento n. 2. *Vindicación Josefina*, por D. José Domingo María Corbató pbro. Primera parte *De la Inmaculada Concepción de S. José*, publicada por D. José Navarro Corbató. Con previa censura y aprobación de diez y seis teólogos competentes. Villarreal, 1907. Imprenta J. Botella. Un folleto de 318 por 220 milímetros y 815—899 páginas.

(2) Suplemento n. 3. *Vindicación Josefina*, por D. José Domingo María Corbató pbro. Segunda parte *De la Paternidad de S. José*. Publícase con censura y aprobación de varios teólogos. Biblioteca Españolista, Valencia-Benimamet, 1910. Un folleto id. de 902-1029 páginas.

Este suplemento tercero comprende nueve capítulos en los que el P. Corbató expone su nuevo sistema paternista, la tradición patristica, la paternidad de S. José en la Biblia, los absurdos que se seguirían de no admitir su teoría, que se ajusta a los progresos de la fisiología actual.

concebido su cuerpo en el útero virginal de María, y el infundirse en este cuerpo un alma racional y el unirse el Verbo hipostáticamente con esta alma y este cuerpo, fué todo obra de un solo instante».

*Haec autem verba sensu obvio et litterali accepta nihil aliud videntur significare nisi quod semen virile femineum germen determinavit ad ipsam actum generationis corporis Christi, quae quidem generatio fuit veluti effectus illius conjunctionis. Etenim Spiritus Sanctus conjunctionem utriusque germinis immaculati, Mariae nempe et Joseph, perfecit; exinde tamen non licet inferre esse vere causam efficientem, saltem principalem, ipsius conceptionis Christi, sed eam tantum praeparavit et promovit; conjunctio illa potius dicenda est conditio necessaria ad conceptionem quam vera ejus causa.* Para que el fuego queme la estopa, necesario es que ésta se aproxime a aquel; para que el sol ilumine la habitación menester es abrir la ventana; pero ni la aproximación de la estopa es causa de la combustión ni el abrir la ventana es causa de que la habitación se ilumine. Esos actos son simples condiciones para que el fuego y el sol produzcan sus efectos propios mediante la virtud natural que poseen por el hecho de la creación.

De la misma manera, en nuestro caso, según la teoría del Padre Corbató, el Espíritu Santo obró en el *preámbulo* de la generación, pero no en la generación misma; determina activamente los preliminares de la unión *germinal*, pero, esta verificada, sigue la generación por la virtud *natural* de los gérmenes. «Todo cuanto precede a la unión de los dos gérmenes en las entrañas de la madre, dice ese Padre, es un mero preámbulo de la generación propiamente dicha» (1). *Ergo si virtus Spiritus Sancti eo est restricta ut conjunctionem germinum perficeret et nequaquam operata est ACTIVE in uterum Virginis Mariae, non est causa efficiens ipsius Incarnationis sed haec tribui debet virtuti GENERATIVAE germinum utriusque Sponsi.* Por consiguiente, José concurreó activamente, con verdadera actividad física a la generación del Cristo, aunque de un modo sobrenatural. La intervención milagrosa del Espíritu Santo en la ejecución del misterio de la Encarnación no

(1) Suplemento n. 3. *Paternidad de S. José*, pág. 928.



consiste, como enseña la Iglesia (1), en que sea principio *activo* de la generación del Verbo supliendo la virtud *seminis humani*, sino en trasladar *e corpore Joseph in corpus Mariae germen prolificum, quod semel ac est conjunctum Virginis Matris, gignit vi INTRÍNSECA utriusque filium Dei, Jesum Christum.*

En vano se agotan los rodeos y circunloquios para evitar el escollo de la paternidad física. No hay salvación posible. *Germen Sancti Joseph, juxta P. Corbato ejusque assecclas, est elementum essenziale ad foecundationem Virginis Mariae, at his praemissis, non superest nisi unum ex duobus: aut germen Joseph quod germini Mariae conjungitur ut per utriusque mixtionem corpus Christi efformetur, caret vi generativa naturaliter insita aut non. Si primum, inutile redditur ideoque rejiciendum; si secundum, germen virile determinat active femineum ovulum ad generationem ipsam, et hoc est contra fidem catholicam.* Pero no discurremos por cuenta propia; los mismos adversarios explican el papel que desempeñan los dos gérmenes inmaculados.

«La obra material del Espíritu Santo, dicen, no consistió en suplir *la virtud natural* propia de los dos gérmenes inmaculados, que quedó intacta y *activa* en su *natural* vigor, sino en suprimir los *preámbulos* y el *tiempo* que para el ejercicio de dicha virtud requiere la naturaleza; y así, repitámoslo una vez más, los dos gérmenes inmaculados pasaron instantáneamente a través de los tejidos de la carne mejor de como pasan la electricidad y la luz a través de los cuerpos, por donde se ve lo ya tantas veces dicho: que *la acción del Espíritu Santo no fué de materia, sino de modo*; que el Espíritu Santo *non fuit pro semine nec loco viri*; en una palabra, que el divino Agente *no puso de sí la parte activa natural* propia de uno y otro germen para fusionarse y producir el cuerpo humano, sino *la parte activa relativa al modo y al tiempo*, o sea a la fusión virginal instantánea, obra superior a todas las fuerzas de la naturaleza. Esta obra unió súbita y perfectísimamente los dos gérmenes inmaculados; *estos gérmenes pro-*

(1). Véase cualquier Manual de teología, v. g., Del Val, *Sacra Theologia Dogmática*, vol. II. n. 246; Billot, *De Verbo Incarnato*, Quest. XXXI-XXXIV; Tanquorey, *Synopsis Theologiae Dogmaticae*, vol. II. n. 1243 y sig.

*dujeron por su realzada virtud el sagrado cuerpo*, sin necesidad, por consiguiente, de que interviniese aquella virtud activa, supuesta sola, que los Escolásticos llamaron impropriamente *razón seminal* (1).»

De las palabras transcritas se deduce: 1.º que los gérmenes conservaron la *virtud natural activa* e intacta en todo su vigor; 2.º que la acción del Espíritu Santo *no* tuvo por objeto *suplir* la virtud *activa* humana que en el curso ordinario determina la generación, pues en el caso esa virtud existió, sino *suprimir los preámbulos* y el *tiempo* que incluye ese acto en el orden natural; 3.º que la acción del Espíritu Santo *no* suplió materia alguna, pues esta fué natural por parte de *ambos* esposos, sino *únicamente* suplió el modo; 4.º que el Espíritu Santo no hizo las veces de la *virtud* del *semen* ni intervino *loco viri*; 5.º que la causa eficiente, principio *inmediato y real* de la generación fué el hombre, no Dios, la virtud del germen, no el poder del Espíritu Santo. Ahora bien; todas estas afirmaciones pugnan con la doctrina católica admitida como cierta y común en las aulas de Teología. La Escritura, la Iglesia, los Concilios, los Padres y teólogos, han excluido siempre expresamente el *semen virile* en la concepción del cuerpo de Cristo, fundados, no en opiniones científicas ni teorías discutibles, sino en la naturaleza misma de la generación, en el hecho de la concepción virginal del Verbo.

Leemos en la Sagrada Escritura que María *concibió por obra del Espíritu Santo* (2); que *se la halló haber concebido en su vientre por virtud del Espíritu Santo* (3); que el *Espíritu Santo* *sobrevino en Ella y la Virtud del Altísimo la hizo sombra* (4); expresiones todas que indican claramente la acción inmediata del Espíritu Santo en el *acto mismo* de la concepción del Verbo. El Evangelista S. Lucas distingue perfectamente entre la maternidad de María y la paternidad de José. Hablando de Jesús, dice,

---

(1) Suplemento n. 3. *Paternidad de S. José*, pág. 932.

(2) *Quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est.* Matth. I. 20.

(3) *Inventa est in utero habens de Spiritu Sancto.* Ib. v. 18.

(4) *Spiritus Sanctus superveniet in te et Virtus Altissimi obumbrabit tibi.* Luc. I. 35.

que se le *reputaba* hijo de José. Esto lo dijo, según S. Agustín, para corregir la falsa opinión de aquellos que le creían engendrado naturalmente de José tal como lo son los demás hombres (1). Así como le creían hijo *carnal* de José lo creían también de María. ¿Por qué, entonces, el Evangelista no dijo que se le reputaba *hijo de José y María* sino sólo de José? Evidentemente para declarar que la paternidad de José natural, según los judíos, no lo era en realidad; pero sí lo era la maternidad de María.

Además, si S. José hubiese sido padre de Jesús en el sentido que afirman los corbatistas ¿cómo no lo supo el Santo? Porque es inadmisibile que, tratándose de un misterio tan grande, tan inefable y divino, resultase padre del Cristo *secundum carnem* sin saber que lo era. Debió anunciársele, recibir su consentimiento, exigir su concurso al *acto mismo* de la concepción, concurso del que habían de seguirse tan singulares prerrogativas. Y nada de esto consta en la Escritura, sino todo lo contrario; de lo que se deduce lógicamente que tal paternidad es una invención puramente fantástica (2). El Apóstol S. Pablo nos dice, que *misit Deus Filium suum factum ex muliere*. Comentando estas palabras, dice Beda: *factum ex muliere quia conceptum ex utero virginali, carnem non de nihilo, non aliunde sed materna traxit ex carne*. Con lo cual viene a indicar lo mismo, o sea la concepción del Cristo sin intervención alguna del hombre.

La Iglesia por boca de sus Concilios ha enseñado la misma verdad, excluyendo toda acción del *semen* humano en la concepción del Verbo divino. El Concilio de Toledo, celebrado por mandato del Papa S. León en 447, establece lo siguiente: «Cree-mos que el Hijo de Dios, Dios nacido del Padre antes de todo principio, santificó el vientre virginal de María, y de Ella tomó humanidad verdadera engendrada *sine virili semine*» (3). El Con-

(1) *Unde manifestum est illud, et quod ait: UT PUTABATUR FILIUS JOSEPH propter illos dixisse qui eum ex Joseph, sicut alii homines nascuntur, natum arbitrabantur.* De consensu Evang. lib. II, c. 1, n. 3.

(2) Cfr. P. Del Val, *Sacra Theologia Dogmática*, vol. II, n. 242.

(3) *Credimus... Filium Dei Deum natum a Patre ante omne omnino principium sanctificasse uterum Virginis Mariae atque ex ea verum hominem sine virili generatum semine suscepisse.* Denzinger, *Enchir.* n. 110.

cilio de Letrán, celebrado en 649 bajo el pontificado de Martín I, define la virginidad perpetua de María y al mismo tiempo enseña «que esta Virgen concibió al mismo Verbo divino *absque semine, ex Spiritu Sancto* (1). *In utroque ergo testimonio excluditur semen virile simul et modus ipse naturalis seminationis virilis.* (2).

Los Padres unánimemente enseñan lo mismo. Seríamos interminables citando los testimonios de todos; aduciremos algunos que abonan nuestra tesis. S. Jerónimo dice: *Novam rem creavit Dominus super terram; ABSQUE VIRI SEMINE, absque ullo coitu et conceptu, femina circumdavit virum gremio uteris sui* (3). S. Gregorio Nacianceno: «*Divinum Verbum... sine peccato et HUMANO SEMINE per singula sicut et nos in carne concipitur*» (4). S. León Magno: «*SINE VIRILI SEMINE conceptus est Christus ex Virgine, quam, non humanus coitus, sed Spiritus Sanctus faecundavit*» (5). S. Beda el Venerable, comenta aquellas palabras *de qua natus est Jesus* y dice: *Palchre ponit non de quibus sed de qua, id est, sola Virgine, SINE VIRILI SEMINE* (6). S. Lorenzo Justiniano: *NON DE VIRILI SEMINE, quemadmodum consueverunt ceterae* (7). S. Juan Crisóstomo también dice que S. José no tuvo parte alguna en la generación. *Etiam si enim NIHIL AD GENERATIONEM CONFERAS, sed intacta Virgo maneat...* (8).

Nadie como S. Agustín combatió esa fingida paternidad de que estamos hablando. Después de interpretar el *ut putabatur* de San Lucas refiriéndolo a la opinión del vulgo que estimaba a José padre *natural* de Jesús, añade: *NON ERGO DE SEMINE JOSEPH Dominus, quamvis hoc putaretur; et tamen pietati et charitati Joseph*

(1) *Ipsum Deum Verbum... absque semine concepisse ex Spiritu Sancto.* Denzinger n. 201.

(2) La Iglesia canta también en el Oficio de la Circuncisión del Señor: *Procedens homo SINE SEMINE largitus est nobis suam Deitatem.* Offic. Mat. antifona de Laud

(3) Corn. a Lapide. In Fer. XXXI. 22.

(4) Cat. aurea. Luc I. art. IX.

(5) Sermo 22. n. 3.

(6) In Matth. Evang. Expos. lib. I. c. 1.

(7) Serm. I. In nativitat. B. M. V.

(8) Homil. In Matth. IV.

*natus est de Maria FILIUS idemque filius Dei* (1). Donde *disser-tis verbis* excluye el *semen Joseph* en la concepción temporal del Verbo. En otra de sus obras escribe también: *Erat quippe illa Virgo ideo et sanctius et mirabilius jucunda suo viro, quia etiam facunda sive viro PROLE DISPAR, FIDE COMPAR... Utrumque (pater et conjux) mente, NON CARNE. Sive tamen ille pater SOLA MENTE, sive illa mater ET CARNE, parentes tamen ambo humilitatis ejus*. En este testimonio explica con toda claridad el Santo el concepto propio de la maternidad de María y paternidad de José. Ambos merecieron llamarse padres del Cristo; *parentes Chris-ti vocari ambo meruerunt*. Pero ¿por qué deben llamarse así? Por la fidelidad del matrimonio; *propter fidele conjugium*. De donde se sigue que los dos son *iguales* en esa *fidelidad* porque los dos fueron esposos; pero no con relación a la prole; porque María era *prole dispar, fide compar*. Por eso José fué padre *solamente*, por su fidelidad y afecto, pero María *lo fué también* por su concurso *substancial* dando al Hijo de Dios su *misma carne*; *ille pa-ter sola mente, illa mater ET CARNE*. No creemos que en vista de lo expuesto haya quien pueda dudar de la mente genuina de S. Agustín. Los Padres todos sintieron y enseñaron lo mismo, y en las luchas contra la herejía cerintiana y fotiniana expresan el concepto que ellos tenían de la concepción virginal del Verbo, llevada a efecto por la intervención única del Espíritu Santo (2).

(1) Sermo LI, cap. 20.

(2) El P. Corbató se desembaraza fácilmente y elude la autoridad de todos estos testimonios de los Santos Padres diciendo que la palabra *semen* empleada por ellos no es lo mismo que *germen*, y por lo tanto que muy bien pudieron afirmar que Jesús fué concebido *absque semine humano* sin que por eso excluyeran el *germen* de José. Tan extemporánea salida apenas necesita refutación. Nadie niega la distinción *fisio-lógica* entre *semen* y *germen* o elemento espermático, y bien claramente lo expresó Alberto el Grande (*De animalibus*, lib. I, tract. 2, c. 24), pero médicos y vulgo toman ambas voces por sinónimas como se ve en los tratados de fisiología y vulgarizaciones científicas. Nos hablan los Santos Padres de que en la concepción del Verbo no inter-vino concurso de varón; pero si solo hubieran querido con esto excluir el *semen* y no el *germen* ¿qué valor tendrían aquellas expresiones? No es por el *semen* sino por el *germen* por lo que se dice que el hombre es principio *activo* de la concepción. La Iglesia entiende en ese sentido la palabra *semen*, tomándola por sinónima de *germen*, como lo hacen también los modernos fisiólogos. (Véase Eschbach, *Disputationes Phy-siologico-Theologicae*, tom. I, Disp. I, c. I<sup>a</sup>, art. I, III, IV y V).

III

LA TEOLOGIA CATÓLICA Y EL P. CORBATÓ

Los Escolásticos y teólogos católicos han seguido el mismo camino; todos convienen en afirmar que la concepción temporal del Verbo fué obra del Espíritu Santo sin que en ese acto sagrado interviniese en forma alguna concurso de varón. No alegamos testimonios porque los mismos adversarios de nuestro sistema lo reconocen así. Según la teología católica, el Espíritu Santo *suplió* la virtud *activa* del agente humano, aunque no supliera la substancia corporal, innecesaria en el caso para la generación (1). Como dice Billuart, *Beata Virgo more aliarum foeminarum praeparavit et subministravit materiam, purissimum scilicet sanguinem conceptui aptum; Spiritus autem Sanctus hunc purissimum sanguinem deduxit in uterum ex quo sacrum corpus organizatum illic formavit eique animam creatam infudit; ita ut totum quod efficaciae et virtutis est in virili semine modo excellentiori praestiterit Spiritus Sanctus; B. Virgo autem quidquid est corporalis substantiae subministraverit* (2). *Virtus divina*, dice Billot, *operata est id totum quod in aliis conceptionibus PER VIRTUTEM PATERNI SEMINIS efficitur... Semen autem viri cujus efficaciam supplavit virtus divina, pure active se habet* (3). *Principium activum in generatione corporis Christi*, afirma también el insigne P. Del Val, *fuit OPERATIO MIRACULOSA SPIRITUS SANCTI per quam naturalis virtus seminis virilis supernaturaliter suppletur ABSQUE ULLO SEMINE PROPRIE DICTO* (4). Por lo tanto, no hubo *semen* alguno, sino que el Espíritu Santo, *divini seminis instar*, como dice el Damas-

---

(1) Con razón el Papa Paulo IV condenó a los que negaban que N. S. J. C. había sido concebido en el seno de la Virgen por obra del Espíritu Santo y decían que había sido concebido *ex semine* Joseph, como los demás hombres. Constit. *Cum quorundam* dada contra los Socinianos en 1555 confirmada por Clemente VIII por el Breve *Dominici gregis* en 1603. Cfr. III, Q. XXXII, art. 2 ad 2.

(2) *Summa Sti. Thomae*, tom. VI, Dissert. II, art. 1.

(3) *De Verbo Incarnato*, edic. IV, pág. 409.

(4) *Sacra Theologia Dogmatica*, vol. II, n. 246.

ceno, obró en María fecundando con su divino contacto el seno purísimo de la Virgen que dió a luz a Jesucristo, Redentor de los hombres.

El P. Domingo Corbató trata de justificar su teoría ponderando los gravísimos inconvenientes que se siguen de explicar la generación de Cristo según el sistema teológico tradicional, haciendo ver, por otra parte, lo racional y cómoda que resulta tal explicación en el suyo. «Explicad, dice, la divina maternidad de María según generalmente se ha explicado hasta hoy esta obra magna del Espíritu Santo, y si hay un hereje de ingenio bastante a sacar de vuestra explicación todo el partido posible, tengo por cierto que os presentará objeciones insolubles mientras no adoptéis nuestro sistema de explicación» (1).

Aquí lo primero que cabe advertir es el grito de alarma con que se pretende recibir la sentencia común, tachándola de falsa y absurda, inconciliable con los nuevos progresos de la ciencia. Un sistema que ha sido constantemente enseñado por los Padres y Doctores de la Iglesia, adoptado por los Concilios y defendido siempre por los teólogos, no merece tan duros calificativos. Sorprende verdaderamente que todos esos sabios esclarecidos no hayan visto esos tan cacareados inconvenientes, hasta que de la noche a la mañana se nos presenta el citado P. Corbató tocando a rebato, anunciando el peligro inminente de ser derribada la teología católica en virtud de los nuevos progresos hechos por las ciencias naturales. Y mucho más nos admira que habiendo surgido tantos y tantos herejes de ingenio y mala voluntad contra la Iglesia, los cuales no han omitido medio de ataque para destruirla, ni han dejado intacto dogma alguno de la fe, a ninguno de ellos se le ha ocurrido ponernos en aprieto impugnando la generación del Verbo conforme se explica por la Iglesia y por la sana teología. Aquí lo que resulta admirable es la admiración y frescura del P. Corbató.

Que el cuerpo de Jesucristo es específicamente idéntico al nuestro. Nadie lo niega; todos los cristianos están obligados a confesarlo así y así lo han creído. ¿Que esa identidad específica

---

(1) *El Inmaculado S. José*, pág. 49.

no se concibe ni se explica sino en la *teoría corbatista*? Pues los Santos Padres, los Escolásticos, la Iglesia, todos los cristianos la concibieron y explicaron sin ella. ¡Si quien va aquí extraviado será, no los teólogos católicos, sino el P. Corbató y sus cándidos admiradores! Me temo que sí. Lo que aquí sucede es que porque el P. Corbató no acierta a compaginar ambas cosas sino en su nueva teoría, cree que *sólo* en ella es posible tal conciliación. Y como se encontró enfrente de toda la tradición, hubo de vencer ese obstáculo; y de ahí sus esfuerzos hercúleos para atraer a su manera de sentir a Padres y teólogos, acumulando textos y textos que nada tienen que ver, aunque él crea otra cosa, con sus descabelladas opiniones. Jamás soñaron ellos en lo que el Padre Corbató les imputa.

Expongamos en pocas palabras el sistema teológico tradicional y observaremos cuán fundadamente y según la fe procedieron aquellos sabios cristianos al excluir toda especie *seminis viri* de la purísima concepción del Cristo Jesús, sin que esto fuera óbice a la realidad física de su naturaleza humana.

*Duplex est principium generationis Christi: unum passivum, activum alterum. Principium activum fuit virtus Spiritus Sancti (1); passivum vero Virgo Maria. Deipara enim ea omnia praestitit quae essentialiter requiruntur ad generationem hominis Christi, sicut in generatione humana matres praestare solent; cum autem istae sint tantum principium PASSIVUM, ministrando nempe materiam actuandam semine viri, sic etiam de Virgine Maria asserendum est. Ipsa praebuit materiam corpoream virtuti Spiritus Sancti,*

---

(1) Siendo la Encarnación una obra *ad extra* de la Divinidad, es común a toda la Trinidad, y en efecto, las tres Personas concurrieron activamente a su ejecución. Pero se atribuye *per appropriationem* al Espíritu Santo: 1.º porque la Encarnación es obra del amor divino según aquello de S. Juan: *Sic enim Deus dilexit mundum ut Filium suum Unigenitum daret* (III. 16.) y el amor se atribuye al Espíritu Santo, que es el amor del Padre y del Hijo; 2.º porque es también una obra de gracia, y la gracia se atribuye al Espíritu Santo, según aquello de S. Pablo: *Divisiones gratiarum sunt, idem autem Spiritus* (I. Cor. XII. 4.) 3.º porque la humanidad de Cristo se santificó de un modo especial por la Encarnación, y la santificación es obra también del Espíritu Santo según las palabras del Apostol: *Quoniam estis filii Dei misit Deus Spiritum Filii sui in corda vestra.* (Galat. IV. 6.)



*elementum scilicet foecundabile ex quo supernaturaliter coaluit humanitas Salvatoris, cui Maria suam carnem, sanguinem, vitam ipsam dedit. Ideo vera Dei genitrix NATURALIS evasit, licet quoad MODUM virtute supernaturali hoc evenierit. Dei Filius, escribe San Juan Damasceno, ex castis purissimisque Virginis sanguinibus carnem anima rationali et intelligenti animatam ipse sibi compegit (1). Quandoque dicitur a SS. Patribus Mariam Virginem active egisse in conceptionem Christi, sed has locutiones improprie intelligendas esse contextus ipse luculenter dicit. Haec sibi volunt Mariam aptam ministrasse materiam ad formationem et organizationem corporis Jesu Christi. Et ideo dicendum est, escribe Santo Tomás, quod in ipsa conceptione Christi B. Virgo nihil active operata est, sed solam materiam ministravit; operata tamen est ante conceptionem aliquid active, praeparando materiam ut esset apta conceptui (2). Ergo si in ipso actu generationis Christi Maria tantummodo praestitit materiam, fuit principium passivum, non activum ejusdem generationis.*

La concepción milagrosa del Cristo si bien fué milagrosa por parte del principio activo, fué, no obstante, natural por parte de la madre.

Este principio activo fué el Espíritu Santo, el cual descendiendo al seno inmaculado de la Virgen formó con su virtud sobrenatural el cuerpo sacratísimo de Jesús de la purísima sangre de María (3). Como el principio activo en las generaciones humanas

---

(1) *De Fide Ortod.* lib. III. c. 1.

(2) III. Q. XXXII. art. 4.

(3) Cuando los teólogos dicen, siguiendo a S. Juan Damasceno, que el Espíritu Santo formó *ex castis purissimisque sanguinibus* de la Virgen María el cuerpo de Cristo no se ha de entender que esta sangre fuese de suyo *próximamente* fecundable, sino de la sangre convertida en el *ovario* por la acción generativa de la madre en materia *apta* para la generación. Esta materia así dispuesta es lo que llaman los fisiólogos *óvulo*, que es el elemento materno necesario para la fecundación, la cual se verifica por la unión de aquel con el *espermatozoide* humano. Por lo tanto, María dió en la concepción del Verbo la materia *propia* para el acto según lo dan las demás madres, o sea el *óvulo* o vesícula germinativa, potencialmente carne o cuerpo. Se dice con muy buen acuerdo que el Espíritu Santo formó de la sangre de María el cuerpo de Jesús, ya para excluir el placer venéreo, ya para negar que hubiese *resolución seminal* inherente a la generación humana, aunque no esencial a ella. A este humor *seminal* llama-

es *virtus seminis*, por eso los Padres y teólogos *secundum quod in semine intelligitur virtus activa, comparant semini Spiritum Sanctum*; pero si se considera no la virtud activa sino la substancia corporal, *secundum quod in semine intelligitur substantia corporalis*, hemos de negar *Spiritum Sanctum fuisse pro semine*. Así Sto. Tomás con todos los teólogos (1). *Munere viri functus est divinus Spiritus sed nobiliori quadam ratione; ideo habetur in hac generatione divina duplex illud principium quod semper concurrat in generationibus humanis, passivum et activum, alterum naturale, alterum supernaturale. Ex utriusque conjunctione vera generatio exurgit cujus fructus est Christus Jesus* (2).

Lo que hay que distinguir siempre es la materia y el modo; la materia es natural, el modo sobrenatural. Por eso, dice Santo Tomás, que si consideramos en esta concepción la parte que toca a la materia, todo es natural; si el modo, o la parte que toca a la virtud activa, todo es milagroso. Y como las cosas más se especifican y denominan por la forma que por la materia, y más se atiende en ellas al principio agente que al paciente, por eso puede decirse que la concepción del Cristo es simplemente milagrosa, aunque, bajo algún respecto, natural (3). Es sobrenatural *simpliciter* y natural *secundum quid*. Esto es lo que quiere

---

ban los antiguos *semen* materno, el cual evidentemente no existió en María. No hay, pues, que burlarse de las expresiones de los teólogos sobre el particular.

(1) Cfr. III. Q. XXXII, art. 2 ad 2.

(2) Por eso no hemos de decir que el Espíritu Santo fuese Padre del Cristo, pues no le engendró de su *propia* substancia como se requiere para la verdadera generación, sino con sola su virtud. Algunos Santos Padres dicen que Cristo fué concebido *de Spiritu Sancto* y no *ex Spiritu Sancto*. Aunque la preposición *de* significa participación de substancia y no simple eficiencia como la partícula *ex*, sin embargo, en esos pasajes de sus obras toman la partícula *de* los Santos Padres como sinónima de *ex*, pues bien claro revelan que no fué el Espíritu Santo Padre del Cristo. Cfr. III. Q. XXXII, art. 2.

(3) *Si enim consideremus id quod est ex parte materiae conceptus quam mater ministravit, totum est naturale. Si vero consideremus id quod ex parte virtutis activae, totum est miraculosum. Sed quia unumquodque magis judicatur secundum formam quam secundum materiam, et similiter secundum agens quam secundum patiens, inde est quod conceptio Christi debet dici simpliciter miraculosa et supernaturalis, sed secundum aliquid naturalis.* III. Q. XXXIII, art. 4.

decir la Escritura con aquellas palabras: *Spiritus Sanctus superveniet in te et Virtus Altissimi obumbrabit tibi* (1); o como rezamos en el símbolo hablando de Cristo que *conceptus est de Spiritu Sancto*, expresando con estas locuciones la parte activa que tomó ese divino Espíritu en la Encarnación del Verbo.

El Cristo así engendrado es verdadero Dios y verdadero hombre, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado; pues como dice el Apóstol, quiso hacerse semejante en todo a sus hermanos tomando nuestra naturaleza pasible y mortal (2). Posee, por lo tanto, un alma racional perfectísima, un cuerpo de materia específicamente idéntica a la del nuestro (3), con todas sus potencias y sentidos, con la integridad de todos los miembros humanos. La naturaleza humana es la misma; en el modo como la adquirió difiere de nosotros.

Esta es la razón porque pudieron decir los Santos Padres que Jesucristo era hombre como nosotros; que poseyó la naturaleza humana con toda perfección (4); que la carne de su humanidad es idéntica a la nuestra (5); que fué hombre en todo igual a nosotros en cuanto al alma y en cuanto al cuerpo (6); que tomó todo el hombre y lo que es propio del hombre, excepto el pecado, como dijo el Damasceno (7). Bien puede cantar la Iglesia y con ella ha cantado siempre el pueblo cristiano que Jesucristo es *perfecto Dios y perfecto hombre, compuesto de alma racional y cuerpo humano* (8).

---

(1) Luc. I. 35.

(2) *Debuit per omnia fratribus similari*. Heb. II. 17.

(3) *Quantum ad materiam*, dice Santo Tomás, *corpus Christi non differt a corpore nostro*. Contra Gent. lib. IV. c. 45.

(4) *Perfecte assumpta humana substantia*, dice S. Agustín. Serm. 187.

(5) *In nobis autem Verbum habitavit quia naturam nostri corporis suam fecit non de quacumque materia sed de materia proprie nostra*. S. León, Serm. 80.

(6) *Similis utique Dei Filius nostri secundum plenitudinem animae rationalis et ut expressius dicam humani nostrique corporis veritatem*. S. Ambros. *De Incarn.* c. 9. n. 104.

(7) *Suscepit totum hominem et quaecumque hominis sunt, excepto peccato*. De Fide Orth. lib. III. c. 10.

(8) *Perfectus Deus, perfectus homo, ex anima rationali et humana carne subsistens*. Simbol. Athan.

#### IV

##### SOFISMAS DEL P. CORBATÓ

Con aires de maestro y hablando en tono algún tanto dogmático se esfuerza el P. Corbató en desvirtuar el valor de la tradición, afirmando que se impone la reforma fundamental de ese sistema teológico, porque las ciencias médicas han venido a demostrar su falsedad, rechazando el concepto de generación según lo entendió Aristóteles y Santo Tomás de Aquino. Para probar tan gravísima afirmación se aduce aquella razón tan ponderada de que en la concepción del cuerpo humano entra como elemento *material* no sólo el germen de la madre, como admitieron los antiguos, sino también el del padre, como demuestra el progreso de las ciencias modernas. El P. Corbató propone silogísticamente el argumento en la siguiente forma: «El sagrado cuerpo del Señor fué formado enteramente de la misma materia que el nuestro, salvo el modo. Es así que la materia de que somos formados es el doble germen del padre y de la madre. Luego de este doble germen tuvo que ser formado el cuerpo del Señor» (1). He ahí con sus mismas palabras el argumento Aquiles del P. Corbató y sus partidarios, aunque no deja de ser un vano sofisma indigno de un mediano teólogo.

Aun admitida como verdadera, y no es poco admitir, la opinión de los modernos médicos, nada se sigue de ella contra la teoría tradicional (2). Ese argumento tan ponderado se funda en

---

(1) Suplemento n. 3. *La Paternidad de S. José*, pág. 930.

(2) Los médicos, es verdad, exigen para la generación el concurso de los dos gérmenes, el paterno y el materno. El primero es lo que se llama *esperma* o *espermatozoide*, siendo el *semen* la substancia viscosa en que aquel va envuelto; el segundo es el *óvulo* que segrega la mujer como elemento fecundable, según muchos también *activo*, en el acto de la generación. Pero los médicos hablan siempre de la generación *natural*, no de la sobrenatural. Además, no convienen en asignar el *modo* causal de cada germen. Muchos afirmaron que no era necesario para la generación el contacto físico del óvulo y esperma, y hasta algunos, como el célebre Erhad, lo creyeron imposible. Fué el insigne Spallanzani el primero que demostró la necesidad del óvulo

un falso supuesto, en creer que Dios no puede intervenir en la formación del cuerpo humano *supliendo* no solo la virtud activa *seminis humani*, sino también la *substancia* de este *materialmente* tomado. Afírmese como quieren los antiguos que el hombre es sólo principio *activo* en la generación; o dígase con los modernos que el germen paterno se transmite en la substancia del hijo por la fusión con el germen materno, en ambos casos es innegable que Dios puede suplir al germen humano porque Dios con su virtud sobrenatural puede hacer *todo* lo que hacen material o formalmente considerados los cuerpos naturales. Dios, dice Sto. Tomás, puede producir cualquier efecto procedente de *cualquiera* causa sin ayuda de esta misma causa, siendo el efecto así producido por Dios de la misma especie y naturaleza (1). El mismo Sto. Doctor resuelve también la dificultad que se alega en nuestro caso con las siguientes palabras: *Per hoc quod semen maris defuit in conceptione corporis Christi, non sequitur quod defuerit ei debita materia. Si tamen semen maris esset materia foetus concepti in animalibus, manifestum est quod non est materia permanens in eadem forma, sed materia transmutata. Et quamvis virtus naturalis non possit transmutare ad certam formam nisi determinatam materiam, virtus tamen divina, quae est infinita, potest transmutare OMNEM materiam in QUAMCUMQUE formam. Unde sicut transmutavit limum terrae in corpus Adae, ita in corpus Christi transmutare potuit materiam a matre ministratam, etiamsi non esset sufficiens materia ad naturalem conceptum* (2).

Por donde se ve claramente que Dios con su poder infinito puede suplir no solo la virtud activa de todas las formas naturales sino también a la misma materia, produciendo todos los efectos que de esta naturalmente se siguen.

Además, la generación se especifica por su término no por su

y del esperma para la generación, y hoy está demostrado, dice Busquet, que se requiere el contacto físico de los dos gérmenes para la concepción, pero aun en este caso es siempre el germen paterno (espermatozoide) el verdadero elemento *activo* de la generación, Cfr. Busquet, *Des organes ovoides glandulaires*, pág. 113.

(1) *Contra Gent.* lib. IV, c. 45.

(2) *Ill. Q.* XXVIII, art. 1 ad 5.

principio (1); la semejanza específica que induce entre el sujeto y el objeto, entre el padre y el hijo, ha de medirse, no por los elementos materiales que concurren a ella en su periodo inicial, sino por la substancia, término de la acción generadora, o sea por la forma del sujeto engendrado, que es a un mismo tiempo forma constitutiva y forma denominativa, ya que, como dice Aristóteles, la denominación perfecta de una cosa se toma de su forma y de las condiciones que a la forma siguen (2). *Idcirco, quamvis libenter concedatur germen viri constitutionem intrinsecam materialem ingredi subjecti geniti, proinde minime detrahitur naturae specificae humanitatis Christi. Haec fuit terminus generationis et cum hic terminus sit formatio cujusdam naturae humanae, necessario haec natura habere debet elementa specifica quibus in esse proprio constituitur.* Esta fué el término de la generación y como este término es la formación de una naturaleza humana, necesariamente debe poseer esta la diferencia específica que a nuestra humanidad conviene. *Unde, dato etiam quod, dice Billot, materia ex qua communiter generantur corpora nostra, ab utroque parente assumeretur, adhuc esset Christus ejusdem speciei nobiscum, sicut ejusdem speciei fuit Adam e limo terrae immediate a Deo formatus* (3).

A la razón teológica y filosófica que disipa por completo los reparos de la teoría corbatista, podemos añadir la razón histórica que corrobora grandemente nuestra afirmación. Efectivamente; nadie ha negado que Adán fuese hombre de la misma especie que sus hijos, y, sin embargo, no concurrieron a su formación los principios generativos del hombre. Según el P. Corbató, nuestro primer padre no debía ser de la misma especie que nosotros, porque la diferencia generativa de principios destruye la esencia propia de la naturaleza humana. Ni vale decir que Adán fué *formado* y Jesucristo fué algo más que eso, fué *engendrado*, y, por lo tanto, no hay paridad entre uno y otro. Ya hemos dicho que no hay que fijarse tanto en el modo de la formación, como en la esencia misma de ella.

(1) 1. Q. XXXIII, art. 2 ad 4.

(2) *De anima*, lib. II, Text. n. 49.

(3) *De Verbo Incarnato*, Q. XXXI-XXXIV, 2.

*Propterea quod fuit genitus Christus Jesus, asserimus Virginem Mariam gravidam fuisse de Spiritu Sancto qui vim generativam seminis viri supplevit (1), quo semel peracto, secuta est generatio naturalis Virginis usque ad proprium terminum, Jesum Christum, similem in specie B. Virgini, quae ipso facto ad maternitatem divinam est evecta (2). Nostri instar, dice con razón el Damasceno, natus est Christus, quia homo ex muliere ac consueto partus tempore editus est (3). Cum autem elementum maternum, sanguis nempe purissimus B. Virginis, (óvulo, dicen los médicos) ab Adam virtualiter procederet in quo continebatur sicut effectus in causa, ideo jure meritoque dicitur Christum fuisse in Adam, esse filium Abrahæ, ex stirpe David secundum carnem, nam ita erat Maria et per Mariam Christus, ex ejus substantia genitus, verus ejus filius.*

Muy bien dice S. Mateo que Jesucristo es *hijo de Abrahán y de David* (4); y el Apóstol que *fué hecho del linaje de David se-*

(1) Cfr. III. Q. XXXII. art. 2.

(2) Por aquí se ve la diferencia que existe entre la concepción de Cristo y la formación de Adán y Eva. En la de Adán la virtud omnipotente de Dios actuó sobre el barro determinándole a ser cuerpo de Adán; en la de Cristo actuó sobre el germen materno de María. Eva fué formada de una parte del cuerpo de Adán ya *en acto*; y el cuerpo de Cristo fué formado, no de huesos o carne perfecta, sino de sangre o sea del óvulo *potencialmente* carne o cuerpo. De aquí procede que Eva no fué hija de Adán porque, si bien fué semejante a él en naturaleza específica, no fué formada por generación natural, sino por intervención extraordinaria, aunque no milagrosa, de la misma Divinidad.

(3) Decimos que procedía *virtualmente* para excluir la falsa opinión de aquellos que afirmaban haber sido concebido el Cristo de alguna partícula del cuerpo de Adán preservada milagrosamente de toda concupiscencia, y que transmitida de generación en generación llegó hasta María. Difícilmente se salva en esta opinión la maternidad de la Virgen, porque esa partícula de Adán no hubiera formado parte *substancial* del cuerpo de la Virgen y ya no podríamos decir que había sido hecho *de mujer*, sino del cuerpo de Adán existente en ella. Por la misma razón se rechaza la opinión singular del Abate Rosmini, el cual explica la Inmaculada Concepción de la Virgen, porque en Adán, aun después del pecado, quedó incorrupto y sin mancha un germen, el cual transmitido intacto de generación en generación, llegó al seno de María y de ese germen inmaculado nació el Cristo. (Véase la proposición 34 de las proposiciones condenadas de Rosmini).

(4) *Liber generationis Jesu Christi, filii David, filii Abraham. I. 1.*

*gün la carne (1). Corpus tamen B. Virginis, dice el Doctor Angélico, quod ex semine maris est conceptum, fuit in Adam et in aliis patribus secundum rationem seminalem. Et ideo mediante B. Virgine, Christus secundum carnem dicitur esse ex semine David per modum originis (2). Quando autem inquit S. Doctor Christi corpus fuisse in Adam secundum corpulentam substantiam hoc non de principio materiali sed de formali intelligendum est, quatenus nempe per virtutem generativam Adae et aliorum ab Adam descendentium usque ad B. Virginem, factum est ut illa materia praepararetur ad conceptum corporis Christi. Nequaquam fuit materia formata in corpus Christi per virtutem seminis ab Adam derivatam (3). Exinde patet S. Thomam sicut et caeteros theologos non agnovisse aliud principium materiale in conceptione Christi praeter illud Virginis quae concepit de Spiritu Sancto.*

*Jesus Christus ergo, ex Maria genitus, est verus Deus et verus homo, in omnibus nobis similis ratione speciei, ortus secundum carnem ex stirpe David quin ad hoc necesse sit atomum seu germen maris admittere ut P. Corbato acriter contendit (4). Generatio Christi est eadem ac nostri; sicut in generatione humana, sic in illa Christi adsunt omnia elementa quae ex natura rei requiruntur in qualibet generatione. Hoc unum interest inter generationem*

---

(1) *De filio suo qui factus est ei ex semine David secundum carnem.* Rom. I. 3. En otra parte dice: *Memor esto Dominum Jesum Christum resurrexisse a mortuis ex semine David* II. Tim. II. 8.

(2) III. Q. XXXI. art. 6. ad. 2.

(3) Ib. ad 1.

(4) Si Dios forma, dice este autor, una criatura racional de más, de menos o de diferentes principios generativos que los nuestros ¿será hombre esa criatura? Demos que sí, no lo discuto; pero así como en el género animal una diferencia esencial constituye especie, así en la especie una diferencia generativa constituye subespecie, variedad, etc., como se ve en los irracionales.

Si pues la criatura supuesta fuera hombre, parece evidente que no sería hombre como nosotros, como los hijos de Adán, sino hombre vario y distinto de ellos; y si la diferencia consistiera en nacer sólo del átomo o germen femenino excluido absolutamente el masculino, parece que en realidad no sería humana su generación ni aun dentro del modo divino, de lo cual deduciríamos que su madre no es propiamente madre, pues no lo engendró con elementos de madre. *El Inmaculado S. José*, página 42.



*Christi et generationem aliorum hominum quod hi ab Adam descendunt non solum quoad VIRTUTEM FORMATIVAM materiae foecundabilis, praeparatae in utero materno, sed etiam QUOAD VIRTUTEM GENERATIVAM formae foecundantis quae est propria viri, seu patris. Postrema haec virtus defuit in conceptione Christi, nam adfuit virtus supernaturalis praestantior et perfectior, ideoque ait S. Thomas, quod corpus Christi non fuerit in Adam et in aliis patribus secundum seminalem rationem (1); quod certe fuisset si semine S. Joseph etiam supernaturaliter genitum esset.*

## V

### ORIGEN DEL ERROR

Lejos, pues, de haber inconvenientes gravísimos en admitir la explicación tradicional teológica del misterio de la Encarnación, resulta sumamente racional y lógica, como con razones sólidas la defienden los teólogos. Esos inconvenientes y dificultades son efecto de los prejuicios inverosímiles que padeció el P. Corbató. El origen de todos sus errores es siempre el mismo; su alucinación procede de la confusión de dos cosas muy distintas, la naturaleza y el modo. Confunde frecuentemente dos conceptos elementales cuya distinción podía haber visto en cualquier manual de teología.

La virtud de un elemento material puede suplirse por la Omnipotencia divina; el efecto es siempre el mismo, el modo de producción es distinto. La sanidad producida por la medicina o por la acción milagrosa de Dios resulta esencialmente la misma: el modo es diverso. Un ciego que recobra milagrosamente la vista ve con su potencia natural visiva, aunque la haya recobrado sobrenaturalmente. De que Cristo, dice Lepicier, haya tenido la naturaleza humana por milagro, no se sigue que no sea hijo natural del hombre; basta para esto que haya tenido verdadera naturaleza humana (2).

---

(1) III. Q. XXXI. art. 6. ad 2.

(2) Tract. de B. V. M., P. I, c. II, art. II, prop. 1.<sup>a</sup>

Los inconvenientes gravísimos y dificultades insolubles hay que buscarlos, no en el sistema tradicional, sino en la teoría corbatista. Esta teoría pugna, como ya hemos visto, en primer lugar, con el sentido genuino de la Escritura; tiene en contra, además, el valor dogmático de la tradición, la autoridad de los Padres, el testimonio de los teólogos, y, por último, el sentir común del pueblo cristiano. Recházala también la razón filosófica porque despoja a Dios de su poder infinito, capaz de producir por sí solo los efectos de las causas segundas. Y lo que es más grave, torna ineficaz la acción del Espíritu Santo en la obra de la Encarnación.

*Si germen immaculatum S. Joseph conjunctum fuit ovulo purissimo B. Virginis ac vi naturaliter insita illud determinavit, Sanctus Patriarcha est vera causa efficiens et activa generationis Christi (1). Cum autem in casa terminus hujus generationis naturalis sit humanitas Christi, dicendum est aut hanc ita progenitam adhuc non esse Deum ideoque subsistere personalitate humana cui postea accessit persona divina Verbi, quod est haeresis nestoriana; aut revera terminum illius generationes Joseph esse ipsum Christum, Deum hominem, quod plane repugnat; nam Joseph evaderet pater NATURALIS Verbi, quod est deliramentum Ebii et Cerinthis ab Ecclesia saepe damnatum et protritum (2).*

---

(1) «Los gérmenes de toda concepción humana, dice el P. Corbató, tienen una virtud *activa natural* por la que tienden a la compenetración mutua desde la consumación del acto conyugal hasta que se encuentran en el órgano ovárico y se unifican formando un todo orgánico; y claro es que el *ejercicio* de esta *virtud natural* requiere un tiempo. Este tiempo no podía darse en la concepción del Señor que debía ser instantánea por razones que no son de este tratado». Suplemento 3, pág. 932.

(2) El mismo P. Corbató viene a confesarlo de algún modo. «A lo sumo, dice, habrá en el padre virgen cierta naturalidad por parte de la materia sobrenaturalmente tomada; mas no por su acción propia, que es nula; ni por la divina que está sobre toda la naturaleza». (Suplemento 3, pág. 930, n. 118). Pero si la virtud *natural* de los dos gérmenes queda intacta ¿cómo se dice que su acción es nula? La paternidad natural consiste *no* en el *ejercicio natural* del derecho conyugal (coito), sino en la comunicación del elemento material, propio de la generación. Así María fué Madre natural de Cristo porque contribuyó a su generación con la comunicación de su substancia, quedando ilesa su virginidad. Luego si la materia de la Encarnación conserva su naturaleza substancial por parte de *ambos* esposos, aun bajo la acción del Espíritu

*P. Corbato respondet se nunquam tribuisse rationi seminali seu activitati seminis viri formationem sacratissimi corporis Christi (1). Sed haec videntur ipsius verbis contradicere. Ait nempe semen illud virile vel in casu germen viri retinere vim generativam naturalem, et Sp. Sanctum tantummodo parasse actum generationis per conjunctionem scilicet utriusque germinis in loco apto ad generationem ipsam perficiendam, quod quidem germen virtute propria generavit humanitatem nostri Salvatoris. «La obra material del Espíritu Santo, dice, no consistió en suplir la virtud *natural* propia de los dos gérmenes inmaculados que quedó intacta y activa en su natural vigor, sino en suprimir los *preámbulos* y el tiempo que para el ejercicio de dicha virtud requiere la naturaleza... el divino Agente no puso de sí la parte activa natural propia de uno y otro germen para fusionarse y producir el cuerpo humano, sino la parte activa relativa al modo y al tiempo, o sea a la fusión virginal instantánea, obra superior a todas las fuerzas de la naturaleza» (2). Ergo si utrumque germen vi generativa minime destituitur, si utrumque virtute naturali generavit corpus Christi, utrumque dicitur et est principium activum naturale generationis. Et si ita est, necessario admitti debet paternitas phisica in utroque conjugue, in Joseph et in Maria, re tamen eadem, diversa autem modo, quia Maria naturaliter generavit Christum, Joseph autem modo supernaturali ad paternitatem naturalem Verbi incarnati est eVectus.*

*Fortasse quisquam dicet germen illud immaculatum Sponsi Virginis caruisse vi naturali ad generationem apta ideoque sola virtute Spiritus Sancti Mariam concepisse in utero. Sed si ita est, quod aliunde pugnat cum verbis P. Corbato supra allatis, ad quid tunc elementum viri in generatione Christi? Si non adest alia virtus ACTIVA praeter quam Spiritus Sancti, plane supervacanea redditur actio seminis viri sive formaliter sive materialiter sumpta. Respondebitur esse necessariam porque «el solo elemento de la mu-*

---

Santo, los dos resultan padres naturales del Cristo. De Dios viene la virtud *unitiva* del germen josefíno, según el P. Corbató, pero no la *generativa* que viene del hombre, y esta, no aquella, constituye a la generación como principio efectivo de ella.

(1) Suplemento 3. pág. 990. n. 340.

(2) Suplemento 3. pág. 932. n. 123.

jer no es la materia natural de que somos formados, es parte de esta materia, y una parte no es el todo integral y esencial» (1). Pero esa parte puede ser determinada por el poder de Dios y constituir así un todo, principio adecuado de operación. Si así no fuera, ¿cómo se explica que Adán y Eva tuvieran naturaleza humana? ¿Acaso Dios con su virtud omnipotente no puede producir, sin intervención de las causas segundas, lo que hace un elemento material, quedando intacta la esencia del efecto? Se dirá que entonces el Cristo sería *hecho* pero no *engendrado* ni, por lo tanto, descendiente de Adán y de David. Esto hubiera sucedido si el Espíritu Santo con sólo su virtud, *sin actuar en la Virgen Santísima*, hubiera formado el cuerpo del Salvador. Pero admitida su acción como *supletoria* del concurso humano, admitida su acción directa e inmediata en el cuerpo castísimo de María, existe verdadera generación porque se da *origen de un viviente de otro viviente, unido a este en semejanza de naturaleza específica por virtud de la misma generación*. Vamos a parar siempre al mismo punto; a la necesidad que existe de distinguir la esencia y el modo en los efectos naturales.

Nada decimos de las consecuencias que se siguen en el orden moral, admitido el predicho sistema. La concurrencia natural de José desvirtúa en gran parte la intervención milagrosa del Espíritu Santo en el acto de la Encarnación del Verbo, y hasta la misma figura de María no flota tan luminosa y radiante en ese misterio inefable, pedestal de sus triunfos y coronas. La idea de Dios, actor único en la generación del Cristo, nos revela la grandeza, la sublimidad de ese misterio, cimiento del Cristianismo y eje de la historia universal. La excelencia de la Virgen Santísima sobre todas las criaturas proclamada de generación en generación se deprime en gran parte con el concurso material de José. Esa figura celestial, la Emperatriz de cielos y tierra, palidece y se eclipsa desde el momento en que equiparamos el concurso efectivo de los dos privilegiados esposos, pues aunque se quiera colocar a José en grado inferior, le correspondería en justicia el mismo lugar por haber contribuido también *física y substancial-*

(1) Suplemento 3, pág. 990, n. 342.

mente a la formación del cuerpo sagrado de Cristo. Como decimos que la carne de Cristo es carne de Maria, también diríamos que lo era de José; y esto cede en desdoro del misterio, en detrimento de la pureza de la fe cristiana.

Con razón el Supremo Pastor de la Iglesia reprobó tan funesta doctrina incluyendo en el Índice de libros prohibidos el malhadado folleto del tristemente célebre P. Corbató (1). Deber nuestro es aceptar humildemente las enseñanzas del Vicario de Cristo y trabajar sin descanso para que todos las conozcan y practiquen en toda su pureza y esplendor.

Y nada más sobre esta delicada cuestión que podemos calificar ya de *histórica*, una vez que la Sede Apostólica ha llamado la atención de los fieles, previniéndoles contra los graves peligros que en ella se encierran.

---

(1) El texto original de la prohibición del Santo Oficio es como sigue:

«SUPREMA SACRA CONGREGATIO SANCTI OFFICII. — *Romae die 26 Februarii 1907.* — *Illme. ac Revme. Domine: Delatum est ad Supremam hanc Congregationem S. Officii opusculum editum anno currenti in ista civitate* (Biblioteca Española; Caballeros, 41) *cui titulus «El Inmaculado San José. — Apuntes vindicativos de su Concepción purísima; Su honor de Esposo; Sus derechos de Padre; Su Primacía restauradora* (Artículos publicados en *La Señal de la Victoria* con aprobación eclesiástica) *por José D. María Corbató, M. C.» quo ad examen vocato, praesertim quod spectat ad doctrinam ab auctore expositam et propugnatam de divina paternitate S. Josephi reali et proprie dicta, Eminentissimi Domini Cardinales una mecum Inquisitores Generales decreverunt: «Opusculum de quo agitur inserendum in Indicem librorum prohibitorum ex Decreto feriae IV; idque significandum quamprimum R. P. D. Archiepiscopo Valentino, ut opportune moneat fideles».* — *Quod, dum, ut mei muneris est, cum Ampl. Tua communicare propero, capta occasione fausta quaeque ac felicia omnia Tibi precor a Domino.* — *Amplitudinis Tuae addictissimus in Domino.* — S., Cardinal Vannutelli. — *Valentinen. R. P. D. Archiepiscopo.*»

---



## CAPITULO XVI

### **Relaciones de S. José con el Padre**

La lengua humana es incapaz de describir las grandezas y excelencias que se encierran en la paternidad divina de S. José. Mundos de luz, de gracia y de gloria flotan en torno de esa diadema fulgurante que ciñe las sienes del Patriarca inmortal, envolviéndole en ráfagas de espiritualismo sublime que después de veinte siglos deslumbran y enajenan a los míseros mortales. En virtud de esa prerrogativa singular, verdaderamente incomparable, contrae S. José afinidades íntimas y profundas con todo el orden sobrenatural. Afinidades celestiales y divinas en sí, dulces y amorosas para nosotros, las cuales al mismo tiempo que elevan al Santo a un grado inmensurable de gloria y esplendor, engendran en nuestros corazones sentimientos ternísimos de adoración, reverencia y amor.

Por el hecho de la creación se establece entre Dios y los seres contingentes un vínculo de dependencia, una relación real que en Dios es un derecho y en la criatura un deber. Esta relación humana es puramente natural y no nos hace partícipes de la naturaleza divina. La comunicación íntima con la Divinidad la adquiere el hombre por la gracia santificante que nos hace *hijos de Dios y herederos del cielo* (1).

---

(1) *Videte qualem charitatem dedit nobis Pater ut filii Dei nominemur et simus.* (I. Joan. III, 1). *Si autem filii et haeredes, haeredes quidem Dei cohaeredes autem Christi.* (Rom. VIII, 17).

S. José, el varón justo por excelencia, estaba unido a Dios por esas relaciones de la naturaleza y de la gracia, como sucede a todos los justos; pero eran lazos más fuertes, afinidades más hondas las que poseía por su paternidad. Nunca olvidemos que esa paternidad es tanto más excelente y verdadera, superior a todas las paternidades humanas, cuanto es más milagrosa y sobrenatural.

Padre, no carnal, pero sí real y verdadero de Jesús, padre por caridad, por adopción y por derecho matrimonial como dicen los Padres del Concilio Vaticano (1), contrae con el Salvador relaciones reales y directas de las que brota un cúmulo de magnificencias sobrehumanas. Recordemos con Sto. Tomás que el matrimonio de María y de José fué concertado por *una disposición especial* de Dios con el objeto de recibir y criar al divino Niño (2). Jesucristo es, en efecto, la segunda persona de la Trinidad Beatísima, el Verbo divino, Hijo Unigénito del Padre; por consiguiente, las relaciones de José con Jesús tienen por término, no la Humanidad sacratísima de Este, sino la persona divina, y mediante ella, la Naturaleza divina, la misma Trinidad. Ahora bien; el mérito y valor de las grandezas teológicas se miden siempre por el principio o término de su relación. La grandeza de la Humanidad del Señor se mide por la persona del Verbo a la cual está substancialmente unida; la grandeza de María se mide también por el Verbo divino de quien es ella naturalmente Madre; y del mismo modo la grandeza de S. José debe medirse por el término de su relación que es Jesucristo, Dios y Hombre verdadero. Es Padre de Dios, y este solo nombre basta para que todas las jerarquías celestes y terrestres rindan al Santo pleito homenaje; es padre de Dios, que es la Omnipotencia, la Sabiduría, la Bondad por esencia.

Es tan sublime este nombre de Padre, tan real y verdadero por otra parte, que ninguna criatura es capaz de merecerlo; solamente Dios, el Dios Padre, puede comunicarlo; y en realidad a

---

(1) Vives, *Summa Josephina*, n. 2867.

(2) *Hoc matrimonium fuit ad hoc ordinatum specialiter quod Proles illa suscipere tur in eo et educaretur*. In IV. D. 30. Q. 2.

solo José lo ha comunicado. Ministros son los ángeles de su voluntad soberana, nuncios los Profetas, pregones los Apóstoles, siervos suyos muy amados todos los justos; pero ninguno, excepto José, fué revestido de tan alta dignidad. Ese nombre de Padre, dice Sauvé, Dios no lo ha compartido más que con María y de una manera muy diferente aun cuando muy verdadera y única, con José (1). El orden lógico exige que después de haber expuesto las relaciones de José con Jesús, tratemos de las que tiene con el Padre y el Espíritu Santo los cuales forman con Cristo la Santísima Trinidad.

## I

### S. JOSÉ SOMBRA DEL PADRE

Todos los apologistas josefinos convienen en decir que S. José fué en este mundo imagen visible, la *sombra* del Padre Celestial. Si bien se considera, este es el carácter propio de nuestro Santo. Sombra es José con relación a Jesús, sombra con relación a María, sombra con relación al Espíritu Santo, sombra con relación al gran misterio de nuestra redención; pero lo es singularmente en virtud de su representación del Padre Eterno. Nos ha llamado la atención, dice Augusto Nicolás, el carácter de esta figura de José, soberanamente sencilla, tranquila, silenciosa, oscura sobre todo, más bien sombra que figura (2).

S. José fué elegido antes de los tiempos por el Eterno Padre para que hiciese en la tierra sus veces con el Verbo divino ejerciendo en El los derechos y deberes de un buen Padre. Fué la sombra de Dios que cobijó a Jesús y a María, velando al mismo tiempo el misterio de la Encarnación.

En Belén, en Egipto, en Nazaret, S. José es la sombra del Padre; vela por Jesús, le alimenta y viste, le protege y cuida, le rige y gobierna, aparece ante el público como legítimo Padre, y

---

(1) *San José*, pág. 1.

(2) *La Virgen María y el Plan divino*. Tom. II. cap. XV.



los hombres y el mismo Jesús no reparan en llamarle con ese nombre tan dulce y sugestivo. En el taller y en el templo, en la patria y en el destierro, Jesús es conocido por el *hijo del carpintero* (1). Vive sujeto a José, quien ejerce en él los derechos de verdadero Padre, la autoridad, vigilancia y amor que en concepto de tal le incumben y convienen. Esta paternidad de José ante Jesús, dice Gay, es el espejo de la Paternidad divina; ella refleja su autoridad, la imperturbable serenidad, la inmensidad, la suavidad (2). El Padre ha engendrado al Cristo eternamente y le ha enviado al mundo para salud de los hombres; pero aquí en el tiempo dispuso que tuviese un padre terreno que fuese como la imagen visible del Padre invisible, revelador excelso de las profundidades luminosas del Altísimo.

La Trinidad terrestre era imagen de la Trinidad increada y no podía serlo sin haber en ella una representación, sombra a lo menos, de la paternidad divina. De este modo José cumplía en la tierra uno de sus más importantes oficios y derramaba en el corazón de Jesús delicias inmensas, proporcionándole grata ocasión de alabar a su Padre y merecer por nosotros obedeciendo a su Representante en la tierra. Y porque era sombra del Padre y expresaba ostensiblemente su autoridad y poder, vivía en contacto inmediato con El, bebiendo en su inteligencia divina las inspiraciones y luces necesarias para ejecutar convenientemente el ministerio especial que le fué confiado. En los días de Belén y de Egipto, escribe el P. Faber, no era el Hijo, no era tampoco el Espíritu Santo, era particularmente el Padre el que comunicaba con José, el que daba sus órdenes y le advertía cuanto era necesario (3).

De aquí aquella efusión extraordinaria de gracias que derramó Dios en José para que éste fuese su lugarteniente cerca de Jesús. Y en su consecuencia, la dignidad altísima de que fué revestido. «José es la sombra del Padre Celestial. ¿Es acaso una dignidad demasiado elevada? Después de las de Jesús y María ¿cabe con-

---

(1) *Nonne hic est fabri filius?*

(2) *Elevat*, 22. Tom. I. pág. 189.

(3) *Belén*, pág. 376.

cebir otra que sea más elevada que aquella? Con cualquier título o por cualquier otro fin que a Dios se represente aquí bajo, ocúpase un lugar superior y gózase de un honor insigne. Pero, ¿quién se ha asemejado nunca u ocupado sitio como personaje representante de Dios en condiciones que se acerquen a las en que S. José ejerció ese cargo? (1)». El glorioso Esposo de María reúne en sí las perfecciones de Aquel a quien representa. «Habiendo el Padre escogido este Santo, dice Olier, para hacerle en la tierra imagen suya, le dió una semejanza de su naturaleza invisible y oculta, y a mi parecer este Santo no está en condiciones de ser comprendido por el espíritu de los hombres. Es la fe quien debe servirnos para adorar en él lo que nosotros no sabíamos comprender» (2). Tal es la grandeza inefable, la profundidad de los tesoros divinos que encierra el alma misteriosa de José.

## II

### S. JOSE IMAGEN DE LOS ATRIBUTOS DEL PADRE

Hemos dicho que José es la sombra del Padre, imagen de sus divinos atributos; pero no todos estos se destacan en el Santo con el mismo brillo. Refulgen singularmente en él el poder, el conocimiento y el amor del Padre Celestial, pues estos tres atributos debían resplandecer en S. José para que éste fuese dignamente Padre de Jesús en el mundo.

Posee en primer lugar la autoridad o poder porque es propiedad de toda paternidad verdadera. La filiación se funda en una relación de dependencia, y al constituirse Jesús en hijo de José se sometía al dominio de éste y dependía de él. El Padre Eterno comunicó a José esa autoridad augusta cuyo objeto era dirigir y gobernar al mismo Dios (3). «Es tal su dignidad y gloria, dice

(1) Así Gray: *Conferenc. aux Mers chret.* tom. I. pág. 144.

(2) *Sentiments sur les Grandeurs de S. Joseph.* cap. I.

(3) Ya queda explicado en el capítulo XII en qué sentido ha de entenderse la sujeción de Jesús a José y a lo que allí dijimos nos remitimos al tratar ahora de la custodia de José sobre Cristo.

S. Bernardino de Sena, que el Padre Eterno le ha concedido con la mayor magnificencia una *semejanza de su primacía* sobre su Hijo Encarnado» (1). La Providencia divina se sirve en el gobierno del mundo y régimen de las criaturas de las causas segundas que son a modo de instrumentos para ejecutar sus órdenes y cumplir las leyes establecidas en la creación (2). Pero para gobernar a su divino Hijo y acompañarle durante su peregrinación en la tierra eligió a José que fué como la providencia *visible* de la Humanidad de Cristo, el Ejecutor de las órdenes del Padre en la conservación y custodia de su amado Unigénito.

Ahora bien; gobernar a Jesús es mucho más que gobernar los mundos; al hacerlo así José, ejercita su autoridad no sobre las criaturas ni sobre la humanidad entera, lo cual sería ya una dignidad y poder incomprensibles, sino sobre el mismo Dios, Autor de los mundos y Omnipotencia soberana que todo lo conserva en su ser. Este Dios que por razón de su naturaleza no puede depender de otro alguno, porque es un Ente *a se* y necesario, se encarna y se somete voluntariamente a la autoridad de un hombre investido por delegación del Padre Eterno de la insigne prerrogativa de Regente del Cristo y Gobernador de su persona adorable. Este solo hecho nos sugiere una idea aproximada de la inmensidad moral de S. José. «La luz de las perfecciones divinas, dice a este propósito el ilustre Gay, brilla con fúlgido resplandor en el régimen del universo visible; pero comparada con el resplandor con que reverberan esas mismas perfecciones en el régimen del solo Verbo Encarnado y de esa mujer que le ha puesto en el mundo, aquella luz no es más que una aurora, palidísima aurora. Y en este círculo de ideas José entra de lleno con perfecto derecho, como príncipe, como jefe, como padre, en ese gobierno de la vida de Jesús y de María. Por tal razón constituye él como el sacramento consciente, vivido, capaz de merecer, obrando con esa sabiduría, con ese poder, con esa bondad, que

(1) *Licet tantae fuerit dignitatis et gloriae iste Sanctus quod Aeternus Pater eius primatus similitudinem sibi liberalissime super Incarnatum Filium condonarerit...* De S. Joseph. Serm., art. 2.

(2) Cfr. S. Th. I. Q. XXII. art. 3.

se denomina Providencia y de su acto más excelente que es la dirección aquí bajo del Hijo de Dios hecho hombre y de aquella que va en pos de él paso a paso desde que lo dió a luz. Esto confiere a S. José una dignidad incomprensible y nos le muestra investido de un esplendor que no queda eclipsado, al que no empeece el de los mismos Serafines» (1).

Para ejercer tan singular ministerio y autoridad tan sagrada no cabe duda que necesitaba José una luz *especialísima* que le indicara los medios más aptos para realizar los designios que el Redentor abrigaba sobre la salud de los hombres. Y esta luz espléndida y divina comunicó el Padre a José haciéndole *sombra* de su Sabiduría infinita.

El Hijo es el Verbo de la inteligencia del Padre (2), la idea subsistente de la Divinidad, el término del conocimiento divino. Entendiendo engendró el Padre al Hijo desde toda la eternidad por una operación que se identifica con su Esencia misma. Y ese Verbo, que es la concepción eterna de Dios, es al mismo tiempo el medio donde el Padre conoce todas las cosas y a Sí mismo (3).

---

(1) *Elevat.* 22, tom. I, pág. 189.

(2) Con la misma propiedad teológica es llamada Verbo que Hijo de Dios la segunda persona de la Santísima Trinidad, pues la procesión intelectual divina reviste los caracteres de una verdadera generación. El Sínodo cismático de Pistoya en su afán insensato y ridículo de reformarlo todo, afirmó entre otras cosas que el nombre de Verbo era más propio de la segunda persona de la S. Trinidad que el nombre de Hijo de Dios. Pío VI en su Constitución *Auctorem fidei* reprobó semejante innovación enseñando *in nomine Verbi eandem proprietatem importari quae in nomine Filii*. Pero si no se trata de la mayor o menor propiedad, sino de la mayor o menor perfección con que puede significarse la segunda persona divina, puede afirmarse que el nombre de Verbo expresa más perfectamente a la segunda persona que el nombre de Hijo o de Imagen del Padre. La razón es porque el nombre de *Hijo* expresa la razón de origen, el nombre de *Imagen* la razón de imitación, pero el nombre de *Verbo* expresa además, la razón de manifestación, el término objetivo de la representación inteligible del mismo Verbo. Cfr. Buonpensiere *De Deo Trino*, n. 399.

(3) Siendo Dios simplicísimo no puede conocer por un medio distinto de su misma esencia ni depender como nuestro entendimiento del objeto entendido. En Dios la misma esencia hace las veces de especie inteligible porque en Dios el entender es la misma substancia divina, *in Deo intelligere est esse*, dice S. Tomás, todo lo conoce Dios en su Verbo como en un espejo que le representa cuanto existe en el cielo y en la tierra, en el tiempo y en la eternidad. Allí conoce Dios su esencia y atributos, las

El conocimiento humano es un reflejo del conocimiento divino; nuestro verbo imagen pálida del Verbo increado en el cual están representadas las razones de todas las cosas, posibles y existentes (1).

Pues bien; este Verbo divino que es la Sabiduría infinita había de ser dirigido por José a cuyos mandatos Aquel obedecía libremente, y para esto José debía estar iluminado por luces especiales a fin de no errar en el cumplimiento de su deber, revestido de una ciencia infalible que no defraudara las esperanzas en él puestas de gobernar rectamente al Hijo del Altísimo, quien a su vez satisfacía los deseos de Dios obedeciendo a un hombre que representaba el papel de su Padre. «¿Cuáles serán, pues, pregunta Olier, las luces de S. José destinado a dirigir al Rey de la gloria y a gobernar a la Santísima Virgen su Madre? Este inclito Santo se encontrará lleno de una admirable sabiduría ya que Dios le encarga la dirección de la misma Sabiduría; y si es lo regular recibir gracias en proporción de las cualidades o empleos a que uno es llamado, ¡cuánta no habrá sido la luz y sabiduría a que la Sabiduría eterna ha querido hallarse sometida! (2).» Misterio es este que no puede sondear nuestra flaca razón porque no encontramos en las criaturas ejemplo alguno que pueda servirnos de norma y medida para apreciar justamente la sabiduría de José, imagen y sombra de la Sabiduría infinita.

De ese conocimiento divino de José brotaba su amor inefable a Jesucristo, amor que era también destello vivísimo, imagen del amor del Padre Eterno a su querido Hijo. El amor fluye espontáneamente de la paternidad, pues es una de las inclinaciones más dulces que siente el corazón de un padre hacia sus hijos.

---

tres divinas Personas, todas las criaturas, pues todas estas realidades están representadas inteligiblemente en el Verbo. Y como todo verbo mental envuelve esencialmente dos relaciones, una al entendimiento que lo concibe y engendra y otra a la especie impresa, principio del mismo verbo, y mediante la especie al objeto; el Verbo divino expresa en primer lugar la esencia divina y la virtualidad de ella y por consiguiente también a las criaturas pues la esencia divina es el ejemplar fundamental de cuanto existe. Cfr. Buonpensiere, *De Deo Trino*, pág. 448.

(1) Véase Cantera, *Jesucristo y los filósofos*, cap. X.

(2) *Esprit*, I, pág. 449.

S. José, que era el mejor de los padres terrenos, cumplió ese deber perfectísimamente; amó a Jesús incomparablemente más que todos los padres aman a sus hijos.

La sombra de la paternidad divina era para José la fuente de su amor a Jesús. Amor vivo y ardiente, espiritual y puro, porque era efecto de la gracia sobrenatural, como lo era la paternidad de la que dimanaba el amor. Esa comunicación en la paternidad divina, dice hermosamente Faber, daba a José el *derecho* más grande que tuvo de amar a Jesús. Podía amarle como si fuese su criatura; podía amarle como redimido por él; podía amarle con un amor personal, a causa de los dones y de las gracias de que había sido colmado; podía amarle como hijo de María con un amor en que se encerraba todo el que profesaba a la Madre; podía amarle por sí mismo, a causa de su gracia, de su atractivo y de la fascinación divina que ejercía; podía amarle como se ama a aquellos a quienes se ha salvado de la muerte o de algún peligro, o que nos han permitido que les manifestemos amistad y aprecio; y ese amor debía hallarse en proporción con la dignidad de su propio oficio y de la excelencia del Niño; pero su más grande amor para él derivaba de su mayor *derecho* a amarle, que, como ya hemos visto, le debía a su cualidad de *sombra* del Padre. Amaba a Jesús en su amor y por su amor al Padre Eterno, y por la semejanza al Padre, que el Padre Eterno le había comunicado y que le había elevado a la dignidad que no puede expresarse de semejanza al Hijo, que era la imagen del Padre (1). El mismo Dios que le confirió el oficio de Padre, le comunicó también las propiedades inherentes a tan alto cargo; y así como le dió la autoridad y la sabiduría, infundióle con el mismo objeto un amor ardiente y purísimo. El amor que José profesaba a Jesús excedía en grandeza y ternura a cuantos amores paternales ha habido jamás; y ese amor era tan prodigioso, tan intenso, tan vivo, que todas las paternidades de la tierra podrían tomar prestado de la suya sin agotarle; ese amor era para José un manantial de delicias, llevadas hasta el más sumo grado; llegaba hasta ofrecer a la inmensidad de su amor filial un campo donde

---

(1) *Belem*, pág. 389.

podía extenderse y desarrollarse. Caían sobre el corazón celestial de José esas ondas embriagadoras sumergiéndole en el delirio místico, transfigurábale la contemplación extática de su misión altísima, y el solo pensamiento de haber sido elegido para Padre del Verbo humanado derretíale en incendios amorosos, transformándole por completo, elevando su espíritu a esferas de luz y de armonía, inaccesibles a los mismos ángeles. Imposible reflejar los destellos de este estado sublime donde vivía el alma del Padre amantísimo de Jesús.

### III

#### MISTERIOS DE ESTA PATERNIDAD JOSEFINA

Pero si S. José no es Padre natural de Jesús, ¿cómo podía sentir hacia El un amor de Padre? Admiremos aquí las trazas inefables de la divina Providencia que realizó con su gracia lo que no pueden hacer todas las fuerzas naturales. Ese amor es, en efecto, obra de Dios, no producto de la voluntad humana. «El verdadero padre de Jesucristo, dice Bossuet, este Dios que lo engendra en la eternidad, habiendo escogido al divino José para servir de padre en el decurso del tiempo a su Hijo único, ha como hecho bajar desde su seno un rayo o una chispa pequeña de ese amor infinito que por su Hijo siente. Esta es la causa de la transformación de su corazón y lo que le comunica su amor de Padre» (1). Y ¡qué latidos tan fuertes, qué palpitaciones tan vivas sentiría aquel corazón purísimo, relicario místico en el que Dios depositó las ternuras, amores y bellezas de su mismo Corazón!

La vida del corazón humano por el amor se explica y en el amor se funda; la vida del Santo se nutre del amor divino, savia vivificadora que consume los gérmenes del mal y renueva los espíritus; la vida de S. José era como una gota de esencia divina que al depositarse en su pecho le inflamaba en las llamas de la más encendida caridad. Ni podía ser de otro modo. S. José

---

(1) *Premier panegyrique de S. Joseph*. R.<sup>o</sup> P.

veía a Dios presente, le contemplaba y hablaba, besaba su frente, enjugaba sus lágrimas, tocaba su cuerpo, ¿cómo no había de sentir los ardores que irradiaba el Corazón divino, volcán inmenso que se consumía en amor a los hombres?

No advertiréis, sin embargo, en el Santo explosiones de júbilo ni manifestaciones ardientes; obra como Dios, es la sombra del Padre quien, envuelto entre los pliegues de su eternidad, todo lo crea y dirige, permaneciendo El oculto a las miradas del hombre. Por eso José calla, el Evangelio no refiere jamás una palabra suya. Nace en la obscuridad, vive en el silencio, y desaparece del mundo sin saber cuándo ni como. Fijémonos bien y descubriremos en este papel de *sombra* que José representa el verdadero *carácter* del Santo, la *psicología peculiar* de su espíritu. Vivía recogido y oculto en su interior; una reserva absoluta sella su boca; diríase que absorto en la contemplación de los misterios que encerraba su alma, anonadado por el peso de la dignidad que oscilaba en su frente, no supo desplegar sus labios temeroso sin duda de revelar al mundo los grandes arcanos que velaba su persona y su vida.

S. José fué sombra, la sombra divina que ocultó a los mortales los secretos más hondos del cielo y la tierra. La Santísima Virgen, en efecto, dice Nicolás, está oculta bajo las sombras de S. José; su virginidad, su maternidad divina, están cubiertas bajo el velo de su matrimonio con él. El Espíritu Santo se oculta igualmente bajo la misma sombra, porque el nacido de María, dice el Evangelio, es la obra del Espíritu Santo; es su obra maestra, su gloria, cuyos rayos extingue en sí el humilde Esposo de María. ¿Y qué diré de esta misma obra maestra, del Hombre Dios, sepultado en tal obscuridad, hasta ser tenido por hijo de un carpintero? Por último, Dios Padre se halla velado por S. José, de tal suerte, que necesita en cierto modo venir a reclamar a su Hijo el día de su bautismo con estas celestiales palabras: *Este es mi Hijo amado en quien tengo todas mis complacencias.* (Lucas, III. 22.) (1).

Realmente que así debía ser; su misión en el mundo no era

(1) *La Virgen María y el Plan divino*, tom. II, c. XV.



otra que ocultar el gran misterio de la Encarnación, obra de las tres divinas Personas. Pero si S. José era sombra de María y de Jesús, no lo era sino por su cualidad de imagen del Padre; este era el origen de donde dimanaban los deberes sacratísimos que con ellos cumplía José. Su terrible oficio de imagen del Padre, dice Faber, no exigía menos. De ahí venían los afectuosos cuidados que prodigaba a María. Era la imagen del Padre lo mismo para ella que para Jesús... Los deberes para con ella dimanaban de la misma fuente que sus deberes para con Jesús, de su cualidad de imagen del Padre (1).

S. José era evidentemente figura del carácter escondido del Padre como lo demuestran las bellísimas analogías que existen entre el uno y el otro; y así como del Padre se dice que *habita una luz inaccesible a quien e ningún hombre vió ni puede ver* (2), así también José, envuelto en las profundidades de su espíritu, es incomprensible a las luces de la razón humana. S. José, dice Sauvé, es una admirable figura de ese carácter reservado y profundo (del Padre) por su santidad, por su vida, por su razón y por su amor (3). No era otra su misión y S. José que la conocía por revelación divina se esmeró en desempeñarla de la manera más excelente y perfecta. No ignoraba él que era la sombra del Padre, y absorto en este pensamiento realizó a las mil maravillas los deseos de Dios. Todos sus actos no tuvieron otro objeto; todas sus aspiraciones se ordenaron a ese fin. Este fué el pedestal de su gloria, el fundamento de su elevación. José, prosigue el citado P. Faber, era incontestablemente para Jesús la sombra del Padre; pero puede añadirse que lo era también para sí mismo; porque en esa sombra se engrandeció su alma y se completó su predestinación; se extendía sobre su vida, densa, dulce, y derramaba en ella sin cesar la belleza y la unción; era su luz, vivía, trabajaba a la claridad de aquella sombra (4).

He aquí también el secreto de la santidad de José, la clave que descifra el enigma de su vida inmaculada. Pero no adelantemos conceptos; baste con haber indicado la trascendencia suma que envuelve para José su cualidad de *sombra* del Padre.

(1) *Belén*, págs. 388-390.

(2) *Lucem inhabitat inaccessibilem quem nullus hominum vidit, sed nec videre potest.* I. Tim. VI, 16.

(3) *S. José*, pág. 116.

(4) *Belem*, pág. 388.